

Del agua nacieron los sedientos

Capítulo I

Individuos pulidos

V. Pisabarro

Hay días buenos, jornadas en que todo sale bien, brilla esplendoroso el sol en un cielo immaculado, se nos abrazan tiernamente los hijos, el perro meneaba el rabo girando a nuestro alrededor; con sonrisa plácida, la virtuosa consorte sirve un café con pastas y sin reproches; venerables progenitores orgullosos alardean encomiásticamente de su hijo; somos admirados, atendidos, respetados; comprendemos, perdonamos, estamos sanos, dormimos bien; y lo mejor es que olvidamos.

Con claro y fastidioso recuerdo puedo afirmar que ése no

fue uno de estos días para mí.
Amaneció desapacible.
Nubarrones densos, plomizos,
encapotaban las alturas; un viento
húmedo, muy desagradable a los
sentidos, azotaba violentamente en
remolnantes rajas a la
exuberante vegetación, que en
vehemente danza bordeaba la
solitaria carretera por la que yo
circulaba sobre mi briosa
motocicleta japonesa, entumecido
de frío y de sueño, dirigiéndome a
la agencia. Al iniciar el trayecto
comenzó a llover. No fue una
lluvia de las corrientes por ese
lugar y en esas fechas. No; acaso
debería decir que diluvió como si
se hubiera desencadenado una
furia divina. Ese torrente de agua
inundó carreteras y caminos,
anegó campos, enturbió ríos.

Llegué como un náufrago
rescatado, seco sólo de carnes.
Como era costumbre en mi
negligente, bonita y estimada
secretaria María de la Altagracia,
programó el aparato del aire
acondicionado de tal modo que

incluso en días calurosos, hallarse en esa oficina era algo así como estar al raso en Oslo durante una jornada invernal. Bueno, esto es excesivo, era como estar al raso en Oslo, pero en otoño.

Aún no he referido que me encontraba en una población llamada La Isabela, República Mameiana, es decir, el Caribe. Y a pesar de vivir en esa época en un país tropical, sufrí más frío y padecí más catarros y enfriamientos que en mi país de origen, que tampoco manifesté cuál es. Soy de Madrid, es decir, de España.

—María Altagracia, por favor, tenga usted la amabilidad de apagar o, al menos, de rebajar el aire acondicionado, que llego empapado y no deseo resfriarme otra vez.

—Usted siempre tan blando y tan delicado —replicó ella dulcemente.

Escurrí los picos de la camisa y sequé cuanto pude mi cuerpo con unos sucios pantalones de tenis

que nunca supe cómo llegaron hasta allí. Me senté frente a la mesa de trabajo, mientras observaba a la eficiente secretaria hablar mimosamente por teléfono con algún admirador de los muchos que ella tenía, al tiempo que olvidaba, por el momento, mi encargo.

Después de colocar el conjunto desordenado y excesivo de objetos que se hallaban sobre mi escritorio y de vaciar el cenicero cargado de colillas y de cascara de cacahué en una papelera rebosante de basura, estaba preparado para comenzar el trabajo habitual, aunque suponía que, como casi siempre, sería poco o ninguno. Porque a mi entender, repantigarse sobre una silla consumiendo horas soporosas, mientras se espera inútilmente que suene el teléfono con la llamada de algún posible cliente, no es actividad alguna; más bien es una pérdida, lastimosa por estéril e ingrata, del escaso tiempo que vivimos los seres humanos.

¿Mi negocio? Consistía en socorrer, resolviendo sus problemas económicos, a los visitantes españoles que andan por esos mundos de Dios. Pero, o no había viajeros españoles por allí, o si los había no tenían problemas económicos. A cambio de mis servicios obtenía un pequeño beneficio por cada entrega que realizaba, un exiguo veinticinco por ciento de la cantidad, por lo que la mayoría de mis escasos clientes me tacharon de usurero, infame, deshonorabuenos, carroñero y otros adjetivos que popularmente se dedican a prójimos con poco aprecio social por realizar negocios financieros de esa índole.

Finalizó Altagracia, tras una interminable despedida llena de risitas y monosílabos, su coqueta charla telefónica. Colgado el aparato, repentinamente seria y sin mirar, preguntó como cada santa mañana:

—¿Qué hay para hoy?

Y como cada santa mañana, me estrujé los sesos para encontrar

alguna tarea u ocupación que justificara su salario. Pero no había nada que hacer, sólo aguardar. A su vez yo pregunté tras unos segundos como recuperado de profundas meditaciones:

—¿A cómo está el cambio de la peseta?

Esta respuesta-pregunta le indicaba que tras responderme podía retornar a sus quehaceres habituales, que generalmente consistían en leer revistas, visitar a sus amigas de oficinas cercanas a la nuestra, acicaladura personal, o seguir clases de inglés por correspondencia. Optó por lo último. Repasaba la lección pronunciando en voz baja. Ese cálido, femenino y tan sosegado murmullo, muy agradable para mí, además del monótono repiqueteo de la lluvia en la techumbre del local y el desvelo en la noche, hicieron que cayera en un profundo sopor, y esto a pesar del aire acondicionado y la humedad de mis ropas. Algunas veces en ese estado de duermevela, yo me

complacía deliberadamente en ella como objeto y en esos pensamientos prohibidos que nunca tuve ánimos para hacer realidad; esas exquisitas tentaciones a las que nunca tuve el valor de ceder.

Alguien golpeó en la puerta:

—«Ta, ta, ta, táaaan...»

Los golpes me sobresaltaron sacándome del embeleso en el preciso momento en que, no sé si soñando o imaginando, veía a Altagracia dirigiéndose al presidente de los Estados Unidos de Norteamérica exigiéndole calidad en las lacas de uñas. Mitad en inglés mitad en español, así se expresaba ante el dignatario. El presidente escuchaba con mucha atención y asintiendo con la cabeza humildemente se disponía a contestar cuando tocaron de esa forma.

Supe al momento que se trataba de Chespirito, mi hombre en Santiago. Persona cumplidora a la que podía ordenársele cualquier cosa: sacar a pasear al perro, dar la

papilla a los niños... Él lo ejecutaba todo con el mismo talante impertérrito. Tenía por costumbre llamar de esta manera, porque así llama el destino a nuestra puerta según Beethoven en su Quinta Sinfonía. Desde que supo esto, siempre tocaba de esa forma.

Chespirito se llama si el nombre no le han cambiado. Persona de mi confianza delegada en esa ciudad veguera para velar y atender por mis asuntos en ella, que eran, al igual que los de La Isabela (ciudad donde se encontraba la oficina) ruinosos, poco gratificantes y aburridos por la poca actividad y dedicación que requerían; y también desesperanzadores ante un futuro vacío, sin expectativas.

El más importante de mis negocios en Santiago consistía en una banca clandestina de lotería; en él tenía a un único asociado, otro mameiano bautizado con el nombre de Licinio, hombre cabal y serio en la medida que puede serlo

una persona con negocios de esta naturaleza. No le traté mucho, pero la recomendación de Chespirito fue suficiente para animarme a compartir riesgo y capital con Licinio en esa ocupación delicada y peligrosa.

Después de entrar me miró como se mira cuando se acompaña en el sentimiento, y yo supe en ese instante que habíamos tenido pérdidas una semana más.

—¿Cómo fue, Chespirito?

—pregunté con la vana esperanza de que no respondiera lo que respondió las últimas veces que le hice esta misma pregunta, es decir: «no fue muy bien, no».

—No fue muy bien, no

—contestó tras expulsar aire sonoramente por sus ampulosas aletas nasales.

Ordené a la secretaria que saliera. La oficina se componía de un solo habitáculo, y aunque creo que ella sospechaba algo sobre este ignominioso negocio, no me interesaba que estuviera presente por lo poco elegante que a mi

parecer era el asunto, amén de su clara ilegalidad.

Cuando salió, Chespirito soltó a bocajarro, sin contemplación ni piedad, lo siguiente:

—Ligaron un palé señol Fran.

Esta noticia suponía una merma considerable para mis pobres economías. No obstante, sosteniendo la indiferente calma con que los hombres de mundo afrontamos las contrariedades, inquirí mirándome las uñas:

—¿De cuánto?

—De treinta mil pesos —dijo con crudeza mameiana observando mi reacción de reojo.

Abandonando la indiferente calma de los hombres de mundo, volví a preguntar, esta vez con furiosa agitación española:

—¿De cuánto?

—De treinta mil —me volvió a contestar.

—¡Virgen de la Altagracia!
¡María Santísima! —exclamé con los sentidos en suspenso, profundamente desorientado y con retortijón de tripas.

Sonó el teléfono. Descolgué y la avinagrada voz de mi discreta, delicada y bondadosa esposa, dijo:

—No te olvides de traer el aceite, fruta, la carne y pescado. ¡Ah! y un paquete de compresas.

Yo, por ahorro y comodidad de mi señora, compraba grandes cantidades de alimentos en el mercado central. Iba a decirle que no olvidé su encargo cuando llamaron a la puerta nuevamente. Abrió Chespirito y aparecieron, empapados y despeinados, un par de desconocidos ocasionados de los de maletín y corbata. A esas visitas las clasificaba como de riesgo, es decir, de las que acosan al bolsillo ajeno. Mientras mi esposa manifestaba algo concerniente a la pasta italiana, los individuos se identificaron por señas y con un carnet pringón, como inspectores del Seguro Social. Les rogué que tomaran asiento en la única silla desocupada, pues a decir verdad no caía mi oficina en lo superfluo por lo escaso. Se acomodó en ella,

con la precaución con que lo haría una recién parida, el que aparentaba mayor edad y jerarquía. Decidí darles preferencia, pues el asunto de Santiago no era prudente atenderlo en presencia de funcionarios del gobierno, aunque fueran del mameiano.

—Díganme en qué puedo servirles caballeros —les pregunté cortésmente.

—Es sobre los seguros sociales de sus asalariados —indicó con voz afectada el inspector más nuevo y sin butaca.

Rogué a Sonia, mi señora, que llamara más tarde, interrumpiendo su familiar y agradable soliloquio telefónico, que en esos momentos versaba sobre las propiedades de alguna hortaliza, no recuerdo cuál. Ella enmudeció, pero al momento su voz volvió a sonar nuevamente en el aparato con aspereza diciendo que la ignoraba, que nuestra relación no era la de antes, que la soledad la martirizaba, que yo era una sabandija, que no entendía que

el desamparo era duro para una mujer en un país extraño, que ella era una esclava al servicio de un déspota machista, que sólo quería su cuerpo, que le había arruinado el día y que llamara cuando yo quisiera si es que me acordaba de que tenía mujer; y que se iba a la cama a llorar porque estaba asqueada de todo. Terminada su inoportuna perorata colgó sin dar tiempo a réplica alguna.

Un insufrible silencio, sólo mitigado por el sonido de la lluvia, se adueñó del local. Sentí las miradas reprobadoras de los inspectores y de Chespirito, pues era estilo de mi mujer en sus malos días menstruales y, sobre todo cuando se la contrariaba, el hablar a gritos; enterándose así de mis problemas conyugales los presentes, lo que les ayudó a calificar mi matrimonio.

Durante unos instantes y a través de las ventanas, perdí la mirada en el tránsito callejero tratando de ordenarme. Los vehículos circulaban lentamente

elevando sucias cortinas de agua del suelo. Un peatón corría con un plástico en la cabeza. Una anciana negra, con un ajado paraguas, guarecía en su regazo a un lechón mientras hacía señas inútilmente a los automovilistas con la intención de que algún compasivo se detuviera. Era una mañana oscura que obligaba a encender las luces. Los relámpagos azulaban la escena. Los truenos se percibían potentes y amenazantes desde la pequeña oficina.

El inspector sentado carraspeó para atraer mi atención mientras abría su cochambroso maletín y extraía unos papeles que, después de ordenarlos meticulosamente puso sobre la mesa. Presuntuoso, tomó un bolígrafo coronado por un pequeño osito y con voz serena comenzó un interrogatorio:

—¿Nombre de la sociedad?

—AATUCA —respondí precavido.

El de menor edad se interesó por la significación de estas siglas.

—Ayuda Al Turista
Compañía por Acciones —le
informé mecánicamente sin
mirarle.

Prosiguió el de mayor edad.

—¿Su nombre es...?

—Francisco Maldonado
Expósito.

—Usted es español ¿verdad?
Aquí estuvo su rey hace un tiempo
y regaló unas guaguas para la
ciudad de San Nicolás. Le
acompañaba la mujer, su graciosa
majestad reina Lady Di. Muy
simpatizante y elegante
—pronunciaba con sosegada
gravedad y procurando dar
evidencia de ser una persona
instruida y con habilidad para
servirse de las joyas ocultas del
idioma—. Cuando paseaban sus
soberanos por la bonita e histórica
zona colonial de nuestra heroica
ciudad capitalina, se llevaron a un
hombre preso. Y es que aquí, usted
seguramente lo sabrá, somos muy
brutos en el trato con el hembraje.
Se piropea sin imaginación ni
cortesía.

—¿Y por piropear a la reina le llevaron preso? —pregunté asombrado.

—Es que esa mala boca la llamó criminal, torturadora, devorahombres, comesola y soviética —aseveró el joven justificando sobradamente a la autoridad.

—Su majestad Lady Di al escucharle corrió asustada al carro blindado. Al hombre le metieron preso después de la golpiza que le dio la escolta. Y es que eso no se le puede decir a la reina de España ni a ninguna otra reina del mundo. Las monarquías requieren respetos —sentenció el viejo.

—Pero ciñámonos a la materia de nuestra visita —continuó—, ¿cuántos trabajadores tienen nómina en su sociedad?

—Pues, solamente mi secretaria y yo trabajamos aquí —contesté mientras observaba a Chespirito desinteresado y hurgándose en la oreja con una llave.

—Pues según nuestras referencias, por denuncia de un asalariado suyo, en esta empresa laboran quince gentes desde el día en que se inauguró hasta hoy día del Señor. Además, usted no efectuó inscripción en el registro pertinente cuando iniciaron sus actividades en el mes de julio. Es decir, hace once meses que usted no abona nada en concepto de cotización laboral, lo que supone un total de diez mil quinientos pesos de atrasos, más sanción. Por eso se le pasará un recibo por el total de estas cantidades en las próximas fechas. Se le hace la inscripción en este momento. Hay también unas denuncias por incumplimiento de contrato a las que deberá responder en el momento y ante el tribunal oportuno.

Al tiempo que él cumplimentaba un formulario, yo centré mi defensa en que esas acusaciones eran falsas, hechas maliciosamente para causar daño a un honesto padre de familia, dando

lugar a ese procedimiento de oficio en el que yo podría demostrar que estos trabajadores a los que él se refería, colaboraron sólo por un corto período al comienzo, pero que tuve que despedirlos a todos lamentablemente porque no teníamos ningún tipo de faena ni de clientela.

Interrumpió mis palabras, que con eficacia suma demostraban mi cumplimiento con el erario público, levantando una mano ensortijada, no muy limpia por la palma. Después se incorporó y antes de salir dijo:

—Le dejo anotado mi número particular, comuníquese conmigo y lo arreglamos. Somos latinos, somos hermanos, hablamos el mismo idioma que Santa Isabel la Católica, llámeme que nos entenderemos.

Dejaron un par de impresos sobre la mesa. Chespirito tamborileaba los dedos sobre el tablero mientras miraba el mapa de la República suspenso en una de las paredes.

—Empezamos mal el día.
Éste será otro al que le tenga que
untar la mano —me lamenté.

—Pues sí Fran, ya le decía
—retomó nuestra conversación
Chespirito sin darme descanso en
el fastidio—, agarraron un palé de
treinta y en la quiniela también
salió un número malo, el quince.
¡Diablo! tiene tres mil apuestas, el
segundo premio también fue malo,
el sesenta y seis. ¡María Santísima!
tiene dos mil y pico quinielas. No
fue bien Fran, no. Todo esto hace
un total de, más o menos, ochenta
mil pesos que dividido entre
ustedes dos son a cuarenta mil
cada uno.

Calló esperando mi reacción.
No dije nada porque me lo impedía
la perturbación de ánimo. Sentí un
ligero y desazonador temblor
interno. El azoramiento me
entorpecía el razonamiento y el
habla. Prendí un cigarrillo sin dejar
de mirarle. Raimundo, como en
realidad se llamaba, me parecía
buena persona, al menos desde que
le conocí. Pero en esa

circunstancia a nadie extrañará que recelara hasta de mi propio padre si en el negocio anduviera.

—Es difícil, pero a veces pasa, señol Fran. Yo lo siento más que si el dinero fuera mío. Cuando yo vi ese palé..., mire, ¡Vilgen de la Altagracia!, el mundo se me vino abajo. Pensé: pobre señol Fran. ¡Diablo! De corazón le digo que no lo siento por mi veinte por ciento —yo, de mis beneficios, le entregaba ese porcentaje.

—Bueno —dije con una voz timorata que casi ni yo percibía—, también en este negocio hacemos agua y hay que enfrentar las pérdidas. Le voy a hacer un cheque para que se lo entregue a Licinio por cuarenta mil y...

—Excúseme Fran —interrumpió—, pero hay otro pequeño problemita.

Me dispuse mentalmente para encajar el golpe, porque cuando Chespirito llamaba a algo «pequeño problemita» yo sentía temblar el suelo bajo mis pies.

—Verá, es que Licinio no

tiene caudal suficiente para poner su parte; ¿veldá? y el hombre está apurado, tremendamente apurado. La gente ya espera en la misma puerta de su casa para cobrar los premios, y muchos ya están guapos, enfadados de veldá.

—¡Pero él sabía que se despachaba por estas cantidades! Los cálculos eran que aguantábamos el riesgo entre los dos, que asumíamos hasta estas situaciones. ¿Cómo va a ser ahora, que no tiene el dinero de su parte? —repliqué con expresión enérgica cargándome de razón y descargando tensión interior.

—Excúseme Fran —dijo conciliatorio—, usted tiene razón, no digo lo contrario, pero... la cosa es seria. Imagínese, la gente en la puerta de su casa, exigiendo lo suyo, llamándole estafadol. Él dice que le ha dado a ganal dinero, que ahora le toca a usted socorrerlo. Está negociando para vendel el carro; acudió a prestamistas y tiene algo en casa, pero no le alcanza. Él dice que mire a vel si usted le

puede prestal unos veinte mil y él se lo devuelve poco a poco, al pasito —dijo sin levantar los ojos del cenicero—. Si no... vamos a tenel problemas con la policía. Es un negocio ilegal. Algunos quieren denunciarle pol estafadol. Y ya por la calle les llaman ladronasos también a sus papás. Si él va preso, pues... no querrá ir solo. ¿Usted me está entendiendo cómo es? Yo estoy seguro de que si se arregla todo y usted le presta el dinero, él se lo devuelve porque Licinio es hombre serio.

—¿Usted me recomienda que se lo dé?

—Sí —contestó sin dudar.

Cada vez tenía más dudas.

Me resistía a creer que Chespirito estuviera dándome un *tumbe*, como llaman por esas tierras a los timos y engaños. Le conocía desde mucho tiempo atrás y nunca me defraudó. A pesar de las tentadoras trampas que tramé para catalogar su honradez, siempre respondió con lealtad. Pero ahora recelaba. Me sentía amenazado, podía o no

podía ser limpio, pero era un jaque que sólo dejaba libre la casilla del pago, de otra forma podría ser jaque mate.

Estaba resolviendo qué hacer cuando se abrió la puerta de nuevo.

—Permisito —reapareció el inspector más joven—. Es que tengo una vacilación. Expósito ¿se escribe con ese o con equis?

—Nuevamente situó ante de mí el exasperante formulario oficial.

Contesté hastiado que era con equis. Tachó el nombre y escribió de nuevo *Esposito*.

—Tenía razón mi superior, es como él decía. Gracias y disculpen. Bay.

Cuando salió hice un cheque por sesenta mil pesos y se lo di a Chespirito diciendo:

—Entrégueselo. Dígale que no le voy a cobrar ningún interés, pero que me tiene que devolver religiosamente hasta el último peso; que los españoles somos así, que aunque no era lo convenido, no soy yo de la condición de gente

capaz de dejar a un socio abandonado y en apuros; que espero que él me corresponda y no defraude esta muestra de compañerismo mercantil. Dígale también que temporalmente yo me retiro de la Banca. Mi economía no está en condiciones de seguir adelante en este turbulento negocio. En las actuales circunstancias prefiero aguas más reposadas, menos traicioneras, que sin ser tan gratificantes, al menos son más seguras para un padre de familia.

Aunque dudo que captara la hondura del recado, dijo que se lo transmitiría palabra por palabra a Licinio. Tomó el cheque y se fue después de augurar tiempos mejores. Supongo que pensando que no era la nobleza de mi carácter lo que me animó a firmar el cheque, sino, más bien, el temor a la cárcel y a los abogados salteadores del país. Si era eso lo que imaginaba, atinó.

La lluvia no cesaba. Solo en la oficina. Solo y sin dinero,

aunque con mucho desasosiego y preocupaciones. Debía salir adelante. Dos hijos no son algo leve ni es broma. El cabeza de familia debe aguantar el timón con decisión, enérgicamente, enfrentar la tempestad con coraje y evitar que la quebradiza embarcación se hunda. Al menos eso me decía yo mismo, tratando de recuperar el ánimo macerado.

Y es que me encontraba en un país extraño, lejos de mi tierra, sin fortuna, sin recursos, sin horizontes, y, para seguir con las metáforas marineras, en calma chicha. Mi familia, ajena a la situación, seguía su rutina diaria con la tranquilidad del carnero, que, en el matadero, rumia y rumia el alimento diario en un acto inútil, un sin sentido frente al destino.

Llegué a la República Mameiana con mis ahorros, una cantidad considerable, con posibles. Traje también un saco lleno de proyectos, algo a largo plazo. Vine a este país buscando una vida plácida, segura,

confortable, natural. Mi cabeza era un hervidero de ilusiones. Escapaba del agobio, de la opresión ciudadana, de la tensión del progreso, de la deshumanización y calificación profesional; del contagio televisivo, del iracundo conformismo, de la contaminación ambiental, espiritual; del hondo y plumizo hueco existencial; de los aparatitos, los botoncitos, los desnatados; de los vecinos con fauces de lobo, desconocidos sospechosos; de las aristas punzantes de la envidia y la presunción; del Ministerio de Hacienda; del pus de la frustración...

Era un confundido que se rezagaba de los útiles aprovechados. Mientras ellos medraban acuciados por un miedo inveterado, prosperando día a día, complaciéndose el egoísmo, yo no encontraba aplicación a las aturdidadas consideraciones morales y estéticas que a mi entendimiento eran las que deberían dictar un

estilo de vivir. Me asfixiaba en las farragosas relaciones interesadas, en los uniformados criterios comunes, en la vulgaridad universal de la que no convenía disentir para no ser tratado como un apestado. Con dos planos psicológicos enfrentados: la realidad de un rincón urbano y el sueño de países lejanos. Un ser como yo, con mis conocimientos, preparación e inteligencia, tiene un mal acomodo en la España actual. Quizá en otro sitio, en una nación del Tercer Mundo, o del Cuarto o del último, podría defenderse mejor, sacar más provecho a sus virtudes, que alguna, aunque pocas, tenía. Así, en un momento decisivo, el miedo y el vértigo estallaron destrozando mi sino. Me aventuré a lo desconocido. Sabía que tenía un futuro entre mis manos después de vender la casa y volver la espalda al pasado. Y si mi mujer no hubiera dicho: ¡Que sea lo que Dios quiera! no se habría escrito esta historia.

Los días transcurrieron

dichosamente. Disfrutamos del dulzor de la vida mientras duraron el dinero y los proyectos. Fue entonces, gastando nuestros últimos dólares, cuando apareció la costrosa corteza de la pobreza cubriéndonos de renuncia y de impotencia. El tiempo era un enemigo engendrador de problemas. Cuánto bien se acaba al acabarse la moneda; y cómo entonces, a través del velo rasgado de las evanescentes ilusiones, se descubre la insoportable crudeza de la realidad miserable.

Así estábamos, deslizándonos en la podredumbre, casi podía oler mi propio husmo, cuando se abrió la puerta y vi por primera vez a Federico Meiva Franco, hombre que intervendría poderosa y agriamente en mi vida por esas combinaciones caprichosas que establece el destino. Así se llamaba, Federico, aunque a él le gustaba que le llamaran Mey. Delgado, pechopollo, pelo liso y ralo, con melenita, encorvado, temblón, friolero; un crucifijo

invertido a modo de pendiente; anillos en casi todos los dedos, uno de ellos una calavera plateada de ojos rojos; con bermudas y la cazadora vaquera abrochada hasta el último botón. Lastimosamente mojado. Al contemplarle, me produjo la impresión de estar ante un pollito moribundo. Le escoltaba un moreno alto y robusto. Tomó asiento y esperé a que hablara. Sacó de un bolsillo interior unos documentos húmedos y arrugados colocándolos sobre la mesa de la misma manera que antes lo hiciera el inspector. Los alisó con manos trémulas mientras decía con voz fina, mal modulada y poco masculina:

—Hola. Mira, vengo de Western Union porque me he quedado sin dinero y allí uno me ha hablado de vosotros. Dice que traéis dinero de España rápidamente.

—¿De wes qué? —dije intrigado.

—Sí, de una empresa que también hace cosas de éstas, pero

no lo traen de España, lo traen de USA, Italia, de Alemania y no sé de dónde coño más. Allí uno me habló de vosotros.

Yo tenía a varias personas entregando tarjetas y publicidad para captar a turistas viciosos, o a aquellos que padecen algún atraco o pérdida. Taxistas, recepcionistas de hotel, personal de aeropuerto... es decir, a gente que tienen un trato directo con presumibles clientes. Pensé que habría sido uno de éstos quienes le facilitara la información y que no tardaría mucho en aparecer por la oficina para reclamar su comisión.

—¿Dónde se encuentra hospedado?

—En el Isabela Village

—¿De cuánto es el envío que usted quiere realizar?

—No sé... de unas doscientas mil pelas más o menos. Mira aquí te traigo este documento del Banco Comercial Ampurdanés en España. Ya ves, hay un fondo de veinticinco millones. Están a nombre de mi hermano que está

aquí conmigo —le dio un escalofrío y aleteó la mano en la que sujetaba el papel.

—¿Quiere usted que apague el aire acondicionado?

—Sí. Es que estoy mojado y voy a pillar una pulmonía.

Me levanté para apagarlo. Estornudé y acto seguido él hizo lo mismo. Verdad es que los dos teníamos más o menos el mismo físico, aunque yo no tengo pechopollo. Al negro grande y fuerte le haría gracia ver estornudar casi al mismo tiempo a dos enclenques mojados, por eso sonrió y para disimular miró por la ventana.

—Te decía, que el dinero está a nombre de mi hermano, pero no hay ningún problema, porque si hay que firmar algo, o lo que sea, mi hermano viene.

—Bueno, yo le voy a explicar nuestro procedimiento operativo. Si después decide utilizar el servicio, pues ya vendrá su hermano.

—Vale, dispara.

—AATUCA le hace entrega de la cantidad de dinero que usted desea recibir aquí en La República Mameiana. Previamente alguien en España tiene que ingresar la misma cantidad en nuestra cuenta. Todo ello se realiza en un plazo máximo de veinticuatro horas. Las cantidades están aseguradas. Si usted lo desea, hacemos la entrega en su lugar de residencia, si no, usted mismo puede pasar a recogerlo en esta oficina. El depósito en España se realiza en pesetas y aquí se lo entregamos al cambio oficial en pesos mameianos. Por este servicio cobramos un insignificante dos por ciento, más la llamada telefónica de confirmación a nuestro banco. Si desea que la entrega sea a domicilio cobramos cien pesos más.

—Yo es que no tengo a nadie allí para que haga la entrega en vuestra cuenta. Bueno, lo tengo, pero paso, yo sólo quiero relaciones con el director de mi banco.

—Si es así, va a ser un poco difícil, porque de otra manera usted tendría que dar orden a su banco para que nos hicieran una transferencia. Esto supone varios días e imagino que usted quiere disponer del dinero rápidamente, ¿verdad?

—Así es, quería ver si nos puedes adelantar algo a cuenta. No sé, dos o tres mil pesos, porque se están poniendo pesados los del hotel y éstos del alquiler de motos —dijo señalando al mameiano con la cabeza.

—¿Ha rentado una moto?

—Sí. Bueno, el caso es que me hace falta la pasta ya. Como ves no hay problema de dinero. O sea, has visto los fondos que tenemos. Yo, si quieres, cuando regrese a España hago el ingreso personalmente, te hago un documento donde ponga lo que me dejas y ya está.

—Lo siento, pero es norma de esta compañía no dar adelantos a cuenta de envíos. Ya le expliqué el funcionamiento de AATUCA, no

puedo hacerlo de otra manera.

Suspiró y al levantarse le sacudió otro escalofrío.

—Bueno vale. Voy a hablar con mi hermano y a ver qué decidimos.

Después de entregarle los datos por si decidían hacer la operación, salieron dejando tras de sí un reguero de agua en el piso. Por la ventana les vi montarse en una moto. Él conducía. El negro alto y fuerte iba sentado atrás. Se alejaron haciendo eses a causa de los estornudos.

—Este hombre tiene pinta de drogadicto. Supongo que no regresará. Ojalá que así sea. No me cuaja, parece peligroso, no sé bien por qué —pensé.

Retornó Altagracia y, ya en su sitio luego de comprobar en un espejito que su cara permanecía sin deterioro ni menoscabo, inició la resolución del crucigrama que le ocupaba desde hacía mucho tiempo.

—¿Me puede fiar usted doscientos o trescientos mil pesos?

—dije.

—Si los tuviera le daría eso y más.

Me miró con esos grandes ojos negros y apareció en su faz esa sonrisa blanca que me situaba en un grado de inferioridad.

Continuaba lloviendo y lloviendo, un día duro y gris, un día malo para mí. Caían rachas de agua de las que vio Noé. Cuando llegué al país, en mañanas así me dejaba mojar por el agua tibia disfrutando como un niño brincando sobre los charcos. Sonaba el chaparrón en el techo, sonaba merengue en la radio. Mi secretaria, absorta en sus quehaceres didácticos e instructivos, seguía la canción canturreando bajito.

Tenía que recapacitar, idear, pensar en algo. ¿Qué hacer? Llevaba mucho tiempo gastando dinero, lo poco que quedaba se esfumó tras el fracaso del último sorteo. No lograba concentrarme, me lo impedía la lluvia, el merengue, el canturreo, los pechos

de Altagracia.

La visita del extraño, los murmullos de Altagracia, la música en la radio contribuían a aflojar algo la opresión en esa infausta mañana. Necesitaba de ese descanso, de esa futilidad del momento. Pero no podía permitírmelo. Debía razonar. Mi obligación era buscar salidas aunque las opciones eran más bien pocas. A decir verdad sólo una: regresar a España. Era fácil imaginar la situación. Después de malvender lo que tuviéramos y pagar los pasajes de avión, acabaríamos instalados en cualquier parte, aceptando cualquier trabajo que me ofrecieran. Ya veía a mi adorable esposa prescindiendo del servicio, a mis principitos en algún pueblo soportando los rigores del invierno, y a mí mismo sin saber qué hacer, sin ganas de hacer nada. Este había sido el último intento para salir adelante, la última apuesta.

—¿Usted toma mucha agua?

—dijo de pronto Altagracia.

—¿Cómo?

—Que si usted toma mucha agua. Porque dicen que es muy bueno beber mucha, por el cutis y para otras cosas; que hay que tomar al menos dos litros diarios.

—Pues usted advertirá por mi cutis que yo ingiero poca. Sólo bebo cerveza Regente y ron Casteló —bromeé.

—¿Usted qué piensa: las mameianas tienen un cutis mejor o peor que las españolas?

—Yo afirmo que las mameianas tienen de todo más y mejor que las españolas.

—No relaje. Dígame lo que piensa, pero en serio.

—Sin juramento podrá creerme si le digo que para mí no hay más que una, y que por esto no me suelo fijar, ni en la gracia ni en las galanuras de ustedes, deliciosas muchachas, que desorientan al más sensato con una caída de ojos y con un roce hacen que le hierva la sangre al más indolente. Aunque no puedo negar que en alguna

ocasión se prenda mi mirada en un busto; que me agrada del abundante, o en unas nalgas incitadoras a lo contranatural, o en un bello rostro como el suyo, que no hay mal que no espante. En cuanto al cutis, mientras no haya pústula u otras impurezas, no he constatado diferencia alguna.

—Me agrada cuando usted habla igual que don Sancho Panza. Me gustan los españoles, siempre relajando, no sabe una si hablan en serio o en broma.

—¡Qué poco conoce usted a los españoles, señorita!

—No olvide que mi novio es español. Por lo menos reconozco bien a uno —sonriendo volvió a su crucigrama.

Su novio era Bienve. Cincuentón no mal parecido, con la apariencia de alguien que no ha pasado estrecheces en su vida. Camisas, pantalones y zapatos blancos eran su conjunto predilecto. Ciertamente tenía buena estampa, aunque no tan magnífica como creía este español

de Valencia. Propietario de dos embarcaciones dedicadas al negocio de la pesca deportiva en alta mar, tenía también una camioneta blanca, dos perros ariscos, tres niños intratables y una obesa mujer turca de mucho carácter, quien cierta noche a punto estuvo de agredirle de obra con un paraguas, porque de palabra abundó en el castigo para mancilla y deslustre de la virtud, la reputación y fama del consentido ante los presentes. Así obró al sorprenderle charlando con el putaísmo en uno de los alegres bares de Morúa, pueblo costero en el que residíamos Bienve y yo. Disertaban sobre la condensación del aire, o algo parecido, o mejor dicho, discurría él. Porque a Bienve le gustaba hablar y hablar hasta aburrir a los que, por cortesía o interés, no se atrevían a interrumpir sus difusas y tediosas charlas que generalmente sólo tenían un tema de conversación: él y su historia. Por otro lado, Bienvenido del Campo Calatrava

aparentaba finura, elegancia y señorío, aunque con el paso del tiempo le conocí tal como era tras el telón: ridículo, cursi, de mal gusto y jactancioso. Además de la pedantería, se sumaban también a su persona, un racismo sarcásticamente sangriento, una presunción infundada y una arrogancia inmensurable, sin caer en la cuenta que quien se da importancia, los demás se la quitan. Tenía suerte el maldito. Ganaba más por acaso, que por destreza en sus negocios. ¿Gozan los pájaros su vuelo? No se sabe, pero se supone al verlos volar. Eso pasaba con él. Se suponía que era gozosamente feliz en su vuelo, y no hay cosa que más ofenda que la felicidad ajena. Por eso se le odiaba con un odio destilado de envidia.

A pesar de ser racista mantenía asunto carnal con varias «gallinitas», así las llamaba. Muchachas morenas de muy buen ver, complacientes, sencillas y necesitadas de moneda. Altagracia

era una de éstas, su favorita, a la que más apreciaba y premiaba. A las otras las veía ocasionalmente en alguno de los muchos viajes que realizaba por la costa debido a las obligaciones del negocio. Eso decía este cominero a su furibunda consorte turca, sirviéndole de excelente coartada. Durante el día perdido por esos bellos campos mameianos disfrutando de bellezas oscuras, en la noche recogido en casa con la probidad de un buen padre de familia. Si Bienve en sus viajes sigue con esa costumbre, seguramente padecerá ya de algún mal contagioso adquirido en el deleite sexual. Y puede que si aún no ha muerto, su muerte sea algún día matada por padre, madre, hermano, novio o esposo de alguna de sus «gallinitas», o acaso por mano otomana. Acabarán sus tropelías de un machetazo regalado por alguien a quien, además del billete, le haga falta el honor y el recato. Porque este hombre no respetaba.

Mirando a Altagracia pensaba

que, tras el encanto de su apariencia indefensa en el que se parapetaba, escondía a una perversa e ingrata mujer calculadora sin escrúpulos, dueña absoluta del verriondo español, sometido por la incontinencia a sus caprichos. Acaso fuera ella el escarmiento del sátiro español.

Transcurrió algún tiempo y decidí regresar a mi casa para comer. La persistente lluvia perdió intensidad. Ordené a la secretaria que llamara allí si sucedía alguna novedad.

—¿Ya me deja usted otra vez solita? —sonrió estirándose.

—Sé que le resultará muy difícil pasar sin mí, pero, sopórtelo.

—En realidad cuando más lo echo de menos a usted, señor Fran, es durante el día en que me paga la quincena. Si usted falta un día de esos, no hago nada más que recordarle y desear su presencia. Disculpe el relajo y no se ponga guapo.

—Hoy disculpo y tolero casi

todo. Todo menos el ver un rimmel mal dado y alguna impureza en la nariz.

Acerté en el centro de la diana. Quedó sin respuesta, con la boca entreabierta y buscando un espejo en su bolso.

En la calle agradecí la agradable temperatura. La moto arrancó por capricho, ya que le costaba mucho hacerlo incluso en días bonancibles. Escuché el alegre repiqueteo del motor con la satisfacción de salir del apuro sin tener que solicitar a alguien un «empujoncito». Pensé que no todo tenía por qué salir mal y me regañé mentalmente por no coger el impermeable. Arranqué y a una velocidad moderada y con precaución por el peligro que tienen las motocicletas en los días lluviosos, y el de las carreteras mameianas todos los días del año, emprendí el regreso a mi hogar, distante a veinticinco kilómetros. Mientras disfrutaba del hermoso paisaje de los verdes campos mameianos, cuando llevaba

recorrido más o menos la mitad del placentero y sosegado trayecto, súbitamente, en medio de un cañaveral, la moto se detuvo. En esa desgraciada circunstancia se inició un nuevo chaparrón. Como se resistía ahora y ya ni por capricho arrancaba, decidí ocultar el maldito cacharro entre las cañas de azúcar y regresar después con algún mecánico. Me atemorizaron unos ladridos cercanos y no penetré demasiado en la plantación. Por la lluvia y la amenaza canina no tenía yo el ánimo demasiado sereno. Esto junto con la dificultad del terreno provocaron la caída de la pesada motocicleta y de mí mismo sobre ella. Cubierto de barro, y ante la imposibilidad de incorporarla con mis limitadas fuerzas, la dejé tumbada allí mismo y salí hacia la calzada con idea de hacer autostop. Serían las dos de una tarde oscura. No se paró ningún vehículo. Algunos sin compasión y otros con burla descarada manifestaban alegría y regocijo al verme en tal

situación, caminando bajo semejante tromba de agua sin refugio cercano donde poder guarecerme. Durante una media hora la lluvia incesante siguió mojando las plantaciones y a mi persona, después cesó de pronto. En ese momento vi un concho, utilitario que con una ruta prefijada se dedica al transporte de viajeros cuando éstos se lo demandan a lo largo del recorrido. Destartalados, peligrosos, una especie de taxis con funciones de autobús, es decir, montaban a cualquiera siempre que cupiera dentro, a veces se encaramaban encima. Tendrían que ver muchos contorsionistas de circo para su asombro hasta dónde se puede doblar, arquear, estrujar y apretar un organismo humano.

—No cabe —dijo una señora gorda desde dentro.

—Sí cabe, es flaquito —replicó el chófer.

Con muchísima dificultad pude sentarme sobre las piernas de esa mujer y dado mi estado, sin

poderlo evitar, mojé y embarré su falda.

—¡Carajo! Este gringo del diablo me está empapando —exclamó con gesto de repulsión y voz estentórea.

—No soy gringo señorita, soy español, para que usted lo sepa —dije con urbanidad y comedimiento, a pesar de los adversos sucesos que me deparaba ese ominoso día.

—Pues pior —contestó ella clavando con malicia su codo en mi costado.

Opté por ignorarlo para no iniciar polémica alguna con mis compañeros de trayecto y sobrellevé con mutismo y resignación lo que restaba de viaje.

Llegamos a Morúa, y al apearme del concho comencé a caminar despacio ejercitando una serie de estiramientos musculares, procurando que los miembros entumecidos recobraran su agilidad y soltura. Cuando me encontraba en los alrededores de mi vivienda escuché un vocerío que

brotaba del interior.

Un recio vozarrón varonil se imponía en inglés sobre otra voz más endeble que replicaba en español, la de mi señora.

Alarmado entré rápidamente en la casa. Allí estaba J.J., o como se pronuncia en su idioma: yei, yei. Vejestorio norteamericano, grande, narizudo, un ojo de cristal; con la misma apariencia desaliñada de siempre: en bermudas, con chancletas, sucio, grosero; sin policía, cortesía ni crianza, ruin, interesado y venal, es decir, un auténtico puerco. Era mi casero.

Al descubrirme dirigió su carga contra mí con más ímpetu aún. Profiriendo gritos retumbantes, decía no sé qué de peces. Y es que yo también tenté la suerte en el comercio de compraventa de pescados y mariscos al por mayor, emplazándolo en mi casa; bueno, en la casa de J.J. sin su consentimiento. Incumplía así el contrato rubricado entre los dos, por el cual se prohibía

explícitamente la instalación de cualquier negocio en ella, que se dedicaba exclusivamente a residencia familiar. No tuve más recurso que infringir la cláusula, porque mi economía no permitía poner en su debido lugar una pescadería en condiciones. Por eso me animé a comprar dos congeladores, arrendé una vieja camioneta y me dediqué durante unos meses a la compraventa de pescados. Mi clientela se diversificaba entre los hoteles y restaurantes de la zona. Poco tiempo después abandoné. Las ventas, si quería comerciar, habían de ser a crédito y se retardaba mucho el cobrar. Viajaba demasiado para obtener género, sufría a los mayoristas, que eran a quienes obligatoriamente los pescadores debían vender; soportaba sus inacabables peleas de gallos, su inconstancia, su desprecio... Tiempos muertos esperando la entrada de una mercancía escasa que no abastecía suficientemente a todos los

compradores que por aquellas
lejanas tierras nos encontrábamos
en perdidas aldeas donde la
electricidad era aún una teoría, y
donde, si renaciera Colón,
descubriría pocas novedades.
Chespirito y yo arriesgamos en
ocasiones la vida por esos caminos
peligrosos, polvorientos,
intransitables para vehículos de
tracción mecánica.

Al cabo, entre desembolsos
por alquiler del vehículo, el salario
de Chespirito, untamiento policial
y sumando las comidas, gasolina,
reparaciones y ron, se iba lo
comido por lo servido. Así que
resolví abandonar la piscatoria,
quedándome como saldo dos
congeladores, una báscula, algunos
recuerdos marineros y este
problema con J.J.

Un mal intencionado
fontanero canadiense que trabajó
en la casa se chivó al intransigente
casero norteamericano, de que sus
informales inquilinos españoles
realizaban negocio con pescado
mameiano donde no debían

hacerlo.

Con la paciencia y seriedad que nos caracteriza a la gente manchega, traté de hacerle comprender que no había pescado, y que nunca lo hubo en la casa, que los refrigeradores eran de un amigo griego que me los dejó en custodia mientras regresaba de un viaje a Curaçao. Era falso, pero qué iba a decir yo.

Él, con la prepotencia y superioridad que identifican a muchos neoyorquinos, rehusaba escuchar mi tesis, y continuaba con ese feo defecto, de gritarse entre individuos pulidos. Con un ardor impropio de su edad, se dirigió al espacioso tendadero donde yo tenía los congeladores y, al entrar, y por la fogosidad de la que era preso, se golpeó la sesera con la báscula que pendía del techo. Con la mano en la cabeza y rictus doloroso se dispuso a destapar uno de ellos diciendo algo así:

—¡Here fish!

Creía el grosero que al

destaparlo hallaría tal evidencia que haría irrefutables sus imputaciones, mas cuando lo hizo, comprobó pasmado y al fin enmudecido que estaba vacío; exceptuando un zapato mío perdido durante días (con certeza, alguna de mis tiernas criaturas allí lo escondería como desquite por alguna privación o correctivo de los que los padres asignamos en pos de una buena formación). Seguido, el atónito anciano repitió en el otro y ya, cuando tenía la tapa abierta, me pareció a mí que el límite infranqueable de la intimidad es que un extraño te abra la puerta de la nevera. Por eso la cerré de un manotazo y malogrando la airosa compostura que nos distingue a los españoles en el extranjero, comencé a desgañitarme yo también, gritando:

—Dis es mi jom mientras le pague cash... y tú go de mi horse.

Aturdido y tembloroso por el nerviosismo, con intención, según me pareció entenderlo, de llamar a

un intérprete, levantó el auricular del teléfono. Con la misma determinación inquebrantable se lo arrebaté de la mano y, colgando bruscamente, volví a chillar:

—Dis también is may telefón, nosotros go de tu horse dentro de unos diez o quince dais. Nos vamos cuando encontremos otra horse porque tú, no guz. ¿Yu nou?

A pesar de la dificultad del mensaje lo entendió el individuo, respondiéndome que nos iríamos en tres días, que éste era su plazo y que si no se cumplía nos expulsaría la police.

—¡Yu go nao! —volví a decir señalando con el dedo índice la puerta. Se marchó diciendo no se qué de mi fáder.

Mi suegra estaba impresionada, no sé si porque desconocía mi dominio en el idioma de Shakespeare, o a causa de la situación un tanto desesperante, teniendo en cuenta que el casero nos daba tres días para desocupar la vivienda, que era temporada alta y no había casa ni

apartamento en alquiler en todo Morúa; que moraban con nosotros, circunstancialmente, ella misma, su marido, una hermana de mi mujer, el esposo de ésta y el niño de ambos que disfrutaban de sus vacaciones en la República.

Además nos sumábamos los inquilinos habituales: mi mujer, dos hijos, la muchacha de servicio, Blas nuestro perro necio y la gata Matarile, fatalmente en el puerperio, con cinco de sus crías.

El inoportuno altercado perturbó aún más mi alterado estado de ánimo. Traté de templarme aunque me sentía victorioso y engrandecido al echar al viejo. Encendí un cigarrillo y caminé nerviosamente de un lado a otro de la estancia seguido por las preocupadas miradas de mi mujer y de mi mamá política. Fue entonces cuando descubrí a la maldita avispa posada en una de las paredes. En un acto irreflexivo que encerraba toda la inquina que sentía en ese día, me despojé precipitado de un zapato y lo lancé

con la potencia de la exacerbada rabia que me oprimía, pero errando el lanzamiento dejé una fea mancha de barro en la, hasta entonces, sin mácula pared. Al contemplarla, comprendí que la desproporcionada violencia contra el insignificante insecto era muestra de un furor reprimido desde hacía mucho tiempo, una cólera exaltada en mis adentros que se avivaba con facilidad por cualquier infortunio, a la que costaba mucho sujetar para que no se volcara en los más próximos.

Repentinamente caí en la cuenta de que seguía empapado. Me dirigí a la habitación para cambiarme de ropa, encontrándome allí con Maricela. La muchacha estaba seria, algo extraño en ella, pues era alegre y vivaracha como unas castañuelas a pesar del gran trabajo y fatigas que le hacíamos pasar entre todos. Supuse que escucharía los gritos y deduciría que su trabajo peligraba, algo grave para ella, una madre soltera con cuatro hijos a su

amparo y en un país sin protección social.

—No se preocupe Maricela. Resistiremos —dije tratando de dar ánimos. —Ese anciano venéreo, que no venerable, ya se llevó su merecido. Partiremos cuando lo deseemos. Y cuando lo hagamos, será para habitar una más respetable y cómoda morada.

—Y cuando tranquilemos la puerta... la escupiremos —dijo ella con sonrisa recobrada.

—¿Le gustó lo que dije en inglés? —pregunté ufano entregándole mis calzoncillos. No respondió, enmudecida por la impresión que le produjo el verme en pelota picada, pues no reparé en que me estaba desnudando delante de la criada, embargado aún por la discusión y por el ímpetu enfervorecido de mis palabras.

Después de una ducha me vestí, al fin, con ropas secas y casi limpias. Mientras, reflexioné acerca de esos descuidos distraídos que me ponían en ridículo tantas veces y me pregunté si acaso no

estaría perdiendo el juicio por llevar una existencia tan disparatadamente desordenada. Al rato regresé al salón ya calmado, pero con la tranquilidad del desesperado.

1/14



Del agua nacieron los sedientos

Capítulo II

Otra fecha gastada

V. Pisabarro

Después de una frugal comida impuesta por los dictados dietéticos de Sonia, que seguía un régimen inútil de invención suya para aflicción del resto, y durante la cual me pavoneé con ardor patrio del triunfo que logré ante la arrogante injerencia del norteamericano, alentado por Maricela que expresó varias veces lo de escupir en la puerta, la familia se dispersó. Yo preferí quedarme en el salón reposando mientras gozaba de un café y de un ron Casteló *Gloria Bendita*. Fue en esos plácidos momentos cuando por la puerta del jardín vi aparecer

a Damián. Español necesitado, pero con clase, en la República Mameiana. En España, según él, hombre de posibles, con negocios en la hostelería y en el mundo del espectáculo; todo abandonado, perdido, por culpa de la mala vida que le dio una mujer desleal. Un enamorado tan entregado que se resistió todo cuanto pudo a una sospecha que le aterrorizaba y a la que se vio obligado a ceder ante la contundente evidencia: su compañera, su dueña, su vida, se enlodaba en el hondo y aberrante pozo lésbico junto a su aborrecible amante. Esta robusta y perniciosa mujer, no satisfecha con arrebatarse su regalo, la paseaba exhibiéndola triunfante por los sitios y lugares que él frecuentaba, dando muestras de un cariño de muy mal gusto. Y cuando Damián, hombre sereno por lo demás, lo contemplaba, no podía evitarlo: se extravenaba y tenía que hacer un grandísimo esfuerzo para mantener la compostura. Hasta que un día en que su resistencia se rompió como

se rompe un jarro, en un ataque de celos y odios encadenados ante la afrenta, agredió a las dos damas ocasionándoles heridas de diversa consideración. Destrozó también parte del mobiliario del local de asueto donde acaeció el suceso, resistiéndose además a la autoridad municipal que se personó en el lugar para acabar con los desmanes de ese espíritu destructivo sin respeto ya por cosa alguna, dispuesto a actuar vandálicamente contra todo a causa del mal de amor. Hubo de poner el ancho mar de por medio, arribando a la bella Morúa huyendo así de varias demandas ante los tribunales presentadas por las agredidas, la policía municipal y el dueño del negocio que destrozó.

Ésos fueron los hechos, ése el motivo que justificaba su presencia allí. Para atestiguarlo mostraba una foto de la ingrata y su cabeza descalabrada, pues no en vano, la ladrona, que ya dije antes era fuerte y vigorosa, ante el ataque

desenfrenado de Damián, respondió golpeándole con un botín de los de tacón alto en la mollera; y también, antes de emprender una huida desordenada, en la que hizo añicos una luna de escaparate, alcanzó a darle con una botella de un popular refresco en los hocicos, causándole una brecha que requirió ocho puntos de sutura, luciendo Damián desde entonces sobre su labio superior, una simpática, y no pequeña, marca en forma de media luna.

De mediana edad, rellenito, de talle corto y piernas largas, no muy alto. Empezaba a clareársele la cabeza donde se distinguían las marcas del tacón de aquella mujer sañuda. Era muy señorito, le complacía ataviarse con garbo a pesar de su pobreza. Disponía de un vestuario largo y elegante. Casanova, pura sangre español. Prometía matrimonio a las incautas e impresionadas prostitutas de las que subsistía, dibujando ante sus maravillados ojos un rico y prometedor futuro a su lado. En la

espera de esos tiempos les hacía limpiar el pequeño, aunque coqueto, apartamento donde vivía; lavarle y plancharle sus primorosas prendas, masajearle, hacerle comidas, encargos y otras cosas que dejaban sus apetitos carnales satisfechos. Cuando la ambiciosa soñadora caía en el error y veía que Damián tenía las mismas intenciones de casarse con ella que nuestro Santo Padre, le abandonaban escupiendo en su puerta, que parece ser costumbre mameiana, maldiciendo a Damián y por vastedad a todos los súbditos españoles, lo que suponía una mala propaganda para la pequeña comunidad española que residía por aquel entonces en aquellas paradisíacas tierras.

Así, cuando una se iba ya estaba acechando a otra cándida ingenua; embelesándola con sus ojos verdes y la melosa voz cargada de falsas promesas. Solía elegir a sus víctimas preferentemente entre las recién llegadas, porque éstas todavía no

sabían de sus mañas. Si sospechaba el devaneo de alguna de sus cenicientas, le «devolvía la foto» que a todas exigía con afán coleccionista, dando por finalizadas así las relaciones y sus sueños, pues no deseaba volver a tragar la hiel de los celos.

A pesar de ostentar guapezas, Damián era un menesteroso sin derecho a crédito por sus reiterados incumplimientos ante antiguos fiadores. Yo era uno, o acaso el único perdulario que seguía manteniendo confianza en las dudosas promesas de ese perdonavidas. Le hacía pequeños préstamos que sumados a los que ya me adeudaba, suponían una cantidad nada desdeñosa. Prestaba hasta que su cuñado le resolviera unos asuntos en la venta de un piso, de una finca, de una ganadería de reses bravas y el remate de otros negocios pendientes en España. Con el envío de esa elevada suma podría liquidar mi deuda, además de recompensar con regalos mi fe en

él. Después emprendería varios negocios con nuevos conceptos que asombrarían por su innovación a los salvajes. Nunca especificó cuál sería su naturaleza, ni yo tenía tampoco mucho interés en conocerla; con los míos ya tenía bastante para saturar mi cerebro y colapsar mi sistema nervioso.

—Hola macho ¿qué tal?

—dijo, porque no era tan aderezado en lo verbal.

—Pues aquí estamos.

Luchando.

Al igual que siempre, desde el día en que le conocí, lucía intachablemente rasurado y compuesto, como para misa de domingo. Su máxima era: se puede ser una mierda, lo imperdonable es parecer una mierda. Consumía tres cajetillas de rubio, por eso, igual que en ese momento, siempre se le veía tras el humo de un cigarrillo, que junto a su perfume aromatizaban de manera peculiar su presencia.

Sentándose despacio buscó la postura dando una pequeña

patadita con su pierna derecha, para depositar el tobillo de ésta sobre la rodilla de la izquierda. Acomodado aspiró prolongadamente del cigarro. Después abrió la boca y el humo salió azulado haciendo espirales mientras se elevaba al techo. Al ser de carácter parsimonioso y de los que gustan de tomar la iniciativa, dejé que hablara primero después de estos prolegómenos. Tras unas chupadas más al pitillo, dijo mientras miraba a Maricela:

—Me vas a tener que dejar algo de dinero —suspiró—. No sé... dos o tres mil pesos. Estoy esperando que llame mi cuñado y me informe de la marcha de las cosas por Madrid. Pero chico, le he enviado tres fax y aún no hay respuesta de España. Estoy sin un peso en el bolsillo y tengo que pagar el apartamento al gilipollas del francés, que no hace más que dejarme notitas en la puerta «por favor, págume o se va, caballero» me escribe el tonto los cojones

todos los meses. Total porque me retraso unos días. Aquí como te descuides sin pagar un poco ya te han puesto las cosas en medio la selva estos inhumanos. Déjame dos o tres mil y ya echaremos cuentas de esto y de lo otro en cuanto me mande algo mi cuñado, que creo que no se demore la cosa mucho más.

Lo suponía. En un momento como éste, Damián también cooperaba en mi abatimiento. Tuve una desagradable sensación. Disimulé la desazón por consideración a Damián y llamé a voces a mi esposa que trajinaba en esos momentos por los cuartos superiores de la casa.

—¿Qué coño quieres ahora?

—escuché su voz con agrado; un ancla en momentos de abandono.

—Cariño, haz el favor de bajarme dos mil pesos.

—No hay —respondió.

—Tiene que haber mi amor.

—Pues si hay dime dónde y lo cojo.

—Había diez mil guardados

para el alquiler.

—Eso ya se gastó —replicó.

El ancla se esfumó.

—¿En qué?

—El colegio de los niños, la compra, el sueldo de Maricela, el jardinero, la electricidad, el agua y algunas cosas más, el sueldo de Altagracia, el...

Mientras seguía la dolorosa relación de gastos, me agarré la nariz meditativo, miré mis zapatos y después a Damián.

—Pues hazme un cheque
—insistí.

—No puedo.

—¿Por qué? —pregunté atemorizado ante la inminencia de un nuevo revés.

—Pues porque tú has hecho uno esta mañana y ya lo cobraron. En este momento tenemos un saldo de treinta pesos en el banco.

—¿Pero cómo va a ser? Si había ochenta mil hace dos días
—pregunté fríamente cuando me recuperé de la sorpresa.

—Sí, pero te olvidas del envío que hicimos ayer.

—¡Diaaaablo!, es cierto.
¿Entonces cuánto tenemos en España?

—Debe de haber unas trescientas mil pesetas.

—Pues hay que llamar al banco para que lo envíen lo más rápidamente posible. Estamos sin dinero y con pagos pendientes —me dirigí a Damián—. Lo siento pero...

—Ya, ya. No te preocupes, lo importante es la intención y ya veo que no puedes. Gracias de todas formas —los dos enmudecimos y permanecemos pensativos durante unos minutos hasta que dijo:

—Me voy a ver a Jossie que hoy traían la moqueta para la discoteca, trataré de sacar algo al maricón ese.

Al despedirse me percaté que guiñaba un ojo a Maricela que en la cocina sacaba las tripas a unos pescados. La respuesta de la muchacha fue escupir en el suelo.

Salió de mi domicilio y al punto escuché el peculiar ruido de su pequeña motocicleta, que

sorprendentemente seguía funcionando a pesar de sus abriles y del trato recibido, que, a simple vista, se advertía que fue muy malo. Pensé que Damián lo tendría muy difícil con Jossie, también conocido en ambientes inequívocos por el alias de Rosarito. Homosexual, alcohólico; de unos cincuenta y tantos, aunque nadie podía presumir de conocer su edad; hispano canadiense, emigrante a Canadá en los años cincuenta; con varias posesiones en Morúa y otros sitios de la isla. Su empeño era el de construir la mayor discoteca de la zona norte. Como casi todo el mundo aquí, tenía varios problemas, el más importante, el de estar sin dinero y no poder finalizar las obras de su negocio favorito que al igual que un hijo desagradecido y raquítico, consumía todo su tiempo, esfuerzo y dinero, sin dar muestras de crecimiento en tres años de lucha por sacarlo adelante. Vendió propiedades y decían de él que tenía hipotecada hasta la intención.

Sus bienes, según los maldecidos, los heredó de otro pajarón homosexual, que, aunque adoleciera de esta inclinación, no significaba por ello que fuera necio para los negocios. Ganó una fortuna considerable forjada con seriedad, eficacia y trabajo. Rosarito la dilapidaba alocadamente.

Damián trabajaba para él sin sueldo establecido. Le pagaba poco y le costaba mucho cobrarlo. Aunque al menos tenía otras prebendas: comida, bebida, tabaco... Él, a cambio, controlaba al personal, proporcionaba ideas en decoración y gestionaba con conocimientos adquiridos en el día a día en sus discotecas en España. Aspiraba a ser el director del negocio en cuanto finalizaran las obras. Sus esperanzas por serlo le hacían soportar, aunque con mucha dificultad, el miserable salario y los caprichos de un dueño de carácter irascible.

De repente, mientras escuchaba distanciarse el cascajo,

me sobresaltó el atroz llanto de mi pequeño sobrino. Lloraba como si fuera su intención la de arrancarse los pulmones y procurara expelerlos por la bocota al mismo tiempo. A los gritos del niño se sumaron los alaridos de pánico de las mujeres, que ya se sabe son espeluznantes. Subí alarmado las escaleras. Al llegar al dormitorio de invitados contemplé la escena descubriendo las causas del alboroto: Matarile había arañado el ojo del niño.

—¡Le sacó el ojo!, ¡le sacó el ojo! —vociferaba Maricela, con extraña satisfacción.

—¡Dios mío, ay Dios mío!
—gritaba alarmada la abuela.

—¡Hijo mío, hijo mío!
—lloriqueaba la madre presa del pánico, con el chiquilín en brazos de un lado para otro, sin poderse estar quieta.

—Párate, coño, déjame que se lo cure —decía mi esposa, que, nerviosa y con mano temblona, trataba de desinfectar la lesión con un algodón chorreando alcohol.

Pero, por los nervios, o porque la madre no se detenía un instante, o por su escasa maña, introducía más alcohol en el ojo del chiquillo, que en el ligero arañazo que tenía sobre la cejuela derecha.

—Déjame que se lo desinfecte que los arañazos de los gatos son muy dañinos y se infectan mucho por la guarrería que tienen entre las uñas.

—¡Estate ya quieta joder!, que le vas a dejar ciego
—mandaba mi suegra cabalmente aferrando el brazo de mi Sonia.

Más daño le causó el remedio que la enfermedad, según dice el dicho. Cerciorado de que el ataque felino no era nada grave, escapé subrepticamente de la vivienda. No me era fácil soportar la tensión que recorría el lugar como relámpagos, y que tanto mal ocasionaba a mi alterado sistema nervioso.

Ya fuera, aspiré profundamente la fragancia de una brisa marina mientras andaba despacio tratando de serenar los

ánimos reavivados. Me encaminé hacia mi lugar preferido: un acantilado cercano, para allí, frente al mar, gozando de la soledad y fumando un cigarrillo, meditar sobre qué senda seguir, qué hacer... en fin, todas esas cosas que se piensan cuando alguien debe tomar una grave resolución. Me conocía y sabía que, en lugar de esto, terminaría cavilando sobre materias disparatadas que sin venir a cuento no me beneficiaban en nada, aunque para mí eran relajantes y evasoras. Por ejemplo: ¿cómo vuelan los aviones?, ¿cómo congelan las neveras?, ¿qué es la electricidad?, etcétera.

No conseguí llegar a mi destino, se interrumpió mi trayecto al encontrarme con mi suegro y mi cuñado; éste, al tener noticias del ataque gatuno al ojo de su único hijo exclamó: —¡Hijito!— y emprendió una alocada carrera hacia la casa con tan mala estrella, que, al brincar un pequeño seto, tropezando con él cayó de bruces contra la tierra. Arruinó en su

caída una bella composición floral que con mucho tesón y amor mi mujer sembró y regó. Destrozó también las reservas de cerveza que traía, provocándose algunas heridas en las extremidades inferiores que alarmaban por el profuso fluir de sangre.

Escucharon las mujeres el estallido de las botellas, después los lamentos y maldiciones del accidentado, entonces llegándose a él añadieron los suyos propios. La escena parecía un entierro siciliano: mi cuñada lloraba por la criatura y el padre, mi suegra por el niño y mi cónyuge acosaba ahora, mano temblorosa con alcohol y algodón, al pobre cuñado tratando de desinfectarlo. Éste, como un valiente, no se lamentaba ya de sus numerosas heridas, y lo que demandaba, con tanto fervor que hizo detenerse a transeúntes lejanos, era el ver a su hijo.

Estrechándolo entre sus brazos juró que el gato habría de morir en ese mismo día. Mi primogénito, atemorizado por la amenaza y la

hierática pronunciación, trataba de exculpar a Matarile, diciéndole al apesarado, que la gatita sólo quería defender a sus crías, porque el niño las sacó del seno materno y una a una las echó en un cubo de agua sucia para que se bañaran y nadaran. Él no escuchaba, se limitaba a mirar al pequeño, que, con los ojos rojos y cerrados, lloraba como un descosido.

 Mi suegro no hizo ademán alguno de ir hacia la casa con intención de prestar algún auxilio, y al ver que ya me marchaba decidió acompañarme desapareciendo de escena él también. Indiqué hacia donde me dirigía, entonces me invitó a una cerveza en el Gran Mesón Imperial, un diminuto chiringuito playero regentado por uruguayos; por lo tanto, era yo quien ahora le acompañaba. Y ¡le seguía a beber! Cuando se abreva con mi suegro se ingiere demasiado, así que deduje que ese aciago día se consumiría entre cerveza y ron, sin poder meditar en los serios problemas

que acosaban amenazando mi porvenir. Pero a pesar de ello y aprovechando la ocasión, decidí emborracharme, concederme una ausencia de lo real, aunque fuera en compañía de mi suegro.

Él era millonario, o al menos ésa era su vanagloria. Yo, influido por la ostentación y por mi poco criterio, me apresuré a prometerme con Sonia, mi adorable esposa. Ilusionado pensé ingenuamente que solventaría mi futuro económico en alguno de los negocios del padre. Pero la única ventaja que saqué de la experiencia fue aprender una de las más importantes lecciones que nos dan los años: «No done su vida a los ignorantes, a los vulgares, ni a los ambiciosos soberbios, pues harán de ella una servil y hueca calamidad...». Yo magnifiqué a este hombre y sus obras. Creía que, aunque tendría que trabajar, lo haría en alguna de sus empresas. Era constructor, poseía inmobiliarias, salas de fiesta, etc. Algún acomodo habría

para mí por la fuerza de los lazos matrimoniales. Al fin escaparía de los empleos subalternos a cargo de pequeñas diligencias, de compañías vulgares, de la lucha mezquina por el mendrugo, de la espantosa periferia. La fortuna me permitía ir derecho al centro de lo interesante: decisiones trascendentales, palabras influyentes; en el corral de los pavos reales, trazar rumbos, alcanzar metas; espectaculares carrocerías para motores briosos; admiración, influencia, reconocimiento, corbatas, sedas, teléfonos, Rolex, alfombra persa, arte, respeto, maderas nobles, educación, sastre, olor a cuero, a iglesia; los cubitos en el vaso con escocés: clin, clin; comedor privado, avión, entrevista; este muchacho llegará lejos, hará cosas impresionantes, no es vanidoso aunque puede, es muy buen chaval.

Era muy joven por aquel entonces. Se entienden pues, estos sueños desvariados en la mente de

un pobre diablo sin discernimiento que se sintió eximido de una injusta pobreza.

Pero el porvenir y la suerte mala, que es mi compañera vitalicia, suministraron una realidad muy diferente de la que yo deseaba tan fervientemente. Poco después de contraer casamiento con su hija, mi suegro padeció una racha asoladora. Construyó un colosal edificio sobre un terreno arcilloso que al desplazar los cimientos resquebrajó su estructura. En él invirtió todo su dinero y también el de otros. Un día que visitaba la abominable obra su organismo estuvo muy cerca de caer desde el noveno piso de la edificación arrojado por los obreros desesperados que llevaban muchos meses sin cobrar su salario. Evitó un fin tan aplastante uno de ellos, hombre venerable considerado por el resto; no quería soportar carga en su conciencia de ninguna muerte, tampoco hacer acto de presencia ante ningún tribunal;

cuando apaciguó los ánimos de los más exacerbados, decidieron más medidamente apalearle entre todos a satisfacción, para pasar después a cubrirle con pintura plástica de un tono amatista muy fino, a rallarle el Mercedes y a quemar sus elegantes prendas rociadas con gasolina. Más adelante también tuvo que sortear la cárcel en diferentes ocasiones. Sus proveedores con ánimo de cobrar primero y, después, de castigar, cuando comprendieron que eso era una imposibilidad, denunciaron ante las autoridades la naturaleza de otro de sus oscuros negocios. Traslataba mujeres desde países hermanos americanos para trabajar con sus artes y cuerpos en locales prostibularios de poca altura, que diseminados poseía por la cordillera cantábrica y Galicia.

Se había hecho a sí mismo y en aquellos momentos se deshacía de igual manera. A este hombre espléndido en el que yo fundamenté el mañana, empezaron a destrozársele los cimientos de la

misma manera que a su edificio y también a caérsele el pan de oro que cubría su felón egoísmo. No vivía mal, pero finalizó la época del Don Perignon y caviar comenzando la de la cerveza y las olivas. Abusaba de la espumosa sin reparo. Muy alto y cano, cabezón, de pescuezo ancho, barrigón, extremidades inferiores raquíticas, de paso corto y plano. Bastante presumido. Ligaba los modos de altura adquiridos en sus días de gloria, con los de su infancia de hambruna canina en la posguerra madrileña. Después de amonestar al camarero con la corrección debida porque servía el hielo en el vaso antes que el etiqueta negra, expelía los gases intestinales sin disimulo o eructaba sin contemplación ni disculpa. Su metal favorito era el oro. Le fascinaba igual que a casi todos los nuevos ricos de pasado miserable. Exhibía altanero en su pescuezo varias cadenas de este noble ypreciado metal, además de medallas, una placa con su número

favorito, el trece, otra con su grupo sanguíneo, una guitarra por ser aficionado al cante y una estrella de David, esto no sé por qué. En el dedo meñique, un anillo con una pequeña esmeralda, y, en el anular izquierdo, una gran alianza con las letras del nombre de su mujer en relieve: *Juani*; ella a su vez portaba el mismo modelo con el nombre suyo: Fernando, conocido generalmente por Tete.

—¡Joder Fran!, ayer estuve con una negra que tenía un culo igualito que una pelota de playa. Follaba la hijaputa que no veas —de un trago apuró la mitad de una botella de cerveza Regente de las de a litro; eructó sin decencia—. He quedado esta noche otra vez con ella, pero no voy a ir, he notado que se estaba... encariñando conmigo. Con decirte que no me pidió nada, nada, nada. Claro que, si me lo pide, se lo iba a dar su padre cimarrón.

—Ten precaución con las prostitutas aidianas Tete, son muy guarras y muy peleonas. Te

empiezan a dar gritos en su idioma y a querer arañarte si no están conformes con el pago. Además dicen que muchas son portadoras de una enfermedad pegadiza e incurable.

—*La* meto una hostia que la desesqueleto y encima llamo a la policía y les digo que me quería robar para que la metan presa. Además, no era aidiána, que ella me lo dijo.

—Sí era aidiána Tete, que yo la vi y la conozco; dicen que es bastante puerca.

—Bueno, pues me da lo mismo porque follaba de puta madre. Hoy he quedado con ella otra vez, pero paso, dice que se estaba encariñando de mí y eso no me gusta. Cada vez que alguna me dice esto al final tengo líos y tengo que acabar comprando algo a alguien. Así que... puerta.

Se bebió el resto de otro trago, pero esta vez no eructó.

—Pon otra copa chaval
—voceó al camarero.

—Pero ahora pago yo

—afirmé—, que el que está lambiendo tiene que celebrarle los chistes al que paga. Y no estoy yo para risas.

El barman no acostumbrado a esa forma tan española de solicitar una nueva consumición, le acercó un vaso.

—¿Pero es que no te enteras, colega?, que nos *traigas* otras dos cervezas, ¡joder!

—Excúseme, señor. Entendí que deseaba una copa para no beber directamente de la botella —se justificó el camarero.

—¡Hala vete tribulete! *traite* dos Regentes, pero cenizas¹.

—A la orden, señor.

Después de saborear la nueva consumición dijo:

—Disfruto de estos instantes sencillos. Por aquí, sin camiseta, en alpargatas..., degustando una Regente bien fría. La gente elegante no soporta estos placeres sencillos, por vulgares. ¿A ti qué te parece?

—Yo adoro los placeres sencillos, son un buen refugio

contra lo complejo.

—Algunas veces me sorprendes, pocas, pero alguna, Fran. ¡Qué cosa más bonita has dicho!

—Lamento decepcionarte pero esto lo dijo mi admirado Óscar.

—¿Un amigo tuyo?

—No. Fue un escritor homosexual: Óscar Wilde.

—Casi todos los buenos artistas son maricones porque para ser creador hay que tener sensibilidad de mujer. Los hombres machos sólo hacemos o interpretamos.

Para cualquier persona decente no era ésta una charla normal entre un suegro y un yerno, pero es que ni mi suegro ni yo éramos normales, éramos peores.

—Vaya heridas que se han hecho el padre y el hijo —dije variando el tema de nuestra interesante plática.

—Na... Eso un poco de agua oxigenada y ya está. Este tío se pone nervioso y se asusta por

cualquier cosita que le pase al niño de los cojones. Ya has visto: doce cervezas a tomar por culo.

Transcurrieron las horas desabridamente. Continuamos hablando por hablar, bebiendo para soportar, hasta que se agotaron los cuartos y la calandraca. Entonces acordamos retornar al hogar cuando ya el sol se había ido a alumbrar a la otra parte.

Los turistas colorados cotejaban la carta de los distintos restaurantes expuesta en el exterior en diferentes lenguas. Aparecían los porfiados captadores de estos establecimientos por las esquinas, también las primeras putas y limpiabotas. Morúa se transmutaba abandonando el olor de las cremas bronceadoras por el aroma del tabaco y el sabor a ron.

Caminaba con apuro, pensé en acostarme inmediatamente. Ya veía doble, no comprendía bien, se me trababa la lengua al hablar y me dominaba un mareo con amago de vómito que controlaba con

muchísima dificultad. Igual que un relámpago, apareció en mi mente el recuerdo de la motocicleta y su desamparo en el cañaveral.

Acuciado por ello, de manera impetuosa y desproporcionada por los efectos de la cerveza, señalé hacia la carretera mientras balbuceaba algunas palabras pretendiendo hacer entender a Tete que debía ir en su busca. Mi suegro lo que entendía es que señalaba a un bar cercano y que mis intenciones eran las de seguir tomando. El hombre, por calcular que tanto alcohol podría obrarme algún daño, que el dinero que poseíamos se había ido con las horas y que deberíamos beber de fiado, en algún local de los que éramos clientes asiduos, me sujetó del brazo y me llevó renqueando mientras yo seguía señalando. Por tener él más fuerza, desistí diciendo entre arcadas:

—Mañana será otro día, que salga el sol por donde le dé la gana. Y que sea lo que Dios quiera.

—¡Eso!, y que los que te vean así digan, que de Dios también dijeron —replicó mi suegro divertido.

Ésa fue otra nefasta fecha gastada en mi vivir y éstos son los ingratos recuerdos que guardo en mi memoria de ella.

¹**Cerveza ceniza:** cerveza en ese punto de enfriamiento en que el envase aparece con una capa blanca y la cerveza está muy fría sin llegar a la congelación.



Del agua nacieron los sedientos

Capítulo III

Un extraño silencio

V. Pisabarro

Desperté, pero no deseaba abrir los ojos al día. Sabía lo que me estaba aguardando. Procuraba retornar al universal e irresponsable sueño, esquivar un rato más la razonable realidad, que inexcusable me esperaba con los brazos abiertos y la sonrisa canalla. Pero fue inútil, estaba despabilado. Mi conciencia vigilante percibía claramente el alboroto en la pensión de al lado. Construían una piscina en su jardín. Desde la cama veía por la ventana a los obreros, en su mayoría de la vecina República del Aidí. Negros sudorosos,

acharolados, serraban, picaban, cortaban, golpeaban hierros, maderos, ladrillos. Infatigables, se asemejaban a grandes hormigas pululantes en la abertura de un inmenso hormiguero. Algunos mameianos trabajaban también en esa obra y cantaban, como todas las mañanas laborables, merengues y boleros a pleno pulmón, para hacer más llevadera su agotadora faena. Aunque soy un apologista de estos tipos de melodías caribeñas, en esos momentos detestaba a los obreros mameianos o aidianos, maldecía el merengue, renegaba del bolero; falté mentalmente al austriaco dueño de la pensión por ordenar la fabricación de la piscina, a mis hijos y sobrino por el ruido y los gritos que daban al corretear por la casa, al vendedor de fruta que en esos momentos vociferaba su mercancía en la misma puerta a bordo de su camioneta con el escape libre, a Maricela que arrastraba escandalosa sillas y mesas limpiando con celo como

cada mañana. Odié también al teléfono que en aquel instante timbraba una y otra vez sin que nadie descolgara el aparato del diablo. Otro timbrazo y otro y otro, hasta que por fin:

—¡Hallo! —escuché claramente a mi mujer—. Sí, ahora le aviso. Un momento por favor.

Llegó el momento de levantarse. Eran las ocho de la mañana. Tocó en la puerta.

—¡Fran! —otros golpes más fuertes— ¡Fran!, levanta que te llama Altagracia.

—Ya voy, ya voy —contesté con un tono de voz triste y desanimado—. Dile que llame más tarde.

Entró.

—¿Qué pasa? ¿Te duele la cabecita? ¡Me alegro! Si quiere el señor le traigo una cervecita a la cama. ¡Qué poca vergüenza! ¿Qué pasa, que se te ha olvidado cómo viniste anoche? —Sonia eligió el preciso momento para zaherir con mayor desgarró —¿No te acuerdas que measte en la nevera? Delante

de tus propios hijos, delante de mis padres, delante de todos.

—¿Yo? —pregunté, aunque sus palabras me trajeron el vergonzoso recuerdo a la memoria.

—Sí, tú, que pensabas que era un urinario. ¡Así venías! Ya hablaremos, ya. Esto no puede continuar así. ¡Levanta ya, coño que te llama esa guarra!

—Haz el favor de decirle que llame más tarde —dije dolorosamente turbado y deseando que se retirara cuanto antes.

Afortunadamente lo hizo pronto aunque dando un portazo que aún retumba en mis adentros.

Me incorporé y puse los pies en el suelo. A través de la ventana se distinguía un día resplandeciente. Un cielo azul intenso limpio de nubes, un día prefulgente.

Miré hacia abajo. Observé mis pies y mis piernas que tanta gracia le hacían a Sonia. Bueno, a mi mujer y a cualquiera: endebles, belludas; era patihueco, de pies grandes. He de reconocer que en

bañador... pues más bien incito a ternura y lástima más que a admiración. Porque además de mis piernas y mis pies abiertos en posición catorce cincuenta de reloj, de ser cargado de hombros, con una ligera desviación de columna, pesaba cincuenta y seis kilogramos, y tengo una dentadura que la carencia de planificación odontológica en mi niñez, hizo que mis dientes fueran desiguales, cariados y desalineados; una nariz más bien grande y carnosa para un rostro pequeño y huesudo. Quien logre hacerse un retrato en su imaginación con estas descripciones, podrá comprender que no era una estampa la de mi físico digna de un Adonis, sino más bien de compasión. Si a todo esto le sumamos las ojeras violáceas que veía en el espejo, y los rastros en mi piel por la zona del abdomen, testicular y entrepierna de una sarna que no terminaba de curarse produciéndome múltiple y agudo comezón, cualquiera entendería

que yo también sintiera lástima de mí mismo a la vez que los estragos y malestar de lo que vulgarmente se llama resacón.

Sobreponiéndome a todo, suspiré y dije guapo a la patética figura que se veía en el espejo, dándome ánimos para enfrentar un nuevo día.

Seleccioné mi vestuario sin criterio, apresuradamente: camisa estampada con palmeras, unos *jeans* y unos zapatos. Salí del dormitorio, y ya en la escalera, de pronto, me dio un mareo. Perdí la visión, percibiendo sólo alguna claridad y unas chispeantes estrellitas. Para no rodar me agarré a lo que pude. Quiso el azar que fuera mi suegra la que en esos momentos subía por la escalera.

—¿Qué té pasa, hijito?

—preguntó guasona.

—Un mareo, Juani. Ya, ya se me pasa —dije algo recuperado—. Debe de ser una bajada de tensión.

—No, hijo. Es mucha bebida para un cuerpecito como el tuyo. No debes abusar porque todos los

excesos son malos.

—No, mami —así la llamaba yo algunas veces buscando inútilmente un cariño filial—, no es eso, es que desde hace unos días, por las preocupaciones, fumo mucho y como poco y mal: *hot dog, hamburguer...*, esas porquerías.

—Ya, ya —dijo sin demostrar demasiado interés en mis palabras mientras me miraba de arriba abajo—, te has puesto la camisa al revés, mal abrochada, y llevas un zapato blanco y otro negro. Hijito, cuídate. Me alarmas algunas veces, quizá deberías visitar a alguien para que te ayudara, que te orientara.

—¿A quién? —pregunté yo.

—Pues no sé: a un psiquiatra... a un cura. La bragueta —señaló— la llevas bajada.

Recuperado del vahído, descendí al salón y vi a Maricela encaramada a una mesa limpiando telarañas. Di los buenos días y ella me los devolvió con una sonrisa en su boca.

—¡Uh, qué mal le noto! ¿Le pasa algo? Usted estuvo tomando, se le nota.

—No, no es nada, un pequeño mareo en la escalera, pero ya me he recuperado.

Tomé asiento sobre la silla más cercana. En ese instante sonó el teléfono, descolgué y cuando iba a hablar, llegó mi hijo más chico, Raulito, dando saltitos y palmadas.

—Papi, papi, creo que tengo pipis. Me pica la cabecita.

—Díselo a tu madre bonito, que yo voy a hablar por teléfono ahora —se alejó obediente con los mismos saltitos.

—Hallo —contesté por fin— Soy yo, Fran; ¿quién es?

—Buenos días, don Fran, ¿cómo le amaneció? —era Altagracia y su dulce voz.

—Bien, bien ¿Alguna noticia? —modulé la carrasposa voz para que pareciera la de un respetable superior.

—Pues sí, don Fran; se encuentra aquí el señor Federico, dice que ya le han ingresado el

dinero en España, a las nueve de la mañana hora española y valga la repugnancia.

—O.K. Dígale que vamos a confirmar y que esta tarde haremos la entrega si todo está conforme.

—O.K., don Fran, ¿vendrá en la mañana a la oficina?

—Sí, sí, dentro de un rato voy para allá. Pregúntele de cuánto es el ingreso.

Mientras ella lo hacía, yo imploraba porque no fuera una cantidad elevada y trataba de pensar de dónde podría sacar el dinero.

—Dice que de quinientas mil pesetas.

—¿Cuántas pesetas?

—Quinientas mil —repitió Altagracia.

—Está bien, está bien, dígale eso, yo voy a confirmar.—pronuncié tartamudeando.

—O.K. cuídese —se despidió.

¡Medio millón de pesetas! y sólo disponía de unos miserables

pesos en el banco. ¿Qué hacer?
Desde luego lo primero llamar a
mi banco en España para
confirmar el ingreso. Si era
conforme tenía que buscar el
dinero. ¿Pero dónde? El caso era
que debía realizar la entrega
ineludiblemente en esa tarde al de
la calavera.

Con el sobrecejo caído y la
frente arrugada, cavilaba sobre qué
resolución tomar ante tan
tremendo problema cuando
apareció mi suegro en el salón.
Unos calzoncillos deslucidos eran
su única vestimenta. Cruzó frente a
mí ignorante de mi presencia.
Llegándose hasta la nevera en que
había orinado la pasada noche, la
abrió y extrajo una cerveza de las
grandes. Después de darle un buen
trago y eructar, aplicó la mano
izquierda en su barriga y al
descubrirme dijo:

—¿Qué tal, yerno?

—Muy bien. Debo hacer una
entrega grande y no tengo el
dinero.

—Ah —se limitó a decir sin

ningún interés.

Bebió otro trago mientras salía al jardín. Allí se arrellanó en una cómoda butaca cara al sol.

—Ayer te olvidaste, igual que casi siempre y eso que te lo advertí, así que hoy me tienes que traer sin falta: carne, galletas, arroz...

No dejé concluir a Sonia la lista de la compra.

—Llama ahora mismo a España, cariño, hay que hacer una entrega grande, seguramente.

—¡Pero si no tenemos dinero!
—exclamó.

—Ya, ya. Primero vamos a confirmar, después ya veremos.

Mi mujer tecleó en el aparato. Yo mientras rogaba al Altísimo para que fuera como en otras ocasiones, falsas promesas de familiares desleales que garantizaban el ingreso para luego desentenderse del encargo. Requería de tiempo para elaborar planes y rehacer mi agónica economía.

Después de quince minutos

de conversación telefónica, con lo caras que son las llamadas internacionales, a mi esposa le informaron que en ese día se realizaron dos ingresos en nuestra cuenta, uno era de quinientas mil, sin duda de Federico Meiva; además había otro de ochocientas mil del que desconocíamos su depositante y destinatario.

—¡Virgen de la Altagracia!
Un millón trescientas —exclamé echándome la mano a la cabeza.

—¿De quién será el otro?
—se preguntó Sonia con los ojos y boca abiertos de par en par.

—Mami, mami. Tengo pipis.
Mami, mami, tengo pipis —seguía insistiendo el pequeño Raulito dando saltitos y palmaditas.

Vi que mi cuñado se acercaba hacia nosotros muy lentamente, arrastrando los pies a causa de las heridas que se había hecho en las piernas la tarde anterior.

—Fran, tienes que llevarme a un médico. He pasado una noche muy mala. Tengo las heridas muy malamente. Yo creo que se me han

infectado —solicitaba
quejumbroso.

—No, hijo, infectado no, que yo te las limpié —dijo mi mujer—. Eso es del hinchazón normal producido por los cortes. Lo que sería bueno es que te dieran algún punto en alguna de las heridas, sobre todo en ésa de la que te saqué el pedazo de cristal que tenía la chapa. Ésa sí es profunda, no me da buena espina. Sería conveniente que te la viera un médico.

—Sí, y también que me recete calmantes, por favor, que es que me duele mucho. De verdad, no podéis haceros una idea del dolor tan doloroso que tengo, ¡ay Dios mío! —dijo lastimeramente.

—No te preocupes, si yo no puedo te lleva mi mujer. Ahora voy a hacer unas llamadas que no pueden esperar, pero en cuanto acabe nos vamos —acaricié su nuca de manera solidaria ante su desgracia.

—Vale Fran, gracias. Tienes la camisa al revés y un zapato blanco y otro negro —me advirtió

con voz plañidera mientras regresaba a su cuarto despacito.

¿Qué hago?, ¿qué hago? Subí de nuevo a mi habitación para tratar de planificar sin interrupciones, serenamente, con sosiego, el modo en que iba a resolver esta problemática situación. Y ya estaba cerrando la puerta, para en soledad dedicarme a estos menesteres, cuando alguien lo impidió sujetándola. Era mi hijo primogénito, Robertito, de doce años.

—Papá, no me agrada la poca atención que dedicáis a mi hermano. Lleva diciéndoos desde hace dos días que tiene piojos. Creo que también me los contagió. Cuando se tienen hijos hay que ser responsables.

No existía duda alguna en que era hijo mío, por lo relamido. Robertito se disponía a darme uno de sus discursos sobre los derechos del niño según la UNICEF. Tenía por esos tiempos esta fijación desde que los leyera y se los aprendiera de un folleto que le

obsequiaron el día que visitó, junto con sus compañeros de colegio, la Feria del Libro de Madrid. Por entonces nos martirizaba y aburría a todos con el mismo tema incesantemente, aunque tenía especial predilección por la desdichada Maricela.

—Todos los niños tienen derecho a la higiene, a una vida saludable en un ambiente limpio...

—Sí, Robertito, sí. Ya sabes que estoy de acuerdo contigo. Es tu madre la que no quiere entender que todos los niños deben gozar del amparo de sus progenitores. Es mejor que hables con ella ahora mismo. A mí ni me escucha. Si no te hace caso podemos denunciarla ante el Centro de Protección a la Infancia, son muy severos y escrupulosos en su defensa de niños abandonados o desasistidos para que la sancionen de una vez por todas. Que para un niño una madre indiferente es peor que la madrastra de Blancanieves.

Aproveché sus momentos de sorpresa para cerrar la puerta de

golpe. De la misma manera que hacen las mujeres en las películas cuando ven una cama y están disgustadas, yo me arrojé sobre la mía, decidido a llorar como ellas para serenarme y descargar el agobio que me asolaba. Pero no salió de mis ojos una sola lágrima. Me di entonces un pellizco pero tampoco por el dolor lo conseguí. A la desesperada y tomando carrerilla golpeé el armario ropero con la morra. Ahora sí, mis ojos se inundaron y el tremendo daño me devolvió la calma facilitándome la reflexión.

No descubría otra solución. No había más remedio que recurrir a Bienve. Quizá me lo prestara. Pero no; cómo me iba a fiar tanto. Lo único que me debía era el haberle dado trabajo a su gallinita favorita. Aunque en el fondo era buena persona y disfrutaba de un gran capital. Por intentarlo nada se perdía. Además, sólo sería durante unos días, quince a lo sumo, el tiempo que durara la transferencia desde Madrid. Podía hablar de la

misma manera con Jordi, pero éste era más difícil. ¿Acaso no le presté yo cuando me lo pidió? Claro que eran unas cantidades muy inferiores. Pero se las presté ¿o no? Mejor hablar con Bienve primero. Después, y dependiendo de los resultados, con Jordi. Esto es lo que tramé.

—¡Sonia! —llamé a mi mujer imperiosamente y con dolor de cabeza desde lo alto de la escalera.

—¿Qué?, ¿qué? —alarmada apareció ella abajo con un bote de pintura en una mano y una brocha en la otra.

—Es mejor que lleves tú al Chino —por este apodo era conocido nuestro cuñado en Vallecas, lugar donde se encontraba su residencia—. Yo mientras voy a llamar a Bienve para ver si nos presta el dinero de los envíos.

Sonia dio una patadita con fastidio en el suelo, provocando un derrame de pintura. Exclamó:

—¡Jo!, ahora que me pongo a pintar la nevera tengo que llevarle

al médico. Sabes que llevo mucho tiempo queriendo pintarla. Está oxidada y es un peligro para los niños que andan descalzos igual que salvajes. Llévale tú y así yo acabo de una vez. Además mira cómo estoy de pintura.

Tenía manchadas la ropa y las manos. Mientras hablábamos, observé las gotas que se escurrían desde la brocha a través de su antebrazo para caer finalmente desde el codo sobre una de sus zapatillas.

Mirando el goteo y el bello efecto de estas manchas de pintura blanca sobre su calzado azul marino, caí en la cuenta de que podíamos avisar al doctor Melquiades Álvarez, para que pasara visita a domicilio. Le pareció bien a mi mujer y prosiguió con su faena aliviada del fastidioso encargo. Mientras, marqué el número del dispensario donde el doctor Álvarez desarrollaba sus facultades. Descolgaron y dijeron:

—Colmado Chichí siempre a

su selvicio.

—Por favor. ¿Pueden avisar al doctor Melquiades para que haga una visita urgente a casa de Fran el español?

—¿Y él sabe dónde tú vives?

—Sí, él sabe. Usted dígame que es la casa de Fran el español. El papá del niño al que le sacó una bolita de la nariz. En la calle sin salida, en el Batey, al lado de la pensión Lilí, la del austriaco, en la que están haciendo una piscina.

—¡Ah! ésa es la calle que telmina en el acantilado ¿veldá? Donde se ahogó un gringo que tenía un jumo (borrachera) muy grande.

—Ésa misma —corroboré.

—O.K., yo le aviso a él. ¿No deseas hacer un pedido? Alguna cosita...

Después de colgar pasé a la habitación del Chino. El aposento penumbroso tenía enturbiado el aire por el humo del tabaco con un olor áspero al olfato. La vivienda se encontraba en un extraño silencio exceptuando los ladridos

de Blas, mi perro Dovermann, insaciable en el comer, que echando por tierra los tópicos sobre las cualidades de esta raza, era cobarde, asustadizo, escatófago y muy ladrador.

—Ya he llamado a un médico para que venga a curarte. Es mejor que se traslade él. Dentro de un ratito estará aquí, así que tranquilo. Todo está bajo control. No te preocupes ni te aflijas, ya verás que pronto te sana —dije casi cuchicheando al oído del enfermo.

El Chino, un aficionado al arte de la interpretación, sobre todo al dramático, no desaprovechó la ocasión y mostró su pomposa vena artística al hilo de la situación. Solemne, afectado, tal como si se encontrara en espacioso escenario y no en el minúsculo e impuro cuarto, dijo trémulamente y como si le escociera el culo:

—Fran, aunque ni tú ni yo nos hemos tragado nunca, quiero que sepas que te agradezco lo que estas haciendo por nosotros

—hablaba guturalmente, se detenía de vez en cuando haciendo mohines de dolor arrugando los labios y apretando los párpados— Me refiero a tu hospitalidad al permitirnos vivir aquí durante estos días —yo hice un gesto con la mano como para quitar importancia a lo que acababa de decir—. Déjame acabar, Fran. De verdad que lo agradezco. Y también quiero pedirte algo. Ojalá me entiendas. Uno nunca sabe lo que puede ocurrir en estos países tan atrasados. Si me internaran, o por un acaso... yo... muriera en estas tierras tan lejanas de nuestra patria, a causa de una gangrena... con gas, ¡porque mira cómo tengo las piernas! —retiró las sábanas y mostró sus heridas, que, a decir verdad, eran numerosas, profundas, con muy mal aspecto. Se le escapó un sollozo un tanto afeminado que desentonó la perorata—. No me fío de Tete, él va a lo suyo. Ya sabes qué clase de persona es: familiar por apellido pero extraño por actitud.

—Disculpa pero soy un poco lerdo. ¿Cuál es la misión que me encomiendas acometer?

—pregunté con burla disimulada.

—Quiero que jures, aquí y ahora, que velarás por mi familia mientras estén en este país de mierda. Y que te encargues de todo lo del viaje de regreso si yo no puedo. ¿Me lo juras?

Lo juré y prometí varias veces para concluir de una vez con la representación, que ya resultaba tediosa por la extralimitación y abuso que hacía de su estado. Me levanté del lecho diciendo que dejara todo en mis manos. Mas, cuando ya iba a salir del cuarto volvió a llamarme —regresé.

—Fran, sobre todo, por si la cosa se pone fea..., yo no soy partidario de la incineración. Ah, ay —se retorció en el lecho—, cómo me duele. ¡Ay Dios mío! —sollozó—. Me duele mucho Fran, mira cómo sangro, se me están poniendo moradas, cada vez estoy peor, creo que todavía tengo cristales dentro. Decía que si

llegara ese trágico momento, te encargaras de todos los trámites consulares para la repatriación de mi cadáver. No quiero que me den sepultura en tierra extraña. Lo entiendes, ¿verdad? Quiero que mi última morada sea al lado de la tumba de los míos. Que me entierren con el reloj que me regaló Don Vicente Calderón. ¡Júramelo, Fran! Ay. ¡Júramelo!

—Te lo juro Chino, te lo juro.

Aproveché el comienzo de una lamentación incontenida regada por el llanto para salir en busca de su Paqui y que fuera ella a llevar el consuelo y compañía que tanto se agradecen en esos momentos tan angustiosos. La encontré rápido. En la mesa del comedor mudaba de pañales a Oscarín, su hijo. Cuando le referí de la dramática entrevista con su marido y de los encargos que éste me hizo, dijo:

—Pero no le hagas ni caso.

Una vez, por equivocación, se tomó una de mis pastillas *antibabi* y tuvimos que visitar al médico

para que le asegurara que esa confusión no le dejaría estéril. Es un *hipocompriaco*, o cómo se diga. En el fondo disfruta con todo esto por la manía ésa que tiene de actuar y de las escenas y todo eso. Y a mí, fuera del teatro, no me gustan las escenas. ¡Cojones, vaya vacaciones! Y encima el niño con cagalera. Le ha debido de sentar algo mal al pobrecito. Esta noche la ha pasado muy mal; más que por el arañazo, por el alcohol que le metió la gilipollas de mi hermana en el ojo. Se le ha puesto rojo, rojo igual que un tomate. No te creas tú que...

Ciertamente no era de color de rosa, hinchado, con la pupila turbia, legañoso. No me daba muy buena espina. La criatura sin embargo ahora no lloraba. Sonreía el angelito, mirando sólo por el ojo bueno porque el otro apenas conseguía abrirlo una rendijita.

—Ya verás cuando lo vea su padre —dijo Paqui disgustada—, que hoy no lo ha visto todavía. Con lo que quiere al niño. Se va a

morir, pero de verdad.

—No desesperes, Paqui. El médico está a punto de llegar. Seguro que sana a los dos. Es un doctor muy competente, el más prestigioso de la zona. Atiende al mismo alcalde desde que salvara la vida al mejor de sus cerdos que estaba desahuciado por todos. Además dicen que también vale para hacer conjuros y que deshace el mal de ojo —traté de consolar, pero al ser mi cuñada de carácter suspicaz e irascible, sospeché que hacía sarcasmo a costa de la salud de su hijito, por lo del mal de ojo.

Tomó al niño en brazos y mirándome fijamente exclamó con grosera e insultante expresión de desprecio:

—¡Pues que te cure a ti el del culo, so asqueroso!

Mucho trabajo me costó aclarar este malentendido con Paqui. Cuando dejó de insultarme pude explicar que no era mi intención la de burlarme, sino, muy al contrario, la de dar aliento. Ella a su vez se disculpó por la

airada reacción, achacándola a sus alterados nervios por la adversidad. Después fue al lado de su esposo y yo me acerqué al teléfono decidido a ejecutar la desagradable tarea de pedir dinero prestado a Bienve.

Marqué el número del Restaurante Hernán Cortés. Éste era el sitio donde él solía estar a esas horas. Le agradaba desayunar ahí.

—Restaurante Hernán Cortés, típico español. ¿Mesa para cuántos?

Era la gangosa voz del maître mameiano. Mano derecha del dueño mejicano.

—Buen día, Mauricio.
¿Cómo tú estás? ¿Se encuentra Don Bienve ahí?

—Sí está, Fran —dijo reconociéndome con celeridad, por ser yo habitual en la casa y sobre todo porque, cuando aún podía, era cliente de buenas propinas—.
¿Cuándo va usted a venir por aquí a comer su sopita de marisco?

—Pues más tarde de lo que

yo quisiera, Mauricio.

—O.K., don Fran. Aguarde un instante.

Esperé un buen rato hasta que apareció la característica risita de Bienve.

—Je, je, je. Dime, Fran ¿Cómo estamos? ¿En qué puedo ayudarte? Je, je, je.

—En mucho —dije, y pasé a explicarle la situación.

Escuchó unos breves minutos durante los cuales pinté arrebatadoramente un cuadro bastante tétrico: familiares enfermos, discusión con el casero, resaca, malestar espiritual, envíos de España que no admiten demora, situación comprometida, honradez, solicitud de préstamo, garantía de devolución; lo más importante de un hombre: ¡su palabra!; plazo de devolución no mayor de quince días. Al concluir, aguardé angustiado la respuesta a mi demanda de auxilio.

—Querido y estimado Fran, ya sabes que soy hombre de pocas palabras —hablaba mucho sobre sí

mismo engrandeciéndose y acentuándose, quizá por vivir una vida tan mediocre y sin sustancia— que me gusta llamar a las cosas por su nombre; que no me oculto de las responsabilidades; y que no doy la espalda a mis amigos, entre los que tú te encuentras. Si me lo permites y concisamente te contaré un suceso real vivido en mis propias carnes para escarmiento de mis bolsillos. Es el siguiente: no ha mucho tiempo, en Stuttgart, que como cualquier persona medianamente informada sabe que se hallaba en la antigua Alemania Occidental, hoy día ya una sola, unificada como debería de haber sido siempre, se me planteó una situación análoga. Un compatriota, emigrante de los de entonces a ese próspero país, me solicitaba ayuda. Una cuantía de marcos que ahora no viene a cuento mencionar. Pues bien, a pesar de las disparidades sociales y culturales entre este sujeto y yo... tú sabes que yo soy académico español, funcionario de

alto nivel, comisionado del gobierno en algunos espinosos asuntos internacionales... mi trayectoria educacional... en fin más cosas, pero ya sabes... no me gusta alardear de ello. Él era un pobre diablo muerto de hambre, pero muy buena persona. Así... humilde, modesto. Bueno, el caso es que existía entre nosotros un gran afecto. Sí, ya sé, ilógico, pero éramos amigos. ¿Qué se le va a hacer? Pues bien, le presté el dinero para que inaugurara su negocio dentro del campo de la restauración. Le proporcioné el capital como te decía. Alquiló un lugar, con una arquitectura verdaderamente fascinante.

Abovedado, ladrillo visto, vigas de madera, vitrales emplomados. Esto para que tú me entiendas, son los cristalitos de colores que instalan en las ventanas de las iglesias. En fin, una maravilla de ámbito. Mi amigo estableció allí su negocio con mi caudal. El Mesón del Mellao, así se llamaba.

Especializado en patatas a la

brava, boquerones en vinagre y muchísimos más platos de la rica gastronomía que disfrutamos en nuestro común país. No quiero ampliar pormenores porque ya sabes que soy hombre más bien parco en palabras, que lo mío es la acción. Voy al grano igual que siempre. El Mesón del Mellao fracasó. Sí, sí, fracasó. La estirpe germánica, tan loable en tantísimas cosas, en la culinaria no es precisamente gente que sintonice con el gusto ibérico del buen vino con cuerpo y alma, con los buenos asados, con esos guisos recios; el néctar de nuestros licores; por no hablar de los maravillosos embutidos que tenemos: ahí está el lomo ibérico, ese chorizo de Salamanca que quita el sentido, ¿Y ese pata negra?, ¡María Santísima!, qué ambrosía. Hasta sueño con él. No, esa gente, mucha cerveza, mucha carne hervida, mucha salchicha, etc. En fin, el Mesón del Mellao de Stuttgart cerró sus puertas. Mis últimas noticias son que ahora es una oficina de la

Lufthansa, como deberías saber es una línea aérea alemana que también tiene destino en esta nuestra paradisíaca isla de acogida, transportando a esa multitud de alemanes a los que vemos pulular por nuestras alegres calles de Morúa.

Por tanto y para concluir: me quedé sin perras y sin amigo. El sinvergüenza regresó a su miserable aldea. No me preguntes dónde estaba porque no lo sé. Creo que andaba por Jaén. No te enfades, Fran. Prefiero que entre tú y yo siga existiendo esta desinteresada camaradería, sin intereses crematísticos por medio, que al final acaban desmenuzando como termita el madero de la amistad.

Bueno, y hablando de otra cosa, ¿cómo está mi gallinita? Je, je, je. Seguro que está enfadada conmigo porque ya hace varios días que no voy a visitarla. Je, je, je. El caso es que tengo a la «mora» muy pendiente de mí desde aquel malentendido con

aquella señorita, tú ya sabes a qué me refiero.

—¿Cuándo casi te arrea un paraguazo? —pregunté con muy mala intención.

—¡No, por Dios! Ya viste, porque tú te encontrabas presente, que con un acelerado movimiento felino inmovilicé el paraguas que Soraya procuraba emplear de modo contundente. Si por un no sé qué me descuido y me golpea con él... estoy seguro que no habría fuerza ni razón que me atara, y que sin poder evitarlo y faltando a mi juramento de karateca, tú sabes que soy experto en artes marciales, habría hecho algo de lo que tendría que arrepentirme todo lo que me queda de vida. Soy cinturón negro octavo Dan y mis golpes hieren seriamente cuando no matan. Si no, que se lo pregunten al negro al que le di el otro día. Que voy a comprarles una palmera a cada uno para que se suban. Je, je, je...

—Excúsame, Bienve, pero mi mujer ha salido y estoy oliendo a quemado. Creo que se me está

achicharrando el cocido —dije tratando de zafarme.

—¡Hombre, el célebre cocido madrileño! Yo los hacía en Oxford. Se chupaban los dedos mis colegas estudiantes con...

—Nos vemos, Bienve. Bay. A ver si nos tomamos una cerveza. Bay —colgué echando unas maldiciones al pedantón que no consiguieron aliviar la frustración.

El problema seguía sin solución. Sólo existía un camino: Jordi.

Como es fácil suponer por el nombre, era catalán. Alto, enjuto, de color cetrino por ser de carácter adusto y bilioso, de pelo crespo, con un mostacho de proporciones excesivas. Tenía aspecto de meridional a pesar de su origen. Cargado de espaldas. Unos cuarenta y cinco años. Casado en segundas nupcias por parte de su mujer, Nuria. Con tres hijos. Dos fruto de su matrimonio actual y el otro del anterior de la mujer. Ella también nació en Cataluña, aunque transcurrieron los primeros años de

su vida y mocedad en la República Mameiana. Altísima, de más estatura que su compañero. Delgada también. Rumbosa. Gustaba de vestir prendas amplias, vaporosas y de colorido subido. Una larga melena ondulada de color bermejo caía en cascada por su espalda. Dueña de una gran nariz que no desentonaba en su semblante, que como todo en ella excedía de lo común y regular. Parlanchina, mal hablada, con un profuso repertorio de palabrotas en varias lenguas. Entusiasta ciega de las ciencias ocultas. Con inspiración fogosa y arrebatada de fanática, echaba las cartas a los amigos por puro deleite, nunca cobró a nadie por sus vaticinios. Con fama y prestigio por su sagacidad y aciertos en la mayoría de sus predicciones. Pronósticos caprichosos y fuera de tono con la vida del consultante acaecieron, dotándola de esa reputación de bruja precisa y estrambótica, porque en algunas sesiones se vestía de gitana, bebía ron en

demasiá, fumaba puros y daba dentelladas a cogollos de lechugas sin aliño.

Eran una pareja con disparidades de alto contraste: el uno reflexivo, trascendente, la otra extravertida, impulsiva; una el exceso, el otro la discreción; él la abnegación, ella el capricho...

Su hija Lelín, la más pequeña de la familia, era clarividente. Con percepción extraordinaria de fenómenos fuera del alcance de los sentidos. La madre relataba cómo vio con sus propios ojos a la niña mover objetos con la energía de la mente.

Siendo reacio a estos temas, he de manifestar que algunas de las miradas de la criatura me hacían temblar de miedo, y en algunas ocasiones advertí una transparencia especial en su cuerpecito, como si una luz opalina que emergiera de sus adentros hacia el exterior le hiciera aparecer ingrávida, sobrenatural. Aunque seguramente yo apreciara estas cosas por la influencia que en

mi ánimo causaban las aficiones de su madre. De todos modos procuraba no quedarme nunca a solas con ella.

Poco común este conjunto familiar, aunque no por ello mala gente.

Implacablemente rigurosos y exigentes con el personal de trabajo en su hotel, el llamado Montserrat, pequeño, bonito y limpio, con veintiocho habitaciones dividido en dos edificaciones con catorce en cada una. Además contaban en sus instalaciones con un restaurante-cafetería: el Costa Brava.

El nivel demandado por Jordi a estas gentes, sabiendo que entre las numerosísimas virtudes de los catalanes se encuentran la seriedad y laboriosidad, era muy alto para el personal mameiano, de carácter muy diferente, de costumbres más relajadas, menos responsables, poco dados a cualquier esfuerzo que no se realizara para la obtención de algún placer

inmediato. Los dueños se esmeraban con especial interés porque su clientela se componía principalmente de las tripulaciones de las líneas aéreas de vuelos chárter que viajaban desde España. Personas con necesidades y exigencias muy diferentes a las de los turistas por razón de su trabajo. Así, al pobre Jordi le pedían fabada hartos de menús extranjeros, o que acompañara a una azafata a misa. Una aguja o leche asturiana. Que si había recibido un fax. ¿Dónde comprar una mecedora de caoba modelo María Teresa? Le obligaban a acompañarlos a realizar gestiones a la capital, a jugar al mus, le tiraban a la piscina, celebraban su cumpleaños, etc., etc. Con todo esto el hombre, que anteriormente disfrutaba de una plácida calma por ser de costumbres reposadas, padecía, se malhumoraba y se descomponía. Este misántropo deseaba seguir disfrutando de las delicias y placeres que brindaba esta maravillosa isla como hacía

antes, cuando era propietario de un pequeño negocio playero y se pasaba el día recostado en una palmera leyendo filosofía. Bucear en su mundo interior apartado del compromiso social y los antojos de alguna azafata histérica o malencarada. Disfrutar de sus hijos, de su mujer. Amigo del viaje, ir de un lado a otro buscando esos lugares deshabitados a los que no llegaban los ruidosos enjambres de turistas.

Ahora todos los días de la semana los agotaba en el hotel que a Nuria le dijeron las cartas que debía edificar, penando el pobre por llevar una vida tan agitada y prosaica.

Sin embargo hay que reconocer que también tenían sus ventajas. Disfrutaban del prestigioso deporte del golf cuando acompañaban a algún piloto. A Nuria le aplicaba masajes diariamente un esbelto profesional en esta materia. Bañarse y retozar alegremente en la fantástica piscina. Dieta variada en el

restaurante, elegir a la carta. Leer la prensa española que casi a diario le traían las tripulaciones, etc., etc.

Estas personas eran las únicas en el mundo que podrían ayudarme en ese momento. Por eso inmediatamente después de que Bienve se desentendiera de mi petición, me desplazé hasta el Hotel Montserrat con la intención de solicitarle el préstamo a Jordi. No en vano yo anteriormente también le hice préstamos. No de la suma que le pensaba pedir pero le demostré que se podía contar conmigo en los malos tiempos, cuando tenía el hotel vacío y era temporada baja. Entré mientras pensaba esto dándome ánimos.

—¿Está Jordi? —pregunté a la recepcionista.

—Buen día, Don Fran.

¡Cuánto tiempo! Gusto de verlo.
¿Qué tal está? ¿Y la familia?

—Muy bien, Belkis. ¿Y usted qué tal está?

—Ya usted ve...

Belkis era una joven delgada, extremadamente delgada. De piel

clara. Cuello largo. Muy maquillada. Con una afición excesiva a Camilo Sesto. Era tal el placer que le producía escuchar las canciones de este exitoso cantante español, otrora famoso y en la actualidad en las redes del olvido, que sonaban por los altavoces las canciones de éste una y otra vez molestando sobremanera a la distinguida y trabajadora clientela, que llegaron en ocasiones hasta el insulto hacia la recepcionista y al cándido e inocente Camilo Sesto. La reacción se comprende cuando se ha escuchado trece veces seguidas la misma composición a un volumen excesivo para el tímpano.

Belkis atendía las solicitudes, demandas, ruegos, súplicas e insultos para que variara el repertorio, siempre con una tímida sonrisa y su carácter flemático, lo que me hacía pensar que, aunque de madre mameiana, la claridad de piel acaso la heredara de un padre de la Gran Bretaña. Efectivamente cambiaba la música o apagaba el

aparato para al cabo de cinco o diez minutos comenzar otra vez con el obsesivo repertorio.

En ese momento sonaba «Algo de mí».

—¿Está Jordi? —volví a preguntar.

—Mírelo. Por allí llega —dijo señalando a través de una de las ventanas de la recepción.

Entró y al verme hizo un gesto con las cejas a modo de saludo. Yo correspondí de igual manera.

—¡Belkis! Apague ahora mismo el casete de Camilo Sesto —dijo mirándola fijamente a los ojos y en un tono que no admitía réplica.

—Y si no, ponga otra cosa, ¡collons!

Acató la orden la fanática admiradora del loable artista, pero, supongo que con ánimo de revancha, insertó en el aparato la casete «Antología de Jotas Aragonesas de Siempre», algo no demasiado adecuado a ese ambiente tropical tan alejado del

Pilar. A pesar de todo pude observar en la cara de Jordi y en la de sus clientes que merodeaban por la piscina y cafetería, gestos de verdadero alivio.

—Acompáñame, Fran —dijo Jordi mientras salía apresurado.

Hube de seguirle por todo el hotel de un lado para otro como testigo mudo mientras hacía indicaciones, atendía a los clientes y controlaba aparatos.

—¡Será desgraciao! Mira cómo me tiene la piscina este tío. Es que no puedo con ellos. No la ha limpiado el pendejo.

—¿Cuántos despidos llevas este mes? —pregunté.

—Pues unos... quince. Y eso que estamos a mediados.

En su cara apareció un gesto de fastidio. Dio voces a uno haciéndole ademanes para que se acercara.

—¡Angelito! ¡Angelitooooo!
Las señas eran para el jardinero, que a pesar del apodo era un hombre perversamente aficionado al ron, temido por sus

compañeros a causa de su carácter irritable y violento.

—¡Ya me llegó! —se oyó a lo lejos la respuesta.

—A éste le despido, pero ¡ya! —se dijo para sí Jordi.

—¿Qué se le ofrece? —llegó Angelito jadeante a causa de la corta carrera, pues era un cristiano ya mayor, y tantos años de ron le pasaban factura.

—Mire la piscina —hizo un gesto enérgico de cabeza el patrón para señalarla.

El jardinero la miró con mucha atención frunciendo el ceño y arrugando los labios.

—¿Qué le parece, Angelito?

—¿Y qué me ha de parecer?

La depuradora no trabajaba, por eso no la limpié esta mañana y está así de hojas y de polquerías.

—Y si usted nota que no funciona, ¿por qué no me avisa para que yo llame y vengan a repararla?

—Porque a mí me dicen que la limpie y yo lo hago. A mí nadie me dice que arregle la depuradora

del diablo.

—Angelito —dijo agriamente Jordi manteniendo malamente la calma, mientras parpadeaba repetidamente—. Nadie le dice que la tenga que arreglar usted. Le digo que me avise cuando se estropee algo y usted lo vea para que vengan a arreglarlo. ¿O.K.?

—¡O.K.! Pero no me se ponga guapo patrón. Que la gente hablando se entiende. Si usted quiere se la arreglo yo, que sé de lo que es. Es del breik...

—Valla. ¡Vállase! Siga con su trabajo —le ordenó con desprecio.

Diciendo algo por lo bajo, se marchó Angelito rascándose la entrepierna. Nosotros continuamos la ronda.

Cansado de guardar silencio durante tanto tiempo, me arranqué con decisión. Aparentando preocupación, con tristeza verdadera dije:

—Quiero que hablemos de un asunto del que pende mi reputación y que amenaza la

tranquilidad de mi familia
—expresé con gravedad mientras
intentaba mantenerme a su paso—.
Me tiene bastante preocupado. No
quisiera alarmarte pero te diré que
incluso mi vida corre algún riesgo.

—Dime, dime. ¡Fíjate cómo
tengo la piscina! En cuanto lleguen
éstos a bañarse ya la tengo liada
otra vez: que si la piscina está
sucia; que por qué no la
limpamos. Tú fíjate, Fran: el otro
día me dice una bestia de éstas,
que el agua de la piscina estaba
muy caliente, igualito que si fueran
babas, dijo; que deberíamos echar
hielo que algo la refrescaría. ¿Tú
te crees? ¡Vamos collons! ¡Hielo!
—me miró con las palmas de la
mano hacia arriba y la boca
abierta.

—Hay que tener mucha
paciencia con negocios de éstos...

A partir de ese momento le
narré parte de mis problemas.
Familiares enfermos, discusión
con el casero, resaca, malestar
espiritual, envíos de España que no
admiten demora, situación

comprometida, honradez, solicitud de préstamo, garantía de devolución; lo más importante de un hombre: ¡su palabra! Plazo de devolución...

Llegamos a la cocina tras numerosas interrupciones en mi exposición y de mucho caminar bajo el sol de un sitio para otro hablando a su espalda. Mientras cataba el menú del día quiso saber cuándo le devolvería el préstamo.

—Quince días
—inmediatamente respondí sorprendido y esperanzado, pues tenía la sensación de estar dando música a un sordo.

—O.K. Vamos a la oficina y te extiendo un cheque.

No podía creerlo. Jordi me lo prestaba todito. Yo le seguía otra vez, pero ahora al ser felizmente complacido, hasta me parecía que era otro hombre más garboso y bueno de lo que yo pensaba.

Puso la cantidad y lo firmó. Después lo arrojó sobre una mesa.

—Pon el nombre que tú quieras —dijo mientras tapaba su

pluma—. Y tienes que devolvérmelo en el plazo que has dicho. Nos vamos a instalar en una nueva casa y necesito parte del dinero para pagar la fianza. Espero que no me defraudes, Fran.

—Me has quitado mil canas. Te estoy muy agradecido. No te preocupes que no te fallaré. Gracias, Jordi.

—Nada, nada. Tú también me ayudaste y sé cómo se agradece esto en un sitio tan insolidario como es Morúa. Y ahora si me excusas... tengo que seguir con lo mío.

—¡Claro, claro! Dile a Nuria que hasta ahora todo se desarrolla tal y como las cartas predijeron. Que todos los negocios me están saliendo desastrosos, según ella vaticinó acertadamente.

—¡Pero no hagas caso de esas estupideces! Nuria es estupenda, pero está como una cabra. Al cocinero le ha augurado que se va a casar en Dinamarca con un hombre, desde entonces la cocina es un desastre cuando antes todo

funcionaba de maravilla. Nos volverá locos a todos. Bay, Fran.

Salió de la oficina. Belkis cortó los cantos gregorianos y volvió a reinar Camilo Sesto en el Hotel Montserrat.

Regresé con alegría y con el cheque a casa. Entregándoselo a mi adorable mujercita le hice el encargo de cobrarlo inmediatamente al tiempo que descolgaba el teléfono para llamar a la oficina. Altagracia me informó que el Flaquito había regresado para interesarse por el dinero, diciendo que volvería más tarde. Pregunté si alguien más había reclamado otra entrega. Ella respondió que aparte del Flaquito sólo había entrado en el despacho el pobre al que de vez en cuando yo daba algunos pesos y que no creía ella que le mandara nadie dinero de España a ese apestoso que hedía desde lejos. No sé por qué tendría tanta ojeriza al pobre pedigüeño. Ordené que cuando regresara el Flaquito le preguntara dónde deseaba que hiciéramos la

entrega, pues todo estaba conforme. Que la haríamos en la tarde.

Más relajado al resolver la difícil situación, reflexioné acerca de los envíos. Las quinientas mil, no cabía duda, eran del adefesio. El depositante hizo el ingreso a su nombre. Pero, ¿y las ochocientas mil? No tenía otra entrada pendiente y por más que discurría no podía encontrarles destinatario. Aburrido me despreocupé por el momento del asunto. Supuse que tarde o temprano las reclamaría su dueño. Yo tenía la tranquilidad de saber que disponía del dinero para su entrega.

Teniendo la situación controlada y unas horas por delante me marché en busca de la moto.

Cerré la cancela de la casa y me detuve durante unos momentos para escuchar los afligidos quejidos del Chino saliendo por la ventana de su habitación. También las altas voces desentonadas que proferían mi cuñada y mi suegra

en el jardín enfrentadas en un lance de cartas. Mi mamá política hacía trampas sin escrúpulos para ganar cualquier juego en que participara. Se valía de las más bajas artimañas, incluso con su familia. Comencé a caminar despacio, remontaba la empinada cuesta experimentando a cada paso una sensación de libertad despreocupada cada vez más grande. Agradablemente solo por las calles, como un turista más, disfrutando de las miradas y gestos con propósitos deshonestos que dirigían hacia mí algunas prostitutas desde sus balcones, llegué a la carretera y tras unos minutos de espera se detuvo junto a mí un concho repleto de humanidad sudorosa, irritada y comprimida. A esas horas el calor sofocaba gallinas. Me consolé pensando que en esta ocasión el trayecto sería corto, por lo que me ahorré las quejas a pesar de llevar un pie en suspensión, el codo de un negro en los riñones y colocado sobre mis piernas un gallo

desplumado igual que los de pelea. Para mi desconsuelo cuando llevábamos unos minutos de marcha el vehículo se detuvo.

—¿Qué pasó? —preguntó visiblemente molesto un anciano menudo.

—La gasolina. Ello ya no hay —respondió el conductor impávidamente.

—¿Pero cómo va a ser? ¡Cónchole! ¡Diaaaablo! —dijo una señorita muy arreglada.

Yo no entendía muy bien esta situación, porque unos kilómetros atrás paró en una gasolinera y cambió un billete de cien pesos para disponer de moneda pequeña en el cambio a los pasajeros. No se le ocurrió entonces tener la precaución de echar combustible al tanque, cosa que le recriminaban con justo encono mis seis compañeros de viaje. Él se desentendía y de muy mala forma respondió que no funcionaba el indicador de llenado del depósito. Era cierto, en realidad no le funcionaba ningún indicador del

cuadro.

Para colmo el día se tornó nublado. Mientras el gallo picoteaba en mi entrepierna y se insultaban, empezaron a caer unos grandes goterones que al estrellarse contra el suelo levantaban un polvo breve de la tierra seca. Primero lentamente, poco a poco sonando como golpes en un tambor infantil, la lluvia pasó en un momento, ya sin medida, a un chaparrón abierto.

A pesar de vivir esta circunstancia, y para demostrarme que era hombre sereno, intentaba obviar el merengue que salía estruendoso por el altavoz situado justo detrás de mi oreja derecha, a toda la potencia que daba el destartado radioreceptor del coche, además con numerosas y espeluznantes interferencias, debido a que la antena era un oxidado hierro retorcido que no facilitaba una favorable recepción.

—Por favor caballero, tenga usted la amabilidad de bajar un chin la ventana —me solicitó

educadamente el señor mayor, famélico y arrugado, con síntomas de angustia.

—Discúlpeme señor, pero si la bajo me voy a mojar, porque está lloviendo mucho —dije.

El anciano no pudo oír mi respuesta a causa de la edad y de la música. Entonces por gestos le hice entender que el agua se introduciría mojándonos. Él se desentendió a media explicación gestual.

Apaciguado el disturbio y vuelta la paz y concordia el conductor encargó a un motoconcho (igual que el concho pero en moto) que nos acercara el combustible. Para eso entregó un envase que extrajo de debajo del asiento, una botella de Coca-Cola de las grandes y de plástico.

Retumbaba la carrocería del vehículo con el merengue: «ay qué chula te queda la fardita. Ay que chula te queda mamasita». Pensé en la cara que pondría cualquiera de los conocidos en mi país si pudiera verme allí en medio del

campo, bajo una lluvia de esa magnitud, aplastado, comprimido por negros y mulatos, con un gallo encima picoteándome, y el merengue a toda potencia que ahora decía: «Y esa fardita que tú te pones, a mí me encanta no te pongas pantalones». El agua penetraba por las juntas de las puertas descuadradas.

En la espera, el anciano se dirigió de nuevo a mí más acuciado.

—Excúseme. Déjeme salir. Voy hacel una diligencia.

No comprendía qué diligencia podría hacer el viejo en campo abierto bajo semejante aguacero. Lo comprendí cuando le vi desatarse la soga que le servía de cinto, bajarse los pantalones detrás de unas cañas y ponerse en posición característica de persona que va a obrar. Miré hacia otra parte pues esa visión no es grata para casi ningún criterio estético.

Transcurridos unos veinte minutos, todos ellos deleitados con la alegre música y los anuncios

publicitarios, cuando ya no sentía mis piernas y empezaba a sucumbir al sofocón, apareció el motoconcho con la botella repleta de gasolina, dándome ánimos su llegada para poder soportar un rato más el tormento.

El chófer inmediatamente la echó en el depósito e iniciamos la marcha alegremente con un ligero tufo, no sé bien a qué.

—Párese aquí —ordené cuando estábamos más o menos a la altura donde el día anterior dejé la moto. Salí con muchísima dificultad por la ventanilla trasera derecha, ya que no hubo manera de abrir la puerta. Al hacerlo propiné una patadita sin mala intención, en el rostro del afable viejecito. El sujeto, yo creo que a causa de las contrariedades de tan desagradable viaje, inició una retahíla de maldiciones contra mi persona. Observé cómo se alejaba renqueante el Toyota. Mientras aún oía al vejestorio, reflexioné sobre el portento de la mecánica japonesa.

Continuaba lloviendo. Puesto que era inútil el intento no hice nada para evitar mojarme. No descubrí refugio alguno en el cañaveral donde poder guarecerme. Caminé entonces tranquilamente por el barrizal, evadiendo con arte los grandes charcos, dirigiéndome hacia donde estaba la moto, o donde debería estar; porque, allí, «ella ya no hay».



Del agua nacieron los sedientos

Capítulo IV

Vidas mediocres, problemas vulgares

V. Pisabarro

Calor húmedo. La copiosa lluvia no conseguía refrescar el bochornoso ambiente. El furioso batir de las gotas contra el lustroso follaje de la plantación, el ruido sordo, continuado, que mis pasos provocaban removiendo y enturbiando el agua de los charcos, eran los únicos sonidos audibles en la extensión grande y plana del cañaveral. Regresaba. No tardé en llegar a la carretera. Al sentir la dureza del asfalto bajo mis pies, me sentí recuperado de la soledad profunda que hacía insoportable mi insignificancia y desamparo de

individuo aislado en la inmensidad y en el orden natural. No había tránsito de vehículos en ningún sentido. A lo lejos vi a un grupo de personas caminando una tras otra por el borde de la pista. Fijándome mejor observé que eran cuatro mujeres negras vestidas con prendas de vivo colorido y cargando grandes fardos sobre sus cabezas. Una diminuta culebra de colores en la lejanía que aliviaba del agobiante verde vegetal y del monótono gris de los nubarrones.

La desaparición de la motocicleta no me cogió desprevenido. Tenía un presagio fundado desde que la disimulé allí echándole unas cañas por encima. En un lugar donde se producían asesinatos, violaciones, atropellos, atracos y demás vagamunderías, lo raro hubiera sido encontrarla donde la dejé. Me sentía extrañamente relajado, supongo que por no soportar el golpe de la sorpresa. La lluvia seguía empapándome pertinazmente. Sentado en una gran roca oteaba la

carretera en busca de algún concho. Después de unos largos minutos me quité la camisa y pensé que lo mejor sería caminar los dos kilómetros que me distanciaban de Monte Plata. Allí me sería más fácil encontrar transporte hasta Morúa.

Después de varios sucesos y avatares, que no voy a relatar para no hacerme reiterativo con el transporte, llegué a mi casa mojado de la misma manera que en el día anterior, con la diferencia de que en éste llegaba también enlodado hasta las rodillas y con salpicaduras de barro en la espalda.

Abrí la chirriante puerta del jardín justo en el momento en que el sol dominante y luminoso aparecía con todo su esplendor alejando la tormenta.

Blas, mi inútil perro de guarda y defensa, se alegró tanto al verme aparecer que en su júbilo empujó enérgicamente con sus manos mi espinazo haciéndome caer de bruces. Ya dije que no soy

hombre de mucho peso. Además el alterne con mi suegro y la caminata me habían mermado mucho las fuerzas. En el suelo, cerca de la puerta del hogar, me disponía a dar un machetazo a Blas con el machete del jardinero, que por dejadez aparecía abandonado cerca de mí; y así lo habría hecho, pues ya lo tenía en la mano y esperaba al can para que se aproximara un poco más hacía mí en uno de los saltos que seguía dando con alegría a mi alrededor, si en ese momento mi suegra no abre la puerta. Fingí entonces que jugueteaba con él, desistiendo de mis intenciones.

—Pasa hijo, que ya está la comida —dijo sin detectar yo sorpresa alguna en su afable rostro, a pesar de la postura, mi aspecto y la herramienta alzada en mi mano.

—Me robaron el motol, mami.

Supongo que no escuchó, o acaso me ignorara como casi siempre, porque entró inmutable a la casa después de avisarme.

Pasé yo también saludando a los presentes. Nadie respondió. Los niños jugaban con unas maquinatas electrónicas. Mi suegro en el jardín hojeaba una revista norteamericana para adultos sentado de nuevo al sol. La televisión emitía en esos instantes un programa-concurso. El volumen atronaba con los gritos del público. Nadie la miraba. Me acerqué y la desconecté. Sonia, con manchas de pintura en rostro, extremidades y vestido, preparaba la mesa. Mi cuñada cambiaba el pañal al niño en el sofá, Oscarín sonreía y se orinaba al mismo tiempo. Maricela movía en el perolo el sancocho, típico cocido mameiano. Como antes de irme escuché los débiles lamentos del Chino que seguía quejándose en la habitación. En ese instante fui consciente de lo agradablemente necesario que es tener a los que se quiere cerca de uno.

—¡Vaya pintas! ¿Qué te ha pasado cariño? —preguntó mi mujer no en exceso alarmada por

mi desaseada y desaliñada
apariencia, mientras seguía
colocando platos y cubiertos.

Lanzando la chorreante
camisa a mi cumplidora asistente,
quien la agarró de un manotazo
haciendo gala de unos reflejos
extraordinarios, dije como
asqueado:

—Pues que nos han robado el
motor, mi amor. Además me
agarró el aguacero, y mira cómo
me he puesto de andar por esos
caminos embarrados —bebí agua
mirándola de reojo.

—Pues por aquí no ha caído
ni una gota. Ayúdame a traer unas
sillas —me solicitó aplicada en la
tarea.

¡Qué extraño! A nadie parecía
importarle el robo. Le acerqué
unas sillas e insistí.

—Te he dicho que nos han
robado la moto. Que ayer la dejé
en el cañaveral cuando se averió y
ya no está —volví a mirarla de
soslayo mientras colocaba un
frutero para ver su reacción.

—¿Que tan robao la moto!

¡Desgraciao! —gritó tirando furiosamente contra la mesa los cubiertos que antes colocaba sobre ella con primor—. Pero... ¿a quién se le ocurre dejar una moto de ésas en medio de las cañas? Si en vez de haberte ido a emborrachar con mi papá hubieras ido a por ella, pues ahora no pasaba esto. ¡Pero no! El niño tenía ganas de juerga. Al niño le importa tres cojones lo que pase. Te lo digo de verdad... o sea... no sé.

Dominada por la ira, lanzaba sus quejas y reproches contra mí, extremadamente alterada, andando de un lado para el otro. Mientras me gritaba yo miraba las manchas de pintura en su carita, pensando que casi siempre mi mujercita tenía razón. Intenté aquietarla mimosamente, pero fueron inútiles mis tímidos intentos ante la magnitud de su irritación desbocada. Casi sin transición, del enojo pasó a la autocompasión. Con unos quejidos lastimeros que erizaban mi piel obligándome a hacer pucheros, se decía a sí

misma que ya estaba harta de que todo saliera mal, de la desgraciada carga, del sin vivir que soportaba a causa de la mala vida que yo le estaba dando.

La madre se situó a su lado y mientras le pasaba una mano acariciadora por la espalda, me observaba descaradamente con una mirada hiriente llena de desprecio y reproche. Maricela paró en sus quehaceres para contemplar la escena ya sin disimulo. Mi suegro se inhibía y continuaba con sus interesantes lecturas. Los niños seguían jugando con las maquinitas porque ya estaban acostumbrados a estas escenas y mi cuñado cesó sus lamentaciones para escuchar mejor lo que ocurría.

En esa circunstancia, ante esos duros momentos, soportando una vez más los sucesos que nuestro impiedoso destino se obstinaba en deparar cada jornada, pretendí, igual que otras tantas veces, calmarla, darle aliento. Me senté en una silla que había cerca de ella y cuando se dejó, tomé su

mano para acariciársela tiernamente; comencé a decirle que todo se arreglaría, que saldríamos adelante, que ya habíamos conseguido el dinero para los envíos y que ganaríamos una buena cantidad con ellos, que la moto aparecería tarde o temprano, que la adoraba, que era lo más importante, a lo que aferraba mi vida; que me mortificaba y me partía el corazón verla así.

Interrumpió Raulito mi amorosa declaración.

—Papá.

—Dime, hijito —contesté sin dejar de mirarla dulcemente ni de acariciar con ternura su cabeza, a pesar de mi suegra que seguía a nuestro lado.

—Se te ha salido un huevo de los calzoncillos —dijo señalando con su dedito a mi entrepierna.

Ciertamente, una de mis glándulas secretorias asomaba por un gran roto de mi ajado pantalón. Disimulando, procurando aparentar dignidad, me incorporé

para mirar por una ventana mientras lo ponía en sitio conveniente. Mi suegra movía la cabeza de un lado a otro en un gesto de lástima. Los niños se mofaban de su padre, el suegro se carcajeaba en el jardín y, lo más importante, mi amor con la faz pálida y sus ojos arrasados aún por las lágrimas empezó también a sonreír proporcionándome gran alegría. A pesar de perder mucho honor, respeto y de la reverencia que me debían, no me molestó hacer el ridículo una vez más ante mi familia. Todo esto demostró a mi entendimiento que el sentido del humor, la risa, por encima de otros valores más prestigiosos, es lo que más une a las gentes, con lo que más se tolera y disculpa en nuestras vidas mediocres de problemas vulgares.

—¡Venga!, a comer que se enfría —ordenó mi suegra con un cambio positivo en el ánimo. Se acercaron y sentaron todos a la mesa a excepción mía, del Chino y de Maricela que comía en pie

sobre el mostrador de la cocina, aunque esto no dificultaba la comunicación con ella por ser ésta de las cocinas americanas, así podíamos encargarle y pedirle todo lo que se nos antojara, que era mucho y caprichoso. Rápidamente subí al aseo de mi habitación para darme una ducha y reunirme con ellos inmediatamente. Estaba ya secándome cuando oí ladrar a Blas con saña y braveza desconocidas. Me asomé a la ventana. Observé al doctor en la puerta del jardín, inmóvil, sin atreverse a pasar. La mirada fija en el perro, como si pretendiera hipnotizarlo, sin hacer gesto ni decir palabra. Blas, en tanto, ladraba sin cesar, amenazante, girando a su alrededor, acercándose, alejándose del galeno, casi decidido a dar el primer mordisco. En un instante, de manera sorpresiva, el médico arrojó su pesado maletín profesional que sonó con ruidos metálicos cuando golpeó los cuartos traseros del animal. Mezcló el chucho entonces las

muestras de dolor con los ladridos que daba antes y, por ser perro de talante cobarde, huyó por la entrada trasera, yendo directo al comedor en busca de cobijo bajo la mesa donde comía mi familia. Al meterse entre las piernas de los comensales, por su impericia y premura, provocó la caída y rotura de platos, vasos y una ensaladera de la que se sentía especialmente orgullosa mi mujer. Aunque, a decir verdad, el animal no tuvo la culpa de todo este desastre, también colaboraron ellos cuando torpemente intentaban patear al perro con ánimos de alejarle.

Acuciado por el escándalo bajé a medio vestir en el momento en que Maricela consiguió expulsar a Blas del salón alcanzándole con puntería con una lata de conservas en el costillar. Escapó el bicho aullando a ocultarse en sitio más conveniente, derribando y haciendo añicos una representación cerámica del acueducto de Segovia que milagrosamente llegó entera desde

España.

En plena algarabía y ya dentro, hizo su presentación el médico.

—Ya veo que estaban ustedes almorzando. ¡A buena hora! Que les aproveche señoras y señores. Me notificaron en la oficina que precisaban de mis humildes servicios en la casa. Soy el doctor Melquiades García, para atenderles y sanarles. ¿Se encuentra Fran aquí?

—Buenas tardes, doctor Melquiades. Sí, aquí estoy. ¿Cómo va la cosa?

—Pues ahí, luchando. ¿De qué se trata, Fran?

—Pues verá usted, doctor... Ayer, en un desgraciado accidente, mi cuñado sufrió una lamentable caída cuando llevaba una funda llena de cervezas y se le rompieron causándole muchas heridas en las dos piernas al pobre. Pero mejor pase y vea usted mismo al herido —dije abriendo la puerta de la habitación del Chino después de tocar como Chespirito.

Entramos en el aposento el doctor, Paqui y yo. El doliente echado en la cama sin arropar ponía cara de moribundo, con las piernas estiradas y los brazos tendidos a lo largo del cuerpo. Mientras el médico con mueca de asco examinaba las heridas, me fijé bien en el atuendo del Chino que no desentonaba con el estilo del tipo de veraneantes que visitaban Morúa. El paciente vestía una camiseta no muy pulcra de color verde claro, en la que un zafio dibujo representaba a dos cerdos copulando; a su vez cada uno de los animales portaba camiseta con los colores y escudos de dos célebres equipos futbolísticos madrileños, en posición obscena y aberrante. También usaba unas bermudas de tela acartonada con flores amarillas y naranjas sobre un fondo azul oscuro. Una muñequera del Atlético de Madrid completaba el atavío. Con curiosidad escudriñé la habitación. En la mesilla de noche un cenicero repleto de

colillas, un par de cajetillas de cigarrillos vacía y aplastada, una botella de ron Casteló añejo consumida y destapada, la grasienta revista pornográfica de mi suegro y un libro. Con extrañeza verifiqué el título: *La Celestina*.

—Muchísimas gracias por venir, doctor —dijo mi cuñado aferrándole la mano como si temiera la fuga—. Me duele mucho, ¿trae usted calmantes?

—Es mejor que salgan y nos dejen solos para una mejor prospección —recomendó el médico pero con la autoridad de una orden. Yo así lo hice pero Paqui insistió en quedarse.

Al salir me senté a la mesa. Inmediatamente Maricela me sirvió con su brusquedad cotidiana, derramando gran parte del plato de una sopa ya fría en el mantel.

—¡Trague y engolde! Que falta le hace patronsito —dijo cariñosamente.

Como los demás ya habían

finalizado, comí tranquilamente en plácida soledad, aunque lo hice desganado. Al acabar se sentó a mi lado Raulito. Saboreaba yo entonces un café de recuelo también algo tibio y con posos.

—Quiero irme a España, papi —hablaba bajito mientras jugueteaba con un llavero metálico articulado con dos figuras humanas en actitud obscena que le regaló Tete.

—Te he dicho muchas veces que no quiero que juegues con eso. ¡Dámelo!

El niño se levantó precipitadamente intentando evitar la pérdida de la cosa. Yo, por eso de la comunicación entre padres e hijos y porque era raro que alguno de los míos se acercara a mí espontáneamente, di marcha atrás en la orden y el tono.

—Espera, espera. Está bien, quédatelo pero que no te lo vea nadie. ¿Vale? —el niño regresó—. Y ahora dime qué decías.

—Que me quiero ir a España porque allí no hay pipis —expresó

su deseo mientras movía las figuritas poniéndome nervioso.

—Bueno, pero mamá te lava la cabecita con un champú antiopiojos y ya está.

—Sí, pero luego los vuelvo a coger en el colegio. ¿Y qué? Me pican la cabeza y por la noche, cuando duermo me chupan las ideas y me voy a quedar tonto. ¿Y qué? Listo.

El instinto paternal hizo que abrazándolo besara sus manitas, al tiempo que sentía una pena dulce por él a causa de lo dura que es la vida y los malos tragos que sin duda le quedaban por pasar al pobrecito. Entonces comencé a dar una didáctica explicación que le instruyera sobre los referidos parásitos, haciéndole entender que era imposible que nos chuparan las ideas, que sólo querían absorbernos la sangre de la misma manera que hacen algunos de nuestros semejantes.

—¡Papi, te huele la boca!
—me empujó y zafándose salió corriendo.

Era cierto. Padecía de halitosis a causa del deplorable estado de mi dentadura. Sufría de varias caries, pero sobre todo de una con un gran hueco que me laceraba dolorosamente de tiempo en tiempo. Pasado un buen rato se abrió la puerta y apareció el doctor Melquiades dando diagnóstico y prescripciones a Paqui.

—Descanso. Limpiar las heridas como ya le dije, todos los días. Compren en la farmacia los medicamentos recetados, anótense las dosis para no olvidarlas. Y me voy, porque me espera otro paciente. Son quinientos pesos de la visita, más trescientos de las vacunas. Lo que hace un total de ochocientos.

Paqui abonó la minuta, él lo recontó y después se despidió de todos con mucha ostentación y ceremonia.

Blas, al verle aparecer por el jardín, corrió espantado calle arriba. No hubo forma de hacer que regresara a nuestras llamadas hechas con fingido cariño.

Continuó trotando y volviendo la cabeza de cuando en cuando vigilando al médico que con su mismo camino iba tras él. Ordené a Maricela que fuera en su busca.

—¿Perro del diablo! ¿Ya me va hasel paseal otra ves?

—maldijo cuando de mala gana iba a cumplir el encargo.

—¿Vacunas? —pregunté intrigado a Paqui.

—Le ha puesto la del sarampión y la de la rubéola.

—Ladronazo —exclamé—; y no le ha puesto más porque no las llevaría.

—Sí, llevaba otra contra el tifus, dijo que también le haría falta, pero se rompió cuando le tiró la cartera a Blas. Me la quiso cobrar pero yo dije que quién tiró el maletín fue él, que hubiera tirado otra cosa al perro. ¡No te jode! De verdad te lo digo. Vaya un matasanos de los cojones.

Además le ha recetado unos antibióticos y unos calmantes para el dolor. Tengo que ir a la farmacia a por ellos. Y también un

antipirrótico o no sé qué coños,
para que le baje la fiebre que la
tiene muy alta desde ayer. Así que
voy a por ello.

—¿Y del niño? —me
interesé.

—Una pomada y unas gotas.
O sea que menudo gasto.

Me expliqué, por la fiebre, los
delirios del Chino en nuestra
última charla.

—¿Qué ha dicho el médico
del tío? —preguntó Robertito, mi
hijo mayor.

—Ha dicho que tiene sífilis y
que se va a morir esta tarde—
respondió maliciosamente Raulito,
el menor.

—¡Niño! ¿Dónde oyes tú esas
cosas? —le amonesté.

—En la televisión. ¡No te
jode!—dijo señalándola y
riéndose.

Éste ha salido a la familia de
su madre, pensé enfadado y con
ganas de darle un coscorrón.



5/14

Del agua nacieron los sedientos

Capítulo V

Dios, la Virgen y yo

V. Pisabarro

Dispuesto para hacer la entrega, mi mujer me dio parte del dinero que retiró del banco. Al ser una cantidad elevada tomé mis precauciones, máxime cuando debería trasladarme de nuevo a La Isabela en un concho o en una furgoneta voladora, equivalente al concho pero en furgoneta. Tengo unos calzoncillos especiales para estos casos. Un bolsillito en la parte delantera me permitía ocultar y cargar billetes con confianza y disimulo. Acoplé en él los cuarenta y un mil cuatrocientos cincuenta pesos. Aun estando en billetes grandes, configuraban un bulto

muy considerable en mi pantalón, según podía comprobar al mirarme en el espejo. Para solventar esta contrariedad tomé una agenda que me sirviera de pantalla.

Después de despedirme de la familia sin obtener correspondencia, me trasladé al cuartel de policía de la población para hacer la pertinente denuncia por la desaparición de mi moto. Para desplazarme hasta allá requerí los servicios de un motoconchista. Ya dije que son mototaxis de pequeña cilindrada. Al hacer una seña, el conductor mulato oscuro, ancho, de corta estatura y un poco chulo de ademanes, se detuvo y preguntó destino. Montándome dije:

—Rápido, al cuartel de policía.

Acuciado por la orden aceleró con brusquedad y del impulso me desplazé hacia atrás. A punto estuve de caer, y si no lo hice fue porque me agarré con mucha fuerza a la matrícula. Al frenar con el mismo ímpetu en la primera

intersección, casi me apeo por las orejas. Al desplazarme hacia adelante me comprimí involuntariamente contra él. Entonces, ahí mismo, inesperadamente, puso los pies en el suelo y dijo:

—Apéese.

—¿Cómo? —pregunté extrañado y todavía con el corazón acelerado.

—¡Que se apee le digo!
¡Carajo!

—¿Y eso? —volví a preguntar.

—Yo no monto pajarones en mi motol. Apéese.

Como no era oportuno enterarle que el bulto que él sentía en su rabadilla era papel moneda y no lo que él imaginaba, preferí apearme para evitar polemizar en medio de la calle, donde ya empezaban a interesarse en nosotros varios transeúntes y algunos de sus colegas. Cuando me bajé le espeté:

—Que conste que no soy maricón. Y si lo dice por lo que

pienso, no tengo yo la culpa de que la madre natura conmigo se excediera.

—¡No me relajés mariconaso! Un huevo así sólo lo tenemos los mameianos y la gente de coló. ¡Gringo del diablo! —arrancó, pero me oyó cuando le grité:

—No soy gringo. ¡Soy español!

—Pior —le escuché mientras se alejaba.

Para evitar más situaciones comprometidas debido a los prejuicios de los mameianos sobre este tema, hice el resto del trayecto a pie y no tardé mucho en llegar al cuartel. En Morúa no hay distancias largas. Al pasar, un desaseado vigilante me chistó desde la garita en la que estaba de guardia.

—Dame un cigarrillo, little brother.

Después de entregárselo y prendérselo dijo, expulsando humo por las narices:

— Tú eres gringo y entiendes lo que es un buen reló. Un reló

chévere —miró a su alrededor extrajo uno del bolsillo—. Tú no eres bruto. Mira un Rolex de oro dorado. Te lo vendo por lo que tú me des si el precio no ofende.

—Mi no entienda español, señorita —dije desentendido y alejándome. Sacó en ese momento un anillo de otro de sus bolsillos mientras decía—. ¡Pero ven aquí, pendejo!

Me introduje en el edificio, allí vi a otro policía con una apariencia más respetable y que inspiraba más confianza. A él me dirigí.

—Por favor. ¿Para hacer una denuncia?

Con un gesto de cabeza y sin decir palabra me indicó una sala contigua. Sentado ante un escritorio, me di cuenta de que en uno de sus cajones abiertos tenía un plato con arroz y güandules. Volví a mirarle y comprendí que estaba comiendo y que no respondía por tener la boca llena.

—¿En esa sala? —pedí su confirmación.

—Sí.

Evidencié el acierto de mi suposición pues, al dar el sí, expelió unos granos de arroz por su boca.

Entré en una oscura, espaciosa y sórdida habitación escasamente amueblada. El gran ventilador que en el techo giraba despacio las palas producía un chirrido espeluznante. Allí, un sargento tras una mesa, prácticamente tumbado sobre un desvencijado sillón al que le faltaba un apoyabrazos y un tapizado nuevo, con un papel en la mano se dirigía interpelando y en términos no muy caballerosos, a una pobre anciana. Desdentada, menuda, nerviosa, estaba impresionada por el método de este sargento no muy alto pero bastante grueso, con mal olor, calvo y con unas gafas de sol con patillas color naranja. Le acusaba del robo cometido a unos suecos alojados en el hotel donde trabajaba la sospechosa.

—¿Dónde están la cámara de

fotos, la película fotográfica y el colchón de playa? Dilo, pendeja. ¿O es que quieres que te dé una *golpisa*?

Le juró, por la Virgen de Altagracia y las lágrimas de Jesús, que mientras no aparecieran las cosas, ella iba a pudrirse en la cárcel y que además agarrarían a sus cómplices tarde o temprano. Cuando hizo un descanso en las amenazas, reparó en mí. Arrugó la nariz dos o tres veces con el gesto que hacen frecuentemente muchos mameianos para preguntar qué se quiere, o cuando no se entiende algo.

—Excúseme, mi sargento. Es para presentar una denuncia por el robo de un motor.

Con un gesto de cabeza como hizo el otro, me indicó un escritorio en el que yo no había reparado situado en la parte más oscura de la estancia. A él me dirigí remolinando el asentado polvo del suelo mientras él reanudaba el interrogatorio. Un raso con los pies sobre la mesa y

las manos en la nuca me aguardaba con un rictus de fastidio en la cara. Le estropeé el entretenimiento de observar el trabajo de su superior.

—Disculpe. Es para presentar una denuncia por el robo de un motor —volví a repetir sentándome en un cajón de frutas que suplía a una silla a la que le faltaba una pata.

Extrajo de una gaveta un cuaderno de los que usan los escolares de primaria, con los contornos troquelados con la figura del pato Donald uniformado de policía y saludando marcialmente.

—¿Qué lo qué? —preguntó desganado mientras abría el cuaderno sin mucho interés.

—Pues verá usted, señor agente. Creo que ha sido en el transcurso de la noche anterior cuando substraieron una motocicleta de mi propiedad. Marca Honda VF de setecientos cincuenta centímetros cúbicos de cilindrada. Color azul y blanco. Chasis número v

3546734774211fb. Matrícula 4767. Se la puede identificar también por el asiento que está roto, tengo un perro con la costumbre de mordisquearlo y sacarle la gomaespuma. Tiene tres agujeros por esto, dos a la izquierda, uno de ellos bastante grande, por él se ve el armazón del sillín, y otro más pequeño a la derecha. Otro signo de identificación es una pegatina —arrugó la nariz—, una calcomanía como lo llaman ustedes, en el depósito. Se la puso el anterior propietario, no yo. Es un letrero que dice: «Dios, la Virgen y yo». La motocicleta la dejé, a causa de una avería, en un cañaveral cerca de Monte Plata. Hoy cuando fui a recogerla para llevarla a un mecánico había desaparecido. Confío ciegamente en que ustedes la encontrarán rápidamente y que un juez castigará con firmeza al ladrón. Esta horda es nefasta para el prestigio turístico del país en el exterior. Todo celo es poco para

preservar esta industria que como usted sabe es la que genera mayores recursos a la República Mameiana.

Escuchó inmóvil, sin pestañear, con la boca abierta y los ojos entornados. Cuando finalicé agarró un lápiz, alisó las hojas y se dispuso a escribir. Al percatarse de que el lapicero estaba despuntado, exclamó:

—¡Anda el diablo! Mi sargento... ¿me presta un lapicero? —preguntó.

—No, yo no tengo, no —respondió el otro.

Se levantó y pachorrudo salió del despacho. Al cabo de unos diez minutos regresó con otro lapicero, muy corto pero con punta. Durante ese tiempo me entretuve, al igual que antes hacía el otro, contemplando la escena del sargento y la vieja. En un momento determinado, poniendo la mano donde él suponía que estaba su corazón, el policía juró por su honor que si le decía el nombre del verdadero ladrón y

proporcionaba algunos pesitos
restituiría su libertad.

—¿Entonces te robaron el
motol? —me preguntó el raso.

—Pues sí señor, así es.

—¡Ay, ay, ay, ay! ¿Y cómo
es que tú te llamas?

—Francisco Maldonado
Expósito.

Con la lengua apretada en los
labios escribió despacito, con
dificultad y en letras muy grandes:
«Fransisco Malgomado
Esplosito». No dije nada para
corregirle. Caí en la cuenta de que
era una pérdida de tiempo solicitar
el auxilio de las fuerzas armadas
en este país para casos de éstos.

—Bueno. Escúchame,
Fransisco. Tú sabes que nosotros
tenemos muchas denuncias de
éstas. Se amontonan y se quedan
sin resolver... ¡Ya tú sabes! Si se
afloja un poco la mano pues... el
coronel hace más caso. ¿Tú ves?...
Nosotros cobramos muy poco por
tanta fatiga. Así que dame lo mío y
yo paso esto urgente. ¿Tú me estás
entendiendo como es...?

—¿Veinte pesos? —pregunté
incomodado.

—¡Pero ven acá! ¿Cómo va a
ser? Yo tengo dinidad. Con veinte
pesos ya no se hace nada, mi
helmano. Esto vale por lo menos
dosientos, mi helmano. ¿Tú ves?

—Olvídelo señor agente.
Muy amable por su atención. No le
distraigo más de sus múltiples
ocupaciones. Ya me ocuparé yo de
buscarla —dije levantándome con
mucho despecho.

Clavando su mirada en mi
bragueta exclamó un *¡Daaaaablo!*
que retumbó en la sala atrayendo
la atención del sargento y de la
plañidera anciana, que no tardaron
en descubrir el bulto
asombrándose igual que el otro.

Furibundo y colérico, salí del
cuartel. Caminé a paso rápido y
gesticulando malhumorado
mientras lanzaba imprecaciones
contra las fuerzas del orden. Ya en
la pista aguardé a una de las
guaguas voladoras o un concho, lo
que apareciera antes. En la espera
se templó algo mi airada

excitación. No tardó mucho en aparecer una voladora. Abarrotada como siempre, me introduje con muchísima dificultad. Gracias a que estoy delgado, a mi experiencia y al bamboleo, pude ir ganando espacio sutilmente a los viajeros próximos. Poco a poco logré sentarme reclinando la espalda en el respaldo, todo un mérito. El merengue sonaba a gran volumen, aunque en este viaje se escuchaba bastante bien, sin interferencias, muy distinto a lo que ocurría en la mayoría de las ocasiones en que viajé en este popular tipo de transporte.

Una canción que me complacía el gusto, también el ir sentado disfrutando del sabroso roce entre dos fragantes y bellas señoritas, hizo que se esfumara la ira que me provocó las fuerzas policiales de Morúa. En el asiento posterior viajaba una muchacha con lágrimas en los ojos, a cada uno de sus lados llevaba a dos hombres jóvenes y grandes cantando a voz en grito el

merengue que sonaba en la radio, el que decía: «y un pedazo queso, que tenía yo, ese charlatán sin piedad se lo comió. Fue a la nevera y se comió mi salchichón». Más adelante por los comentarios que hacían mis compañeras de asiento, supe que la muchacha padecía un terrible dolor de muelas. Supuse que no le sería muy placentero viajar entre estos dos individuos berreando. En un bache y a causa de la velocidad (calculo que sería de ciento cuarenta kilómetros por hora) se desplazó mi protección contra miradas indiscretas. Las dos muchachas, al igual que el agente de policía, exclamaron al unísono: ¡diaaaablo!

—Señoritas —dije audazmente, tratando de hacerme el gracioso—, este bulto vale muchos cuartos.

Ellas rieron con picardía sin dejar de mirar alternativamente mi rostro y lo otro.

—Les aseguro que vale más de cuarenta mil pesos —continué.

—¡Mi amol!, yo te doy pol él

los cuarenta mil pesos y un conuco¹ que heredé de mis papás —se guaseó la más atrevida.

Así, una gracia tras otra, reíamos todos a excepción de la del dolor de muelas, que maldita la gracia que le haría a ella el viajecito. Llegué a mi destino. Mientras me apeaba, la más osada dijo:

—¡Cuídate, mi amol, no te me vayas a estropiar!

—reanudándose las sonoras carcajadas en la guagua que se alejaba. Ya estaba en La Isabela.

Entré contento en mi oficina. Altagracia se pintaba las uñas con mucha aplicación, pero en un rojo muy subido para mi gusto.

—¡Buen día! —saludé.

—¿Cómo está, don Fran?

—¿Ha regresado don Federico?

—¿Quién?, ¿el Flaquito?

—¿Qué otro don Federico conoce usted?

—¿El del envío?

—¿Qué otro podía ser?

—¿Chopin?

Cansado ya de este juego pregunta-respuesta, decidí rematar hiriendo.

—¿Y por qué no elige un tono de uñas más apropiado para el color de su piel?

—¿Y por qué no va usted y pide que le fabriquen otra vez pero que en esta ocasión se esmeren más?

Ganó. No podía superarla. Me quedé mirando como un idiota sin respuesta. Ella, consciente de su triunfo, me dijo que sí, que había estado y que se pasaría en una media hora.

—Altagracia tráigame un café si es tan amable, por favor —ordené mientras me sentaba.

—Sí señor, ahorita —dijo levantándose sacudiendo las manos.

Aprecié entonces su conjunto: blusa roja que transparentaba un sujetador del mismo color con encajes; falda negra, muy por encima de la rodilla, excesivamente ceñida; llevaba además un liviano pañuelo de seda

tirado hacia atrás por los hombros; zapatos de tacón alto y muchas alhajas. Me preguntaba cómo sería posible que con el estrecho sueldo que yo le pagaba pudiera lucir un vestuario tan variado y caro.

Por supuesto que hice el encargo con la intención de quedarme a solas para sacar el dinero de los calzoncillos.

Estaban los pantalones en mis tobillos, y por no tomar la elemental precaución de echar el cerrojo, se abrió la puerta y apareció fatalmente la secretaria preguntando si deseaba dos o tres cucharadas de azúcar.

Ante su asombro, dije inmediatamente en esa deshonrosa circunstancia:

—¡Seguridad! Traigo el dinero para la entrega del señor Federico en estos calzoncillos especiales que tienen un bolsillo con cremallera en la parte delantera y así evito que...

No logré finalizar la justificación, Altagracia se marchó riendo y dando palmas como una

loca por los pasillos del centro comercial donde estaba ubicada la oficina. Recompuse mis prendas. Guardé el dinero en un cajón esperando la llegada del café y de mi secretaria con toda la dignidad de la que fui capaz, que era muy escasa.

Apareció al instante sonriendo y mirándome burlona acompañada del Flaquito, quien muy extrañado no comprendía las sonrisas de Altagracia, las carcajadas que trataba de reprimir sin mucho éxito. Yo, porque no me parecía serio lo de las risitas en negocios financieros, aunque fueran con clientes de esta condición, le hacía señas para que callara y se moderara, lo que acrecentaba aún más su descontrol.

—¿Cómo está, don Federico?

—extendí la mano para saludarlo.

—¿Cómo lo llevas? Estoy bien. Pero no me llames Federico. No me gusta ese nombre, me suena a... viejo, y yo espero no llegar a serlo nunca —dijo intentando hacerse el simpático y

el filósofo con voz temblona.

—Ja, ja, ja, ja —rió desbordada ya sin poder contenerse Altagracia. Echándose las manos a la cara salió precipitadamente del local derribando una silla.

—¿Qué le pasa a esta tía? ¿Qué he dicho? —exclamó el Flaquito.

—Es que antes hemos tenido un percance para ella gracioso y no puede dominarse. Discúlpela.

—Tutéame, hombre. Que debemos de tener la misma edad. ¿Tú cuántos años tienes?

—Treinta y cinco ya —respondí— ¿y tú?

—Treinta y dos. Llámame Mey. ¿Eres judío?

—No. ¿Qué te hace pensar eso?

—Me han dicho que en Morúa hay muchos y tu secre dice que vives allí. Me contaron que Machuca, el antiguo dictador, les regaló las tierras cuando venían huyendo del holocausto nazi. También lo digo por el tipo de

negocio que tienes montado. Todo el tema este del dinero, que dicho sea de paso, «la balanza del tendero siempre es sospechosa». Tú me dices que es un dos por ciento tu comisión, pero en realidad te llevas mucho más por el tipo de cambio de las monedas, además de lo que metes de teléfono y de entrega a domicilio. Pero vamos, que yo paso de eso porque me interesa que me lo traigas, que me han dicho que lo haces rápido.

—Pues no, no lo soy; aunque admiro a esa raza, si se puede llamar así.

—Perdona, pero no creo que se pueda llamar así, porque hay judíos de distintas razas: blancos, cobrizos, negros; en fin, de todo tipo.

—Sí, así es. Te decía que los admiro por su historia, por la construcción y desarrollo de Israel que...

—Bueno, Fran. ¿Has traído mi dinero? —interrumpió descortés.

—Por supuesto. Ya hemos confirmado en nuestro banco. No hay ningún problema. Como ves, cumplimos con nuestro eslogan publicitario que es, ya lo habrás escuchado en la radio, «Con AATUCA va seguro y rapidito...»

En ese instante se me vino a la mente la forma en que conseguí el dinero y el modo en que lo transporté. Me sentía el hombre más incapaz e incompetente del Globo.

Como mi secretaria aún no había regresado yo mismo rellené los recibos. Antes de dárselos a firmar, saqué del cajón la cantidad exacta para la entrega, que previamente ya había contado. No obstante volví a hacerlo delante de él, contemplando con estupor y vergüenza que entre los billetes había varios pelos de mi zona pubiana. Intenté disimularlos mientras contaba y con esta preocupación perdí la cuenta. Él dijo que lo contó conmigo y estaba bien. Sopló sonriendo un pelo que estaba sobre la mesa en el que yo

no había reparado.

—Muy bien, Mey. Pues si has quedado conforme, te agradecería que nos recomendaras a tus amigos y conocidos. Habla de nuestros servicios con algún que otro turista compatriota. Te lo pido porque he tomado cierta confianza contigo. Ya sabes: con AATUCA va seguro y rapidito.

—Lo haría con gusto tío, pero aquí no tengo ni conocidos ni amigos. De todas formas si se tercia con algún turista sí hablaré. Porque la verdad es que has cumplido. Hablando de otra cosa, tú que llevas más tiempo en la República. ¿Cómo está la cosa para invertir o poner algún negociete? Me han hablado de una discoteca que alquilan en este centro comercial. ¿Tú cómo lo ves?

—Que si quieres invertir en negocios de hostelería te vayas a Morúa. Allí hay más ambiente nocturno. Es otro tipo de visitante. Este centro está muerto, no viene nadie. En Morúa ves auténticas

porquerías montadas con cuatro duros que se ponen a reventar. Y en este centro, locales vacíos con los camareros de brazos cruzados. Pero en fin, en Morúa, o cualquier parte de la isla lo mejor es que lo veas tú, que te guíes por tu criterio y que no hagas caso de nadie. Aquí cuando vas a hacer algo todo el mundo te dice que es muy bonito y que está muy bien, sea lo que sea. Porque en el fondo, en la República, igual que en cualquier otro lugar, le importa a la gente tres cojones lo que hagas o dejes de hacer, con tal de que no les salpiques. Y perdona por los términos, pero es así a mi modo de ver.

—Yo es que tengo algo de práctica en eso de crear ambientes y dar animación. En Mallorca nos lo montábamos mi tía y yo. Nos vestíamos de payasos, o con colores brillantes, nos maquillábamos las caras, así... exagerado, invitábamos a la gente a pasar y llenábamos los sitios para los que trabajábamos. Y eso que

de inglés no teníamos ni idea y tú sabes que por allí hay mucho guiri.

—Vuelvo a decirte que para eso, a mi entender, el mejor sitio es Morúa. ¿Lo conoces? —él negó con la cabeza—. Pues es un sitio mejor que éste. En La Isabela tienen encerrados a los turistas en jaulas de oro. Los traen desde Europa a esos complejos hoteleros maravillosos que tienen de todo: restaurantes, casinos, discotecas, bares, centros comerciales, etcétera, etcétera. Y no salen de ahí ningún día de los que pasan de vacaciones. Si acaso, alguna excursión, organizada claro. Morúa en cambio tiene un turismo que va más por libre. Se le ve por la calle, gente joven, un ambiente más emancipado, con más deseos de diversión. Yo te aconsejo que vayas a conocerlo. Estoy seguro de que te gustará más que esto.

—Pues yo creo que sí. Porque lo que dices es cierto. Estamos en un complejo de éstos y me da igual estar aquí que en Honolulu. Al final, todos los hoteles son iguales

en todas las partes del mundo.

Estuvimos charlando de hoteles y de la vida durante mucho tiempo. Después se despidió diciéndome que tuviera la seguridad de que nos volveríamos a ver nuevamente, que pensaba regresar dentro de un tiempo para intentar hacer algo en la República Mameiana. Al oírle volví a sentir ese mal presagio, esa mala sensación.

Entró Altagracia ya serena.

—Discúlpeme, don Fran. No pude evitarlo.

—No debería reírse tanto. Leí en una de sus insustanciales revistas que la risa hace que se manifiesten unas espantosas arrugas en el contorno de los ojos y lamentaría mucho que aparecieran en los suyos; que los tiene usted muy bonitos. Trate de ser un poquito más seria.

Abrió su libro de inglés y practicó escapándosele alguna risita.

Me sentía bien. Hice una de las entregas ganando un buen

margen de beneficio. El cliente no se puso desagradable, como sucedía en la mayoría de las ocasiones a causa de mi porcentaje. Altagracia pronunciaba bajito. A raíz de mi conversación con Mey, recordé entonces a un grupo de turistas españoles que andaban por la calle principal de Morúa. Miraban todos los escaparates, leían la carta de los restaurantes buscando el más barato; a su alrededor llevaban una nube de limpiabotas y vendedores de baratijas; eran escandalosos, se advertía su alegría. Uno de ellos le voceó al resto del grupo:

—Vamos a tomar algo aquí que hay *papi agüers*.

A mi modo de ver, los visitantes españoles son los más ruidosos y alborotadores que llegan por estas tierras. Viene también alguno en actitud arrogante, influido sin duda por los tópicos del negrito ignorante, bailón e ingenuo y del indio miserable y pintoresco. Pensando que todos ellos aprecian mucho a

la madre patria por lo del «Descubrimiento». Individuos que en su país desempeñan oficios ingratos o empleos humildes, situados en la parte baja de la escala social y con una cultura forjada en el salón de su domicilio por el televisor, o en el bar con sus acólitos de equivalente rango y prestigio; aquí se experimentan por la disparidad étnica y el desarrollo de la nación, en nobleza. Señores que tienen derecho a que les complazcan sin rechistar, porque son sus vacaciones y las han pagado. Adoptan también pose paternalista con taxistas, limpiabotas, recepcionistas, camareros... Les hablan de las maravillas y de los adelantos que disfrutaban en España: maravillosas carreteras, colegios, hospitales... «No obstante somos europeos, no como en este país atrasado e incivilizado, con tantos apagones, con tanta miseria y con tantos bichos. Aunque, eso sí, muy bonito, ¡precioso!». El ser blanco en un lugar con generalidad

mulata, las atenciones que reciben y a las que casi ninguno está acostumbrado; el mismo idioma, los problemas individuales de la pobreza, les hace sentirse así, de esa forma.

El mameiano, persona de eterna sonrisa, gente enigmáticamente alegre, afable, atenta, complaciente: soporta en sus humildes oficios a personas de esta condición con una ilimitada paciencia; dándoles la razón en todo lo que les dicen, aconsejan u ordenan, aunque sean majaderías que no debería decir boca alguna.

El turismo es la fuente de la que beben también miles de personas día a día, llevando a sus casas las propinas de los foráneos, muchas miserables, alguna generosa.

Por tanto, todo el mundo sabe aquí que el extranjero tiene prioridad en casi todo. Que el visitante trae los dólares que hacen tanta falta para poblaciones enteras dedicadas a ese negocio. Así que sonrisa, amabilidad, corrección,

buenos modales, aunque se trate de un patán español, de un borracho alemán, de un sátiro italiano o cualquier otra escoria de las fantásticas sociedades civilizadas y desarrolladas. Tolerancia, sí, mucha paciencia. Poner buena cara y «deme dólares pendejo, y regrese que nos hace mucha falta».

Reflexionaba en todo esto cuando llegó Bienvenido del Campo Calatrava.

—Buenas tardes tengan ustedesss. ¿Cómo estamosss?

—¡Pues aquí!, *piliando*. ¿Qué tal, Bienve? —dije yo sonriendo de no muy buena gana.

—Buenas tardesss, señorita —saludó a la secretaria.

—Saludos —dijo ella guardando una novela en un cajón.

Acercándose chocaron sus bocas. Después, se arrellanó en una silla y comentó:

—Pues nada, voy a ver si compro los víveres. Je, je, je. No te habrás molestado después de nuestra charla telefónica, ¿verdad Fran?

—Pues claro que no. Lo entiendo perfectamente. Si se mezclan sentimientos y dinero son relaciones interesadas, condenadas al fracaso, a la frustración —miré maliciosamente a Altagracia. Ella desvió su mirada.

—¿Y has solucionado el tema?

—Bueno, pues sí. Hay uno que no es partidario de esa teoría tuya y me prestó el dinero.

—¿Todo?

—Pues sí, todo.

Desentendiéndose, Bienve contempló orgulloso a su objeto de placer y amor. Le sonrió altivo. El carcamal, a pesar de su racismo, estaba prendado de esa fresca morenita: deliciosa, inteligente..., sin corazón.

—Fran, mañana me sale un barco y tengo que abastecerlo. ¿Por qué no das permisito a la señorita para que me acompañe de compras? Digo, si no tiene trabajo claro está, lo primero es lo primero. Aunque por lo que veo, hay poco.

Miró a los objetos que estaban sobre la mesa de Altagracia: libros de inglés, revistas, algunos catálogos de cosméticos, unas tijeras, el botecito de la laca de uñas.

Consentí con la condición de que regresara para cerrar y Altagracia hizo un gesto de fastidio que Bienve no captó.

—No te preocupes, para esa hora te la traigo. Je, je, je.

Transcurrieron unos minutos desde su marcha y mientras tarareaba la canción, «Ay mujer, tu cuerpo me hace falta ya», timbró el teléfono.

—Hallo.

—¿Quién me habla?

—Le hablan de AATUCA.

—¡Oh! AATUCA. ¿Y la persona con la que tengo el placer de hablar?

—Con Fran.

—¡Oh! ¿Y es usted el responsable de la empresa?

—Sí lo soy.

—¡Oh! Le habla el licenciado López. Le pongo al habla con el

licenciado Vega. Mucho gusto en saludarlo.

—Hallo. Le habla el licenciado Vega, señor Fran. Lo primero transmitirle mis deseos de que se encuentre usted bien de salud y agradecerle que atienda tan gentilmente nuestra llamada. Nosotros estamos organizando en el estadio deportivo de Monte Plata un encuentro de béisbol y nos complacería enormemente que su digna persona tuviera a bien realizar el primer lanzamiento del partido, el saque de honor. Si usted accediera nos complacería mucho honrándonos con su presencia en el desarrollo de tan magnífico evento deportivo. Esto nos haría muy felices por...

—Disculpe. ¿Quién organiza el encuentro?

—Excuse. Somos una asociación cultural de Monte Plata.

—Y ¿para cuándo es esta celebración deportiva?

—Para este próximo domingo y...

—Oh, ¡no sabe cuánto lo

lamento! Pero seguramente este fin de semana realice un viaje a Puerto Rico y sintiéndolo mucho no podré asistir.

—Oh, pues le deseo mucho éxito en su viaje a la hermana isla y también que Jesucristo Nuestro Señor le acompañe y le pido que le dé felicidad a usted y los suyos...

—Muchas gracias por acordarse de mí y lamento no poder estar con ustedes en ese día.

—Señor Fran, en otro orden de cosas, fíjese, nosotros estamos en el deseo de imprimir mil camisetas para los muchachos de la zona en las que aparezca el siguiente texto: *Sí a la vida. No a las Drogas. Mente sana en cuerpo sano. Asociación Juvenil Cultural Deportiva Juan Pedro Santana de Monte Plata.* Para ello estamos en contacto con diversos empresarios de la zona Norte.

Lamentablemente nos ha fallado alguno. Necesitamos comprar seis galones de pintura para la impresión de las camisetas y queríamos saber si usted estaría

dispuesto a contribuir en tan digna obra en pos de nuestra juventud mameiana. Cada galón tiene el precio de doscientos pesos. Es pintura para serigrafía de extraordinaria calidad. Intentamos que este mensaje perdure por largo tiempo en las camisetas de estos jóvenes, además de en su corazón y...

—Discúlpeme. Pero no debo contribuir hasta no conocerles personalmente. Pero pásese la semana entrante por nuestras oficinas y trataremos sobre esto.

—El problema, señor Fran, es que las camisetas las queremos tener impresas para este fin de semana. Y al menos si usted contribuyera para tres galones nosotros nos sentiríamos sumamente complacidos.

—Le reitero lo dicho anteriormente. Con sumo gusto les atenderé la próxima semana. Ustedes saben que hay muchos timos de éstos, *tumbes* los llaman ustedes. Personas que sin ningún reparo y haciéndose pasar por

representantes de sociedades filantrópicas, solicitan ayuda a personas y empresas para muy dignos fines, pero acabando al final el dinero en sus bolsillos.

—Claro, le entiendo señor Fran, pero... ¿no cree que al menos en un galón podría cooperar? Yo le mandaría a un mensajero de la asociación...

—Lo siento, pero no.

—Está bien. Muchas gracias de todas formas por atendernos en este día tan maravilloso que nos dio nuestro Señor y le agradezco nuevamente su atención, deseándole un buen viaje a nuestra isla hermana.

—Muchas gracias a ustedes por acordarse de mí. Y que Dios les ayude. Bay.

Existían varios tipos de timos telefónicos. En una ocasión recibí la llamada de uno que dijo ser jockey en el hipódromo nacional. Un hombre harto de ser pobre, que consiguió la residencia en los Estados Unidos deseando irse millonario para allá. Me informó

del arreglo que hizo con sus compañeros para las carreras del próximo fin de semana y me brindaba la oportunidad de enriquecerme con la combinación de los números de las quinielas que él me facilitaría si apostaba tres mil pesos ganando así ochocientos mil en premios. Las partes serían al cincuenta por ciento, con la condición de que no se lo dijera a nadie y que hiciera las apuestas en determinada banca receptora. Me dirigí a Santiago, ciudad donde estaba dicha banca; pero antes, y nunca me cansaré de agradecersele a Dios, fui a ver a Chespirito a comentarle el caso para que me diera su opinión.

—Mire Fran, estos ladronasos llaman por teléfono y le dicen que tiene que ir a una banca. A esa banca no a otra. El dueño de la misma es el organizador del tumbé. Si consigue tres o cuatro pendejos que lo hagan, pues multiplique las ganancias. Y es que dan combinaciones imposibles.

A pesar de la modestia de mi empresa, del poco tiempo que llevábamos funcionando y de ser prácticamente desconocida, me ofrecieron por teléfono: salir en televisión, hablar por radio, entrevistas para periódicos, hacerme personaje del mes, entrega de diploma por mi contribución al desarrollo mameiano, presidir mesas, etcétera, etcétera. Nunca me premiaron tanto en mi vida, aunque lamentablemente ni los premios ni el interés estaban basados en mis logros o méritos sino en el hipotético dinero que esos desgraciados desatinados sospechaban que yo tenía.

¹**Conuco:** pequeña porción de tierra labrada.



6/14

Del agua nacieron los sedientos

Capítulo VI

Tú quieres dormir y yo quiero andar

V. Pisabarro

Dos años atrás, Jimmy llegó a la República moreno y canoso. Con un amplio mostacho que tampoco se libraba de algunos pelos blancos ni de los mordiscos que tenía costumbre de darse en él. Rondaría los cuarenta años. De corta estatura y nalgas caídas, paticorto, cacú, o sea, cabezón. Andaba de manera extraña, con una mezcla entre las maneras del inigualable cómico inglés Charlot y un pingüino, casi no doblaba las rodillas para hacerlo, como si encogiera los dedos de los pies al

caminar. Un carácter enérgico, afanoso. Trabajador incansable debido a un aburrimiento soporoso y a la amenaza de una pobreza severa. Un solitario, aunque por su profesión conocía a muchísima gente. Era el captador de una empresa dedicada a vender vacaciones en hoteles por todo el mundo. Además, por las tardes se dedicaba a recomendar por las esquinas el restaurante Hernán Cortés. Dominando tres idiomas a la perfección y defendiéndose con otros tres, ganaba bastante dinero en esos trabajos, sobre todo por las horas que les dedicaba.

Se inició en el mercado laboral mameiano faenando en el restaurante de un holandés sin honra. A cambio de su labor, que era la misma que hacía ahora, ganaba una comisión por cada cliente que introdujera su persuasión en el local. Pero el holandés era más ladrón que Caco, y si Jimmy mandaba a cenar a veinte, él decía que la mitad entraron por voluntad propia sin

que participara su arte en ello, así la comisión era por diez. Al acabar la jornada también le daba cena, que eran sobras. Allí estuvo atado hasta que encontró otro empleo del mismo tipo en el restaurante Hernán Cortes. Aquí un patrón más honesto y unos alimentos más decentes para un ser humano recuperaron su estima. Reunía una buena cantidad de dinero, con una tacañería indiferente a la reputación. Gastaba poco y no tenía a nadie que mantener. Compró una moto pequeña, luego otra un poco mayor y después un Volkswagen. Renovó parte de su atuendo y ahora, gracias a las indicaciones de Damián, lucía mucho más elegante, pues es cierto que antes espantaba a algunos de sus potenciales clientes con camisetas de colorido exagerado y de inscripciones obscenas, pantalones vaqueros ceñidos, zapatos y botines terminados en punta, etcétera.

Éste fue el hombre que también llamó esa tarde mientras

yo esperaba el regreso de mi ociosa secretaria.

—Fran, colega, ¿qué pasa?

—¿Qué tal, Jimmy? —dije yo extrañado porque la llamada no fuera a cobro revertido.

—¿Te han robado la moto?

—Pues sí. ¿Y tú cómo lo sabes?

—Pues ya ves, colega. Esta mañana me buscó uno que sabe que tú y yo no conocemos. Ha dicho que le han dicho que decían que si pagas diez mil pesos te la devuelven.

—¿Y quién te lo ha dicho a ti?

—Eso no te lo puedo decir, tío —Jimmy a pesar de hablar tantos idiomas seguía utilizando el argot para expresarse con los paisanos—, porque si te digo quién es no hay negocio. Es lo que me han dicho que dicen. Este país ya sabes..., no hay más que ladronazos, son más chorizos que su puta madre, pero hay que negociar para que te jodan menos y peor.

—Bueno Jimmy, si me haces el favor, diles que les ofrezco mil pesos. Y que prometo retirar la denuncia que hice en el cuartel de policía, donde me aseguraron que los buscarían aunque se metieran bajo tierra. Cuenta que soy amigo personal del coronel, que apadriné a su hijo menor, por lo que soy también compadre suyo, y que él personalmente me aseguró que iba a dedicar a sus mejores hombres en la búsqueda. Además diles que una moto de éstas es muy difícil venderla.

—Y de qué conoces tú al coronel, mentiroso.

—No, si no le conozco, ni siquiera he puesto la denuncia, pero es mejor preocuparles un poco para que rebajen el rescate.

—Ji, Ji, ji. ¡Pero qué cabrón que eres! O.K., así lo haré en cuanto le vea y a ver qué pasa. Bueno, ¿cómo lo llevas, coleguita? ¿Debes, o te deben? ¿Cómo te encuentras?

—Como un pez.

—¿Cómo un pez?

—Sí. Como un pez en una pecera con el agua sucia.

—Vale, Fran. Muy bonito. Nos vemos —se despidió.

Me contentó mucho la llamada, pues imaginaba que mi motocicleta estaría ya a esas horas desbaratada y vendida por piezas. Ahora tenía alguna esperanza de recuperarla si negociaba bien.

Llegó la hora de cerrar. El académico enamorado faltó a su palabra y no trajo a su tierna «Lolita», ni ella tampoco procuró venir a cumplir uno de los pocos encargos que yo le hacía, aun sabiendo, como sabía, que era mucho lo que yo permitía.

Sin duda, después de algunos regateos y compras apresuradas en el mercado central, ambos perderían conciencia del tiempo recreándose en los goces del amor dentro de la comfortable furgoneta aparcada en algún sitio discreto, entre papayas y plátanos, pasando el rato indolentes ante cualquier deber. Me entretuve imaginando escenas en las que Bienve,

animosamente y en un esfuerzo agotador, lograría mantener una semierección con la que se abriría camino hasta llegar y franquear gozoso la gloriosa puerta del placer más grande y antiguo, encontrándose justificado una vez más su deplorable comportamiento. Aunque, inmediatamente después, tras el minúsculo reguerillo de su esperma, probablemente amarillo, sentiría el peso repugnante de una vergüenza triste y de un desprecio desmedido hacia sí mismo. Pero todo esto era fruto de mi depravada imaginación. Bieven se quería tanto que le sería imposible encontrar mancilla en su blindada conciencia. También podía ser que no estuvieran haciendo guarrerías. Acaso recibiera inspiración y aún seguiría hablando sobre lo que le motivara. En ese caso la pobre Altagracia, en vez de gozar, padecería las horas. Yo los disculpé mientras cerraba la oficina. No tenía otro remedio que comprender, que perdonar a todos.

No me extenderé en el viaje de regreso a casa, aunque podría hacerlo y mucho. Sólo diré que, como es obvio por lo que continúa, llegué vivo, con las piernas entumecidas, sudoroso y con unas manchas de grasa en la camisa que hizo así su último viaje.

Blas el pusilánime, glotón y travieso perro guardián, asomando su jeta por la puerta del jardín moviendo su corto rabo, con la lengua fuera, esperaba jadeante a que yo llegara y la abriera. Recordé las muestras de cariño alegre con que me recibiera el día anterior; agachándome con ostentación, cogí una piedra en la mano para evitarlas en ése. Al verlo, el can tomó precauciones alejándose unos metros de mi camino. Miraba de soslayo y seguía moviendo la cola. De buena gana le habría dado un cantazo al pasar pues descubrí dos macetas, de las más grandes y caras, hechas añicos en el suelo, la tierra esparcida y las delicadas flores muertas, desmembradas por la

furia canina. Por si esto fuera poco, a unos metros de tan lamentable destrozo, mi camisa favorita de seda natural, la única que me hicieron a medida en mi vida, un primor de la costura, rebozada en barro había dejado de ser camisa para pasar a trapos, jironada también por el perro endemoniado. Con un gran esfuerzo me contuve. Y como el prodigio humano es la reflexión, comprendí que no era la culpa del animal, sino que la grave falta era achacable a quien la tendiera tan bajo que permitió que él llegara a alcanzarla en su irracionalidad.

Entré a la casa excitado pero contenido y me encontré con el Chino que sentado ante la mesa del comedor leía el prospecto de una medicina arrascándose la riñonada.

—Me alegro de verte levantado, hombre. Eso es señal de que ya estás mejor y de que no tendré que realizar trámites consulares para repatriar tu cadáver —en gesto amigable golpeé su espalda.

—No, no es eso. Es que me han dicho que me levante para asear la habitación. La verdad es que yo me siento fatal. Me ha bajado algo la fiebre, pero todavía la tengo alta —se rió a carcajadas y dio un golpetazo en la mesa con la palma de la mano que me hizo dar un respingo—. No sé qué me habrá recetado el maricón del medicucho, me encuentro raro. Unas veces me da por reír y otras por llorar. Antes no sé si soñando o despierto, creía que estaba en Navacerrada y te juro que vi nevar por la ventana. Sí, ya sé que no puede ser. También escuché unas gaitas que nadie oía. Me tuvieron que acostar y atarme a la cama porque dicen que no paraba de bailar dándome sopapos en la cara. Y ahora que me encuentro más normal, más yo, cuando recupero la cordura, es cuando me están empezando a doler las heridas otra vez.

—Seguramente todo esto es el efecto de algún calmante fuerte, para evitarte el dolor precisamente

—deduje.

En ese instante salía su mujer de la habitación cargando un amasijo de sábanas sucias.

—Ya está, cariño. Ya tienes la cama limpita —dijo tiernamente a su marido mientras me decía secretamente al oído: ¡es que sa meao!

Ayudé a acostarlo. Todos los movimientos que realizábamos eran muy lentos y comedidos para evitar, en lo posible, dolores al pobre Chino.

—¡Ah!, qué bien se siente uno entre sábanas limpias. ¡Bendito sea Dios! ¡*Gora Euskadi askatuta!* —exclamó con satisfacción.

Salimos cerrando la puerta con mucho cuidado. Fuí en busca de mi mujer encontrándome a mi suegro en el jardín acomodado en mi amplio y predilecto sillón de mimbre. Enfrente, los dos niños escuchaban fascinados sus palabras. Sentí en ese instante la comezón de la sarna que me transmitiera Blas, por el vientre y

las piernas, sobre todo por la parte interior de los muslos. Luché contra la tentación de arrascarme porque sabía que si empezaba, ya no podría detenerme, y acabaría desollándome el cuerpo y mal de los nervios. Ellos me descubrieron y saludaron, yo hice lo mismo. En esta coyuntura, sin darme cuenta, mis uñas habían comenzado a rascar arrebatadamente por mi panza. Por discreción entré al cuarto de baño para allí arrancarme la piel a mi gusto; oculto de miradas inquisitivas que pedirían una explicación. Y es que no es de mucha finura ni señorío decir que uno padece de sarna. Quitándome la camisa y los pantalones contemplé el salpullido que picaba a rabiar. Quizá infectara el pertinaz parásito a alguno de los numerosos compañeros de viaje de concho y voladoras que por esos días tanto utilicé. A mi dulce Sonia, lamentablemente ya la contagié. Con resignación no me lo echó en cara. Ella aceptó la situación como

quien soporta un catarro. No por necesidad, sino por puro amor, por convivencia sin reproches y pacífica. ¡Admirable mujer! Llamaron a la puerta. Era mi inmerecida.

—Fran. ¿Estás ahí?

—Sí, ya salgo —contesté sin dejar de arrascarme furiosamente, en un estado de nervios que provocaba mi incontenida autolesión a arañazos.

Creí que sería una buena idea ducharse con agua fría para ver si con el frescor disminuían algo los picores y llegaba al fin el alivio; pero al no haber electricidad en ese instante no funcionaba la bomba del agua. Entonces pedí a mi mujer que trajera unos cubitos de hielo en la cubitera. Ella comprendió el encargo cuando le dije que eran para los picores. Cuando los trajo, me desnudé completamente y mis ropas quedaron tal como cayeron por el suelo debido a la premura.

Me senté sobre el canto de la bañera y mientras deslizaba el primer cubito sobre las erupciones

de la entrepierna, observé de pronto que, al igual que en la oficina, la llave se quedó sin echar. Dos veces en el mismo día, tan bochornoso suceso sería una fatal coincidencia capaz de escarmentar a cualquiera obsesionándole de por vida con cerrojos y cerraduras. En ese mismo momento se abrió lentamente la puerta. Apareció mi suegra. Turbado por la sorpresa, aunque ella no demostró ninguna, intenté hablar para explicar un comportamiento tan extraño, y digo que intenté porque azarado, no salía palabra de mi boca, sólo algún que otro monosílabo incoherente. Juani levantó la mano para tranquilizarme, alzando las cejas como cuando se calcula algo. Dijo que ella era muy liberal en cuanto a prácticas sexuales, a fuerza de años de convivencia con su marido y que a todo se acostumbra una. Pero que lo sentía por su hija, porque quien goza en solitario es un insolidario egoísta; y que Dios hizo a Eva para evitarlo. En un brusco giro

temático y como coletilla, dijo que estaba decidido que en esa noche iríamos todos a cenar al Hernán Cortés.

A mí, por la impresión y con la vergüenza, me desaparecieron los picores sin necesidad del hielo. Dejé para ocasión más propicia y decorosa la explicación del porqué me sorprendiera ella en esa actitud.

Aliviada la comezón y lesó mi honor, me dirigí al jardín donde continuaba mi suegro deslumbrando a los niños, que muy quietos le prestaban gran atención. Procurando hacer poco ruido, me acerqué por detrás para escuchar lo que les decía.

Hablaba sobre la fratricida y cruenta Guerra Civil española, de su participación en ella como capitán de caballería y de su defensa del Alcázar de Toledo al lado de un puñado de valientes contra la canalla roja.

Tete mediaba en edad la quinta decena. Cualquiera persona que lea esto, y sepa de las fechas en que vivimos y de las

matemáticas más elementales, comprenderá que mentía sin moderación ni extremo a las criaturitas, que por serlo (a esta edad todos somos necios) daban por muy cierto y verdad todo lo que este tripón embustero les narraba. En un momento en que detuvo su palabrería para beber de la cerveza que agarraba en su mano, me acerqué y, con discreción para que no lo oyeran mis herederos, le dije que cronológicamente no podía ser capitán de los nacionales, ni de los rojos tampoco, por la edad que él tenía en los tiempos de la contienda; que en aquellos años aún mamaba él del pecho de su madre. Respondió a su vez con igual discreción, que así era, pero que para cuando descubrieran que su abuelo no se ceñía exactamente a los hechos, ya no tendrían héroes; que le permitiera serlo al menos con sus nietos hasta entonces.

Me agradó mucho que buscara la admiración de sus

nietos, siendo como era bastante descastado. Dejé que continuara con sus fantásticas historias bélicas. Entretanto recordé cómo él mismo me contara de aquellos años de la posguerra, del hambre y calamidades que soportó. Pensé que quizá el hecho de criarse en un país destrozado ayudara a forjar en su infancia todos esos vicios morales de los que adolecía.

Pasado un rato no muy largo, puesto que no debería ser de su agrado que alguien con más edad y criterio escuchara las sandeces que decía, remató de forma concluyentemente disparatada:

—Yo, Franco y unos cuarenta moros de los buenos, tomamos entonces el Palacio Real. Allí se encontraba Lenin que era el jefe de los rojos y después de darle una pila hostias hicimos que se rindiera. Su gran ejército, al verse con el jefe preso, se sometió y ganamos la guerra. Entonces yo y Franco echamos a suertes quién reinaría en España y le tocó a él. Otro día os contaré la Segunda

Guerra Mundial, en la que también participé al lado de los partisanos franceses con el grado de comandante.

Los niños insistieron para que comenzara con ésta, pero él, impasible, no dijo palabra.

Ofreciendo un premio por la más grande, les convenció para que fueran a cazar lagartijas. A eso se dedicaron no muy contentos al tiempo que uno le decía al otro:

—Yo soy Franco.

—¡Y una mierda! Tú eres Lenin.

La dulce noche tropical no tardaría mucho en inundar este vergel. El aroma de los jazmines parecía impregnarlo todo. Unos rayos de sol oblicuos conseguían pasar entre el follaje y se estrellaban contra el suelo verde y fresco. En ellos se veía una danza de partículas doradas. Mi suegro después de eructar preguntó:

—¿Y qué?, ¿cómo van las cosas? ¿Qué tal lo tenéis por aquí?

Fatídica pregunta por lo que luego se verá, dado mi propensión

a la charlatanería y al alarde retórico.

—Pues ya ves —dije mirándole a los ojos, adoptando la actitud delicada, la afectada excelencia bondadosa de los que son tratados con excesivo regalo por la vida—. Muy bien, gozando de esta tranquilidad que serena el espíritu y permite disfrutar de las abundantes maravillas naturales del lugar. Los problemas que apesadumbran, esos problemas que todos tenemos y engrandecemos, se resuelven al paso. Así dicen aquí. No se les da tanta entidad a cosas vanas como en España. A mis hijos los noto más felices. Bajo este clima se crían sin tanto rigor, medio salvajes en plena naturaleza. Se han adaptado perfectamente, sin ningún problema, al igual que tu hija. Ella era mi mayor preocupación. Tú sabes que juró no volver a poner los pies otra vez sobre esta tierra ningún día de los que viviera. Pero ya la ves: ¡tan alegre, tan contenta! Tan satisfecha, que ahora a lo que

se niega es a regresar a España, prendada como está de este mundo y de sus cosas. Los negocios, a decir verdad, están un poquito parados. Ahora, en *stand-by*, tengo algún proyecto. En fin, si hiciera balance, hasta la fecha, diría que es positivo en placidez, en felicidad, en fraternidad, en amor... Con esto no niego el que haya dificultades o inconvenientes, pero todo se va solucionando.

Él, mientras yo decía, se arrascaba la barriga escuchando con atención y un gesto de escepticismo que fue incapaz de disimular.

—Pues a mí me da... que ni tú ni Sonia estáis tan plácidos ni tan fraternos como dices. No me desniegues, ésta es la verdad, yo conozco a mi hija muy bien. Aunque he de reconocer que lo que decías de los niños es verdad. Me gusta ver así a estos cabroncetes, tan sueltos. Se pueden criar más felices que allí. Con este clima y en una tierra tan bonita, el niño que no se divierte es porque

es raro. Me cuentan que montan a caballo, que van a la playa muchos días, los baños en las piscinas de los amiguitos, que dicen que tienen muchos y de muchas partes del mundo. En nuestro país es distinto, en el invierno los chavales de la casa al colegio y después de hacer la tarea, a mirar la televisión o a jugar con las maquinitas. Eso no forma. Yo creo que más bien disuelve. Se está formando una generación psicopática. Las criaturas acabarán siendo introvertidos, violentos, desorientados, capaces de matar para escapar del aburrimiento. Y mientras no terminan la niñez son egoístas, antojadizos. Unos auténticos hijos de puta, exigentes por el derecho que les da ser hijos. Aunque también deberás reconocer que el sistema educativo español tiene un adelanto de años luz con el de países de este tipo, como en el que ahora estamos. Esto producirá un retraso a tus niños con los de su edad. Pero cada uno es cada uno, y cada cual

hace lo que le parece mejor.
Vosotros optáis por esto y a mí me parece muy bien. ¡Cojonudo!
Decía antes que a ti es al que no veo conforme. Espero que sepas lo que estás haciendo. Recuerda... que ya fracasaste una vez aquí.
Bueno, allí también fracasaste más veces. Lo que tienes es lo último que te queda. Hay que dejar de ir dando tumbos de un sitio para otro. Debes radicarte en algún sitio, anclarte, empezar a construir sensatamente desde los cimientos. Piensa bien que eres el padre de dos criaturas que tienen que comer tres veces al día. Sé que ahora estás en el buen camino, que todavía os queda gran parte del dinero y que lo que hayáis invertido lo recuperaréis pronto. No me gustan las bromas que se hacen con estas cosas, como cuando me dijiste esta mañana que ya no os quedaban cuartos.

—No fue una broma, Tete.

—¿Que no? ¿Entonces es verdad que no tienes dinero?

—arrugó los morros cabeceando

durante unos instantes. Después, exclamó con iracundo silabeo—
¡Pero si te tra-jis-te to-do! Si decías que te iba tan bien con el pescado y con lo de la lo-te-rí-a.

—Precisamente en la lotería se gastó lo último que me quedaba. Salieron unos números muy malos y perdimos un dineral.

—Pero qué ingenuo eres. Seguro que te están chuleando y no te enteras. O sea que ya has quemado todo. Muy bien, hombre. ¡Claro!, como tienes que vivir fuera de tus posibilidades. ¿Quién te manda alquilar esta casa? ¡Chico pájaro para tan gran jaula! Tan... de lujo..., con servicio... con jardinero... ¡Jardinero! Pero si eso no me lo permito ni yo.

—No es ésta la causa de mi ruina. Si viviéramos en una chabola estaríamos igual. Es la tremenda desigualdad en medios y oportunidades para afrontar la competencia del mercado. Es la mala suerte de los honrados. Es la...

—Vamos a ver una cosa,

hijito. ¿En qué has gastado el dineral que trajiste?

Encendí un cigarrillo tratando de atemperar mi mal humor para dar una explicación clara y extensa sin perder la compostura.

—Como sabes, tras un largo periodo de reflexión incubatoria, era mi intención desarrollar el ambicioso proyecto de...

—Mira, Fran, deja de hablar ya con tantos alardes del verbo y tanta logomaquia; que si me pongo, yo también me sé unas frases en latín y nos va a quedar muy bonito, pero no nos vamos a entender ni a nosotros mismos ni a la madre que nos parió. Así que déjate de florituras y de incubar proyectos ni leches.

No me gusta tratar temas serios con maneras vulgares. Además, el comentario hizo que me sintiera ridículamente pretencioso. Pensé que era mejor hablar de la forma que él quería, en sus términos, al grano.

—Está bien, Tete. Vine aquí con la intención de montar una

empresa de limpiezas. No fue un impulso o una decisión precipitada, llevaba ya dos años dando vueltas a lo mismo. Tú lo sabes porque te pedí tu opinión sobre el asunto. Me dijiste: muy bien, pues si quieres tira p'alante. Nada más. Bueno, pues... al llegar aquí empecé a moverme; realicé un estudio de mercado, creí que podía sacarlo adelante y me lancé. Alquilé locales, contraté personal, monté oficinas, lancé propaganda y publicidad, radio, periódicos, cartas. La respuesta fue buena. Clientes presumibles de firmas importantes interesados en contratos a largo plazo, envíos de presupuestos, relaciones públicas, entrevistas personales, contactos con empresas dedicadas a lo mismo, establecimiento de tarifas económicas. Todo esto se llevó mucho tiempo y, por supuesto, también mucho, mucho dinero. El negocio comienza a funcionar muy lentamente, un goteo. Los pocos clientes que tenemos se encuentran satisfechos, el personal está

motivado con el proyecto, necesitamos tiempo hasta formar una clientela fiel, gente que confíe en nosotros. ¡Se acabó el dinero! Cojo un avión y me voy a verte a España. Te expongo la situación. Solicito tu ayuda. Te hago una oferta de compra de acciones para dedicar esos recursos a capitalizar la empresa y aguantar con paciencia y trabajo tiempos mejores. Me escuchas. Me dices que lo pensarás. Todavía espero tu respuesta. Así gasté la mayor parte de mi dinero. Ahora, sólo tengo una oficina. Gracias a Dios encontré un respiro con lo de los envíos de remesas. Pero es muy dificultoso, muy complicado y para hacerlo rentable hace falta, igual que para todo, el maldito capital.

 Mi suegro sujetaba su enfado, yo lo sabía; no porque hiciera gesto alguno que transmitiera tensión, no; era por el brillo que aparecía en sus ojos entornados cuando se le contradecía o algo no era de su agrado.

—Mira —dijo con voz ronca y muy bajito— lo primero: a mí no me hagas responsable de cómo estéis. No me eches la culpa por no comprar la mierda de tus acciones. Tomaste la decisión de trasladarte aquí tu solito, nadie te obligó. ¿No te parece que ya eres mayorcito para saber lo que haces con tu vida y con la de tu familia? Si decides venir con las intenciones de montar un negocio, yo creo que lo primero que tienes que hacer es evaluar tus capacidades y tus posibilidades. ¿Me explico? No sólo las económicas, también deberías considerarte a ti mismo. Tu propia capacidad para llevarlo a cabo. No trates de hacerme partícipe del desastre diciendo que me pediste opinión. A nadie le hacen caso. Cada uno tiene bastante con lo suyo, que a todos nos parece mucho, y con salir adelante como para comprometerse sinceramente en historias ajenas. Tú ya eres mayor, no puedes sentirte frustrado porque no te sigan dando el pecho. La

realidad es así, jodida a veces para todos, siempre para los débiles. Además no se puede venir en plan marqués a una casa como ésta, con sirvientes y jardinero. ¿Y si hubieras ahorrado?, ¿y si en vez de dilapidar tanto en el perifollo lo hubieras metido en el negocio? ¿No crees que habrías aguantado un poco más? Puede que el tiempo suficiente para salir a flote sin ayuditas de los papás.

A esas alturas ya no nos importaba el gritarnos.

—Perdona que te interrumpa, la casa no es la cuestión. Es un gasto más al mes pero tampoco es tanto. Lo importante es que la empresa funcionaba y que se abortó por la falta de un poco de dinero más que no encontré por ningún sitio. Es cierto, quizá sea error mío no calcular bien; ¡que sembré en arena! Pensé que yo solo podría sacarla adelante; que con mis recursos y mis capacidades sería suficiente...

—¡Perdona que te interrumpa ahora yo, bonito! Es que no puede

haber errores ni disculpas cuando se habla de millones y de bocas que alimentar.

Guardamos silencio durante unos instantes. Estábamos tan terriblemente enojados que nos daba miedo seguir. Todo lo que se pensaba, lamentablemente, brotó en ese momento. Pero no. Todo no, porque recuerdo que yo seguí diciendo:

—¿Hubieras preferido que nos quedáramos en Madrid? ¿Vivir en un pisito en el extrarradio? ¿Hacer magia para llegar a fin de mes? ¿Querías ver así a tu hija..., a tus nietos? Además, encontrar un trabajo para alguien como yo es muy difícil. Soy contestón, indócil, anárquico, con demasiada soberbia para un subalterno que pretenda dominar el disimulo. Sin experiencia, sin títulos. No sé idiomas. No sé hacer nada. No tengo padre alcalde. Sólo soy dueño de mis decisiones. Las que me ayudaron a abandonar el afán mezquino por lo miserable. Ya sé que es poco, que no es suficiente.

Pero, aun así, ¿no crees que merece la pena intentarlo? Huir del consecuente destino, de mi fatal porvenir. ¿No piensas que es de buen padre procurar a sus hijos unas experiencias más ambiciosas, más ricas que les inciten a la virtud, al respeto, a un mayor y mejor conocimiento? Trato de dar una educación muy diferente de la indigna que me dieron a mí.

Tampoco busco riquezas ni prestigio social... ni hacer grandes cosas. Lo que deseo desde que tengo uso de razón, es decidir por mí mismo, encontrar mi sitio, hacer con mi vida lo que yo quiera, sentirme uno... diferente. Puede ser que me equivoque mil veces.

Como tú has dicho antes, he fracasado, pero hasta ahora me lo he podido regalar y te aseguro que me seguiré dando este lujo mientras pueda. Ojalá caigas en la cuenta de que no soy un majadero, sé muy bien lo que quiero. Lo único que me falta es un poco de suerte, encontrar apoyo..., que alguien apueste a lo mismo que

apuesto yo. Pero, somos pocos locos y casi nunca nos encontramos. ¿Es demasiado lo que pido? Ya sé, ya sé que esta forma de vida tiene su precio: la soledad, la incomprensión, el escarmiento del fracaso. Si yo fuera médico, ingeniero, arquitecto, ¿tú crees que habría llegado hasta aquí, hasta este punto, que haría lo que hago? No. Aquí sólo venimos algunos desesperados inconformes, los raros decididos..., los alborotados. Todos huyendo de algo. Es muy fácil ser juicioso cuando se tiene el sitio acomodado y el futuro resuelto. Yo también sería buen aconsejador. Está decidido, aún con el riesgo de ser un fracasado sé que me quedarán muchos recuerdos, seguiré siendo un botarate, viviré sin miedo y diré como dijo el poeta: ¡confieso que he vivido!

—No he entendido nada entre tantas memeces que has dicho. Estás loco, das pena. ¿Pero cuándo te va a salir la muela del juicio?

¡Confieras que has vivido! Será que has sobrevivido malamente, ¡gilipollas! ¿No sabes que donde hay escasez, no hay oportunidades? ¡Cuánta ignorancia, Dios mío, cuánta ignorancia! Las oportunidades que has perdido. Algunas yo mismo te las ofrecí, podrías haberte ganado la vida tranquilamente, honradamente. ¡Haragán!

—Tú nunca entenderás a un hombre bueno porque no sabes diferenciar el oro del lodo.

Se levantó de la silla y tras lanzar la botella de cerveza contra la valla del jardín dijo:

—¡Hasta aquí llegó mi santa paciencia! Haz lo que quieras con tu vida. Es la tuya, no la mía. Tú notarás la amargura. Afronta las consecuencias de tus decisiones y que tengas suerte. Lo siento por la pánfila de mi hija y por los niños, no por ti. Porque tú haces lo que quieres, «tú serás libre y con muchos recuerdos», pero ellos no; ellos hacen lo que mandas tú. Y lo que tú quieres es para volver loco

al más cabal. No he venido aquí a discutir. He venido a arrascarme las pelotas a la sombra de una palmera. Así que te den por culo. ¡Vago baboso!

Con nuestra, inicialmente, cordial charla que derivó a un rosario de reproches y acusaciones, atrajimos la atención de los aburridos turistas alojados en la pensión Lili. Desde los balcones algunos miraban hacia nuestro jardín disfrutando con la escena.

Aunque sé que no se debe hacer, por ser una muestra muy clara de la mala educación que yo recibí, grité:

—¿Qué miráis, gilipollas?

Entonces, sonrientes, comenzaron a aplaudir, a lanzar bravos y a decir «¡Viva España!»

Agarrándome mis partes impúdicamente con la mano derecha, volví a gritar:

—¡Chupármela, alemanos!

Aplaudieron aún con más fuerza. Uno de ellos, con espíritu no tan festivo y con muy mala

intención, lanzó un pesado cenicero de cristal que silbó en mi oreja derecha.

—Mira listo —voceé mostrándole el objeto que recogí del suelo—, ahora te vas a quedar sin él.

Mi mujer y mis hijos también miraban desde la casa. Sus ojos fijos hacían daño en mi conciencia por la carga de miedo y seriedad que transmitían. Me sentí el hombre más cruel y despiadadamente egoísta del mundo.

Por ser tan hiriente su presencia en esos momentos, apresurado, me introduje en la casa por la puerta del salón buscando soledad para reafirmar los principios cuestionados.

Sonó el teléfono en el preciso instante en que yo pasaba al lado, no era mi deseo hablar con nadie, pero la circunstancia me obligó a descolgar.

—¿Fran? ¿Eres tú?

—Sí. Soy yo.

—Hemos decidido hablar

contigo sin intermediarios. Dos mil y es tuyo otra vez.

—Que es mío otra vez, ¿el qué?

—El motol, ¡pendejo!

—Ni modo. Te doy quinientos y lo olvido todo.

—¿Pero cómo va a ser? Si dabas mil.

—Sí, pero eso era antes de que mi compadre, el coronel, me informara de que se está estrechando el cerco en torno a vosotros, y que...

—¿Estrechando el qué?

—Que la cosa está caliente y están a punto de agarraros, pendejos. Así que dejar el motor en la esquina del Ayuntamiento y yo le llevo el dinero a Jimmy ahora mismo para que os lo dé a vosotros.

—O.K. Pero que sean mil quinientos.

—No. Te doy seiscientos para terminar.

—Súbelo a mil.

—No. Subo a setecientos y paro; y cuelgo si no estás

conforme.

—O.K. Vete a llevar el dinero a Jimmy. El motol se lo entregamos a él cuando nos dé los cuartos.

Así se hizo. Transcurrido un tiempo no muy largo el mediador llamó a mi domicilio para decir dónde estaba la motocicleta y fui a recogerla inmediatamente.

Cuando llegaba, desde lejos, observé flameando una hoja de papel sujeta en el manillar. Supuse que sería un mensaje. No me equivoqué. Escribieron: «Pendejo mamagüevos te entregamos el motol le faltan unos cables las bujías los bombillos y meamos en el depoxitos jodete ladronaso y no te olvides nuca que yo te conosco pero no tu a nosotros TACAÑO».

Además de los daños descritos, rallaron la pintura y le pincharon las dos ruedas, pero volví a recuperarla cuando ya pensaba que la había perdido.

En esa misma noche, cuando llegué a casa después de empujar la moto hasta el lejano taller del

único mecánico, y a pesar de la agria disputa y del estado del Chino; la familia estaba preparada para ir a cenar al Hernán Cortés según estaba previsto.

Los rijosos ánimos alterados se hacían evidentes en las actitudes ariscas que adoptamos Tete y yo, también en el fundado temor de los pequeños y las mujeres. Ya en el restaurante, un frío y tenso silencio imperaba en la reunión.

Consumidas varias cervezas por parte de mi suegro y algunas menos por el resto de los comensales, todo pareció distenderse un poco. Oscarín mordió a un camarero la mano, aparecieron las primeras sonrisas, las primeras chanzas, más tarde las conversaciones triviales. Todo esto junto al alcohol, borró el recuerdo del pasado inmediato y no se agrió la cena. Tragaron los postres con ansia apresurada los niños y mi suegra, para después, todos con las copas en alto hicimos un brindis de despedida pues era la última cena. Se marchaban al día siguiente los

parientes. Mi suegro, algo dulcificado, pidió disculpas por sus injerencias en las respetables vidas ajenas. Después del choque de las copas repletas con un vino espumoso mameiano de baja calidad y de muy mal sabor, Tete, más animado, siguió ostentando el protagonismo y la palabra de la reunión, improvisando un discurso. Por allí andaba Bienve y se unió a nosotros con la confianza que le daba la buena amistad que hizo con el padre de mi mujer en los ominosos viajes que juntos realizaron por la costa. Mi suegro deleitó con su elocuencia, causó gran emoción su testimonio en todos los acompañantes y también en los camareros que trajinaban por la extensa mesa. Su difuso y emotivo discurso versó sobre su dura, triste y desvalida infancia. Las cacerías de gatos. Sus años de emigrante en Bélgica, ejerciendo los oficios más bajos que la sociedad destina a los iletrados, la dificultad de un idioma que nunca se preocupó en aprender. Otras mil

anécdotas de a pie de obra. La operación de apendicitis, que hizo que se replanteara las «verdaderas verdades» de la vida, y otros sucesos más de su apasionante historia.

Tanta fuerza tuvo y tan buena fue la expresión, que cautivó a todos con su relato. Bienve, emocionado, impresionado, con lágrimas en los ojos, dijo de manera conmovedora levantando su copa para un nuevo brindis con el espumoso:

—He aquí a un hombre victorioso en la lucha con su duro destino.

Brindamos otra vez todos. Un camarero comenzó a aplaudir y sonó el aplauso de toda la concurrencia, Bienve abrazó largo rato y con fuerza a Tete. Éste, agradecido y haciendo pucheros, nos dio las gracias y con animosa y entrecortada voz pidió otra ronda de lo mismo.

Al ver húmedos los ojos del Chino pregunté si a él también le alcanzó la emoción. Confesó:

—Qué va, tío. Es por el dolor y la vergüenza.

—¿Vergüenza? —pregunté extrañado.

—Es que me he meao en los pantalones. No sé qué me pasa, pero no me siento nada bien.

Todas las reconciliaciones son buenas. Ésta también.

Volvieron las cosas a su cauce.

Los dos perdonamos y nos volvimos a tolerar mutuamente.

Ya de regreso, por las solitarias calles de Morúa, invité a mi mujer a dar un paseo hasta el acantilado. Me sentía bueno, en paz, sin sueño. Mi intención era adentrarme por caminos que comunican con lo más profundo en las personas. Eramos una pareja, y estas conversaciones vienen muy bien para serenar los ímpetus y quemar las frustraciones que genera la rutina. Al menos a mí me hacía mucha falta hablar.

Comunicarme así con ella.

Deseaba tratar cuestiones distintas a las cotidianas y vulgares. Quería hablar de corazón a corazón. Al

menos el mío estaba dispuesto. Desde que llegó su familia ocuparon todo su tiempo y no tuvimos ocasión para atender a nuestras cosas. Yo echaba esos momentos de menos. La abracé con mucha ternura. Mientras caminábamos besé su mejilla. En ese beso procuré depositar todo el amor que sentía. El aroma de su pelo, la tersa frescura de su piel, me recompensaron de tanta calamidad. Entonces sentí que a pesar de todo era un hombre afortunado por gozar de la compañía de tan tremenda mujer. Casi no dijimos nada hasta que nos sentamos en mi sitio preferido: en el acantilado, frente al mar.

—Me encuentro bien. Me alegro mucho de que las cosas volvieran a su cauce. No me agradaría que tu padre se marchara y que todo quedara tan mal entre nosotros. ¿Qué te parece?

—Muy bien, yo también me alegro mucho.

La luna clara translucía el extenso e irregular contorno de las

nubes. Contra el fondo del cielo se recortaban las oscuras siluetas de esbeltas palmas reales. Era una noche cálida, húmeda, dulce.

—Nos tenemos que ayudar uno al otro, van a venir tiempos duros —hice una pausa mientras miraba las lejanas luces de La Isabela—. Estamos muy mal de dinero y no podremos seguir soportando los gastos que mantenemos. Deberemos renunciar a algunos lujos. Pero no te preocupes que todo se arreglará con el tiempo. Algo se nos ocurrirá.

—Yo ya estoy un poco cansada, Fran. Siempre andamos dando tumbos, en la cuerda floja. Necesitamos establecernos y dar seguridad a nuestros hijos. En eso tenía mucha razón mi padre.

—Sí, en eso sí tenía mucha razón. Tú no te preocupes que saldremos adelante.

Callamos durante unos momentos. A lo lejos se oía el rumor de una música sensual mezclado con las risas grotescas

de una mujer. También escuchábamos el ruido del agua rompiendo cadenciosamente contra la porosidad de las rocas. El silencio que guardaba Sonia me atemorizaba porque no barruntaba nada bueno. La advertía melancólica, ausente. A ella que fue de carácter risueño y palabra fácil.

—¿Qué te pasa? Te siento lejana..., triste. ¿Es porque mañana se van tus padres?

—No es eso, Fran. Es más bien que noto como... un cansancio, una hartura, un vacío... No sé.

—¿Es por mi culpa?

—pregunté mientras contemplaba su apetecible hermosura bañada de luz de luna.

—Es igual, Fran, olvídalo. Anda, vamos a acostarnos que mañana tenemos que madrugar y es muy tarde.

Se puso en pie con un cansancio inverosímil. No dijo más. Permanecí sentado, silencioso, decepcionado por la

inmunidad de su alma a la más desesperada solicitud. Al fin, yo también me incorporé como si algo se me hubiera tronchado y, sujetando sus manos frías entre las mías, dije a pesar de todo con voz meliflua:

—«Tú quieres dormir y yo quiero andar. La noche es para un largo viaje y hay que llegar». Esto es la letra de una bachata; pero quiero decirte, y esto no es una canción, que sin ti me pierdo, que te amo como desde el primer día; más aún...

—Ya lo sé. Anda, vámonos —dijo.

De regreso, supe que los reproches enmudecidos por no herir, hacían más grande y vacía la distancia que nos iba separando con el transcurso de los días. No deseábamos remover las ilusiones frustradas que tanto nos escocían y avergonzaban. No porque hiciéramos daño al otro con nuestros reproches, callábamos por no herirnos a nosotros mismos. En ese hueco, en ese desencanto, se

perdía nuestro compromiso,
volviéndonos más introvertidos,
más solitarios.

En el dormir desasosegado de esa noche, por la persistencia de una pesadilla en la que mis hijos rebuscaban llorando en el pecho de su madre sin encontrarle el corazón, desperté y luché por no volver a dormirme. Al clarear del día, la miré abandonada. Su oscura cabellera desparramada en la blancura de la almohada, el pecho subiendo y bajando, la boca entreabierta. Dormía como siempre, pero ya no era ella, era otra. Cuando cantaron los primeros gallos rompí a llorar por la impotencia.

El azar a veces nos golpea con crueldad, sin consideración. La familia de Sonia se marchó con gran alegría para todos, especialmente para mi cuñado que besó entusiasmado a una azafata y al fuselaje del avión que había de llevarles de regreso a España. Pero todo lo demás empeoró.



7/14

Del agua nacieron los sedientos

Capítulo VII

¿Dónde estará mi asesino?

V. Pisabarro

¿Cuál es el camino? ¿Qué hacer?
¿Cuándo se alejará de mí el
desastre? ¿Dónde estará mi
asesino? Son preguntas que me
hacía por aquellos tiempos y aún
hoy me las sigo repitiendo. No
sospechaba en aquellos días
pasados lo que la vida aún me
reservaba justo cuando pensaba
que las cosas no podrían llevar
peor cauce.

Me sentía desolado, vencido,
desmotivado. Visitaba a menudo el
acantilado. Allí se consumían
estériles muchas horas de mi

tiempo mirando a la lejanía.
Desorientado, perturbado por
acontecimientos tan agitados e
ingratos. Solo, sin nadie. Cuando
se defrauda la esperanza de un
solitario, ¿a quién le importa? Me
hubiera gustado, al menos, poder
contar conmigo mismo, con mis
antiguas ilusiones, con ese ímpetu,
con el entusiasmo que embestía,
incansable y pertinaz, contra las
barreras que se interponían en mis
decisiones. Me abandoné.

Vencido, me desinteresé del
mundo. Exhalaba mis quejas, mis
penas, lanzándolas con odio en
cada piedra que arrojaba al océano.
Los turistas, indiferentes,
contemplaban el panorama cerca
de mí; alegres, gozando de
vacaciones en el Caribe.

A veces, a la caída de la
tarde, atunes resplandecientes
emergían espectacularmente;
grandes peces plateados acechando
los bancos de los pequeños, que a
miles se deslizaban sobre la
superficie purpúrea formando olas
vivas que provocaban

exclamaciones de admiración en los foráneos mientras señalaban al mar y hacían fotos.

Recordaba los días en que yo también disfrutaba en estos sitios del mismo espectáculo. Cuando me quedaba algún dinero y aún no tenía deudas irresolutas. Qué país tan delicioso y magnífico teniendo la fortuna de cara, qué terrible y qué miserable sin ella.

Hambre no padecimos, gracias a los frutos de los mangos del jardín y a que el arroz era muy barato. Terminó el negocio, se acabaron los envíos. Desde el último para el Flaquito no hubo más. Cerré la oficina y malvendí el mobiliario.

Altagracia me denunció por impago de una quincena y al no poder abonarle la deuda, se llevó una máquina de escribir y dos ventiladores como compensación. Cuando lo cargó en la camioneta de Bienve, y a modo de adiós, dijo:

—No desespere. Tenga fe.
Las flores silvestres se secan, pero

vuelven a florecer. Dios ayuda a los buenos.

—Lo lamento por mí, pero también por usted —dije yo.

—No se lamente. Luchamos y tuvimos algunos triunfos.

—«Pobres triunfos que el recuerdo del pasado hará más amargos que las derrotas»

—rememoré al inmortal Óscar.

—Lo que usted diga don Francito —fueron las últimas palabras que me dedicó el último de mis empleados.

En la casa la situación también era descorazonadora. Lo más doloroso: el sufrimiento angustioso de mi esposa.

Desvelada en la noche, lloraba con el llanto desconsolado de los abandonados. Sus lamentos y sollozos en esas madrugadas son uno de mis más sangrantes recuerdos. Trataba de consolarla diciendo que todo iría mejor; que los malos tiempos también se acaban; que la amaba con todo mi corazón; que me hacía mucha falta; que me hundía el verla así;

que éramos jóvenes; que lo más importante era la salud y que estábamos casi sanos; que teníamos dos hijos maravillosos; que, al fin y al cabo, éramos una familia y nos teníamos unos a otros. Ella se dormía agotada en su propio llanto, que no por el alivio de mis palabras. Yo entonces permanecía desvelado, meditando en mi inopia hasta el rayar del alba.

Cantaban los gallos. Entre dos luces me vestía y salía sin saber a dónde dirigirme ni qué hacer con mi vida. Durante aquellos meses paseaba por las calles solitarias a esas tempranas horas. Veía a los turistas más madrugadores que con la toalla colgada en el cuello se dirigían a la playa y a los más trasnochadores caídos en perdición que iban ya para la cama con algo más de lo que arrepentirse. Tomaba un café mientras pensaba en a qué destinar el resto del día, tratando de encontrar alguna excusa que me permitiera evadir la tragedia del

triste y desgraciado hogar,
buscando al mismo tiempo algo
que nos permitiera continuar
viviendo con dignidad en la
difluente pobreza.

El tiempo pasaba sin frutos,
no encontré trabajo honrado. Perdí
mucho del respeto que antes
gozaba por mi posición. Ya no era
un joven empresario europeo,
ahora estaba en la nómina de los
aventureros perdedores, en la
vagabundería extranjera que
merodeaba como las hienas por el
paisaje. Uno más que arrastraría en
su perdición a personas honestas e
inocentes, a su propia familia. Uno
de éstos que llegan hasta el final
del arco iris y encuentran la olla
vacía. Errático y con náuseas por
el laberinto de la existencia. Me
atormentaba el aceptar que lo peor
no era el haber perdido casi todo.
Lo insufrible era saber que nunca
lo recuperaría. Mi vida por
entonces era una continua
sorpresa, de esa clase de sorpresas
que uno puede llevarse cuando
levanta la tapa del wáter.

J.J., nuestro casero, con la justificación de la falta de pago de tres meses de alquiler, con apoyo policial y orden judicial, nos desahució de su casa.

Una amarga mañana apareció escoltado por unos guardias, reconocí al raso escribiente con el que traté el día en que fui a poner la denuncia. Venían además acompañados por el fiscal.

—Now, this is my house. No, no my... ¡horse. ¿Tú entiendas? Ahora es mi... «ca-ba-llo» —dijo señalándose en el pecho mientras reía sarcásticamente el feróstico viejo y ordenaba sacar nuestros miserables bienes.

Una radio, un televisor de catorce pulgadas, dos ventiladores, dos lámparas, dos congeladores, una báscula y las bicicletas de los niños se quedó, a modo de pago de la deuda, el maligno y desconciado Yei Yei; además de la fianza de mil setecientos cincuenta dólares que entregué cuando firmamos el contrato.

Una mujer, dos hijos, un

perro, cinco gatos, varias cajas, cuatro maletas grandes y dos pequeñas que guardaban nuestras escasas pertenencias. Todos y todo en la calle.

Sonia, en un arrebatado acto de locura, vació en el suelo con gran estrépito el contenido de la caja en que llevábamos los útiles de cocina; después lanzó con todas sus fuerzas una licuadora por aquí, una cacerola por allá; mientras, llorando con rabia, me insultaba desesperadamente.

Mucho trabajo me costó recuperar la olla exprés, porque un carajito, aprovechando la coyuntura, nos la arrebató con osadía dándose a la fuga. Por si todo esto fuera poco, se avecinaba un ciclón. A pesar de mi afición al ron Casteló, no emborraché las penas, algo que nadie hubiera censurado severamente dadas las circunstancias; no me faltaron las ganas, me faltaba el dinero. No llegaba para el desahogo.

En esos meses, desde la feliz marcha de mis suegros, gastamos

lo propio y además todo lo ajeno. Al no reclamar nadie las ochocientas mil pesetas del envío, también las consumimos; en tal estado de necesidad, lo prioritario nos parecía a nosotros era comer y pagar alquileres. Fueron días de una calma deliciosa, de una sosegadora inconsciencia, gozamos sospechando lo que nos aguardaba en el futuro.

Por la lástima que le dábamos, Maricela nos acogió en su humilde choza construida en el campo. Dos días estuvimos allí, pasando muchas estrecheces e incomodando a su numerosa familia y animales domésticos, hasta que apareció Damián ganándose el cielo por socorrernos.

Cuánto agradecí entonces esa ayuda. Sólo se valora verdaderamente lo que se recibe cuando se necesita. Por su mediación, una antigua novia con la que sostenía aún una buena amistad, a pesar de haberle devuelto la foto, nos permitió

morar en su humilde casa, que se hallaba en la más popular e incivilizada barriada de Morúa.

Los Misericos, que así se llama el lugar, soportaba los vicios del turismo más depravado y podrido en todas sus facetas; también se beneficiaba de ello. A veces lo que quita la honra da el pan.

Al no existir red de alcantarillado, las aguas negras corrían alegremente formando arroyuelos por entre calles angostas, polvorientas, con solares ceñidos de hormigón, llenas de basuras y socavones, por donde hasta altas horas de la madrugada circulaba un público variado, multirracial tratando de divertirse en los centros cerveceros y otros lugares de esparcimiento y prostitución. Estos locales competían con la música y el estrépito hacía vibrar los vidrios de las pocas ventanas que los tenían. Un olor a fritanga envolvía a toda esa variopinta multitud que pululaba por las enmarañadas

callejuelas: descaradas ramera,
limpiabotas descalzos, niños con
una lata debajo del brazo
preguntando incansables:
«¿limpia?»; vendedores de lotería
y ratacán; turistas extraviados en
ese sucio infierno, asqueados, con
el pañuelo en las narices; viejos
bujarrones extranjeros enamorados
de jóvenes mulatos complacientes
y exigentes; seguidores de
Jesucristo vestidos con impolutos
uniformes blancos pedían a los
sodomitas, no sé para qué. Entre la
inmundicia de los borrachos
dormitaban criaturas que no tenían
otro sitio donde parar y hacer un
descanso en su miserable
existencia.

Las casuchas bajas y
pequeñas lucían en sus fachadas de
todos los colores del arco iris y sus
complementarios. Multitud de
negocios: pulperías, colmados,
abogados, ferreterías, restaurantes,
cafés...

Allí no mandaba la justicia,
imperaba el desorden, gobernaba
el caos. Todo estaba permitido,

todo se conseguía, siempre que pudiera pagarse. La madre era la moneda, el padre el hambre.

Los Misericos contaba con un cuerpo de bomberos que tenía el honor de figurar en el libro Guinness de los records, por ser el único que se había incendiado en el mundo. Se quemó entero porque carecían de agua. Durante muchas horas escaseaba el líquido vital, así como la electricidad. Hubo épocas en que no se encontraba gasolina, ni gas, ni azúcar. Lo que nunca se echaba de menos, ocurriera lo que ocurriera, era el ron, la música, el baile.

Iglesia me dijeron que existía, pero yo nunca la encontré. Lo que sí había era gallera, donde aposté algunas pequeñas cantidades de vez en cuando.

En este alegre, activo y dicharachero pueblo, nos instalamos mi familia y yo, gracias a la poco alabada Odialís. Ramera grande, poderosa, de enormes tetas. Cobijaba en su pecho un corazón excesivo, como ella, todo

bondad. Además poseía lo que más estimo en las personas: sentido del humor. Inteligente, generosa.

Disponía de una cuenta bancaria con mucho capital, éste crecía día a día; ella lo hacía posible con la abusante explotación de su cuerpo, sus encantos y el sudor de... de toda ella. Porque allí se sudaba mucho, aunque no se hiciera lo que hacía Odialís.

—Mi amol, Fran, tenéis la habitación grande para vosotros.

Era grande en comparación con otra que había, pues calculo que la chabola tendría unos treinta metros cuadrados.

—Gracias, Odialís. Mil veces gracias. Me quitaste mil canas. No sé cómo te pagaré tu hospitalidad. Pero juro que algún día lo haré.

—Está bien mi amol, O.K. Dile a los niños que no pasen a mi aposento. No pol que me molesten, mi amol. Lo digo porque se pueden encontrar cosas que a su edad no se expliquen para qué silven.

Su casita nos acogía

guareciéndonos malamente de las inclemencias del tiempo, pero no del olor a basura quemada ni del alboroto y de los ruidos que se generaban en la calle donde habitábamos, la más transitada de la población.

Por allí circulaban coches, personas, animales, motoconchos, algunos a escape libre. Muchas noches, probablemente a causa del estado ético de los conductores, con sus pequeñas motocicletas hacían el caballito y otras habilidades que eran muy festejadas por el público, sobre todo cuando alguno rodaba por el suelo con su máquina; daban frenazos, acelerones, tocaban el claxon, se insultaban, se maldecían, apostaban dinero y joyas.

En una madrugada de infausto recuerdo, un intrépido motoconchista de éstos se estrelló contra los barrotes de la misma ventana de la habitación donde nosotros tratábamos de dormir. El suceso provocó a mi mujer

pesadillas espantosas durante largo tiempo, porque fue ella quien subió la persiana, con curiosidad femenina, tratando de averiguar qué ocurría, qué ruido era aquél, encontrándose con un cráneo partido y unos sesos sangrientos escurriéndose por los hierros herrumbrosos.

Algo que me preocupaba por aquellos días era la educación que recibían Robertito y Raulito, mis adorables hijos. Rodeados por este ambiente que un padre, aunque fuera yo, no podía dar por conveniente para niños en esas edades. Sobre todo por la amistad que hicieron, casi desde el principio, con un viejo haitiano tuerto que tenía fama de practicar vudú. Negro como el alma del maligno. Andaba matando gallinas, haciendo muñequitos, con botellas de sangre, con uñas de muerto... En una ocasión le sorprendí cuando depositaba unos clavos retorcidos y oxidados debajo de la cama en donde, malamente, dormíamos Sonia y

yo. Tenía el condenado intención de causarnos mal, nos enteramos por la confesión de Raulito. El negro del diablo, por creer lo que mi hijo más pequeño le contó: que le obligábamos a comer ratas castigándole con grandes palizas si no lo hacía, quería tomar venganza contra nosotros por ser unos padres tan perversos; pues en verdad apreciaba al niño.

No era muy bueno tampoco para su formación que Odialís, nuestra benefactora, se trajera el trabajo a casa. Metía a la clientela en su aposento y como era gran profesional, esto sucedía casi todas las noches, a excepción de las del ciclo natural en la mujer; aunque a veces incluso en éstas, clientes poco escrupulosos o muy bebidos también consentían. Gritos, amenazas, risas, suspiros, lamentos, todo lo escuchábamos claramente cuando no circulaban los motoconchos y cesaba la música en los antros cercanos.

Yo, en esas calurosas noches, acostado entre mi mujer y Blas, mi

fiel compañero, padecía de insomnio, casi como toda mi familia. En ocasiones agarraba un enorme crucifijo que había sustraído con delicado disimulo de casa del mezquino neoyorquino J.J. y, poniéndolo sobre mi pecho, suplicaba mentalmente a Cristo nuestro Señor: ¡Mátame! ¡Mátame! ¡Mátame! Noche tras noche, entre los jadeos y las apestosas ventosidades del animal, rogaba con el mismo deseo de quien pide que le toque la lotería o que se le sane de algún mal. Deseaba acabar. No me sentía con fuerzas para seguir sufriendo la impotencia, la pereza pétrea que nos engrillaba al estercolero. Pero tampoco Dios me hizo caso.

Son los zapatos del mal jugador los que pisan las sucias callejuelas, mientras, consideran que la vida los trató como una madre traicionera. Delante, un futuro sin derechos, sin réplica por sus malas jugadas.

Ya que todo lo perdí por mi mala cabeza, no me quedaba más

que la resignación. Sin rebeldía, con sumisión, acaté todo como un merecido castigo a mi soberbia.

Una expiación. Deseaba de una vez expurgar mi vida. Una cura de humildad. Mi familia, a excepción de Sonia, asumieron la nueva situación con alegría, con esa candorosa alegría natural en los niños. Inconscientes, ajenos a lo que les depara el futuro, así se les veía riendo mientras se salpicaban el agua de los barreños donde de vez en cuando se bañaban, o en su caza de roedores, que con osadía acechaban a pesar de su considerable tamaño. Me guinchaba el alma verlos corretear descalzos por Los Misericos jugando con los limpiabotas. ¿Éstas eran las ricas experiencias que les incitarían a la virtud, tal como dije a mi suegro? Su inocencia, el cariño que me regalaban aunque yo no lo mereciera, aumentaban la desesperanza y la lástima que yo sentía por todos.

Blas desapareció un buen día.

No sé si fue por la escasa cantidad y calidad de su rancho o por el llamado de la naturaleza para la procreación canina. Siendo animal estúpido, con poca orientación y olfato, perdería el rastro de nuestra humilde vivienda, y eso que por el sector en el que nosotros residíamos había un hedor que se percibía a considerable distancia; o acaso por ser perro de raza buscara otros dueños que le brindaran las atenciones que estos canes acostumbran a recibir. Desapareció ya criado, desmenuzando, machucando un poco más nuestra autoestima. Nos abatía el pensar que era tan cruda la miseria, que hasta el perro nos abandonaba. No así Matarile, nuestro gato, que junto a sus crías permanecía fiel a nuestro lado, demostrándose fehacientemente la falsedad de la supuesta fidelidad canina y la desleal independencia felina. Puede ser que Matarile siguiera a nuestro lado porque, al contrario que Blas, cazaba tan provechosamente que ganó en

lustre y gordura.

En esa tesitura nos hallábamos cuando una mala tarde, mientras el cielo descargaba su regalo de agua en abundancia y yo andaba atareado en achicar la misma, que se colaba a chorros en nuestra habitación por las numerosas grietas del techo, no reparé en la gallarda figura de Damián, que apareció recostado con mucha elegancia en el quicial de la puerta.

Fumaba en silencio observando divertido mi labor. Por su media sonrisa de canalla, se escapaba perezosamente el humo azulado del cigarrillo. Mi mujer, desde mucho tiempo atrás, yacía en la cama, vencida por la abulia, sin aseo, sin limpieza, sin compostura; lo que inhibía mi deseo por cumplir con las obligaciones conyugales, aunque tampoco las demandaba, gracias a Dios. Fue ella la que reparó en su presencia y, por estar alocada, comenzó a gritar desaforadamente desdeñando el trato ponderado que

debíamos a nuestro benefactor:

—¡Fran! Llegó el señorito.
¿Quiere algo el señorito? ¡Qué pide el señoritingo! Vaya a tomar por culo el señorito. Ya no tenemos dinero. Vete a pedírselo a tu padre. ¡Pisaverde, maricón!
¡Señorito de mierda, chuloputas!

Con rapidez tiré el cubo con el que achicaba el agua.

Avergonzado me dirigí hacia él y tomándole del brazo salimos a la calle huyendo de la ira desbocada y de las palabras soeces de Sonia.

En las ruinas de un local próximo desde el que seguíamos escuchando, aunque más mitigados, los desvaríos, nos protegimos del aguacero.

—¡Joder, cómo está tu mujer!
—dijo sacudiéndose la camisa, la cual estaba como siempre: bien planchada, limpia, despidiendo un olor a colonia cara. Sacó un pañuelo del bolsillo del pantalón y secó con una de las puntas algunas gotas que resbalaban por su rostro.

—Discúlpala, Damián, es que desde que estamos aquí se ha

puesto mala de los nervios. Yo creo que es debido al tipo de *modus vivendi* de este pueblo que...

—Sí, sí Fran. Bueno yo quiero hablar contigo para plantearte un negocio que si sale como he planeado nos dará mucho dinero para cada uno...

Sin poder reprimirme me abracé con fuerza a él. Brotó por mis ojos el torrente de lágrimas que durante tanto tiempo inundó mi corazón de amargura, confundiéndose en mi semblante con el agua de lluvia.

—Gracias, Damián. Me quitas mil canas. Me has buscado sitio para vivir y ahora me buscas sustento. Sobresales como una alta y regia columna en este apestoso lugar, como algo sólido, firme, verdadero, clavado en este agrio mar de mermelada. Eres un amigo de verdad. Entre nosotros no hay pan partido. De la colonia española no ha venido nadie a verme. No digo que todos los españoles sean malos; digo que hay pocos buenos.

Qué distinto a cuando yo asaba puercos en mi frondoso jardín. Entonces sí llegaban todos los fementidos con sus sonrisas hipócritas a beberse mi ron. ¡Mal nacidos! Para llenarse la barriga sí estaban dispuestos, pero no para auxiliar a un paisano, a un compatriota en apuros, a salir adelante. Gracias a ti, el único que...

—Vale tío. Suelta que me estás empapando, coño. No te embales porque quizá esto no te interese. Es algo delicado y... con riesgos. Hay que tener cojones. Así que escucha y si sale bien, entonces me lo agradeces. ¿O.K.?

—me apartó delicadamente tratando de morigerar mis excesos.

—Aún me quedan corazón y cojones. ¿De qué se trata?

—pregunté con el ánimo dispuesto para hacer cualquier cosa que me permitiera ganar al menos lo necesario para comprar el arroz y las habichuelas del día siguiente.

—Se trata de robar.

—¡Virgen de la Altagracia!

—exclamé decepcionado golpeando una de las paredes haciéndome daño en la mano—. Las ilusiones que me he hecho para nada. ¿Acaso por las circunstancias que temporalmente estoy sufriendo, piensas que estoy dispuesto a hacer cualquier cosa?, ¿que estoy corrompido?, ¿que soy capaz de atentar contra la ley moral? Te equivocas. No tengo dinero pero tengo honra. Es lo único que me queda. ¡Lo único, fíjate bien! No puedo perder mi autoestima. Me duele que te aproveches de los malos tiempos para venir a tentarme y hacer de mí lo único que yo jamás sería: un vulgar ratero.

—¡Déjate de vainas, coño! Robarías... serías un delincuente. Pero no un delincuente vulgar. Se trata de un golpe de tres millones.

—Y tú te crees que por tres miserables millones de pesetas, que supongo estarían sujetos a reparto, me arriesgaría a que dieran mis huesos en la cárcel?, sabiendo como son las de este

país, que no dan de comer, que son de entrar y no salir.

—Sería de tres millones... de dólares

—¿Qué es lo que tengo que hacer? ¿Cómo es la cosa?

—pregunté muy interesado secándome las lagrimas después de encender el cigarrillo que me ofreció.

—Si sigo hablando es para que esto quede entre tú y yo. No se te ocurra decírselo a nadie. Ni siquiera a la loca de tu mujer.

—Está bien, O.K., pero no le faltes a mi esposa.

—O.K. Fran. El plan es el siguiente: Rosarito, o sea Jossie, ha vendido el Hotel Los Cocos por la cantidad que antes te dije. El pago es *cash*, o sea, en efectivo. ¿Me escuchas con la oreja? Lo harán el lunes próximo. Lo guardará en la caja fuerte de su casa. No quiere ingresarlo en el banco en Morúa.

—¿Por qué? —interrumpí ansioso por saber.

—Porque es el único banco

que hay en Morúa. No quiere que se sepa que ha cogido dinero. Si se enteran sus acreedores le reclamarán con nuevos bríos el pago de lo que debe. Algunas facturas son de años atrás.

—¿Y por qué le pagan en efectivo siendo una cantidad tan grande? —seguí preguntando y chupando ávidamente del cigarrillo.

—No sé. Supongo que es dinero negro. Él quiere terminar la discoteca de una vez y después, según le vaya, ir pagando deudas a unos y a otros.

—Entonces el tío listo quiere pagar sólo si la discoteca funciona, porque si no es así no va a cobrar nadie.

—Correcto. Por eso irá al día siguiente del pago a Santiago con la intención de ingresar el dinero en otro banco, en uno en el que tiene contactos, con la intención de sacarlo después a Puerto Rico y así tenerlo en dólares.

—Y ¿por qué no va el mismo día del pago a Santiago?

—No le da tiempo. Le hacen la entrega a última hora de la tarde, se lo traen desde Miami. Bueno, el asunto hay que hacerlo en la noche del lunes al martes.

—¿Y cómo estás tú tan bien informado?

—Porque Chichi me lo ha contado.

—¿Quién es Chichi?

—El marica favorito de Rosarito. Es uno de los que más van con él. Uno así guapote, espigadito...

—No sé, no caigo.

—Sí, coño, ése que robó a un julandrón canadiense cinco mil dólares americanos.

—Ah sí, ya sé quién es.

¡Menudo pájaro! Con esa apariencia de poquita cosa y qué malicioso.

—Pues ése es nuestro socio en el negocio.

—¿Socio? —me sorprendí—. Ése lo que quiere es enredar a alguien que pague el pato para quedarse con los cuartos.

—Tranquilo, Fran. Eso no lo

va a hacer. Rosarito se ha echado otro novio, a él lo ha mandado a paseo. Está rabioso el muchachito, ha jurado vengarse; mucha gente lo sabe. Por lo tanto es a él a quien le va a caer todo el peso de la ley encima. Va a faltar el dinero, va a faltar Chichi.

—¿No pensarás matarle?

—¡No, hombre, no! No digas tonterías, coño. ¿Crees que sería capaz de hacer algo así? Se va a marchar a Alemania. Tiene la oferta de otro amiguito suyo, de los del ambiente, para que vaya a vivir con él. Se compromete a arreglarle todo, la residencia y toda esa vaina. Hay que tenerle escondido quince o veinte días; después, con un pasaporte falso que ya tiene, se larga con los alemanos. De este asunto sólo sabe él, tú y yo.

—Y ¿qué es lo que pinto yo en todo esto?, ¿qué es lo que tengo que hacer? —pregunté intrigado.

—Tú eres el que va a entrar en la casa, va a coger el dinero y lo va a esconder.

—¡Joder! ¿Y qué más? Yo no conozco la casa, ni sé dónde está la caja, ni la combinación para abrirla, ni nada.

—Escucha, Fran, tranquilo, ¿OK.? Yo voy a ir contigo. Me encargaré de la logística. Tengo que conseguir una camioneta y otras vainas. Además Chichi también viene con nosotros.

¿O.K.? Mientras estemos dando el golpe estamos todos a una, si pierde uno perdemos todos. Él nos dará la combinación de la caja y todas las informaciones que sean necesarias. Confía en mí. ¿Te he fallado alguna vez?

Seguía lloviendo, el agua deslizaba los desperdicios calle abajo. Jadeante entró en el local un muchachito descalzo completamente empapado buscando refugio. Damián le ordenó: «¡Vete!» y siguió corriendo calle abajo.

—Y, si sabe todo, ¿por qué no entra él? —inquirí extrañado.

—Porque es nervioso y asustadizo. No se atreve. Necesita

socios en el tema que le ayuden. Además tiene confianza en mí, sabe que repartiremos el dinero por lo legal y que le esconderé bien cuando pase todo.

—Pues por lo que yo sé de él no parece tan miedoso ni tan generoso.

—Además, no te preocupes porque Rosarito no va a estar. Se va a cenar con los compradores. Lo lógico es pensar que regrese borracho a su casa bastante tarde. Nosotros lo haremos a las diez y media. En la finca no hay nadie.

Estuvimos mucho tiempo más tratando de lo mismo. Al finalizar, mi compromiso con Damián era el de «darle mente», pensar en todo, dar una contestación rápida.

Regresé a casa. Las horas cayeron; llegó otra noche teñida de amargura; tampoco en ésta había electricidad. Los niños en un rincón de la habitación, sucios, sentados en el suelo, coloreaban unos dibujos arrancados de la hoja de un periódico. Unas velas iluminaban débilmente la triste

escena. Mi mujer en la cama, cubierta de harapos, ausente, con la boca abierta, fijaba su mirada en las chapas del techo, donde aún se escuchaba el incesante chaparrón.

Entré en la cocina para preparar algo de cena. Abrí la despensa y encontré dos patatas y un huevo, nada más. Lo tomé en la mano sopesándolo. Con las yemas de los dedos tanteé su textura, su forma, mientras daba vueltas al asunto de Rosarito. Un resolutivo pensamiento negro forzado por la ambición, por el deseo vehemente de escapar lejos de allí, echó a andar mi corrupción. Con todas las fuerzas que generó el odio que sentía hacia mí, estrellé el huevo contra una de las grasientas paredes. Con la misma agitación de ánimo que tendría si participara en la ruleta rusa, decidí implicarme en el robo. La paciencia del hombre tiene un límite, yo lo había superado con creces. Tanta rabia puse en el lanzamiento, que la inercia me llevó al suelo arrastrando en mi caída una silla.

El estrépito hizo que aparecieran en la puerta de la cocina mis corderitos con ojos admirados y con sus lápices de colores en las manos. Desde el suelo, y en una posición cómica, aunque deshonrosa para un padre, les dije:
—Éste es el huevo de Juanelo. El hambre es el límite.



7/14



Del agua nacieron los sedientos

Capítulo VIII

Azar genético

V. Pisabarro

Casi todas mis decisiones eran erróneas, pero ésta resultó ser una de las peores de mi vida. En mala hora decidí enredarme en tan desgraciado asunto.

Desde el interior de la camioneta, al amparo de la oscuridad, Chichi, Damián y yo, mirábamos silenciosos en dirección a la mansión de Jossie situada en una ondulante elevación del terreno. Una gran casa de estilo colonial con grandes porches de madera que impresionaba con su antiguo esplendor a pesar de la decadencia. Unas quince palmeras

salpicadas caprichosamente por el espacioso jardín se me asemejaban a otros tantos gigantes protectores de la vivienda. El sonido de nuestros corazones competía con el croar de las ranas.

Eran las diez y media de la noche.

—O.K., señores, llegó la hora —indicó Damián golpeando con el dedo su reloj.

Nos apeamos del vehículo. Al tocar mis pies terreno firme sentí la debilidad y el temblor de mis piernas. El miedo me gobernaba. Alterado, a punto estuve de emprender la huida, pero de sopetón se me vino a la cabeza que el destino de mi alocada carrera serían Los Misericos. Conseguí por la deducción sobreponerme al temor y continué implicándome en la desdichada y peligrosa aventura. Pensé que la cancela que se interponía en nuestro camino sería el primer obstáculo a salvar. Chichi, del bolsillo de su pantalón extrajo un manojo de llaves; con una de ellas abrió la puerta.

Entonces comencé a desvestirme hasta quedar completamente desnudo. Ellos enmudecidos por el asombro, se limitaron a mirarme desconcertados. Cuando doblé mis calzoncillos y los puse encima del resto de mi ropa en la camioneta, Damián preguntó:

—¿Pero qué coño haces!

Tomando una botella de aceite de maní respondí:

—Me desnudo y ahora me unto todito con este aceite.

—¿Y para qué?

—Porque... Dios no lo quiera, si nos descubren y a la carrera, en la fuga, alguien intenta agarrarme, le será más difícil por lo resbaloso que estaré, más de lo que soy normalmente, según dicen algunos sin razón.

—¡La madre que me parió!

— exclamó echándose las manos a la cabeza— Bueno, haz lo que te salga de las pelotas pero hazlo rápido.

—¿Y tú qué haces?

—preguntó a Chichi cuando vio que obraba de igual manera.

—Me parece buena idea. Yo también me pringo —respondió.

Regado todo mi cuerpo con liberalidad, concluí calzándome mis zapatos charolados y esperé a que Chichi terminara. Mientras tanto dije:

—No sé por qué haces esto tu también, si te vas a quedar en el carro.

—Me estoy dando la vaina porque yo también voy a entrar. Ya dije que yo también me pringo.

—No hace falta. Tú di dónde está la caja y danos la combinación, nosotros haremos el resto —dijo Damián.

—Yo entro, así saldrá mejor esta vaina, ¿O.K.?

Como no era hora, ni lugar, ni situación, para discutir este cambio de planes, y pensando que sería mejor que Chichi se animara a entrar, nos aprestamos para la faena.

—Tenéis quince minutos. Si no aparecéis en ese tiempo yo me largo y aquí os quedáis —advirtió Damián poniendo en marcha el

cronómetro de su reloj.

—¡Joder! ¿No íbamos a estar todos a una? —exclamé.

—O.K., no te apures.

Tenemos tiempo de sobra. Let' go —dijo Chichi comenzando a caminar decidido.

Anduve tras él por un largo trecho ajardinado que nos separaba de la casa. Sigilosos, apartados del camino de grava, agachados, rompiendo el silencio de la noche con el chapoteo del aceite en nuestros calzados y el castaño de mis dientes.

Llegamos ante el umbral de la puerta de servicio, entonces Chichi cogió una llave oculta bajo el felpudo de la entrada y abrió. Entramos despacio y con mucha prudencia, procurando no hacer ruido alguno. Una bombilla de poco voltaje era la escasa iluminación para un salón de grandes dimensiones. La débil luz nos ayudaba a no tropezar con ningún mueble, al menos a mí, porque mi acompañante se movía entre ellos con soltura. Me hizo

una seña y fui hacia él
acercándome tanto a su espalda
que Chichi volvió la cara
sorprendido.

—Perdón —dije.

—Mira, ahí está la caja.

—¿Ahí! —no pude evitar, por
la sorpresa, subir el tono de voz.

Hizo el conocido gesto con
que se pide guardar silencio.

Después, asintiendo con la cabeza
repetidas veces, confirmó que la
caja se hallaba ahí, oculta en la
taza del wáter.

—Es de mentira —dijo
susurrando a mi oído—, es falsa.
Lo descubrí un día que obré en ella
y Jossie se puso guapo conmigo.
Mira.

Apretó un botón disimulado
en la cisterna y el sanitario se
desplazó lentamente dejando a
nuestra vista una tapa a ras de
suelo. Desplazándola apareció la
puerta con sus ruedas de números.
Marcó la combinación, abrió al
momento y comenzó a extraer de
su hondo hueco: una dentadura
postiza, un ligero con pedrería,

un condón usado con una marca y una leyenda que decía «Papo, 26 centímetros», un reloj, una fotografía que, por el parecido y la antigüedad, podría ser la madre de Rosarito. Nada más.

—¿Y el dinero? —pregunté desagradablemente sorprendido.

—¿Y el dinero? —volví a preguntar. Chichi no contestó. Sin reaccionar, se limitaba a mirar embelesado el preservativo que tenía en la mano.

Sin saber qué era lo que estaba ocurriendo, resolví que lo mejor era largarse de allí cuanto antes.

Hice señas para que colocara las cosas y la taza en su sitio. Calculé que ya habrían pasado diez minutos desde que habíamos dejado a Damián y sabía que ese cabrón sería muy capaz de dejarnos solos y desnudos. Con nuevas señas indiqué a mi compinche la puerta por la que entramos en mala hora. Nos dirigíamos de puntillas y agarrados de la mano hacía ella dispuestos a

salir, cuando de pronto escuchamos el ruido de una llave que se introducía en la cerradura. Sobrecogidos, nos miramos aterrados. Entonces él, abriendo en exceso sus ojos por el pánico, aferró con más fuerza mi mano y me arrastró tras de sí por una empinada escalera que subimos tropezando hasta el piso superior. Espantados entramos en el dormitorio principal. Chichi encendió una lamparita en una de las mesillas y deshizo la cama con premura, después, dándome un fuerte empujón me hizo caer de bruces sobre ella, inmediatamente cayó él sobre mí con la intención de besarme en los hocicos. Como es natural en hombres de mi condición y preferencias sexuales, me resistí a ello. No se quejó a pesar del codazo que le propiné en la boca, y continuaba insistiendo en su desviado propósito abrazándome con fuerza mientras yo trataba de zafarme, intentando apartarme, sobre todo de sus atributos masculinos. En el

forcejeo estábamos cuando se abrió la puerta y apareció Jossie. Tras unos segundos en que nadie dijo palabra ni realizó gesto alguno, gritó:

—¿Qué es esta vaina!
¡Mamahuevo! Te dije que no quería volver a verte en mi casa—se dirigía a Chichi—. No sé cómo tienes el valor de hacerme esto después de lo que hice por ti. ¡Venir a refocilarte en mi cama de manera tan... grosera e insultante! Entre las mismas sábanas en que pasamos ratos de tan buen recuerdo. Y además para liarte con este... adefesio, que parece un maricón moribundo. Has perdido el gusto y...

—¡Oiga! Sin faltar —dije yo indignado al tiempo que temeroso.

—¡Cállate! sin sustancia —me gritó y siguió ensartando atropelladamente una serie de reproches hacia su antiguo amante—. Me dan ganas de sacarte los ojos, de darte una golpiza; mejor dicho, de dárosela a los dos.

Rosarito, a pesar del alias y la edad, era hombre alto y musculoso, por lo que la iracunda expresión de sus intenciones me aterrorizó más de lo que ya estaba.

—¡Hijo de tu maldita madre!
—le espetó Chichi sorprendiéndome— ¿Tú me vas a sacar los ojos a mí? A mí, que te di lo mejor que podía dar, que te entregué mi juventud. ¿A mí!
—comenzó a llorar—. Al que echaste de tu lado como si fuera un perro sarnoso. Yo, que nunca pedí nada. Que te cuidé cuando estabas enfermo, que lavé tus inmundicias..., que te bañé..., que te cociné, que aguanté tus horas malas... Alguien ocupó mi sitio y me botaste como a un apestado. ¡Viejo del diablo! Yo soy el que te va a *golpiar* a ti.

Arrasados los ojos por las lágrimas, con su delicado cuerpecito pringoso de aceite me dio lástima el muchacho y daban pena también las blancas sábanas de raso. Tras la censura al infiel Rosarito, tomó un florero de fina

porcelana lanzándolo al tiempo que profería un grito más propio en una mujer histérica. No alcanzó su objetivo, que era la persona del viejo, por tener las manos resbalosas, aunque destrozó unas figuritas de Lladró situadas sobre el tocador que teníamos enfrente. Desesperado, tomó entonces un radio-despertador que estaba sobre la mesilla de noche repitiendo el intento. Esta vez hizo añicos un espejo biselado de gran tamaño. Jossie, al ver los daños y el mal que le querían hacer, abrió la puerta de un armario extrayendo de su interior un palo de los de golf, para, inmediatamente, sin más, lanzar tremendos golpes a nuestras personas, que corríamos como ardillas alocadas de un lado para otro de la amplia habitación, saltando por encima de la cama y sin encontrar escapatoria. Las ventanas tenían rejas y el furioso Rosarito tenía la puerta a sus espaldas tapándonos la salida. Chichi lanzó todo lo que encontró cerca de sus manos sin acertarle en

una sola ocasión; esto y el palo de golf causaron el lamentable desastre del dormitorio lo que avivaba aún más el fuego de la venganza en Rosarito. En uno de los golpes que tiró, y que pude esquivar por escasos milímetros, salvando así mi oreja que pudo continuar pegada a mi cuerpo, Chichi logró escabullirse, dejándome solo ante esa fiera herida en su amor propio. Puedo asegurar que es una situación muy grave la de estar encerrado en una habitación con un enfurecido ser humano, intentando golpearle a uno como si en ello le fuera la respiración.

Tomando un abanico de plumas de avestruz procuré hacerle frente, pero él lo deshizo de un certero golpe y, mientras las plumas aún flotaban en el aire, despeinado y con una sonrisa de demente que daba miedo, dijo mientras me arrinconaba:

—Vas a morir, esperpento.

Estaba fuera de sí, la cara desencajada, sudoroso, con los

ojos desorbitados, le temblaba el párpado derecho.

—Para que aprendas a meterte donde no te llaman. ¡Hijo de puta!

Aterrorizado, tartamudeando, yo decía:

—Atienda un momento, por favor. Escúcheme, don Rosarito, se lo suplico. Mire que no es lo que usted piensa —dije tratando de templar su ira—. Deje el palo, deshagamos este malentendido como gente educada y no ocurrirán cosas de las que tengamos que arrepentirnos, sobre todo yo.

—¿Y qué voy a pensar? Esqueleto. ¡So feo! ¿Qué puedo pensar, si os veo a los dos en mi cama abrazados, desnudos y embadurnados en aceite. ¡So guarros!

—Por favor no me golpee. Soy un cabeza de familia en apuros... ¡Está bien! He venido a robarle. Pero sólo su dinero, no su honor.

—¿Qué dinero? —preguntó intrigado.

—El de la venta de su hotel. Del Hotel Los Cocos — dije algo esperanzado al notar su interés—. Los tres millones de dólares que usted tendría que tener en la caja fuerte del wáter.

—¿Pero quién te ha dicho que yo he vendido el hotel? ¡Mochuelo! Y si fuera así, ¿tú te crees, pendejo, que iba a guardar el dinero aquí?

—¿No ha vendido el hotel? Entonces todo esto ha sido una encerrona de ese maricón, perdone la expresión, para darle a usted celos. ¿Lo entiende?

—Me da lo mismo. Primero voy a darte una paliza que no olvidarás en toda tu vida, por ladrón, o por mariconazo, o por las dos cosas. Ya me encargaré después del otro abusador.

Acurrucado en el rincón, acorralado, con desesperación y temblores, vi como izaba el palo para descargar su primer golpe contra mí. Gritó. Yo, con las manos en la cabeza, también hice lo mismo esperando ese trastazo y

muchos más que con seguridad él me daría.

Entonces, cuando mis pulmones exigieron más aire y dejé de chillar como un gorrino, escuché un lamento ahogado, luego el ruido de un cuerpo desplomado. El palo de golf cayó junto a mis pies. Di un respingo, tan susceptible me sentía yo. Por entre los dedos de mis manos, que protegían en lo que podían mi cabeza y rostro, miré. Allí, en pie, estaba Chichi. Con un cuchillo de cocina de grandes dimensiones en la mano al que miraba tan ensimismado como antes al condón. Rosarito en el suelo, boca arriba, los ojos muy abiertos girando alocadamente en sus órbitas. Fluía a borbotones sangre roja y caliente por su garganta; pataleaba.

—Le rebané el pescuezo como a un puerco —dijo Chichi mostrándome las manos y el arma ensangrentada.

Sobre las blancas losetas de mármol del piso comenzó a

formarse un charco de color oscuro. Miré su cuello. Le segó la aorta. Moría rápido, sin remedio. No sé de dónde saqué fuerza de ánimo, entereza, decisión para gritar:

—¡Rápido! Trae un trapo o... lo que sea. A este hombre hay que sacarlo de aquí. Vamos a llevarle a un hospital. Se muere.

—¡Que se muera, carajo!
—exclamó Chichi contorsionándose la cara en una mueca de asco.

—Rapidito, o voy a la policía y cuento todito —amenacé con determinación.

Miró al cuerpo, después a mí. Tiró el cuchillo sobre la cama y agarró a Rosarito por los tobillos. Yo circundé con mis brazos su tórax por debajo de las axilas. Era muy difícil cargar un cuerpo tan voluminoso, tan pesado para dos individuos tan enclenques como nosotros; además el aceite complicaba el traslado pues hacía que se escurriera de nuestras manos como un pez.

Conseguimos sacarlo de la habitación y, cuando llegamos a la escalera, Chichi tropezó en el primer peldaño; para no caer jaló de los pies del pobre Rosarito; y, si yo no hubiera soltado la carga, también habría rodado con ellos desde el primer escalón hasta el último de la prolongada escalera.

—¡Mamahuevos! ¿Pero por qué le soltaste! —exclamó desde abajo Chichi con voz sofocada, pues soportaba el peso de Rosarito que le quedó encima— sácame de aquí, *quítamele* de encima, que me está empapando de sangre.

Era impresionante el ver como los últimos reflejos de Rosarito le hacían dar unas pataditas rápidas y cortas, aunque con menos intensidad que antes; esto bien podría ser el remate. Salí en busca de Damián para que nos ayudara, rogando para que no se hubiera largado. Le descubrí apoyado en una palmera, él me vio a mí también, hice una señal para que se acercara con la camioneta. Antes de que se diera cuenta,

Chichi y yo cargamos a Jossie en la parte posterior, aún no me explico cómo lo conseguimos.

—¿Pero qué coños pasa? ¡Lo habéis matao! Yo no quiero saber nada. Yo no soy asesino. Yo me voy. Yo no mato. ¡Ay madre, qué situación! —decía Damián impresionado y azorado ante los hechos mientras se mesaba los cabellos y andaba de un sitio para otro dando puñetazos a la camioneta.

—Arranca de una vez para el hospital. Tú estás en esto como nosotros. ¿O.K.? ¡Arranca de una maldita vez! —ordené con autoridad mientras subía al vehículo.

Monté en la parte delantera y Chichi se subió en la caja con Rosarito, Damián lo puso en marcha.

—Se lo cargó él. No hay dinero. No hay venta de hotel, todo es mentira. ¿Qué coño pasa aquí? ¿En qué lío me has metido? —no contestó—. Deprisa porque éste se muere. Le cortó la aorta.

Pasados unos minutos, cuando circulábamos en dirección a la Isabela, Chichi desde atrás golpeó en el techo haciendo señas para que nos detuviéramos. No había otros carros circulando, era una noche entreclara. Al parar dijo el rebanacuellos indolentemente:

—Se murió.

—¡María Santísima! ¿Y ahora qué hacemos? —pregunté desalentado, como si al saber que ya era muerto desaparecieran mis energías y cayera en la desesperación de golpe imaginando que no iba a salir bien librado de esta desventura.

—Hay que botar al muerto, hay que deshacerse del cuerpo —propuso Damián con admirable calma y recuperada sangre fría.

—O.K. Móntate atrás conmigo, Fran. Y tú arranca con la misma dirección que traíamos —indicó a Damián.

Seguimos durante unos minutos por la pista. Chichi iba oteando hacia adelante, por encima de la cabina. Yo miraba los tristes

restos de Jossie. Una expresión de espanto se adueñó de su rostro, antes fiero; ese gesto paralizado fue el último de su vida.

Endurecido, seco, curtido, vacío, así me sentía en esos instantes; profundamente apesadumbrado, yo ya no era el de antes. Participé en la muerte de un ser humano. Ya era un asesino.

—Ahora agárrale, y cuando yo diga «¡Ya!» le tiramos, ¿O.K.?

—gritó tratando de hacer oír su voz. Circulábamos a gran velocidad y por ir al descubierto, el aire producía un ruido ensordecedor.

—O.K.—dije yo. Quería deshacerme del cadáver cuanto antes. Acabar de una vez con la tenaz pesadilla— ¿Para qué lado lo arrojaremos?

—Por el de la cuneta.

¿Preparado? Un, dos, tres... ¡Ya!

Lo lanzamos al unísono. El cuerpo del muerto impactó sobre un desafortunado motoconchista. Continuaba la desgracia sin término.

—¡María Santísima!
—exclamé al contemplar el infortunio. La moto y los dos cuerpos rodaron enredados por el asfalto.

Mantuve fija la mirada en la luz roja del piloto trasero de la máquina mientras nos alejábamos. Aquel punto encarnado disminuyendo de tamaño, dos cuerpos destrozados en la cuneta, nosotros en ese lugar y en ese instante... Las cosas eran así, pero muy bien podrían haber sido de cualquier otra forma. Quién obligó a los progenitores de estos desgraciados a conocerse, quién les apremió para que copularan precisamente el día y la hora en que lo hicieron para engendrarles, y quién les dijo a los padres de sus padres que hicieran lo propio... Todo en esta vida era fruto de la casualidad, puro azar genético.

Cuando perdí de vista el farolillo, grité:

—¡Lo has hecho adrede, mal nacido!

—Ahora pensarán que Jossie

murió a causa del accidente, ya se sabe lo mal que manejan los motoconchistas —murmuraba calculador—. Regresemos, ahora hay que arreglar la habitación.



8/14



9/14

Del agua nacieron los sedientos

Capítulo IX

La oración tiene poder

V. Pisabarro

Hubo de pasar mucho tiempo para que se escuchase la última murmuración acerca de las extrañas circunstancias en que acaeció la muerte de Rosarito. Entre tanto, unos opinaban que el motoconchista era su amante y que decidió matarle y suicidarse enloquecido por los celos; otros que le mataron por incumplir compromisos en el turbulento comercio de las drogas; que si le asesinó uno de sus desesperados acreedores, que la mafia canadiense... En fin, se especulaba con todo menos con un accidente.

Gracias a Dios, ni a Damián ni a mí nos enredaron en tan desagradable asunto; no así a Chichi, por sus conocidas relaciones sentimentales con el finado. Estuvo preso durante dos días, después le soltaron a pesar de ser el sospechoso número uno en la muerte, sobre todo por ser el único beneficiario en el testamento de Jossie. Heredó todo: terrenos, hoteles y demás negocios de su antiguo amante. A Damián igual que a mí nos dio una buena cantidad. ¿A cambio? Nuestro silencio; no desenterrar al muerto.

A mí me lo entregó en la misma casa por donde ese pérfido y yo correteamos despavoridos huyendo de Rosarito. Ya se hizo señor en ella, exhibiéndose con vana ostentación en sus dominios, sin que le afectaran los remordimientos para ocuparla ni para disfrutar de otros privilegios conseguidos tan infamemente. Más amaricado que de costumbre, trataba de aparentar una fina elegancia de joven millonario.

Aparte de las variadas cadenas de oro en su cuello, sólo llevaba puesto un batín chino de color amarillo con un dragón rojo bordado en la espalda. Forzando mucho la pose preparó unos tragos y al entregarme la copa percibí el agobiante olor de su perfume. Nos sentamos en el porche frente a frente, en unos mullidos sillones tapizados con una tela que imitaba manchas de leopardo. Tomó un sorbito de su menta, después, suspiró ese carnicero con el deliberado propósito de aparentar delicadeza, poniendo la punta de los dedos de su mano izquierda en el pecho dijo:

—Quiero hablar contigo, Fran; debo advertirte; te aviso para que te cuides. Damián no juega limpio contigo; bueno, ni contigo ni con nadie. A mí ya me importa poco todo; soy millonario y ahora puedo decir lo que quiera. ¿O.K.? El dinero lo arregla todo, ¿O.K.? Por el dinero estoy hablando ahora contigo, si no estaría pudriéndome en una apestosa cárcel por degollar

al viejo. Me simpatizas, Fran. Mira, te voy a contar la verdad: esa noche entramos a buscar drogas, no dinero como te dijo Damián. Se trataba de robar a Jossie tres kilos de cocaína. Pero aún no me explico por qué no estaban en la jodida caja fuerte; ésas eran mis noticias; ahí tenían que estar. Yo le informé de todo esto y él dijo que hablaría contigo para que tú entraras a por ellos, pero que te iba a decir que era dinero.

—A mí me habría dado lo mismo entrar a por drogas que a por dinero. No me importaba de lo que se tratara. Lo importante para mí era entrar, dar el paso, delinquir.

—Él no lo dijo por ti, lo dijo por él; no quiere que nadie sepa que tiene experiencia dentro de este mundo. Ha hecho contactos y poco a poco se está haciendo hueco aquí. En vuestro país también se dedicaba a esa vaina. Tú sacarías un bulto, una cartera, no sabrías lo que habría dentro, si era dinero, si era droga... La cosa

fue así.

—Pero, no entiendo por qué no lo hicisteis solos.

—Ni él ni yo nos atrevíamos. Al final no sé por qué entré contigo. Supongo que no me fiaba de vosotros. Dijo que te daría unos cuantos dólares. Que te conformarías. Que nunca sabrías en lo que anduviste metido.

—Me habló de tres millones de dólares.

—Te diría que no había tanto, que fue un fracaso.

No le creí. Sospechaba que Chichi trataba de dividirnos con cautela para evitar o prevenir los inconvenientes del chantaje continuado al que podríamos someterle si estábamos unidos. Aparte de esto consideraba a Damián mi amigo. El único que mantuvo el trato en mi ignominiosa miseria.

El dinero que recibí me permitió instalar a mi familia en una vivienda de mejores condiciones y en una zona más respetable; aunque no evitó el gran

cargo de conciencia, ni el obsesivo recuerdo de los acontecimientos que me producían tanta congoja. A mi mujer jamás le interesó saber la procedencia de ese capital manchado de pecado, de esos sucios dólares que la ayudaron a recobrar la salud y la circunspección. Abandonó la cama, aseó su persona, cuidó de su apariencia, germinaron nuevos propósitos en ella. Gracias al cambio de aires, a beber agua depurada y a los buenos alimentos, retornó el tono rosáceo a sus mejillas. Recuperó la sonrisa su angelical rostro después de tantísimo tiempo, precisamente el día en que vio como me caía de un árbol del jardín porque una abeja aguijoneó mi cara, cuando trataba de instalar un columpio para los niños.

Bajo su dirección inauguramos un nuevo negocio fruto de su ingenio. La confección y comercialización de flores artificiales. Y aunque teníamos un amplio muestrario con las más

variadas formas y colores, no depositaba yo muchas esperanzas en el mismo, pues gracias a la benignidad del clima tropical, brotaban flores por doquier, más bonitas, más olorosas y fragantes que las nuestras. Porque no hay nada que supere a lo natural y, además, eran gratis.

Ella tenía fe en las posibilidades del asunto. Su teoría era: las flores artificiales duran más, se pueden lavar, no necesitan de la luz ni del agua para mantener su elegante colorido, no precisan de mantenimiento y éstas son muchas ventajas de cara a la clientela.

Yo, para no desairarla interrumpiendo así su recuperación, me dediqué a la representación sin mucho entusiasmo. Después de tantos negocios inopinados y funestos que emprendí, pensé que ella tenía también derecho a fracasar alguna vez. A los hoteles a los que ayer vendí pescado, hoy les vendía flores. Así era mi vida, poco seria,

sin orden ni medida. Destinado a recomenzar infructuosos intentos por encontrar el rumbo a nuestras vidas.

Mi mujer, para esta labor, me obligó a llevar una cestita de mimbre, según ella «muy mona», para presentar las muestras a los clientes; minando así mi dignidad y mi criterio; pues no es cosa de hombres andar con cestitas y flores todo el día de aquí para allá, a la vista de mentes mal pensadas por retorcidas.

Cuatro operarias trabajaban en nuestro pequeño local. Sonia, incansable, se encargaba del diseño, de las compras, del personal, de la administración... y en fin, de todo menos de lo poco que yo hacía. Y para ser sincero, incluso ella vendía más en el local que un servidor haciendo el ridículo por ahí. Estaba triunfando. No le importaba afanarse día tras día, hora tras hora, en la agotadora tarea de encauzar su vida. Me asombraba con una fortaleza que jamás imaginé en esa mujer, en ese

ser pusilánime y macilento que tan sólo unas semanas antes desfallecía delirando ante el umbral de la locura. Conquistó la supremacía, la preeminencia familiar, con la firme constancia en sus propósitos.

Gracias a los frutos de su trabajo disfrutábamos de una existencia sencilla pero satisfactoriamente próspera y segura, de una vida plácida, sin sobresaltos. ¿Tenía yo algún derecho a oponerme? El pasado, las experiencias, decían que no; que la jerarquía familiar no se mantiene inoculando inútiles doctrinas, conceptos tan abstractos como los de la libertad y la independencia mientras se sufren tantas calamidades. ¿Sirve esto para llenar una nevera? Mi mujer tomó las riendas, puso el nido en un sitio seguro, sin riesgos. Era la jefa.

Así, con los dictámenes desoídos y marginado, se iban consumiendo mis días. Sintiendo la inanidad, el despropósito de la

existencia. Como si el comer todos los días me hubiera privado del aire que antes insuflaba las velas de mis anhelos. No había ya grandes horizontes a los que dirigirse. Se fugaron las ilusiones más ambiciosas.

Sometido a la tiranía empresarial de mi esposa, relegado también a las tareas ordinarias de la casa, padecía de un gran vacío espiritual. Ni siquiera en Los Misericos fui tan desgraciado.

Una frenética actividad ocupaba las horas de Sonia. Nos veíamos muy poco y, en esos ratos, no hablábamos de otra cosa que de la odiosa empresa, de los sucesos relacionados con la misma. En una de estas ocasiones le planteé la oportunidad de un nuevo negocio. Era el caso que un argentino vendía un picadero de caballos a muy buen precio; regresaba a Buenos Aires para retomar su antigua profesión de asesor económico, una vez transcurrido el tiempo en que eximía su responsabilidad en un

turbio asunto financiero. Yo le decía a Sonia, tratando de convencer y avenir, que es de gente sensata diversificar riesgos, no fuera a ocurrir lo de todos los huevos en la misma canasta. Ella decía que si osaba actuar, en éste o en cualquier otro negocio sin su consentimiento, que los huevos que peligraban no eran los de la canasta, sino los míos propios; y que a quien Dios se la dio, San Pedro se la bendiga; que sacábamos bastante para vivir con holgura y sin necesidad; que si la suerte por fin nos vino a ver, era absurdo tentarla con disparates como los que yo pretendía.

En esta vacuidad tan frustradora me encontraba la jornada en que el vecino probaba la alarma de su carro tratando de ajustarla. Una y otra vez sonaba «guaguaguaguaguá». Cuando dejaba de sonar el silencio ocupaba el espacio mezclado con un calor sofocante. Llegó el sonido de algún insecto a mis oídos *szzzzzzzzzzz*. Gotas de sudor se

deslizaban lentamente por mi rostro. Reapareció odiosamente otra vez el guaguagua durante unos tres minutos más o menos, crispándome los nervios. Una gota llegó hasta mis labios; sentí su sabor salado. En ese preciso instante presentí que el día que comenzaba no sería de los buenos para mí.

Desayuné desgano y con náuseas. Aunque el calor era agobiante y desmayador, si dijera que me duché mentiría. No estaba yo por cumplir con nada, ni siquiera con los buenos hábitos de higiene matutina. Mancornado con el profundo malestar espiritual, con la pertinaz desazón que me sometía abúlicamente, sintiéndome un despreciable. Dejé pasar las horas indolentemente, sin ánimo para hacer nada de provecho. No deseaba ver a nadie. En realidad no deseaba nada. Si acaso... diluirme, desintegrarme en el espacio, no ser nada, ni siquiera un recuerdo. Mis pensamientos se enredaban en la inmediata realidad

circunstancial; oía el goteo de algún grifo, el ruido lejano de un motor, miraba embobecido a las hormiguitas en su trajín continuo. Deseaba paz y olvido, exiliarme del mundo, permanecer en ese vacío interior, en ese gran hueco inocupado en el que sólo prevalecían fútiles pensamientos incommovibles.

A ratos recordaba episodios de mi remota infancia; rememoré las sensaciones que sentí en aquellos años: el fustigante sol castellano, los frescos amaneceres veraniegos, el mañanero vuelo zigzagueante de las golondrinas en una polvorienta explanada, la siesta, adormecido por el canto de las chicharras bajo la sombra de un nogal; los fríos y cenicientos inviernos de Madrid, las nieblas nocturnas de los fines de año en Vallecas, la lucha diaria con los niños en colegios públicos de aquella época, donde curas y otros maestros, alguno de ellos perversos, trataban de hacernos aprender normas, conocimientos y

comportamientos inútiles
ayudándose de golpes y
desprecios, ridiculizando
sarcásticamente a los que no les
agradaban, yo uno de ellos.

Recordé también, además de
la escolar, la disciplina familiar, la
militar, la laboral, la social, la
fiscal... y maldije a todos al tiempo
que pisaba desbaratando el
hormiguero. Estas experiencias me
hicieron comprender que las
instituciones sociales, a quien
mejor sirven, es a los
administradores que procuran el
bienestar general a la vez que
menguan el del individuo. Al
menos así lo hicieron conmigo,
sobre todo aquéllas antiguas de
mis años más nuevos, que por ser
tiranas y opresoras, formaron mi
carácter asocial, sublevado, poco
dado a cualquier plan que exigiera
disciplina y colaboración con
otros. Rebelde, travieso, siempre
con el deseo vehemente de la fuga:
huir del frío, huir del calor, irse.
Tratar de encontrar, de hallar algo
mejor que lo anterior, que toda la

mierda insustancial vivida hasta entonces. Buscando algo en lo que creer sin esperanzas de encontrar. Sabiendo que todo está medido y pesado, que todo lo que conoces no te satisface y que todo lo que te interesa está vedado. Sintiendo dentro de uno el inagotable motor que obliga a irse, a partir.

Nadie entiende ni padece las cosas propias como uno mismo, por eso nadie podrá entender cómo padecí durante aquellos aciagos años.

Gracias a Dios tocaron a la puerta, porque no hay nada peor en la soledad que los malos recuerdos. Por la ventana vi a un hombre joven con camisa blanca, abrochados sus puños y cuello; pantalón gris perla, zapatos negros lustrosos y un maletín en la mano. De unos veinticinco años. Por la pulcritud y la sonrisa pueril, daba la impresión de ser un hombre feliz en misión evangelizadora.

—Buen día —me hice ver desde la ventana.

—Cristo le ama —respondió.

Acerté.

—Falta me hace —me dije a mí mismo.

—Si tiene un momento me gustaría hablar con usted y su familia.

—¿Sobre qué? —pregunté.

—Sobre la palabra de Dios.

—No estoy yo para oír la palabra de nadie —dije ásperamente.

Permaneció mirándome inmutable. Mantenía en su rostro la sonrisa amplia y blanca a pesar de mi seca contestación.

—Discúlpeme, no está mi familia y yo tengo un mal día. Si a usted le parece bien, quizá en otro momento podríamos escucharle.

—Como usted guste caballero. No desespere y tenga fe. Dios nos escucha a todos, a usted también. Rece, la oración tiene poder.

—Lo dudo, pero gracias por venir.

Se fue; le vi alejarse despacio procurando no pisar los charcos, evitando el mancharse sus

lustrosos zapatos negros. Ésa era la fe, pensé. Sentirse alegre de Dios, soleado en la sombra, limpio, immaculado. Llegar, permanecer y salir de los más atroces basureros humanos sin una mancha, con la primera de las tres virtudes teologales robustecida y la beatífica sonrisa misericordiosa en el rostro. Hay que ser muy fuerte o muy idiota para creer sin duda. Yo no era ninguna de las dos cosas.

Casi en el momento en que el individuo cerró la cancela, volvió a llover con fuerza. Agua, agua, agua. Miles, millones de gotas sobre la tierra caliente. Frescor inmediato. Un limpio alivio del calor sofocante. Comencé a sentirme mejor. Se formaron riachuelos. Comenzó a inundarse la parte baja del jardín. Se fue la luz, se detuvo el ventilador. Era una fiesta. Se escuchaba el agua estrellándose con vehemencia contra el techo. El sonido, la soledad, la contemplación de tanto líquido entre tanto vegetal, la aparición repentina de una alegría

injustificada, instigaban a derramarse, a fundirse, a demasiarse, a descomedirse en toda esa magnitud natural. A lo lejos, por el camino, vi a una persona caminando despacio bajo el aguacero. Caía el agua cada vez con más intensidad, los truenos hacían temblar la tierra.

De repente, sin saber cómo, me encontré en el centro del jardín de mi nueva casa. De rodillas, con los brazos abiertos al cielo que los relámpagos iluminaban. Poseído por un ímpetu irrefrenable, comencé a cantar con todas las fuerzas sorprendiéndome a mí mismo:

—«Quiero cantar a las montañas y a los valles. Quiero cantar al mundo desde aquí...»

Cayó un rayo muy cerca sonando inmediatamente el trueno con tal estrépito, que el terror hizo que recobrará repentinamente la razón y me sintiera ridículo, así, cantando medio desnudo bajo la lluvia. Pero, a pesar de eso, el aguacero me recuperó el ánimo al

menos durante ese día.

Me dirigí corriendo a la casa con la idea de cambiarme de ropa. Llegué justo en el momento en que lo hacía el hombre al que antes vi caminar en la lejanía. Me entregó una carta y se alejó tal como había llegado, sin admitir propina. Era de Damián. En ella, me comunicaba que conoció a un tal Federico Meiva Franco. Que este individuo me buscaba para tratar de negocios de suma importancia y que dado el interés que demostraba, me aconsejaba acudir, pues podría tratarse de algo interesante. Además escribió la hora y el sitio donde estaría Federico por si decidía encontrarme con él. También decía que no le aseguró que pudiera encontrarme, por si se trataba de algún asunto que a mí no me interesara afrontar.

Mientras recortaba las uñas de mis pies, me pregunté acerca de las causas por las que me andaba buscando el Flaquito. No teníamos asuntos pendientes. El único envío

de dinero que nos encargó lo realizamos sin contratiempos. Recordé, que en aquella ocasión me habló de invertir en la República Mameiana y que me buscaría cuando regresara. Ésa era la respuesta. Me animé pensando que quizás Federico Meiva y sus negocios me ayudaran a eludir mi dedicación a la empresa de flores con algún proyecto importante, alguna propuesta a la que no podría oponerse Sonia. Lo que no imaginé es que comenzaba de nuevo el baile que menos me gusta bailar: ése en el que el destino te marca el compás; una danza en la que no queda más remedio que dejarse llevar. Pero yo entonces estaba muy contento e interesado para pensar en eso, al contrario, dejé transcurrir el tiempo fantaseando con la naturaleza de los presumibles negocios y mi participación en ellos. Cuando llegó la hora, deseoso de encontrarme con él, después de peinarme y vestirme, bajé silbando calle abajo hasta la principal; en

ella se encontraba el bar donde estaría el Flaquito, según decía Damián en la carta: «El cordero verde». Lo escribo en español, aunque es la traducción del nombre inglés por el que se conoce este establecimiento: Green Lamb. Parte de este pequeño bar estaba instalado en la copa de un gran árbol.

El sitio se encontraba sin clientela. Retumbaron mis pasos pausados en el suelo de madera. El camarero, sin inmutarse por mi presencia, siguió mirando la televisión acodado en la barra. Me instalé en una de las mesas que estaban en el voladizo, cerca de las barandillas, para así disfrutar mejor del panorama durante la espera, entreteniéndome con el trasiego que se divisaba en esa calle importante de piso resplandeciente por agua de lluvia. Circulaban forasteros recién llegados, identificables por la palidez de su cuero, muchachos y muchachas con sus uniformes de colegio arreándose palos y

tirándose piedras; vendedores de naranjas; un perro callejero holgazaneando; gallinas, limpiabotas, taxistas; prostitutas con atuendos poco distinguidos, aunque útilmente provocadores.

De vez en cuando alguien me reconocía y saludaba, yo correspondía sosegado por la placidez del momento y del lugar. Mientras, fumaba y paladeaba con fruición el primer Casteló añejo, a la roca, del día.

Alguien silbó. Desde abajo Damián me avisó que subía. Tuvimos un ligero momento de plática insustancial. Tratamos temas banales, cumplidores, sobre mujeres y esas cosas.

Pasado un rato no muy largo, hizo su aparición el Flaquito acompañado por una mujer más alta que le eclipsaba con su poderío. Después de la presentaciones, la misma señora dijo que era su compañera. Nos sentamos todos a la mesa y ordenamos al camarero que trajera un servicio (botella y hielo) de ron.

Casteló añejo, por supuesto.

—Jeniffer no es mi nombre verdadero. El auténtico, que es el de Francisca, me lo he cambiado. He decidido mudármelo por el que te he dicho: Jeniffer, menos paleta y así... más internacional. Como yo a partir de ahora. Una nueva vida ante mí, una nueva situación, un nuevo país, un nuevo nombre. ¡Fantástico!

Así se expresaba Jeniffer o Paqui, según dijo la llamaban en España. Mujer jamona, aunque muy fea de cara y con voz ronca que deslucían el conjunto, porque era dueña de un cuerpo escultural, macizo, apabullante. Vestía de manera provocativa a sabiendas de lo anterior: pantalones ceñidos, camiseta escotada, no llevaba sujetador ni bragas. En ello reparé porque generalmente soy bastante observador de estas cosas. Pero, aunque no lo fuera, habría reparado igualmente en la evidente relevancia del monte de Venus y de sus labios mayores resaltados por el elástico ajuste de la liviana

tela. Melena morena y leonada. No llevaba gafas, pero con certeza sus ojos negros eran miopes, no habría otra explicación para el tanteo continuado de las cosas ni para el derrame y rotura en tres ocasiones de su vaso. Nariz grande, boca grandísima pero en proporción y correspondencia con su jeta. Neurasténica, vigorosa, impresionante. Daba miedo. Hablaba y hablaba sin detenerse y sin comas, no permitía a nadie intervenir en sus temas de conversación, por lo demás rarísimos y desconcertantes: la cena de Nochevieja en la masía de sus padres el año pasado; una operación de cataratas a una conocida de su compañera de pensión; origen de la paella y la fideuá; mayores avistamientos de ovnis en noches de luna llena... Pasaba de uno a otro siguiendo conexiones chocantes: una palabra, una frase... Hablaba de manera atropellada, apabullándonos con la potencia de su voz gruesa, haciendo muchos gestos con todo

ella. Transcurridos tres cuartos de hora, y aprovechando la oportunidad de su primer punto, de su primer silencio, pregunté al Flaquito:

—¿Cómo está la cosa? ¿Te has decidido a instalarte por aquí, en la bella Morúa?

Él miró primero a su compañera antes de contestar, pareciéndome que ésta hacía un sutil gesto de consentimiento mientras bebía a grandes tragos su Casteló aguado por el hielo disuelto.

—Pues mira tío, estaba como loco por llegar y verte.

—Yo también te echaba de menos —dije precipitadamente, interrumpiéndole y por ello quedando en situación desairada.

—No, no me refiero a eso. Te estoy hablando más bien de cuestiones económico-financieras. Resulta que, además del envío que me entregaste meses atrás, había otro para mí por la cantidad de ochocientas mil pesetas. Aparte de la entrega de quinientas mil que

pedí yo, pues el tonto el culo de mi hermano pidió otras ochocientas de su cuenta para mí. Mira los papeles de ingreso, verás las cantidades y los números.

Puso ante mí unos documentos que se empaparon inmediatamente con los restos de ron que había sobre la mesa. A pesar de ello, pude leer claramente mi número de cuenta, las fechas de unos meses atrás, el nombre del depositante, las cantidades...

—Como mi hermano está un poco pirao no ha dicho nada, él pensaba que ya me lo habías entregado, se olvidó del asunto. Fue Jeniffer la que revisando los extractos de cuenta se percató del error —sonrió ella complacida—. Como no me llevé tarjeta, ni dirección, ni teléfono, ni nada, no te he podido localizar. Sabía que volvería en un tiempo y por eso esperé para hablar contigo. Cuando llegué aquí, preguntando a unos y a otros conseguí dar con Damián y gracias a él, contigo. Ahora comprenderás por qué tenía

tantas ganas de verte. O sea, para que me entregues mi pasta.

De un largo trago me bebí el ron que había en el vaso, además de tragarme los restos del hielo y el limón que suelen poner como acompañamiento. Los tres me observaban guardando un expectante silencio, incluso Jeniffer. Yo no sabía cómo sacudirme las moscas. Cualquiera comprenderá, y hasta podría compadecerme, si digo que abatidos mis sueños de forma tan brutal en esos momentos, repentinamente comencé a sentirme indispuerto, con el ánimo desabrido por una angustia desazonadora. Me entraron muchas ganas de llorar, pero a pesar de su intensidad las aguanté. Trataba de aparentar serenidad, calma, pero creo que no lo conseguí. Cualquier observador captaría el estado de mi sistema nervioso al ver cómo encendí un cigarrillo al revés con manos temblorosas y al escuchar mi voz quebrada con gallipavos cuando

pedí un nuevo servicio; en fin,
comprendería que estaba tocado.
Con todo el valor que pude,
sobreponiéndome al duro y largo
silencio, dije:

—Lo lamento, pero no es
posible.

Como no obtuve réplica de
mis inmutables, y ahora
indeseados, acompañantes,
continué:

—Digo, que al no tener
constancia de quién era el
beneficiario y al no reclamar nadie
la pequeña cantidad, publicamos
unos avisos en el *Bembón*,
periódico local, para encontrarlo.
Según constancia y fe notarial, se
notificó que en el plazo de tres
meses si no aparecía el
destinatario, se haría donación del
dinerillo, al orfanato de Nuestra
Señora de las Mercedes en la
ciudad de La Isabela. Y así se
hizo, disfrutando los huérfanos de
esta entrega; porque era condición
sine qua non que se dedicara a la
compra de libros y material
deportivo, adem...

—Joder, tío, qué historia te has montado en un momento. Tienes más imaginación que Julio Velme —sentenció atemorizándome el escabroso vozarrón de la mujer.

El Flaquito comenzó a descomedirse ordenándome enmudecer con el gesto de pinzarse los labios. Encendió un cigarrillo parsimoniosamente y me echó el humo en la cara como hacen en las películas. Entonces pronunció lentamente, sin alteración:

—Escúchame. No se te ocurra volver a decirme más gilipolleces. Si no me das mi dinero... mi propio, mi legítimo dinero, creo que lo vas a pasar muy mal colega —volvió a repetir lo del humo—. Tú conoces este país mejor que yo; si me sale de las pe-lo-ti-tas, puedo hacer que prendan fuego a tu casita mientras dormís, que te arranquen las uñas de los pies y que te las metan en los oídos..., que te rapten a los hijos y hagan morcillas, que te

maten dos veces... Cualquiera de estas gracias me saldría por menos de tres mil pesos miserables, unas treinta mil pesetillas. Te lo digo con seguridad, porque ya he tratado con unos señores del asunto por si llegara el caso de contratar sus servicios. ¡Mañana, los dineros! Te espero a las nueve en punto. Hotel Diamante, habitación doscientos veintidós. No te falles muchacho.

Se levantó despacio y sin dejar de mirar desafiante, con mucha altivez, echó el cigarrillo en mi vaso, saliendo después con mucha chulería en los andares y dejándome con un pasmo del que tardé en recuperarme. Su compañera en cambio, prefirió seguir con nosotros durante unos minutos más para explicarnos cómo se puede matar dos veces.

Al rato nos quedamos solos Damián y yo.

—No me gusta esta señora. No me simpatizan las mujeres que hablan como hombres, que piensan como hombres, que actúan como

hombres; no se observa en ellas ninguna cualidad femenina, en cambio transmiten lo más negativo del machismo. En fin..., espero que tengas dinero para pagar las consumiciones; yo no llevo nada encima —se excusó Damián.

—Pero... ¿qué coños me hablas de pagar las consumiciones? Está en peligro mi vida. ¿Dime qué te parece la situación? —pregunté solicitando amparo.

—Pues mala. Lo que te han dicho es verdad. Esta mañana los he visto hablando con la Negra Pola, ya sabes, ese matón que se cargó a un motoconchista en una pelea a bocados por querer cobrarle cinco pesos de más. Así que devuélvele lo suyo y no harán morcillas con tus niños.

—Pero es que no lo tengo —dije alzando tanto la voz por el pánico, que Damián abrió mucho los ojos sobresaltado—. Si arreglo la moto que está en el taller desde que me la secuestraron, me dan por ella unos treinta mil. Licinio,

mi antiguo socio de lotería, me debe otros veinte, lo que hacen cincuenta. Al Flaquito tendría que darle unos ochenta. Sólo podría llegar a cincuenta. Eso si vendo la moto y Licinio me paga, porque desde que le hice el préstamo no le he podido localizar, y tú sabes que lo pasé muy mal en Los Misericos, que me hizo mucha falta, que busqué ese dinero. De lo que nos dio Chichi —Damián, alarmado, hizo un gesto pidiendo prudencia. Bajando el tono, susurrándole, proseguí—. De lo que nos dio el marica, entre pagar deudas, la fianza de la nueva casa y el nuevo negocio, deben quedarme unos tres mil pesos. O sea, que no puedo pagarle, aunque reconozco que el dinero es suyo.

—Bueno, pues no le pagues. Vete a hablar con él y le propones algo. Dile que no tienes el dinero, pero que más adelante lo conseguirás. Busca tiempo y déjate de donaciones a huérfanos, porque si no, te visitará la Negra Pola.

Sólo el oír mentar ese nombre

me ponía la piel de gallina y un nudo en el estómago. Era un individuo con mal carácter y peor fondo; su instinto dañino hizo muchos huérfanos y dio a algunas el estado de viudas. Negro, grande, calvo, panzón, le faltaban varias piezas dentales originales que suplió con otras de oro; llevaba colgada en el pescuezo una cadenita con un pequeño hueso: era la falangeta que arrancó de un mordisco en la mano derecha de un dinamarqués; siempre armado ostensiblemente con un largo cuchillo de doble filo, el mismo que según dicen sirvió para cortar la oreja a un chino contestón. No quería yo que ahora cortara, ni mordiera, ni clavara a ningún español. Debía encontrar una solución, algo, lo que fuera con tal de no tener que dar explicaciones a la Negra Pola.

A causa de este nuevo revés de la vida, se desarregló mi aparato digestivo. Esto hacía que pasara más tiempo del que yo deseara vaciándome en el cuarto

de baño. Allí, en soledad, como es normal en esos sitios, obsesionado con el negro del diablo, meditaba en qué camino tomar, dónde nos esconderíamos si no aceptaban los pretextos y las disculpas.

A Sonia, mi amorosa y dulce mujercita, no le dije nada. Para qué preocuparla; para qué importunarla ahora que era más o menos feliz saboreando una independencia de la que nunca disfrutó desde que tuvo la mala idea de casarse conmigo. Para qué disgustarla. Estaba tan satisfecha con sus empleados, con sus proveedores, con sus clientes, con las florecitas. Los ratos libres los dedicaba complacida al diseño de nuevos productos: que si una combinación de rosas y gladiolos, que si una nueva textura, que si un nuevo color... Su diosa era Flora y yo no deseaba seguir siendo su continua y demoledora pesadilla. Era fácil ocultar mis preocupaciones ante ella, que cautivada por el trajín diario, me trataba con absoluta indiferencia. Daba lo mismo si

entraba o salía. Si lloraba o reía. Tampoco requería de mis potencialidades sexuales, que ya cansado de ser displicentemente desatendido desistí yo también de solicitar las suyas. Los niños y gatos estaban ahora más limpios y gorditos, cobraron carnes gracias a la laboriosidad e inteligencia de esta buena mujer que el cielo me mandó como compañera para alivio de mis males. Qué lejos de aquella otra que en Los Misericos, desgredada y con aliento fétido, nos gritaba por cualquier pequeña falta, descargando su violencia sobre todo lo que se moviera y respirara. Sí, mal nacido sería yo, si interrumpiera esta sana recuperación, si inoculara en la sana armonía familiar el veneno de otra pútrida preocupación. ¿Pedirle dinero a Bienve o a Jordi? ¡No! No podría devolverlo. Además, dudo que en esos momentos me lo quisieran prestar. Pues a decir verdad mi crédito había descendido bastante en esos meses a consecuencia de mis peripecias.

Consumida pues la noche en el discurrimento, concluí, después de ventilar repetidamente las opciones que se presentaban a mi entendimiento, que lo más conveniente era llegar con la verdad por delante. Admitir la deuda y ofrecer el propósito de pago de un hombre honesto. Esto era mucho más beneficioso para ellos que el pagar para que me desbarataran, como trataría de hacer entender a esos estafalarios estragadores.

A las nueve en punto, mis nudillos tocaban la puerta de la habitación doscientos veintidós del Hotel Diamante.

Se abrió lentamente, franqueándome el paso al inferno lugar. Entré con gran temor y, por no tener todavía la vista habituada a la penumbra del interior, sólo percibí el movimiento de unas confusas sombras desplazándose en la oscuridad; también el mal olor del ambiente, causado sin duda, por muchos cigarrillos y además por la exhalación de otras

miserias humanas que todo lo impregnan si no se orea una habitación en mucho tiempo. Las persianas estaban bajadas, aunque sus intersticios permitían el paso de unos finos y alargados haces de luz, visualizados en el espacio por el espeso humo que ocupaba hasta el último rincón del cuarto.

Olfateé. Sí, era hachís. Recordé lo que intuí en nuestro primer encuentro: que era un drogadicto, que me arrepentiría de haberlo conocido; ahora comprobaba que no estaban desencaminados esos presentimientos.

Cuando por fin se acostumbraron los ojos a la oscuridad, mis pupilas identificaron sobre un sofá, desparramado e inmóvil, el cuerpo feble del Flaquito y a Jeniffer sentada sobre una mesa baja de mimbre abanicándose con un tebeo. Sus despectivas miradas y el zumbido del vuelo de un par de moscas alrededor de mi cabeza me crispaban los nervios. En pie, a mi derecha, percibí una respiración,

un bufido, como de... res,
producido por una masa muy
próxima. Giré despacio la cabeza
imaginando lo que sería; vi la
refulgencia que un rayo de luz
producía en los dientes de oro,
deslicé la mirada por las cadenas
colgadas del ancho cuello hasta
llegar al hueso del danés engastado
en plata. Era la Negra Pola.

—¿Puedo pasar al baño, por
favor? —solicité el permiso como
lo hacen los colegiales.

Como nadie contestó me
tomé la libertad. Una vez dentro,
me apresuré para no obrar sobre
mí mismo. Ya sentado y aliviado
del vientre, que no del estupor, me
decía: —¡La Negra Pola!

Jooodeeer. La Negra Pola. Ay
Dios mío— Al tiempo cotejaba las
dimensiones del ventanuco con las
de mi cuerpo, comprobando la
imposibilidad de fuga por él.

Pasados unos momentos en
los que no aprecié sonido alguno,
excepción hecha de los normales
en esos sitios, me armé de valor,
salí decidido a afrontar la situación

de una vez por todas, acompañado de las moscas que aún persistían en su molesto vuelo alrededor de mi cráneo.

En pie ahora, en el centro de la habitación, encendía un cigarrillo el Flaquito mirándome a través del humo.

Con decisión y naturalidad cordial le pedí uno. Tras encender, y sintiendo el peso de la mirada del matón a sueldo en mi nuca, dije:

—¡Joer! qué día de calor vamos a tener hoy, ¿verdad?
—nadie dijo nada, volví a hablar tratando de desdramatizar la situación, mientras señalaba un cuadro de la pared—. ¡Oh! Una reproducción de «Las mamasueles del miñón», de Pedro Piccasso
—quise burlarme de ellos para demostrarme alguna superioridad que me ayudara en el enfrentamiento.

—Usted, sin duda, debe referirse al famoso lienzo «Las señoritas de Avignom», ¿cierto?
—bramó la voz ronca, pausada y

amenazante de la Negra Pola.

—Pues sí señor, así es
—contesté yo girándome hacia él con una sonrisa en los labios y en actitud amigable.

—Esa mala reproducción que usted ve ahí colgada en la pared, son «Las Meninas» de Diego Velázquez. Y no es Pedro Picasso, sino Pablo Picasso, el pintor al que usted se refería.

Extrañado que la Negra Pola, por su actividad y aficiones, contara también con conocimientos en materia pictórica no supe qué responder. Entonces, poniendo su pesada manaza sobre uno de mis hombros y retorciendo con los dedos la punta de los cabellos de mi nuca, dijo en el tono con que se miman a los niños:

—¿Trajo usted el dinerito del Sr. Meiva?

—Pues... no; pero sobre ello he venido a tratar con ustedes
—respondí como los niños cuando confiesan una travesura.

La Negra Pola alborotó despacio mi pelo recién peinado

con fijador en esa mañana.

Desconcertado sentí la flojedad de piernas y también un temblequeo en mi párpado derecho. La Negra Pola sacó un peine con púas grandes y separadas, me peinó con raya en medio; después, aplastó el pelo al casco con sus manos.

Cuando acabó, guardó el peine en su bolsillo trasero y sorprendiéndome cruzó mi cara con tal contundente gznatazo, que hizo que me tambaleara como un toro estoqueado, espantándome a las odiosas moscas definitivamente.

—Siéntate, Fran —me ordenó el Flaquito señalando el sofá en el que antes estaba echado—. Ni me lo has traído ni me lo vas a poder traer. ¿Verdad? Eso es lo que has venido a decir. Ya me he enterado cómo te han ido las cosas. En fin colega hay que buscar una solución, ¿se te ocurre algo?

Aunque era difícil articular palabra por lo desorientado y aturdido que estaba a consecuencia del sopapo, dije:

—Yo había pensado que si me das unos días quizá pueda cobrar unas deudas a uno que me debe mucho. Mey, yo te aseguro que le cobro y te pago una parte, tengo también la moto que la puedo vender y...

—Vale, vale tío, corta
—interrumpió alzando la voz molesto.

—Fran —me llamó Jeniffer.

—Dígame, señorita —dije con sorpresa y buscando refugio.

—Hay una forma de saldar la deuda —infló una pompa con el chicle, explotó y quedó prendida en su narizota como un gran moco de color verde.

—¿Cuál? —pregunté temiéndome cualquier barbaridad.

—Te lo diremos esta tarde. Deja que lo hablemos. Pásate a las siete.

La Negra Pola me agarró de la mano y así, levantándome del sillón, me llevó hasta la puerta de entrada, la abrió y preguntó con voz melosa:

—¿Cuál es tu pintor favorito?

—¿De qué época? ¿De qué estilo? —dije perdido.

—De cualquiera.

—...Buñuel —respondí despistado en la respuesta a causa del nerviosismo.

—Ése no es un pintor; es un novelista. ¡Pendejo! Quieres abusar, quieres reírte de un pobre negro ignorante. ¿Verdad? ¡Abusador! —con la palma de su mano derecha volvió a golpearme, pero esta vez en el cogote, haciéndome rodar escaleras abajo.

Así, con un pitar de oídos, la cara colorada, y no de vergüenza, caminaba yo esa mañana alejándome del Hotel Diamante. ¿Qué me exigirían, qué me ordenarían esos desalmados? ¿Cómo habría de saldar yo mi cuenta con esos maleantes? Nada claro, nada limpio, nada legal, y, por si esto fuera poco, debía regresar, la cita a las siete, con la Negra Pola otra vez. Ojalá no volviéramos a tratar de pintura.

Fue entonces, mientras ofuscado me perdía en estas

reflexiones, en tan nefasto día, en tan ominoso momento cuando la vi. No podía dar crédito a mis ojos, no podía ser tan injusta la realidad. ¡Qué barbaridad! ¡Qué espanto! Regresaba a casa lastimado, humillado, andaba evitando a la gente, por lo menos transitado de Morúa, por unos extensos solares ajardinados en las afueras. Y allí estaba ella maculándome la última pureza. A la sombra de un espinoso limonero, en la parte más frondosa, fresca y oculta del jardín. Cariñosa, acogedora, receptiva, abrazando, besando apasionadamente, con familiaridad a... ¡un negro! Era mi mujer. Era Sonia. Era mi santa esposa.

Sobreponiéndome con trabajo al golpe repentino, a la gran impresión emocional que consternado me llevó a las puertas del desmayo, sintiendo el golpeteo violento de mi corazón conmovido en el pecho, oculto, sin pestañear, observé dolorosamente agraviado la escena; la típica escena de dos enamorados en un parque público.

¿Existe Dios? Si la respuesta es afirmativa, creo que ya habría ganado la paz celestial a cargo de tanto sufrimiento, por tantos quebrantos.

¿Y ahora qué hago? ¿La mato? ¿Lo mato a él? ¿Los mato a los dos y después me suicido? ¿Aplacaría la sangre el dolor? ¡Qué desengaño tan tremendo! ¡Qué realidad tan terrible! La evidencia era un hierro candente que penetraba por mis ojos quemándome las entrañas. Ya lo cantó el poeta Ramón Orlando: «De pena muere un hombre cada día». Sin poder soportarlo más, me alejé abatido del cadalso.

A través del campo, tropezando y cayendo algunas veces, tal era mi desconcierto, llegué a casa llorando como un niño, sintiendo cómo una mano fría estrujaba mi cabeza. Ya no me quedaba nada. Cuando la sinrazón defrauda la más sublime certeza, cuando el ideal es mancillado, se pierde la fe, se pierde todo; queda entonces sin efecto la

transcendencia de los sentimientos más puros y loables en el ser humano. Se cae en la cuenta de que lo que llamamos amor, ternura, deseo, simpatía, esperanzas, ilusiones... no es más que química, neuronas, células, ácidos, jugos, tejidos, humores..., miasma, porquería. Auténtica mierda humana luchando por vivir, soñándose a sí misma excelsamente inmortal, compensando la nimiedad de su existencia con altos y eminentes valores abstractos, exclusivos en las personas, cuando de lo que en realidad se trata es de un sinsentido, de sufrir lo menos posible, de devorar sin ser devorados, de nutrirse, de aparearse, de ocupar un espacio y desaparecer sin más.

Durante toda la mañana me revolqué en el comezón de mi propia miseria. Fue tan duro el revés que me hundió profundamente en la más desoladora ofuscación. Extraviado en la oscuridad de la razón, con los

sentidos alterados en una mezcla de odio y de deseo, lloré, maldije, imploré en soledad. Roto, hastiado en la inacabable consunción de tanto dolor se me hacían insufribles los recuerdos contemplando la fotografía de nuestra boda. Iluminada infelizmente por el postrero rayo de un sol moribundo, los novios se besaban con una sonrisa en los labios y en el brillo de sus miradas se evidenciaba el alegre, el liviano compromiso perpetuo, mucho más fehacientemente que en las alianzas y trajes de boda.

Decidí acudir a la cita con el Flaquito. ¿Por qué lo hice? Aún no lo sé. Acaso, por liberar la razón, para tratar de despojarme del escozor, de la aspereza que padecía mi espíritu. Supondría que la conmutación de circunstancias obligaría a olvidar momentáneamente el ingrato peso de la traición.

Volvió la noche a volcar su oscuridad ahogando la última luz del día. Eran las siete. Otra vez la

Negra Pola. De nuevo llamando en la astillada puerta de la habitación doscientos veintidós del Hotel Diamante; esta vez con una cosa clara: no dejaría que el peine de la Negra Pola volviera a peinarme. El despecho me hacía obrar con temeridad. Abrieron y entré sin ninguna precaución extrañado de encontrarme solamente con Jeniffer.

—¿No está la Negra?

—pregunté mientras escudriñaba la habitación.

—No —contestó al rato un tanto sorprendida por mi desastrada apariencia, muy demudada de la que lucía en esa misma mañana.

—¿Qué es lo que queréis que haga? —dije hastiado y con premura.

—Te voy a hablar claro y sin mucho rollo, tío —su basto vozarrón ocupó exasperantemente hasta el último rincón del cuarto, igual que un continuado y desagradable estrépito metálico—. Si haces lo que yo te diga, aparte

de la deuda, te llevas medio millón más.

—¡La vi con otro, será guarra!

—Pero ¿qué dices, tío?

—Nada, cosas mías. Sigue, sigue. Acepto, acepto.

—Pero qué aceptas si todavía no te he dicho nada, tío.

—Ah. Sí, sí, perdona, perdona.

—Se trata de lo siguiente: hay que traer de España un...

—¿Un qué?

—...un saxofón —lo dijo muy bajito, con los brazos cruzados y mirándose los zapatos. Pero después, como recuperada de la dubitación, esperó mi respuesta mirándome fijamente a los ojos.

—¿Un saxo? Sí, acepto, acepto... vale, está bien, acepto, yo voy, sí, yo voy, vale, acepto...

A pesar del aturdimiento, el hormigueo interior me revelaba que estaba aceptando un compromiso con demasiados riesgos, demasiado peligroso.

—Mira nene, tú te vas a

España con algo de dinero y los gastos de avión pagados; llegas a Barcelona; llegas a un sitio; preguntas por un tío, le dices que vas de parte de Paqui «la culomoda» y que te den lo suyo; él te lo prepara, te da el saxofón, lo coges, vienes, lo traes, nos lo entregas y... cuenta saldada. ¿Vale?

—O.K. Vale. Un saxofón.

O.K. Quiero saldar mi deuda con vosotros de una vez. Además, me hace falta ganar algo de dinero y necesito cambiar de aires. No preocuparos, dejad todo en mis manos. Acepto.

—¿No haces preguntas? Te veo muy dispuesto ahora. ¿Por qué has cambiado tanto desde esta mañana?

—Ya sabéis que me van mal las cosas. Esto me viene muy bien, necesito alejarme por un tiempo. Aquí cometería una locura. La mataría. El viaje crea la distancia y nos ayuda a olvidar lo que vimos, lo que dejamos.

—No sé de qué vas, pero el

caso es que te vas, ¿verdad?
—preguntó Jennifer confundida.

—No me voy, huyo.

Un golpe de la húmeda brisa hizo flamear por un instante las banderas del hotel y apagó la cerilla con que prendí el cigarrillo.

No me sentía con fuerzas para soportar el encuentro con Sonia; sería incapaz de obrar serenamente delante de esa pérfida mujer impregnada con la presencia, con la mácula de otro olor en su piel. Caminé estremecido y sin rumbo por las oscuras callejas de Morúa. Guiado por el capricho de mis pasos llegué a la empinada calle en que se encontraba la primera vivienda que ocupamos a nuestra llegada al país. Quién me iba a decir a mí entonces que en una noche como ésta me situaría frente a ella tan perdido y desamparado tras una decadencia tan atroz. Bajé hacia el acantilado mientras me parecía oír la antigua risa de mis hijos en el jardín. Allí, frente al mar, como tantas otras veces en el pasado me sentí algo recuperado.

A pesar del estrépito que causaba el mar oscuro rompiendo violentamente en una espuma azulada contra las incisivas paredes rocosas, escuchaba a lo lejos la música de una orquesta y un griterío confuso salpicado de carcajadas en un cercano hotel, sin que la estridencia del sarao interfiriera en mis meditaciones.

¿Por qué me enviaban esos desgraciados a por un saxofón a España? ¿Qué ocultaría el instrumento? Me repugnaba el involucrarme en un asunto que rezumaba vileza, pero a la vez la oportunidad me beneficiaba alejándome de la enmarañada situación en la República. Con la distancia cedería en intensidad la contundencia de los hechos y, algo aquietado el ánimo, decidiría con la razón más esclarecida qué hacer con mi desdichado porvenir. Además, libraría mi odiosa deuda con el indeseable Flaquito y sus temibles acólitos. Debía marchar, de lo contrario, mi insania acarrearía demasiada tragedia.

Pensé cómo pretextar el viaje,
aunque imaginaba que Sonia
aceptaría cualquier excusa para
justificar mi ausencia por unos
días.



9/14



10/14 **Del agua nacieron
los sedientos**

Capítulo X

Párteme el corazón

V. Pisabarro

En el largo viaje me planteé la idea de no regresar, pero la deseché casi inmediatamente por la poderosa fuerza del amor y de los lazos filiales que me ataban a mis hijos; también por la confusa mezcla de sentimientos que me impelía a retornar raudamente a la boca del volcán. La odiaba furiosamente al tiempo que la deseaba con una vehemencia inapagable. Mi amor propio incitaba a la satisfacción del agravio. Deseaba verla revolcándose a mis pies, sintiendo la mayor de las aflicciones en su conciencia, solicitando con el

llanto más desgraciado, con el más desgarrador de los lamentos, el perdón a su traición; para negárselo, para escupir a su cara, para hacer que se tragara mi corazón macerado, para que se ahogara con la amargura.

A ese odio sañudo se prendía el ansia por gozar de la dulzura de sus besos junto con un presagio estremecedor: el de una insoportable y atroz pérdida. No soportaba el tormento, la inmensidad de su vacío, el estar apartado de su cercanía. Nunca amé con tanta pasión.

Así, tras la aspereza de unos días desabridos en Barcelona, regresé a la República Mameiana con el alma azogada ante la inminencia de graves acontecimientos.

Me encontraba en el aeropuerto internacional de las Antillas, en la ciudad capitalina de San Nicolás. En la fila de la aduana cargaba una pequeña maleta, otra mediana y el voluminoso estuche del saxofón.

—Siguiente —dijo el
funcionario.

El siguiente era yo. Me dirigí al mostrador y deposité en él la carga. Me miró y puso la cara que ponemos cuando algo nos huele mal.

—¡Ajá! ¿Es usted músico?
—dijo tras abrir el estuche.

—¿Yo? No, señor. ¿Por qué lo dice? —pregunté nerviosamente.

—Lo digo por el trombón.

—No, no, no, no. Esto es un encargo que me han hecho para un músico de aquí; yo no sé tocar; ni siquiera le toco a mi novia, je, je, je —dije intentando hacerme el gracioso, aunque no rió.

Llegó su compañero y mientras uno escudriñaba la maleta, el otro hacía lo mismo con el odioso saxofón que traje desde Barcelona; se suponía que para disimular alguna ilegalidad en él. Yo paseaba la mirada por las vigas descubiertas del techo. Se inició un agudo pitido en mis oídos. Sudaba. Cerré los ojos y, tratando de

relajarme, comencé a rezar mentalmente: «Padre nuestro que estás en los cielos, santi...»

—¡Ajá! ¡María Santísima! ¡Lo que tenemos aquí! —exclamó alborotadamente el funcionario— ¡Sanidad! ¡Sanidad!

Se acercaron inmediatamente, alarmados por los gritos, otra funcionaria y un miembro de la Policía de Aduanas.

—¡Virgen de la Altagracia! ¡Diaaaablo! —exclamó éste.

La voz engolada de la mujer luchaba para imponerse en la algarabía que se formó tan precipitadamente. Dijo que según la ley no sé cuántos estaba prohibido no sé qué.

Bajé muy despacio la vista hasta el mostrador comprobando que habían caído en mi trampa. El estuche del saxo estaba ya cerrado y ahora toda la atención se centraba en la maleta mediana, donde, a modo de táctica de distracción, introduje chorizos y otros embutidos, además de un jamón serrano. Sabía que los

productos tenían vedada la entrada al territorio mameiano por esta vía. Conocía también lo deseado que son estos manjares de la charcutería española en la República Mameiana y añadí también, para inflamar más su gula, dos hermosos quesos manchegos y abundante chocolate, que aunque no estaba prohibido su paso, aumentaba el deseo de la requisa en los golosos.

No hay palabras para describir el saliveo de esas bocas chorreando por los rostros llenos de felicidad de los que pugnaban arrebatadamente sobre la maleta con tal entusiasmo que obligaban a los policías a usar sus porras de madera para restablecer el orden y la compostura en los funcionarios públicos. Todo un espectáculo para los atónitos viajeros.

Yo, para disimular, aunque con mucho contento interior, aparentaba enfado. Recogí mis zapatos, pantalones y calzoncillos del suelo, donde habían ido a parar, pues al descubrir el botín no

tuvieron en mucha consideración a mis prendas y utensilios de higiene, que ahora se hallaban esparcidos por doquier.

Mientras cerraba la otra maleta violentamente, manifesté, indignado por la barbarie, que los presentes eran el encargo de un general de la policía, ya retirado, y que habrían de dar cuenta a tan alto dignatario por el ignominioso atropello al que fui sometido. La funcionaria de sanidad, mientras, rellenaba un documento de comiso que me entregó después con una medio sonrisa en su rostro. Indicó que le importaban un bledo mis amenazas y lo que pudiera hacer el general retirado.

—¿Y qué harán ahora con esto? —pregunté con ironía señalando el botín que a duras penas consiguió reunir la policía en la descompuesta maleta.

—Mañana se incinerará. Usted mismo podrá comprobarlo si desea estar presente —respondió con la misma estúpida sonrisa.

—¡Ja! —dije yo—. Mañana

se quemará en la tripa de todos
ustedes, ¡ladronazos!, ¡abusadores!

Agarré enérgicamente la
maleta pequeña y el estuche.
Cuando me disponía a salir,
batallando con los maleteros del
aeropuerto que intentaban arrancar
el equipaje de mis manos, se cortó
mi respiración y me dio un vuelco
el estómago, al descubrir por el
intersticio de una de las puertas, la
maléfica mole de la Negra Pola
destacando entre la multitud
bulliciosa que aguardaba la salida
de los viajeros, y al esquelético
Flaquito ensombrecido por el
matón.

Con la seguridad de no haber
sido visto, me aparté rápidamente
de las puertas, arrastrando
conmigo a tres de los maleteros
que no se desprendían de las asas
de los bultos. Ya oculto, despedí a
dos y traté con el más porfiador,
haciéndole el encargo de buscar
una caja grande con el propósito
de introducirme en ella y salir sin
ser descubierto. No tardó mucho
en aparecer con una que sirvió de

embalaje a un lavavajillas, según parecía por los dibujos del cartón. A cambio de una buena propina, el individuo se comprometió, sin pedir explicaciones, a trasladarme en su carretilla hasta el taxi más apartado de las puertas de salida.

En un sitio discreto me introduje con el estuche musical dentro del cartonaje, haciendo un agujero a la altura de mis ojos por el que poder mirar. El hombre puso la otra maleta sobre la caja y comenzó la marcha.

Una vez en el exterior, el mozo empujó su carrito a través del pasillo que formaba la gente, arrimándose, precisamente, al lugar en el que se encontraban el Flaquito y la Negra Pola. Al llegar a su altura el carro se detuvo. Por el agujero vi atemorizado los dientes de oro del matón quien preguntó agriamente al maletero si quedaban más pendejos dentro de los que vinieron en el vuelo de España. El del carrito tardó unos instantes en contestar, sin duda evaluando las ventajas de

descubrirme o de seguir ocultándome, pues deduciría que del público presente sería sin duda de ese monstruo del que yo me escondía. Le respondió que sí, que aún había más pendejos dentro. Entonces el otro hizo un gesto con la mano para que siguiera. Nos alejamos y paró al lado del taxi más cochambroso que he visto en mi vida, pero también del que más gusto me dio tomar nunca.

Le di una doble propina al maletero a quien, para despistarle, le dije que me escondía tan vergonzosamente de una mujer insaciable que me hizo perder mucho peso con su furor uterino. El porteador mostró mucho interés por saber quién era. Tuve la suerte de ver en ese momento a la fastidiosa funcionaria de sanidad con su media sonrisa. No dudé ni un instante en señalarla, indicándole además que, aunque se hacía la interesante, lo que más le gustaba que le hicieran y con lo que se conseguían sus favores, era el meterle enérgicamente un dedo

chupado por la oreja, y que cuantas más babas tuviera, más goce le daba. Por la mirada maliciosa y su pícara sonrisa supe que no tardaría en comprobarlo.

Ya en el interior del vehículo respiré profundamente y aplasté con satisfacción el mosquito que perforaba mi antebrazo izquierdo.

—¿A dónde, señor?

—A Morúa —dije

acomodándome para el largo viaje.

El griterío hizo que volviera la cabeza. Observé como la funcionaria daba con su zapato furibundos taconazos en la cabeza del maletero, sin que consiguieran impedírsele éste ni otros tres fornidos hombres. Tal era el ímpetu de su indignación.

Ajenos al tumulto estaban ellos. Vi brillar la calva del asesino y al Flaquito de puntillas escrutando las cristaleras tratando de encontrarme.

Circulábamos con rumbo Norte. Regresaba a casa. En la radio, como casi siempre, sonaba un merengue.

Ya tranquilo, pensé que no era raro que mandaran a la Negra a esperarme. También en España me acompañaron al aeropuerto. Fue allí donde me entregaron la carga otros individuos de igual catadura, quienes no me quitaron la vista de encima hasta que no pasé el control de pasaportes. ¿Qué diablos transportaría? Abrí el estuche y observé cuidadosamente el instrumento, pero no descubrí nada anormal. Tanteé el forro pero tampoco ningún relieve indicaba algo oculto. Cerré, dejando para mejor ocasión un examen más a fondo.

Aún no sabía por qué mi primera reacción fue la de escapar del negro del diablo. Quizás lo mejor hubiera sido presentarme a ellos y entregarles el saxo. Pero había algo en mi interior que me decía que había hecho muy bien en escabullirme escamoteándoselo. Sospechaba que si ahora lo tuvieran en su poder jamás cobraría lo prometido. Debía jugar prudentemente esa partida. Un

fallo podría ser trágico para mi salud y economía.

Viajábamos a gran velocidad. En los pocos días de estancia y padecimiento en España, eché en falta el mar vegetal que inunda toda la tierra de tan extraordinario país. Ese olor dulzón que se prendía en la ropa y que dudo exista en otro lugar del mundo. Desde el taxi contemplé maravillado el vuelo rasante de una bandada de blancas garzas sobre el verde vivo de los campos de arroz; la densa majestuosidad de las nubes blancas, sobre el fondo azulado de la cordillera central. Me confortaba el calor húmedo de ese aire fuerte penetrando por las ventanillas. Al atravesar las poblaciones veía miserables casuchas al borde de la carretera; magníficas haciendas; paradas donde se vendía chicharrón de puerco, con cabezas porcinas colgando de palos rodeadas de longanizas secándose al sol; llegaba el olor de los chicharrones de pollo, preparados

en grandes bidones de aceite
partidos por la mitad a modo de
parrilla; caballos, vacas, gente.
Todos pululando bajo el luminoso
sol de la mañana. Cerré los ojos.
Me sentía en mi lugar.

—Usted es español. ¿Veldad?
—preguntó el chófer mientras me
miraba por el sucio espejo
retrovisor.

—Sí señor. Pero ya casi
mameiano por el tiempo que llevo
aquí y por lo que amo a este país.

—Pues si usted no es
millonario poco le falta. ¿Veldad?

—Me faltan los millones.

—Este país es de los
españoles y de los japoneses del
carajo. ¿Veldad? Todo el comelsio
es español. Mucho millonario, y
los japoneses también. ¿Veldad?

—Algunos españoles somos
pobres.

—¡Adió! Los que hay por
aquí no. Toda la calle del Malqués
en San Nicolás es suya. Todo el
comelsio, español: sapateterías,
ferreterías, banca de apuestas...

En ese instante se me ocurrió

detenerme en Santiago. Nos cogía de paso y era buena ocasión para visitar a Chespirito. Hacía mucho que no nos veíamos y acaso tuviera alguna novedad sobre el paradero de Licinio. No me vendría nada mal recuperar el dinero que me debía mi antiguo socio en la banca de lotería.

Aunque esto no era nada más que la justificación para mi visita. Lo que en verdad me animó a detenerme, fue el saludar a un viejo amigo que había permanecido limpio y grato en la amargura de mis recuerdos.

El taxi me dejó en la calle al mediodía. El sol bañaba la casita. Cuando aún se escuchaba el motor del vehículo que desaparecía levantando una polvorera, apareció Chespirito en su puerta y, mirándome sonriente, tocó en ella: ta, ta, ta, tam... Me recibió en su humilde vivienda con satisfacción y contento verdadero; tratándome él y su familia con tantas atenciones, con tantas muestras de respeto y de buen afecto, que las

horas duraron menos en los manantiales de ese oasis despreocupado, aislado de tanta infelicidad. La mujer me hizo la manicura y sus hijas no dejaban nunca los vasos sin hielo.

Comimos mucha comida, bebimos mucho ron, fumamos mucho tabaco, hablamos de muchas cosas y callamos durante muchos momentos.

No se sabía nada de Licinio ni de mi dinero. A pesar de eso, me alegré de haberme detenido en Santiago. Era ya bien entrada la noche cuando Chespirito me despedía cerrando la puerta de otro taxi. Bajé el cristal de la ventanilla y di las gracias por su hospitalidad. Él, agachándose un poco dijo con un tono de voz demasiado serio para el momento:

—Le debo una, Fran. La responsabilidad me robó muchas horas de sueño. Yo confiaba en Licinio. Nos engañó a los dos, a mí no me debe dinero, pero me debe más que a usted.

Con la cabeza apoyada en el

mullido respaldo del asiento, seguía con ojos entrecerrados el recorrido de la luna ocultándose y reapareciendo entre los palmerales. A pesar de la fresca brisa que agitaba mis cabellos, el ruidillo monótono del vehículo, los efectos del alcohol y el silencio del conductor, hicieron que sintiera la pesadez y la torpeza de sentidos que precede al sueño. Habría caído plácidamente en su profundidad, si no hubiera reparado repentinamente en el olvido del saxófono en la casa de Chespirito. Ordené sobresaltado al chófer que se detuviera pero, al informarle de la causa, me tranquilizó mostrándome el voluminoso estuche en el asiento del acompañante. Chespirito lo puso ahí.

El incidente hizo que se esfumara el placible reposo de ánimo, al presentar mi memoria constancia ingrata de la grave situación en que me encontraba y, con impresión de irrealidad, de temor, de frío, barrunté las

desagradables consecuencias de los sucesos en los que estaría obligado a participar.

Eran las cinco de la mañana cuando llegué a mi casa. Me extrañó ver la luz de la cocina encendida. Cruzaba el jardín cuando un mal presentimiento me hizo acelerar el paso. Me detuve en el zaguán, alarmado al comprobar que la puerta estaba abierta. Al llevar las manos ocupadas con los bultos, la empujé lentamente con uno de mis pies. De par en par, me dejó a la vista la desoladora imagen del salón: los muebles derribados, el contenido de sus cajones esparcido, cuadros rajados en el suelo, las plantas sacadas de sus tiestos, lámparas descolgadas y restos de cristales por todos los sitios.

Consternado, llamé a mi mujer desde el exterior. Al rato, llamé a mis hijos. Nadie respondió. Entré muy despacio y precavido. Pasé por encima de toda esa ruina con la moral perturbada a causa de la

desaparición de mi familia, pero rezando al mismo tiempo por no descubrirlos en esos momentos. Me aterraba la idea de encontrarlos muertos.

Cuando la primera luz ya definía el rectángulo de las ventanas, observé una hoja de papel sujeta a la pared con una chincheta agitándose por el aire de un ventilador. Después de leerla ávidamente, me recosté aliviado sobre la misma pared. La nota era de Sonia y decía así: «No te asustes por el desorden. Estamos bien. Habla en cuanto puedas con Inés, la farmacéutica».

Al saber que estaban a salvo, reflexioné detenidamente en la situación. Estaba claro que los autores del estropicio no podían ser otros que el Flaquito y sus secuaces. Sin duda, al despistarme en el aeropuerto y al tener noticias desde Barcelona de mi embarque, esos desgraciados pensarían que descubrí la importancia del saxo y que se la estaba jugando. Vendrían a esperarme a la casa imaginando

que iría en busca de mi familia, o que mandaría a alguien con el recado de donde encontrarnos. Pero mi tardanza les dio indicios para creer que lo que yo pretendía era huir solo y que aquí no me encontrarían. Entonces se dedicarían, por despecho, a destrozarse todo lo que pudieron de nuestras humildes pertenencias.

Llegué a la conclusión de que, para obrar con tan furibundo quebranto, lo que transportaba debía de tener muchísima importancia, lo que me hizo pensar que serían capaces de hacer cosas mucho peores conmigo si conseguían encontrarme.

Arranqué atemorizado la hoja de la pared, recogí apresuradamente el equipaje y, tropezando con la balumba de objetos del suelo, salí corriendo presa del pánico, en busca de un taxi que me alejara de Morúa inmediatamente.

Me hospedé como un turista más en un pequeño hotel lindero con la playa de Marbueno, un

lugar no muy distante de Morúa, a donde, después de darme una ducha y comer algo, regresé en la tarde del mismo día.

Sabía que el saxófono era el garante de mi vida, que si me descubrían con él, al sospechar que quería arrebatárselo, la Negra Pola sería capaz de estrangularme con mis tripas. Por eso, lo primero que hice al llegar a Marbueno fue esconderlo. Después, libre de su fatal carga, alquilé un coche para desplazarme con más reserva, alejado de la indiscreción de los taxistas a los que unos billetes hacen recitar en latín.

Aparqué el vehículo en la misma puerta de la farmacia San Judas. Antes de apearme escudriñé en todas direcciones tomando la precaución de no ser visto por ningún conocido. Entré en el establecimiento en el que, como siempre, había mucha clientela. Inés me vio inmediatamente. Hizo una seña para que me acercara al tiempo que pasaba a la trastienda.

—Buenos días, Inés. ¿Cómo

tú estás? —saludé mientras me acercaba para besarla.

—Mal. Estoy guapa. Me han desaparecido varias cadenas de oro de las vitrinas.

Destapó un bote y tomó tres cápsulas. Después bebió un trago largo de jugo de piña. Tragaba pastillas para todo: para dormir, para despertar, inhibidores del apetito, tranquilizantes, estimulantes, etc.

De gran altura, seca de carnes, nariz corva, la boca hundida un tanto burlona, ojos picarescos, pelo lacio y corto, con un cierto parecido a las cotorras de la Isla. Sufría de los nervios. Un día se la veía alegre y ufana, otro, hundida en tenebrosas desesperaciones.

—Contigo tenía yo que hablar —dijo en un tono de voz que no vaticinaba nada bueno.

—Yo también quería hacerlo contigo para preguntarte por mi Sonia.

—Sobre eso es de lo que yo te quería platicar.

Durante los días pasados me martirizó la visión del parque. También asumí que mi relación con ella sufriría grandes y graves cambios, todos a peor. O que nuestra ya larga convivencia finalizaría. Lo entendía así porque, si estaba mi mujer enamorada de otro, sería el fin. Y si sólo era un juego, o atracción animal, ¿podría yo aceptarlo, sin menoscabo de mi honor? ¿Querría yo tanto a mi mujer para no decir nada, para enmudecer? ¡Sí! Lo más conveniente sería tratar de olvidar. Por mi parte no habría cambio. No diría nada de lo que vieron mis ojos y me rajó las carnes. La amaba demasiado, temía perderla por pedir unas explicaciones que, seguramente si ella las diera, además de dolorosas serían la puntilla definitiva a nuestra unión. Yo rogaba para que todo esto pasara cuanto antes; que una vez terminado todo volviéramos a la rutina centrándonos en el negocio. Yo trataría de recuperar el respeto y el cariño que antes recibía a

manos llenas de mi familia,
olvidando huecos existenciales y
aires que insuflan velas.

—Fran, tú sabes que a mí me gusta llamar al pan, pan y al vino, vino; que me gusta llamar a las cosas por su nombre; que no me ando con tapujos. Bueno, siéntate y tómate esta pastilla.

Así lo hice. Me temía y esperaba lo peor. Siempre que alguien dice que le gusta llamar a las cosas por su nombre es porque te va a dar un disgusto.

—Pues sí, Fran, amigo. Hay que ser fuerte. La vida es muy larga para alguien tan joven como tú.

Guardó silencio, tomó aire como si fuera a apagar una vela, y soltó a bocajarro:

—La mujer te abandonó.

Me observó. Al ver que no hacía gesto alguno y que mi presencia era cual indolente estatua, prosiguió.

—Me ha dejado el difícil encargo de decírtelo y yo ya te lo he dicho.

Cerré los ojos y recordé las románticas tardes en el parque del Retiro de Madrid, agarraditos de la mano. Eramos novios y estábamos enamorados. Sonia, casi una niña, me miraba y se reía con ojos llenos de ternura. Robaba mis besos con dulzura. Me pedía amor, yo le daba todo el del mundo. Me quería sobre todas las cosas. Tierno amor de juventud, qué corta era su existencia. Todo lo acababan los años.

Pasó un helicóptero volando bajito. Su ruido hizo enmudecer a Inés y a mí me dio tiempo para evocar esos tiempos. Dicen que cuando alguien está en peligro de muerte, por su cabeza pasa su vida en unos instantes. Ahora que peligraba mi convivencia, pasaban dolorosamente todos estos recuerdos por mi cabeza.

—Mi amor, perdóname, quizá no debí decírtelo así, tan a lo bruto—continuó Inés cuando cesó el estruendo—. Se han ido unos días fuera. Me ha dicho que no quiere verte hasta que no pase un poco de

tiempo, entonces las cosas estarán más estabilizadas, más calmadas y podréis iniciar los trámites del divorcio —sollocé echándome las manos a la cara mientras ella acariciaba mi cabeza—. Dice que los niños estarán con ella, también de momento, que más adelante podrás disfrutar de su compañía como su padre que eres. Que la perdones si te hace sufrir, que no te aferres a un imposible, que ya no te hagas ni le hagas más daño.

—Eso es de una canción de Isabel Pantoja —dije acertadamente.

—Sí, me pareció que venía al hilo y que lo que ella pidió que te dijera era más o menos eso.

Porque dice que tú ya no eres el hombre del que ella se enamoró. Que tus locos proyectos, tus falsas promesas, tu inmadurez sentimental, tus pueriles ambiciones, tu afición desmedida al ron, la falta de comunicación y tus perversiones sexuales le hacían padecer mucho.

—¿Eso dice? —pregunté

asombrado, sobre todo por lo de las perversiones sexuales. Creo que esto era cosa de Inés por echar más leña al fuego, pues hacía más de tres meses que no hacíamos uso del matrimonio, y la última fue porque era mi cumpleaños.

—Sí, eso dice. Y perdona si interfiero en vuestras vidas, pero creo que tu mujer ha soportado mucho. ¿O no es verdad que le transmitiste una enfermedad venérea? ¿O no es verdad que en la gallera un día apostaste mil pesos que no teníais?

—Es verdad, pero gané y comimos.

—Ya, pero ¿y si pierdes? Las mujeres necesitamos tranquilidad, sosiego, alguien que nos proteja contra los avatares de la vida, alguien fuerte, tierno, seguro, fiable; que no nos acongoje cada día con un nuevo cambio disparatado, con un nuevo desastre. Como el último que colmó el vaso. ¿O no es verdad que os han deshecho la casa? Pobre Sonia. Llegó tiritando de

miedo, con la cara desencajada por el susto. Los niños llorando como tú ahora. Me contó que al regresar a casa se encontró en ella a unos asesinos que preguntaban por ti y por un saxofón. Que una mujerona le agarró por los pelos y que juró matarla si no aparecías. Tú le dijiste que te marchabas a San Nicolás para hacer un curso de ventas y resulta que te marchaste a España. ¿Te parece justo? No, Fran. Esto era imposible de mantenerse. Ella levantando una empresa honestamente..., esforzándose, y tú implicándote con esas gentes... en vaya a saber usted qué.

—¿Y es por eso por lo que se andaban hociqueando en el parque? ¿Por eso se marchó con Manuel Iglesias? —dije rabiando.

—¿Qué lo qué? —preguntó ella sorprendida.

—Supongo que por eso le encandilaría. Sé que él es un pastor de la Iglesia Adventista de los Santos de los Últimos Días. Hombre serio, trabajador y rico.

Muy rico. Dueño de plantas envasadoras de gas, de gasolineras, de varias fincas y no sé de cuántas cosas más. Cuando te diga como le llaman sabrás de quién se trata. Es... Manolito el Oso. ¿O es que acaso eso no te lo dijo esa infiel? —pregunté ya más controlado secándome las lágrimas con la punta de la camisa.

—Sí me lo dijo, pero no quería yo hurgar en la herida.

—Y no te ha dicho cómo se puede amancebar con un animal, con un tumbaollas que pesa por lo menos ciento cincuenta kilos y que da asco. ¿No le da vergüenza refocilarse en lugares públicos con ese oso?

—Me sorprende que lo sepas. No sé quién te habrá abierto los ojos. Sonia lo llevaba con absoluta discreción. Ten cuidado Fran con lo que dices y con lo que haces. Ése es un hombre que no se anda con juegos ni tonterías. Él, por otra parte, se ha comprometido a cuidar y proteger a vuestros hijos como si fueran propios. Es un hombre que

no tiene vicios, no toma ron, ni fuma ni nada; es un hombre serio, convertido...

—¡Joder! Si al final voy a tener que ir a visitarle para darle las gracias por robarme a la mujer y protegerme a los niños. Lo que debería hacer como buen pastor, lo que no debería haber olvidado, es lo que dice la Biblia: «no desearás a la mujer de tu prójimo»—me sentí ridículo al decir esto, al tiempo, insignificante, humillado, por la superioridad apabullante de un hombre de provecho— ¡Claro! Él es la Cara y yo la Cruz. Él es rico, yo soy pobre, un pelagatos; y sí..., tengo varios vicios.

Callamos durante unos momentos, al fondo se escuchaba la charla de los dependientes con la clientela en la tienda.

Desesperado continué:

—Está bien: me arrastro, suplico. No tengo dignidad ni tengo orgullo porque la amo mucho más que todo eso. Inés, te pido, como a Dios mismo te estoy rogando, dile..., que es mi vida,

que no me abandone, que me mienta, que no me importa creer lo que diga ella, que no la he visto con él si lo jura ella. Dile que vuelva. Díselo, por favor.

—O.K., Fran. Le diré lo que acabas de decir. Que también me recuerda una canción.

—Lo es pero igualmente viene al hilo.

Las contundentes noticias, la certeza de la pérdida, hizo sombra a todo. Olvidé el coche. Olvidé a la Negra Pola. Olvidé el peligro. No era consciente de mi vagar por Morúa. Mi obsesión alteró el tiempo, el espacio. Era un sonámbulo despellejando quimeras con palabras afiladas: Te abandonó la mujer. Tus locos proyectos. La mujer me abandonó. Tus falsas promesas. Me abandonó. Tus pueriles ambiciones. Te abandonó la mujer, Fran. Estoy solo; otro solitario en este desierto de millones de personas, un castigo que no podré soportar...

La privación de alguien importante, sin aviso y de una

manera tan brutal, es como el despertar repentino en una noche oscura. Aunque la opinión de un tercero y cabal sería que todo era previsible, que no es nada raro que una mujer rechace a un hombre después de trece años de angustia cercana a la locura; que de los huesos huecos y carcomidos no se saca buen caldo; que fue prueba de fidelidad y confianza conyugal apostar tantas veces por el mismo caballo cojo. Sí, así sería seguramente, pero yo en esos instantes padecía y sufría de la más despiadada de las soledades. Las causas serían mil pero el hecho era uno: estar solo.

—Buenas tardes, saludos.
¿Cómo estamos? —era el saludo del veterano barman del Green Lamb.

Faltó muy poco para que me echara en sus brazos pidiendo asilo sentimental. Era una cara familiar y yo necesitaba consuelo y unos oídos que escucharan mis desgracias. Se esfumaron mis intenciones cuando dijo:

—Todavía no hay *Happy Hours*.

Alcé la vista, contemplé el rostro oscuro y afable de siempre.

—¿Qué hago yo aquí? —dije mirando al camarero, aunque era una pregunta que me hacía a mí mismo.

—Usted sabe. Me imagino que habrá venido a beber.

—El único regalo que le hice desde que nos conocimos fue un vestido —las palabras salían por mi boca, pero salían solas, indeliberadamente, sin que yo las pronunciara conscientemente.

—¡Ay, carajo! Eso es muy poco pa una hembra. ¿Qué va a tomar?

—Es extraño. Siento en mí como... un quebrar de cristales pero, al tiempo..., un gozo inerte por la consumación. Sírvame un ron Casteló a la roca.

—¡Sí señor! El hombre que no regala a las mujeres es un mono que se despioja solo —se alejó hacia la barra.

—¡No! —exclamé cerrando

los ojos y dando un fuerte puñetazo sobre la mesa que le hizo detenerse sobresaltado—. Traiga una botella de Nacal 501¹. Hoy me quiero emborrachar. Como ella ya no me quiere, que quiere a otro, pues yo me abrazo a la que consuela y alivia: la botella —me carcajeé como un poseído.

El barman trató de hacerme callar, asintiendo con la cabeza y pidiendo calma con las manos, porque con el puñetazo y mis gritos atemoriqué a una pareja de ancianos belgas que en la mesa contigua jugaban al parchís. Miraban admirados con sus pasmosos ojos azules. Por no entender el idioma de Cervantes no comprendieron el significado, pero correspondieron amablemente con sus copas en alto cuando yo, levantando la mía, brindé con el brindis que hizo Carlo Nemo antes de suicidarse: «Por la irrecuperable fe desmenuzada en el camino». Para colmo de mis desgracias, no reparé hasta entonces en que llevaba la bragueta abierta, sin

duda desde que salí del hotel duchado, perfumado y sin calzoncillos. Imaginé la pena y vergüenza ajena que produciría en Inés darme tan nefastas noticias viéndome así, en una posición tan indigna para un mártir. Subí la bragueta con rabia, diciéndome a mí mismo: ¡hasta el brindis me tenía que resultar ignominioso! Entré al ron como el que se tira a una piscina.

Ya iba por el segundo de los vasos de ese maldito ron. Como a lo que primero afecta es a la visión, vi nebulosamente a Jimmy acercándose a la mesa.

—Joder, Fran, cómo te estás poniendo —dijo como para saludar—. Chico, trae una Regente bien fría —ordenó al camarero sentándose en una silla.

Ya un poco atemperado por el consumo de espirituosos, recomponía mi ánimo poco a poco.

—¿Cómo está la cosa?
—pregunté por preguntar.

—No hay nadie, están todos los hoteles vacíos. Y los pocos

turistas que hay son una mierda, no se gastan ni una cala. Y, aunque yo soy un profesional y domino el cotarro con simpatía, lo tengo crudo. El pobre de mi jefe está hecho polvo también, ahora que ha metido el aire acondicionado y se ha gastado una pasta, no entra nadie a intoxicarse al Hernán Cortés. ¿Y tú qué tal?

—Bien. Me ha abandonado mi mujer. Ignoro dónde están mis hijos. No tengo dinero. Me quieren matar. No sé qué voy a hacer con mi vida. Si fuera un ruiseñor estaría ronco. O sea... bien. Como siempre.

Callamos. Eché otro trago y prendí un cigarrillo. Después, desencadenado por el alcohol y espoleado por las aristas del recuerdo implacable, continué:

—Era un frondoso árbol que daba sombra en mi alma árida —dije conteniendo las lágrimas y no atinando a echar el ron en el vaso—, y me abandonó. Me abandonó la muy puta. Y encima para liarse con un negro

convertido.

—Joder tío, qué palo. Buh, tío, qué movida. Pasa tío. —me confortó Jimmy con sus palabras.

Después de unos cuantos ratos más de charla y alcohol, Jimmy concluyó con la sabia sentencia:

—Lo mejor para no acordarse de una mujer es no recordarla.

Esto y poco más es lo que recuerdo de nuestra ética conversación, porque a esas alturas llevaba ya más de media botella consumida tratando de disipar la bárbara inmundicia con todos los tragos de ron que soportara mi cuerpo. No recuerdo tampoco cuándo se fue, ni quién, al acabarla entera, me sacó del «Green Lamb» dejándome tumbado al pie de una farola; teniendo, eso sí, la atención de poner unos cartones debajo, en el suelo, por la humedad, aunque sustrayendo también todo el dinero que llevaba encima.

Desperté en ese mismo lugar. Serían las ocho u ocho y media de la mañana. La hora tampoco la

podría precisar porque también me libraron del peso del reloj. Una breve lluvia nocturna mojó mis despojos. Turistas caritativos arrojaron algunas monedas a mi lado.

Sufría la mayor resaca de mi vida hasta esas fechas, pero lo insoportable era el reconocer mi hundimiento moral. Era estúpido. Como escribió Valconi: «Es de idiotas desplumarse las alas con el propio pico». Tratarse tan mal, acabar tirado en el cuarteado lodo de la calle como un vulgar y sucio borracho por una mujer que estaría durmiendo sobre sábanas blancas al calor del negro.

Desembrujado de golpe, retornó la razón perdida durante tanto tiempo, y regresó llena de ira; tras ella, aliados, el desprecio y el ansia de venganza, arraigando hasta en el último átomo de mi persona. Desde esa noche ya nunca fui el que era. Seguía la transmutación. En esta despreciable metamorfosis, de ser un pobre diablo me convertí en un

maldito demonio. No fue Sonia el detonante de mi odio desatado, de mi transformación. En realidad, fue toda mi historia condensada dentro del Nacal 501. Ésa era la frontera entre dos personas distintas y un solo pasado verdadero. Ella asestó la última puñalada a mi corazón haciendo desaparecer la resignación de mi carácter. Desde esa mañana, aún bajo los efectos aturdidores del ron, empecé a elaborar los planes de una nueva vida. Vislumbré algunas posibilidades económicas para el futuro. Poco a poco, con mucha delicadeza y dedicación compuse los planes que abrirían las puertas a un futuro distinto para mí.

Al atardecer regresé a la farmacia San Judas. Con un corazón flechado y con la leyenda «Párteme el corazón» dibujado en el pecho; despeinado, sin afeitar, la ropa sucia llena de lamparones, en pantalones cortos, con un sucio gato negro en un brazo y una Biblia con tapas negras en el otro.

Mi aparición desconcertó a todos los presentes. Inés, me vio entrar pero no dijo nada, durante unos momentos se limitó a estudiarme. Yo entretanto hablaba excesivamente halagüeño y dulce con el gato mostrándole la sección de juguetes. Al rato me llamó indicando con señas que pasara a la trastienda. Los empleados y clientes a duras penas podían aguantar la risa. Tratando de disimular, no dejaban de seguir mis movimientos. Cuando pasé, ella cerró la puerta tras de mí.

—Buenas tardes nos dé Dios
—dije saludando de manera efusiva.

—Hola, Fran. Siéntate por favor.

No dijo nada, ella se sentó también y extrajo de uno de los cajones de la mesa de su escritorio unos polvos que echó en un vaso con agua. Inmediatamente comenzaron a efervescer, adquiriendo el líquido un tono ambarino. El gatito y yo manteníamos la mirada fija en ese

vaso bullidor, abstraídos, como si las burbujitas fueran lo único importante de este mundo.

Carraspeó y por fin dijo:

—Bueno, Fran, ¿a qué debo tu visita? Creo que dejamos las cosas claras.

Yo, como despertando de un trance, dije con palabras atropelladas:

—Oh, ¡Bendito sea Dios! He venido a comprar un antidiarreico para mi gatita. La pobre está un poquito suelta. ¡Claro!, como ya no ve a su ama. Hablando de esta señora enseñoreada, dile que no soy rencoroso, que venga. Dile que vuelva, que al gatito y a mí, no nos importa si hubo otro porque ya la perdonamos. Y que si vuelve yo la vuelvo a amar. Que cuando regrese iremos junto con los niños a recoger florecillas y a pasear por los acantilados. Como amigos, sin rencores. Que veremos la misma puesta de sol de siempre y... me cago eeeenn diez. ¡Ja! ¿Me das los antidiarreicos por favor?

Terminó la efervescencia en

el vaso, pero ella no tomó ni un sorbo. Impresionada, no atinaba a reaccionar. Algo nada extraño debido a lo absurdo de las palabras que pronuncié con tanto ardor y a mi desastrada apariencia. Se levantó aturdida a por el medicamento y, antes de entregármelo, dijo procurando dulcificar la voz:

—Quiero que sepas, de verdad te lo digo Fran, que a mí me parece muy mal cómo ha actuado la ingrata de Sonia. Que yo le insistí una y mil veces diciéndole que se lo pensara bien, que a un hombre tan interesante como tú no se le encuentra fácilmente. Que eres muy bueno. Quiero que no olvides que sólo me limité a decirte su mandado, que yo te sigo apreciando como siempre.

Mientras hablaba miraba alternativamente a mis ojos, que yo mantenía sin parpadear fijos en los del gato, y a las cachas de una pistola de agua que sobresalía del bolsillo de mis pantalones cortos.

—¡Mal, muy mal! De verdad te lo digo Fran. Sabiendo como sé de tu lucha por sacar a una familia adelante. Esa mujer, así por las buenas, se va con ése, que dicen que su padre era aidiانو, y que practica la usura, que eso no hace falta que me lo diga a mí nadie.

—¿Cuánto te debo?

—pregunté cantando.

—Nada Fran, por Dios. Eso va por mi cuenta.

—No no no no no no. ¡No! Yo pago lo que compro. Las cosas hay que pagarlas, como está mandado. Pero como no tengo dinero te doy a cambio, y sé que sales ganando... —hojeé la Biblia y de sus páginas centrales extraje una fotografía— ...este autógrafo de Georgie Dan, afamado cantante. Y no me lo agradezcas porque yo soy así de desprendido con mis amigos.

—¡Oh, gracias! —aparentó sorpresa; seguramente sin saber quién era el individuo.

En Marbueno, una brisa

cadenciosa mecía la vegetación perezosamente. Algunos rayos de sol iluminaban penumbras cuando en el bamboleo lo permitía el follaje. En una radio cercana sonaba una bachata. La habitación tenía la puerta abiertas al igual que las ventanas. El aire cálido y húmedo entraba y salía agitando los livianos visillos, dejando un aroma dulzón a trópico en el cuarto. Fuera alguien cantaba: «mami, ya llegó tu macho, el que te domina».

Los armarios sólo guardaban ahora mis prendas. En el cuarto de baño sólo mis útiles de higiene. No se veían ya juguetes por ningún sitio. No se oían las risas de mis hijos. Un estado nuevo, desacorde, al que tardaría en acostumbrarme. Mirando la cama recordé el bolero aquel que decía: «Hay un perfume extraño en nuestra almohada, creo que en mi ausencia alguien durmió en mi cama». Recuerdos coronados, bromeé conmigo mismo haciéndome daño.

En la radio sonaron las

señales horarias y, después de ponerme presentable, me dirigí al restaurante donde cité a Bienve. Tenía intención de proponerle un buen negocio.

Caía la tarde por esa parte del mundo. Las principales calles comenzaron a alumbrarse malamente con las escasas farolas en funcionamiento. No trabajaba mal la Corporación Eléctrica por esos tiempos, sólo faltaba el fluido durante tres o cuatro horas diarias. Los restaurantes sacaban a la calle sus carteles de reclamo donde ofrecían el menú y exponían los precios. La cosa estaba dura en la calle. Los escasos turistas extranjeros que paseaban a esas horas eran acechados por los captadores, incansables, haciendo su trabajo como moscas persistentes e irritantes.

El maître me acomodó en una de las mesas mejor situadas. Desde allí, en el balcón, podía contemplar la playa desierta y la galbana del oleaje de un purpúreo mar en calma. Encargué un Casteló añejo

a la roca.

Me sentía bien. Una buena ducha desprendió ruinas y derrotas. La inveterada, la persistente melancolía del acendrado, del romántico héroe vencido y ultrajado. Toda esa escoria se perdió por el desagüe con horrísonos quejidos. En esos momentos la pureza de otra piel más densa e impermeable, limpia de principios, se correspondía con mis propósitos. Recién rasurado, vestía mis mejores prendas, calzaba zapatos lustrosos, tenía un poco de dinero en el bolsillo y, en mi cabeza, los planes para romper el cántaro de las lágrimas. Me felicité por la maniobra que tendría a mi mujer alejada durante bastante tiempo. El temor que le produciría encontrarse con un marido enloquecido de abandono, haría que no respirara el aire de Morúa durante mucho tiempo. Seguro que a esas horas Inés ya le habría informado con mucha exageración de mi visita a la farmacia.

Saboreaba un cigarrillo y el ron bien fresco, el primero del día, cuando llegó Bienvenido del Campo Calatrava con apariencia de amo de plantación. Camisa, pantalones, zapatos blancos y, por si eso fuera poco, un sombrero del mismo color con una cinta negra. Recién duchado también. Con el cabello húmedo, peinado hacia atrás, aplastado a las sienes, con joyas relucientes en el pescuezo bronceado.

—¿Cómo estamosss? Cuánto tiempo. Je, je, je —sentándose pidió una Regente ceniza.

—Quiero hablar contigo de negocios —comencé sin preámbulos.

—Pues ¡ándele! compadre. Je, je, je.

—Pues el caso es que regresamos a España toda la familia. Se empeñó mi mujer. Dice, y no le falta razón, que ya llevamos mucho tiempo por aquí; que echa de menos el clima, la gastronomía, a su familia, a la que conoces, sobre todo a mi inefable

suegro; no quiero ni imaginar los viajes en busca de víveres que organizaríais.

—Je, je, je.

—Echa de menos también el frío. Quiere volver a la civilización. Quiere abrir un grifo y que salga agua, dar a un interruptor y que se haga la luz, y no como aquí que uno no sabe nunca... En fin. Tú ya sabes cómo son las mujeres. ¿Para qué te voy a contar? El caso es que nos vamos.

—Pero si ahora os va muy bien con las flores. Me han dicho que os estáis forrando. No es por nada pero en asuntos de artesanía yo tengo algunas cosas que decir. No en vano fui delegado del INI² en la Tercera Feria Internacional de Artesanía en la ciudad de Praga. Allí desempeñé las funciones directivas para lograr el ambicioso objetivo trazado. Es decir promoción y difusión de nuestros trabajos ancestrales en ese campo. ¿Por qué se conocen internacionalmente las bonitas bailaoras andaluzas con su vestido

de faralaes, su pelo moreno y la peineta, con esa perfección gestual alcanzada? Yo fui, Fran, quien se empeñó por aquel entonces en la promoción de la muñeca, además del toro negro con divisas en el lomo. El Ministro de Industria por aquel entonces se empeñaba en seguir llevando a estos magnos acontecimientos los rastrillos usados en las eras españolas durante tantos años. En fin lo de siempre: ¡botijos! En todas las ferias igual. ¡No te jode! ¿Cómo pudo un joven por aquel entonces introducir estas innovaciones en un mercado tan rígido, tan conservador? Esas novedades que marcaron el camino a seguir por años y años y que señalaron las pautas de comportamiento en tantos y tantos ejecutivos estatales. Persuasión, saber entender, y sobre todo saber callar y escuchar a las personas; poca gente hace esto. Lo normal en los maleducados es no dejar hablar. Pues escuché, entendí sus razones, ellos entendieron las mías. También en otro año

presenté a una bailarina más, pero en esa ocasión era... la que por medio de un hilo y de un carrete andaba solita. Tú tirabas así, para arriba, y lo soltabas. Entonces la muñequita empezaba a correr como si estuviera loca. Con esto verás que no hay artesanía pequeña, que es la mano del hombre la que...

Bienve siguió y siguió, dándome tiempo holgado a consumir la sopa de mariscos, un *t-bone*, los postres y el café. Después él pidió otra Regente. Tras la tercera cerveza calló. Mientras embuchaba un trago, dije bajando la voz:

—Sé que Altagracia, mi antigua y eficiente secretaria, estaba muy interesada en nuestro negocio de flores, que incluso lanzó una oferta de compra por medio de una de nuestras operarias muy amiga suya. Es por esto, y a pesar de tener más gentes con las que negociar, que he preferido hablar contigo antes que con nadie. Para algo somos amigos. Si te

interesa, podemos estudiar el asunto a fondo. Puedo mostrarte estadísticas, ventas, clientes, facturaciones... Si no te interesan el total de las acciones, podemos negociar parte de ellas. Este negocio tiene el carácter de la sociedad anónima española. Es AATUCA.

Sabiendo lo que me venía encima, pues él tomaba la palabra, pedí un servicio de ron.

Transcurrido un largo tiempo, en el que Bienve me ilustró sobre la recolección del azafrán entre otros interesantes temas, terminando mi servicio y Bienve seis Regentes más, estrechamos nuestras manos sellando un preacuerdo de compra. Después de hacer inventario, estudios de documentación y demás se concluiría el trato. Como yo pensé, Bienve no es de esos tontos que dejan pasar una ganga por escrúpulos absurdos. Era un buen negocio para él. Sé que tenía información detallada de la excelente marcha de la empresa

por la amiga de Altagracia. El precio que oferté era demasiado tentador, además, la amorosa presión de su gallinita favorita haría el resto para que estampara su firma en las escrituras y en un cheque para mí.

¹**Nacal 501**: botella de un litro de capacidad, llena de ron blanco, con un 78 por ciento de graduación alcohólica.

²**INI**: en España, el Instituto Nacional de Industria.



11/14 **Del agua nacieron
los sedientos**

Capítulo XI

Sonreí bajo el agua azul

V. Pisabarro

Era una noche silenciosa, sin luna, aunque a mí me gusta recordarla con ella. Me desnudé tarareando una vieja canción de amor. Creí sentir algo parecido a la felicidad. Contemplé mi cara en el espejo del baño mientras me cepillaba vigorosamente los dientes. Para ver en mi rostro algo parecido a un rictus de alegría, forcé ciertos músculos, aunque otros luchaban por su cuenta para borrar el gesto. Después me dejé caer en la espaciosa cama y encendí el último cigarrillo del día. Pensé que en la mañana siguiente habría de enfrentar el espinoso asunto del

Flaquito. Una vez dado el primer paso para romper el agravio de Sonia vendiendo la empresa, quedaba romper el del execrable tientaparedes que abusó tanto de mis antiguas debilidades. Se le trasconejó la caza. Yo sería el conejo que impidiera la salida de esos hurones de mi laberíntica madriguera, el que les manciparía. Aún me parecía imposible el no haberme encontrado con ellos en mi andar entelerido por las calles de Morúa. Indefenso, perdido a mi suerte, hubiera sido una víctima segura. Ahora les iba a costar más trabajo manejar al títere. Apagué el cigarro, cerré los ojos y me dormí regocijado con una suave brisa y el ruido sordo y continuado de las olas.

A la mañana siguiente, entré en el Hotel Diamante con la misma grata sensación que me produciría espantar un rebaño dispersándolo a campo traviesa. Me sentía con facultades y potencia para llevar a cabo lo ideado, sin dubitaciones.

Eran las siete cuando llamé a

la puerta de la habitación
doscientos veintidós. Mi mano
golpeó enérgicamente. Tras unos
segundos de espera sin respuesta,
le arreé dos patadas en los bajos.

—¿Quién es, qué pasa?

—escuché la gruesa voz de
Jeniffer.

—Soy Fran. Abrid la puerta.

—¿Fran? ¿De verdad?

Espera.

Cuando abrió, supe que
estaba bajo el síndrome de
abstinencia. Llevaba unas
braguitas negras. Nada más. Su
cuerpo admirable, era en esa
mañana una masa trémula de carne
macilenta, más lastimoso aún en su
desnudez. Sin las gafas,
desgreñada, con unas ojeras
violáceas... Sólo la ronca voz
denotaba su carácter arrollador.

Sin recuperarse de la sorpresa
cerró tras de mí. Como en la otra
ocasión, mantenían la habitación
en penumbra. Comencé a
descorrer cortinas y subir persianas
con la misma desenvoltura con que
lo haría en mi propio cuarto. Me

sentía fuerte, determinado. Cuando subí la última, giré la cabeza. Allí estaba el Flaquito. Tumbado en una cama de sábanas revueltas y calientes, erguida la cabeza y apoyados los codos en la almohada. Los ojos por efecto de la luz, casi cerrados, vidriosos, centelleantes. Su aspecto, al igual que el de su compañera, era deplorable, infeliz, casi sin remedio. Supongo que la abstinencia les haría sufrir de la misma aniquilación. Durante unos momentos permanecemos estáticos, mirándonos, sin decir nada. El primero en abrir la boca fue él.

—Has hecho muy bien en venir, Fran. Muy bien. Te lo aseguro.

Esbozó lo que intentaba ser una sonrisa. Sus palabras se oían gangosas, con resonancia nasal, lentas, pastosas, sin inflexiones, como forzadas a salir para matar el tenso silencio.

—¡Hijo de puta! —grité atronadoramente. Dio un respingo.

Jeniffer se acostó a su lado. Yo permanecí al pie de la ancha cama de bambú. Proseguí con un tono más atemperado—. Eres un maldito hijo de la gran puta. La primera vez que te vi supe que tuve mala suerte. Sabía que aparecerías tarde o temprano para apestar mi vida.

Ninguno pareció inmutarse. Prendí un cigarrillo. Mantenía el control.

—¿Dónde está el saxo, Fran?
—preguntó Jeniffer.

Sin contestarle, me acerqué a la ventana más próxima. El sol comenzaba a calentar. Una yeguada pastaba en una parcela cercana, los potrillos daban unos trotes breves mientras sacudían la cabeza siempre cerca de la madre.

—Bueno, Fran, ¿dónde lo has dejado? —se interesaba ahora el Flaquito.

No dije nada. La gangosa voz del Flaquito había dejado un irritante eco metálico en mi cabeza. Caminé lentamente hasta llegar a la cama. A pesar de mi

envergadura, el sonido de mis pasos me engrandecía. Su repulsiva voz me hacía reafirmarme más en mis propósitos. Me senté junto a él en la cama. Crujieron los muelles. El colchón parecía responder a cómo me sentía en esos momentos. Olí el hedor que expulsaba por la boca. Tenía algunas pupitas en los labios. Di una buena chupada a mi cigarrillo y le eché el humo a la cara como en las películas. Hice que tosiera. Percibía su alteración, cómo, poco a poco, se acercaba al límite de su aguante. Su compañera se limitaba a observar. No decía nada de momento.

—No se equivocó Paqui cuando me advirtió de que nos traerías problemas y complicaciones —dijo cuando terminó de toser con lágrimas en los ojos.

—¿Has estado enfermo?
—pregunté mirándole con insistencia a los ojos.

—Sí, me han diagnosticado principio de neumonía.

—La verdad es que tienes un aspecto lamentable.

—Bastantes cojones te importa a ti cómo estoy yo. ¿Y la mercancía? —gritó irritado.

De la mesita de noche tomó el último cigarrillo de un paquete arrugado. Lo encendió con nerviosismo, temblaba en su boca. A la primera calada reanudó la tos. Se puso en pie tratando de reprimir las convulsiones. No le quedó más remedio que apagarlo y escupir. Yo, entretanto, me senté en un amplio sillón cerca de la pared.

—Sois muy listos, Mey. Necesitabais a un pendejo, a un pintamonas, alguien que corriera los riesgos. No os atrevíais a hacer el viaje vosotros mismos. Seguramente estáis quemados. No podéis regresar —el Flaquito volvió a encender el cigarro—. No sé lo que he traído pero tiene que ser algo grande; algo de mucha importancia para que tomarais tantas precauciones y tuvierais tantos gastos. No sabíais quién podría haceros un encargo tan

delicado. Entonces aparecí yo. Pensasteis en mí; un padre de familia con hijos debe regresar. Un ganapán, un tarambana en apuros, en deuda con vosotros. Sí, yo podía ir a España sin problemas.

—Tú ya estás muerto, Fran
—amenazó el Flaquito mirándome fijamente y con un gesto de repulsión en su cara chupada.

—Más muerto estás tú que yo, ¡pendejo! Yo tengo el saxofón, y si no nos entendemos descubriré su secreto. Además, yo también conozco negras polas que pueden echar tus huesitos al fondo del mar
—no sé por qué recordé en ese momento a mi gata.

Rápidamente, con violencia trastrabillada, sacó un revólver del cajón de la mesilla y cruzó la habitación con paso decidido, acercándose hacia mí con lo que parecía el firme propósito de descerrajarme un tiro. Se detuvo a una distancia que le obligó a extender el brazo para apretar el cañón en mi entrecejo. Sentí la dureza fría del metal temblar en mi

frente. Levantó el gatillo. Oí el clic.

—¿No te da miedo, Fran? Soy heroinómano desde que recuerdo —decía atropelladamente mientras me salpicaba con algunas diminutas gotas de saliva—. Llevo años en la misma ruina. Necesito heroína para vivir. Hace días que no la pruebo. Estoy con el mono. ¿Te das cuenta? ¿No te da miedo! Te está apuntando con un treinta y ocho un drogadicto desquiciado, dispuesto a reventarte los sesos. Me tienes hasta los huevos. Te voy a matar, hijo de puta.

—¡A que no! ¡A que no te atreves! —dije tranquilamente—. ¡A que no disparas!

Di una calada profunda al cigarro. Me sentía extrañamente sereno; qué diferente del hombre que en esta misma habitación temblaba ante la Negra Pola. Continué:

—Eres un desecho, una auténtica porquería. Estoy seguro que lo único de valor que hay en tu vida lo tengo yo. Por eso no vas a

disparar. ¡Mamarracho!

—¡Dispara! ¡Dispárale en la boca! ¡Que se calle de una puta vez! ¡Matalé! —chilló fuera de sí Jeniffer haciendo retumbar las paredes.

—Sí. Aprieta el gatillo. Pero antes, dime qué oculta el saxo. Quiero saber por lo que vas a matar y por lo que voy a morir —ahora no temblaba.

Tras unos segundos de vacilación en los que asumí el fin de mi existencia, el Flaquito bajó el arma lentamente.

—Habla, Fran. ¿Qué quieres? —dijo transmutado; como si sufriera de golpe el hartazgo de un terrible cansancio— ¿Qué es lo que quieres? —se limpió la boca con el revés de la mano.

Al levantarme crujió la butaca de mimbre. Despacio, mirando al suelo, fui de un lado a otro de la habitación. En la calle, un vendedor ambulante voceaba: «pastele pastele pasteeees». Llegó el momento de abrir la navaja.

—Lo que deseo es no ver a la

Negra Pola ni a otros matones cerca de mí y que dentro de una semana haya un ingreso de ciento cincuenta mil dólares en este banco de Puerto Rico.

Le tendí un papel en el que iban escritos los datos del banco y número de mi cuenta. Él lo tomó diciendo:

—Eso es imposible. Todo mi dinero se ha gastado en este negocio. Olvídalo. Puedo entregar lo que afirmé que te daría cuando regresaras: medio millón de pesetas. Además, la deuda de las ochocientas mil quedaría saldada. Y te juro que nadie te hará nada. Piénsalo, es casi un millón y medio de pesetas. Es lo que te puedo ofrecer.

Enmudecimos durante unos momentos contemplando el papel deslizándose entre sus dedos. Sin erguir la cabeza continuó hablando como para sí mismo.

—He vivido una vida muy... áspera. He pasado por mil calamidades. En mi memoria sólo hay desastres..., naufragios. Tengo

un mal incurable y el poco tiempo que me queda quiero acabarlo como los lagartos, al sol. Aquí encuentro reposo. Aquí soy un hombre sin historia —levantó los ojos y observándome con una mirada turbia de enojo cambió el tono—. No voy a consentir que un idiota como tú arruine mis planes. Piénsatelo, Fran. Si aceptas lo que he dicho, ahora mismo solucionamos todo y dejamos de envenenarnos. Es lo último que te tengo que decir.

Un gallo cantó. Contemplé a Jeniffer. Tenía la cabeza inclinada. El vigor que derrochaba la tarde en que la conocí, había desaparecido. Se hallaba inmóvil, la mirada perdida, la expresión consternada.

—No acepto. Yo también he soportado muchos naufragios —dije—. De éstos no pude salvar nada más que mi amor propio, un blindado amor propio. No acepto la propuesta. Estoy dispuesto a jugarme el resto en la última jugada —apretó los labios, cerró los ojos y resolló—. De

desgraciado a desgraciado te digo,
y sé que me vas a entender, que
cuando uno no tiene mucho que
perder, apuesta sin miedo
—guardó el revólver en el cajón
mientras escuchaba—. El saxófono
está escondido y un notario tiene
una carta firmada por mí para
abrirla si no la reclamo en un mes.
En caso de que algo me ocurriera,
ten por seguro que te pudrirás en la
cárcel, el sol seguirá saliendo para
los lagartos pero no para ti.

Dirigiéndome hacia la puerta
y como despedida dije:

—Vas a tenerlo difícil con mi
familia, se han ido. Me han
abandonado por vuestra culpa.

Abrí. La mujer, con una
celeridad que me impresionó por
el estado en que se encontraba, la
cerró de golpe. Tomó aire
sonoramente por las narices y lo
expulsó por la boca de igual modo.

—O.K., danos un par de días
para pensar qué podemos hacer.
Pero no te aseguro nada. ¿Qué te
parece?

—O.K. Dos días —acepté

después de pensarlo durante unos momentos.

Abrí la puerta de nuevo. Cuando iba a salir me sujetó de la camisa por el hombro y mirándome con encono me dijo muy bajito, calentándome la oreja con su aliento:

—Cuídalo. Ten mucho cuidado. No lo pierdas. Es lo que protege tu vida de mierda.

Eché la advertencia en un bolsillo roto. No logró inquietarme. Si acaso, me produjo alguna misericordia. Más que una amenaza, era la súplica de una desesperada. Caminé consciente de estar viviendo la dura realidad impuesta por mis decisiones. Así era lo que yo deseaba que fuera. Podía haber sido de otra manera; entregarles el encargo, olvidarme de ellos, olvidarme de todos, ser un pasado incruento en su memoria. Pero no. Yo quería la sangre de todos, quería su odio, romper cristales; deseaba bailar como un diablo sobre el fango de la tumba de mi olvido, clavar mi

venenoso aguijón en la paz del nuevo hogar de Sonia, en la prepotencia chabacana del Flaquito.

Andaba por sucias callejuelas, entre desperdicios esparcidos por las gallinas, con aversión a todo lo humano, sintiendo la desagradable impresión de ser un estigmatizado; de llevar la marca del fuera de la ley, de la perfidia. Implicado en un asunto claramente ilegal, enredado con individuos peligrosos e inmorales. Deseaba que todo acabara cuanto antes para disfrutar lentamente del daño que hice a los verdugos.

Los motoconchos ofrecían sus servicios, me abordaban cambistas del mercado negro; change, change, dólar, dólar, limpiabotas, captadores para excursiones... A todos ignoraba, seguía avante abstraído en lúgubres reflexiones, dirigiéndome a la fábrica de flores.

Qué grata sorpresa tuve al ver la flamante maquinaria recién instalada para la preparación de

nuevos artículos. Hube de sujetar mi contento ante Bienve.

Yo era el dueño legal de todo lo que había ahí, de todo lo que consiguió Sonia, de la empresa. Poseía más del noventa por ciento de las acciones, quedando el restante para los mameianos a los que la ley obliga a participar en la constitución de sociedades de este tipo.

Tuve que improvisar para que no se malograrán mis intenciones. Mandé a los empleados al muelle viejo de La Isabela, con el cometido de retirar unos ficticios fardos con mercancías, provenientes de Hong Kong.

—Don Rafaelito, pregunte usted por el coronel Diómedes en la aduana. De todas formas estará allí mi mujer esperándoles con un camión. Si ella o el coronel no han llegado, espérenlos el tiempo que sea necesario, porque ya sabe usted cómo son las cosas en la aduana. Tampoco hace falta que me llamen —indiqué al encargado.

Después de salir la totalidad

del personal para cumplir el encargo, nos quedamos solos Bienve y yo. Inventé funciones para las máquinas, mostré libros de contabilidad, cartera de clientes, etc. Él, en una deleitable explicación sobre una cuestión administrativa, consumió otra hora de mi vida. Al final, ufano con lo que él suponía una buena inversión, y yo alegre por lo que era un buen golpe para la infiel, cerramos el trato en el bufete del jurista notario Petrarco Campaña y asociados, abogados instalados en Marbueno con reputación en toda la zona norte de la isla. Su minuta era un tanto elevada, pero tenían una clientela consolidada a la que le convenía pagar, pues sabían que eran perseverantes cumplidores en sus gestiones, además de buenos asesores.

Tenía una mala experiencia con los abogados de la República que a millares ofrecían sus asistencias para los divorcios, constitución de empresas, demandas, etc. Muchos eran

ignorantes de las más elementales leyes mameianas. Sangraban al parroquiano que en su buena fe acudía a sus despachos para resolver sus asuntos, demorándolos estos carroñeros hasta el colmo.

La venta y distribución de las acciones se realizó de la siguiente manera: cincuenta y un por ciento para la ahora dichosa empresaria y antigua secretaria, Altagracia Lagombra Mella; veinticinco por ciento para la mamá de esta señorita, Australia Mella, viuda de Lagombra; veinte por ciento para la señora Bernarda Espailat Vargas, abuela de Altagracia; el restante cuatro por ciento era el de Bienvenido del Campo Calatrava, financiero enamorado. A la rúbrica de los documentos discurrí que este hombre estaba ya perdido sin remisión entre tanta hembra codiciosa. Sentí una melosa compasión por él cuando me entregó un cheque por ochenta mil dólares, con una sonrisa candorosa en su rostro terso y lustroso por la

crema facial. Para mí vino el parto derecho.

Acto seguido, sin salir de la localidad, acudimos todos a cenar a La Puntilla de Pier Morini, bonito restorán, de carácter y dueño italianos, como por su nombre se podría discernir. Muchos éramos los invitados. Además de los relacionados en la firma de documentos, concurrían asimismo, el padrastro de Altagracia, cuatro de sus ocho hermanas, un individuo glotón galán de su abuela y Berkis una convecina de la familia bastante obesa.

Este restaurante de muy exquisito gusto y distinguida clientela ofrecía a media noche un recital de boleros del que lamentablemente no pudimos disfrutar en su totalidad. Tuvo Bienve que solventar la cuenta demasiado pronto a causa de un deplorable acontecimiento.

Después de los postres y de algunas botellas de ron, en el bochinche, estando como moros

sin señor, Berkis, la vecina, mostró sus voluminosos pechos desnudos al romántico cantante mientras se los palpaba y reía desafortadamente, haciendo gala así del pésimo gusto que tenía esta mujer para la diversión. A raíz de la exhibición se generó en nuestra mesa un gran griterío. Los niños, que eran varios, sin desaprobación de sus progenitores o tutores, se entretenían en arrojar los caparzones y conchas del marisco que degustamos a las mesas aledañas, lo que era motivo de reprobación del resto de la clientela. Por todo esto, y más, fuimos expulsados sin muchos miramientos. Ya en la puerta, el mismísimo Pier Morini, encolerizado, nos prohibió a todos los que estábamos en aquel lugar en ese momento que colocáramos los pies sobre su restorán nunca más. Se acabó de desprestigiar el galán de la abuela ante todos, cuando, ofendido en su honor por la expulsión, se bajó los pantalones y calzoncillos en la misma puerta

del lugar, y en postura se aprestaba a defecar. Estas intenciones evitó el mismo dueño de este exclusivo establecimiento ayudado por los vigilantes, que acometieron a puntapiés contra el ebrio despechado. Se formó gran vocerío y golpiza entre el personal del restaurante y los nuevos propietarios de AATUCA. Yo, con disimulo, me distancié de la algarabía, no tardarían mucho en llegar las fuerzas del orden y no me encontraba tan bebido como para implicarme en un asunto tan grotesco y con análoga comparsa.

Transcurrió mucho tiempo desde la última ocasión en que visité los sitios de jolgorio nocturno. Marbueno contaba con diversas discotecas, bares, centros cervecedores y otros antros, que harían reír a cualquier bar de suburbio de cualquier población española. Instalaciones puestas en marcha con una inversión escasa, ridícula. La generalidad eran levantados por forasteros radicados en la población. Esta

gente no proporcionaba explicaciones sobre su pasado. Italianos, alemanes, españoles, canadienses, emplearon las cuatro perras que traían para desarrollar estos negocios, en los que se amparaban las prostitutas, prostitutas, buscavidas, borrachos, carteristas y otro público de mal vivir, o simplemente gente con hambre en busca de sus chelitos¹ cenar y pagar el sucio catre. Los visitantes forasteros, la mayoría jóvenes y atolondrados, visitaban estas porquerías ostentando guapezas y en una actitud que pretendía demostrar que eran valientes y capaces de cualquier atrocidad. Aunque, en su fuero interno, eran colegiales disfrutando de la alegría pueril del recreo, de una libertad barata, deseosos de acontecimientos, de embutir sus noches en el Caribe con hazañas amorosas o, al menos, con algo de licor. Jóvenes perdidos en un mar de perdición buscando algo que narrar a sus compañeros cuando regresaran al tajo.

Después de abandonar a mi compañía de cena, me trasladé a la zona en la que se descubriría lo que se llama el ambiente. Pasarían de la una cuando llegué al lugar, hora en la que empezaban a llegar de la misma manera, como ovejas al redil, esta argamasa de lenguas, culturas y tipos étnicos, para mercar con lo que se terciara, que de todo había si era malo.

—¿Limpia? —solicitó un carajito señalando mi calzado.

Consentí y, mientras el limpiabotas ejecutaba la faena, yo me dediqué a observar a la muchedumbre. Al tiempo, me preguntaba por qué tiene que ser tan previsible, repetido y falto de interés el comportamiento humano, tan abrumadoramente asolador con su vulgaridad de espíritus interesantes, ahogados en sí mismos por el temor de parecer ridículos a los ridículos.

Treinta o cuarenta motoconchos aparcados aguardaban a que alguien los solicitara. Algunos llegaban con

dos o tres almas, otros salían cargados hacia otros sitios. Se detuvo cerca de mí uno que arribaba con cuatro personas. El que venía sentado en el extremo de la moto, un alemán voluminoso, rosado y de pelo rubio, con claros síntomas de cargar demasiado alcohol en su sangre, daba grititos de júbilo. Al apearse reparé en él con más atención: camisa negra, pantalones cortos y chancletas en sus pezuñas. Portaba una cerveza de las grandes en la mano. Al instante de desmontar, una preciosa jovencita de quince o dieciséis años, vestida con unos elásticos pantalones negros y holgada camiseta blanca, como cuatro dedos por encima de su ombligo, se acercó y abrazando su ancha cintura sonrió y le dijo con morritos incitantes:

—Hola Papi.

El advenedizo dijo alguna gracia a voces para sus amigos y todos rieron con alborozo y alegría reprochable; después la aferró por los hombros y pasaron dando

tumbos a La Esfinge, antro
discoteca regentada por egipcios.

Me sobresaltaron unos gritos
que se produjeron en el extremo de
la calle, en su parte más oscura y
solitaria. Dos hombres discutían y
se amenazaban. Un motoconchista
que apoyó la moto en un árbol
retaba a otro, también mameiano, a
que se decidiera a sacar la pistola
que empuñaba en la parte trasera
del pantalón.

—Come mierda. Yo soy
hombre, peleo con puños. Vamos a
dalnos trompás como los hombres.
¡Hijo de tu maldita madre!

El armado era un tipo más
alto y fuerte que el retador, quien
era más bien retaquillo, sin
embargo, no se atrevía a soltar el
arma. Un tercero medió en el
conflicto intentando evitar la
tragedia. Hasta que por fin el alto
sacó la pistola y apuntó al
motoconchista. Me fijé en ella, era
pequeña y plateada a la luz de la
luna.

—¡Dispara!, ¡pendejo
comemierda! —desafió éste

mientras se abría la camisa y avanzaba hacia él.

—¡Te mato! Te voy a matal tiguéron —amenazaba retrocediendo el otro.

—Dispara carajo —gritó el menudo al tiempo que le lanzaba un puñetazo a sus testículos.

El alto emprendió la huida. Llegaba en ese momento una pareja de policía y se formaba un corro de gente en torno al de la moto. Él, dando explicaciones a gritos, señalaba ahora hacia el norte, ahora hacia el sur. Al cabo de unos minutos el grupo se disolvió. El motoconcho encontró a un cliente y desapareció.

Reflexioné en cómo una bala en la recámara, o saliendo por un cañón, es la dueña del destino de mucha gente; en lo difícil que es apretar un gatillo, y en cómo quien ha desafiado a un armado a disparar vive el resto de su vida como un regalo. Ésa era mi sensación al menos.

El limpiabotas dio unos golpes en la caja con el cepillo,

señal de que ya había concluido y reclamaba su paga. Le entregué sus cinco pesos y desapareció sin darme cuenta mientras miraba mis zapatos lustrosos. Crucé la calle y decidí tomarme un Casteló a la roca en Doctor Who, bar abierto a la calle por sus cuatro costados. Al rato, cuando estaba sentado en un alto taburete y recostado en una columna de madera, un muchacho me volvió a preguntar:

—¿Limpia? —le di un *no* seco, y se alejó.

Una mujerona alta y pechugona, con labios y voz gruesa dijo al tiempo que con una de sus manazas masajeaba mi cabeza y cuello toscamente:

—¿Tú eres español Papi?

—Yo no entienda la española. Mi es húngarro —dije sin mirar.

—¿Qué lo qué? —se interesó otra al lado.

—Yo soy húngarro. No entienda la española —volví a repetir.

Así no permitía dar pie a que prolongaran sus intentonas

conmigo. Al tener dificultades con el idioma y verme bastante feo y soso, preferirían atacar a otro, pues esta gente sabía lo fundamental para enredar a los turistas en inglés, alemán, español... El húngaro supongo que dentro del putaísmo no habría quien lo entendiera y menos aún quien lo hablara. Además, al confiarse ellas que uno no entendía el español, podía oír abiertamente sus opiniones en mis propias narices. Así unas veces decían que era muy feo, que tenía pinta de muerto de hambre y otras lindezas por el estilo que ya me aburría escuchar, pues siempre se usaba el mismo repertorio.

—¡Dejen a ese hombre!, que es serio —ordenó una voz femenina, que no floja, desde el otro extremo de la barra.

Odialís, mi bienhechora de tiempo atrás a la que hacía mucho que no veía, me miraba y sonreía desde lejos. Saludé con la mano agradado por el encuentro. Se fue acercando lentamente moviendo

mucho el culo para provocar al
numeroso personal beodo
amarrado en la larga barra en esos
momentos. Al llegar me besó
agarrándome por las muñecas y
preguntó por la familia.

—Ahí piliando. Qué alegría
de verte, me quitas mil canas
—dije evitando la pregunta
mientras reconocía su perfume
barato.

—¡Diablo!, entonces no eres
«hunguarro», y entiendes el
español —exclamó sorprendida la
ramera grande.

—¡Váyanse, caminen! Ya les
dije que él es serio —ordenó
nuevamente Odialís mirándome a
los ojos. Las otras obedecieron.

—Quería hablal desde hace
mucho tiempo contigo, mi amol
—dijo—. ¡Mira! —llamó al
camarero—, tráeme un jugo de
tamarindo. Pues sí, Fran. ¿Tú
sabes lo que me hizo el
mamahuevo de Damián? Pues sí,
mi amol, me quitó la pasola, dice
que se la robaron, pero a mí me
han dicho que la vendió. Unas

joyas que tenía yo, de oro del de 18 también me las quitó. Me obligó a resolver con un español que tenía muy mala pinta, un maldito goldo seboso, que me dejó una enfermedad mala. Damián me dijo que era un compromiso y que le hiciera ese favol y ni siquiera me dio un peso el goldo del diablo.

—¿Y cómo estás ahora?

—pregunté interesado.

—¡Oh!, ahorita ya estoy bien. Se curó la cosa, ahora estoy trabajando. ¡Pero mira muchacho...!, yo tengo unas ganas de darle un mal a ese hombre. Voy a ir donde una haitiana para hacerle una brujería a ese pendejo para que se le pudra el huevo. Ven acá que te voy a presentar a un compatriota tuyo —de la mano y abochornado me llevó al otro extremo, a la parte más oscura y solitaria del bar. Allí un hombre con apariencia huraña bebía solo.

—¡Vaya! Ya tenemos visita —escuché al llegar la voz bronca y profunda del individuo de rasgos severos. El pecho hinchado,

mirada despectiva. Parecía hacer esfuerzos por limpiar las telarañas del techo con su cabeza, estirándose con tal intensidad por engrandecerse, que daba la sensación de estar a punto de desbaratarse o de crecer dos palmos de golpe. Imaginé que ése sería el martirio que imponía el gran complejo de inferioridad de un cuerpo casi de enano.

—Fran, te presento a Isaac Palmerón. Es escribiente y el hombre que hace que se derritan mis huesitos —dijo Odialís exagerando la nota aún más al agacharse para mordisquearle la oreja. Él no lo permitió.

—En realidad me llamo Isaías Salmerón. Literato —bebió de una botella de Whisky que llevaba en la mano —pero..., es igual. Da lo mismo.

Lo conocía. Un afamado escritor español de grandes tiradas. Su presencia me desconcertó. En las contraportadas de sus novelas aparecía como una persona de tamaño normal.

Tendría unos cuarenta años bien llevados y parecía disfrazado, muy diferente a las fotos, creo que tratando de camuflarse en el ambiente con un porte abandonado y el gesto hastioso de los aburridos.

—El último libro que leí fue uno de los suyos —procuré mostrarme simpático mientras Odialís se abrazaba a él como si temiera caer.

—¿Sí? ¡Qué bien! —ni siquiera se dignó a mirarme.

—Fran es hombre de negocios. Ha vivido en mi casa durante un tiempo con su familia —dijo la mujer zalamera colocándole el cuello de la camisa.

—Pues te deben ir muy mal los negocios para haber vivido en esa pocilga tú y tu familia —observó mi reacción con el peso de una mirada grave. Era la desdeñosa mirada de un hombre importante. Parecía desencantado, cansado de la banalidad del mundo. Era la mirada de desprecio de los que triunfan.

—¿Ha venido a descansar?
¿A pasar unos días? —pregunté
con el mismo propósito de seguir
mostrándome simpático, a pesar de
los malos modales del escritor.

—¡A descansar! Sí hombre,
sí, a descansar. He venido a hacer
excursiones, y a ver bonitas playas
con palmeritas, y a pescar
pececitos, y a ponerme moreno, y
a hacerme fotos —siguió bebiendo
a morro. Cualquiera pensaría que
su sarcasmo era consecuencia del
whisky, pero yo sabía que era la
arrogancia de alguien con permiso
para ser cruel con la vulgaridad; la
ñoñería de un mimado por el éxito;
un hijo malcontento de la
admiración. Sé distinguir la
descarga lastimosa de un borracho,
de la ironía maliciosa de un
soberbio con los inferiores.

—Mi amol. Si tú quieres,
podemos ir a una playa que yo
conozco, no está muy...

—¡Cállate de una vez, por
favor! Me empalagas. ¡Vete! Vete
por ahí. Cuando veas que me retiro
al hotel te acercas. ¿Vale? Ahora...

¡largo! —interrumpió a Odialís furiosamente. Ella, tras unos instantes de perplejidad, acató la orden del enano con olor a dinero; se despidió de mí apretándome como antes las manos y vi como se alejaba tratando de superar la humillación, exagerando los movimientos con que provocaba a los hombres. Daba pena.

Permanecemos codo con codo en la barra, él bebía con la mirada perdida en las vitrinas del bar, yo pedí otro ron.

—Pues sí —dije con el mismo tono cordial en la voz—, su libro fue el último que leí.

—¡Oh, venga... vamos! Mira muchacho. Perdona que te lo diga así. Me da igual que hayas leído mis libros..., ¿vale? Me da lo mismo si has disfrutado o no has disfrutado con ellos. Lo único que pretendo es beber tranquilo en este bar de Marbueno sin tener que soportar pelmazos. ¿Es posible? ¿Crees que podrás estar calladito? O, mejor aún, ¿crees que podrás irte tú también?

—Sí, claro, claro claro. Pero antes me excusará por abusar un poquito más de su paciencia. ¿Me lo permite? Compréndame, no se presenta todos los días una ocasión tan magnífica como la de tener delante de uno la presencia de Isaías Salmerón. Quisiera hablar de literatura durante unos breves instantes con usted. ¿Puedo?

—¡Adelante! —exclamó arqueando las cejas después de resoplar con resignación.

—Pues verá usted. Al pasar la última página de su libro *Ulceraciones*, escarmentaron tanto mis deseos de lectura, que me hice el solemne juramento de no volver a leer jamás literatura contemporánea. Su escritura es..., ¿cómo lo diría yo...?, el tentador pastel que se exhibe en los escaparates de una selecta pastelería. Un pastel cremoso ante el que babeamos con ansias por comerlo, con sus rojas guindas, su coco nevado, sus virutas de chocolate, su blanca nata... Pasamos al establecimiento y lo

compramos gozosos. Nos han dicho que es bueno, no nos importa pagar el elevado precio, es tan irresistiblemente tentador que no hay fuerza que nos impida sucumbir al deseo. Deseamos decir: yo también disfruté de ese sublime manjar. Ya tenemos el pastelito en la mano, es nuestro, le despojamos de todos los adornos con los que nos lo han aderezado y nos disponemos a hincarle el diente anheloso. Lo hacemos y ya el primer bocado en nuestra boca se mueve de un lado al otro. Tratamos de descubrir esas delicias prometidas pero... no sabe a nada. ¡Diablos!, se pega al paladar, nos apelmaza la lengua. Seguimos mordiendo y tragando el bolo pastoso, pero ocurre lo mismo, es insípido, ¡no tiene sabor! Los ojos engañan al gusto, cómo puede algo compuesto con tanta perfección, con tanto primor, con tan buena crítica, no saber a nada —intentó marcharse pero le contuve agarrando enérgicamente su brazo obligándole a sentarse

sobre un taburete—. En fin mi querido compatriota, todos esos artificios del verbo y la inanidad subjetiva de la que usted tanto abusa sólo sirven para vanagloria de otros estirados pretendidamente exquisitos como usted. Necesita ciento veinte páginas para relatar la visión de una cucaracha en su bañera, mientras conversa con Carlos Marx, redivivo del amoroso deseo que sentía por una puta francesa a la que le encantaba comer macarrones y a la que nunca se atrevió a dirigirse abiertamente, a causa de la timidez producida por el trauma de ver a su padre vestido con el uniforme de la División Azul. Es muy respetable. ¡De veras! Muy respetable, muy meritorio, pero... mucha rama y poca altura. Tremendamente aburrido. Entiéndame, no es que yo sea un apologista del realismo, del tiempo lineal, de todo eso. No. Lo que creo es que un novelista honrado debe intentar soliviantar, agitar ánimos y no adormecerlos. Ya lo dijo Torrente: «lo más

peligroso es el intento de reducir la novela a una mera operación lingüística, es decir, a una serie de significantes sin significado, porque eso conduce al virtuosismo, al juego vacío y, en último término, es un callejón sin salida». Usted escribe muy bien. Al menos se sabe todas las reglas y todas las palabras. ¿O es que acaso un hombre de carrera, un niño rico, no tiene nada interesante que contar? ¿Puede ser que lo más trascendente que haya ocurrido en su vida sea la muerte de la abuelita y la separación de los papás? ¿Por eso abandona usted su comfortable residencia, por eso viene a revolcarse en lo miserable? ¿Quiere encontrar el alma de su nueva obra en este ambiente de putas y borrachos? Me parece estupendo —tomé un cuchillo del mostrador y aprecié su pasmo—. Yo le voy a ayudar. ¿Por qué no escribe algo que se pueda leer en el transporte público? Algo emocionante, algo que haga pasarse de parada al lector

cautivado. Escribir por ejemplo...
—le agarré de los pelos y puse el
cuchillo en su cuello sin que
opusiera resistencia.

Aferró mis cabellos,
me hacía un daño atroz
pero no me atreví a
quejarme. Era un loco.
Después colocó el
acerado cuchillo en mi
garganta palpitante.
Sentía como la presión
del filo en mi fina piel
reventaba vasos
sanguíneos. Era un
demente el que me hacía
las sajaduras, un
adocenado del que nada
sabía, al que
simplemente deseaba
ignorar. Pero fue mi
trato displicente, los
desplantes a un alma
orgullosa, los que me
pusieron la vida en
peligro. Hay gente a la
que el prestigio no
impone sumiso respeto.
Era absurdo, no podía
ser cierto. Iba a morir
en un sucio tugurio del
Caribe, a manos de un
orate desconocido. Hice
la promesa en esos
momentos. Prometí
rebajar la soberbia a mi

escasa altura si el hombre desistía en sus intenciones. Gracias a Dios era solamente un demente, o al menos no era un asesino que matara por tan poco. El hombre bajó el cuchillo y después me dio una humillante patada en el trasero. Ése fue el mayor susto. Ése fue el minúsculo castigo para una arrogancia que merecía de mucho más.

Le solté y tiré el cuchillo sobre la barra sin soltar su pelo. Apretando sus carrillos con mis dedos hice que sus labios se arquearan como los de un pez

— Soy un bocavino que le concede el derecho a plagiarme. Y no lo olvide: Nada grande se ha hecho en el mundo sin pasión, dijo Hegel. Federico Nietzsche escribió: «He visto hoy a un sublime, a un solemne, a un penitente del espíritu; ¡oh, cómo se rió mi alma de su fealdad! Así habló Zaratustra» —le arreé una fuerte patada en el trasero y

desapareció invocando a la policía al tiempo que corría despavorido y aliviado de la borrachera por el mismo camino que antes tomó Odialís. La clientela escuchó, vio, calló y olvidó.

Indudablemente yo era otro que no dejaba de sorprenderse de sí mismo. Ni en sueños me hubiera atrevido a aconsejar, ni mucho menos a patear, a un premio de la crítica, al orgullo de las más prestigiosas editoriales.

Tenía otra historia interesante que contar si tuviera oídos para hacerlo. Tenía también un cheque de ochenta mil dólares en el bolsillo, que llegó cuando ya no me quedaba ni un céntimo. Finalizó así un día de amenazas, un día de cuchillos, pistolas y patadas que milagrosamente no cobró una gota de sangre.

A la mañana siguiente me concedí a mí mismo un descanso en las malas intenciones. Aunque amaneció nublado no desistí en mi propósito de ir a la playa. Cinco minutos es lo que tardaría en

colocar mi cuerpo dentro del Océano Atlántico, pensé con perezosa satisfacción aún en la cama. Fue una noche de mucha bebida y mucho tabaco. Mi salud me mandaba mensajes con la tos matutina. Un malestar general indicaba que se encendía la luz roja de una caldera apunto de estallar.

La playa formaba parte de una hermosa bahía en forma de uña con aguas limpias y transparentes durante casi todos los días del año. Los peces de diversa forma, color y tamaño se movían entre los corales cercanos y los pies de los bañistas con la confiada tranquilidad que lo haría un perrito. A todo lo largo, una gran cantidad de casetas pintadas con predominio de colores azul cielo y rosa ofrecían a los foráneos pintura y talla aidiiana, casetes de salsa y merengue, artesanía del coco, comida, bebida, tabaco, ámbar, caoba, collares de acerina, etc. Numerosos árboles y palmeras brindaban su sombra gratis, una de

las pocas cosas de las que se podía gozar sin pago en esa playa, en el país.

Los restaurantes playeros ofertaban el menú garrapateado con tiza en toscas pizarras. Entré saludando en uno y ocupé la mesa situada sobre la arena, bajo la sombra de un flamboyán cuajado de flores rojas. Encargué un Casteló a la roca al muchachito que se acercó descalzo a la mesa hurgándose en la oreja con un palito. No tenía intención de beber alcohol en ese día. Lo pedí casi por costumbre. Unos minutos después, reconfortado por el ron, dejé la toalla y una pequeña bolsa en la silla y me dirigí a la orilla. Al pasar al lado de unos tiguerones playeros, me miraron y sonrieron descaradamente. A ellos, negros musculosos y altos, derrochadores del vigor juvenil, les debería de hacer gracia un esqueleto pálido como yo. Debieron de pensar: ¡Qué porquería de hombre!
Procurando borrar estas suposiciones de mi imaginación,

metí primero los pies para ir después introduciéndome poco a poco. El agua de momento estaba fría, pero yo sabía que en cuestión de segundos la sentiría cálida. En eso salió el sol con todo su esplendor. La aparición me hizo vivir la alegría del encuentro con un viejo amigo. Sentí inmediatamente sus rayos calentando mis hombros y cabeza. En ese instante me sumergí repentinamente. Fue tan placentera la sensación que sonreí bajo el agua azul. Abrí los ojos y bucéé mientras aguantó mi respiración, que fue poco debido a los miles de cigarrillos que había consumido hasta ese punto de mi vida. Emergí y tomando aire de nuevo me propuse resistir más tiempo. El frescor de las limpias aguas hacía que algo dentro de mí despertara, no sé muy bien qué, era algo así como una mezcla de felicidad y pureza infantil, una inconsciencia placentera y natural. ¿Beberán los peces agua?, me pregunté puerilmente contemplando a los

grandes y azules en torno a mí.
Tendrían algún nombre, pero en
esos momentos eran innombrables.
A esa sensación es a la que me
refería: el regalo natural, ajeno al
razonamiento humano, sin
medidas, sin peso, sin nombres, sin
futuro, sin pasado... Fascinante
realidad instintiva. Durante un
buen rato disfruté con la inocencia
de un niño, después mi cuerpo
pidió un descanso. Cuando hice
pie comencé a andar hacia la
orilla, aún con la sonrisa
injustificada en la boca y en el
espíritu. Me tumbé sobre la arena
mojada y meció mis piernas el
oleaje. Cerré los ojos y noté cómo
el calor evaporaba el agua de mi
cuerpo. Sentía cómo los pulmones
tomaban y expelían la brisa marina
en un jadeo ansioso. Escuchaba los
gritos y risas de unos niños cerca
de mí, a los vendedores
ambulantes de ostras, unos silbidos
a lo lejos. Me encontraba bien
porque era un indefenso e
inofensivo cuerpo humano
desarmado de pasiones tumbado

sobre la arena, gozando de una tregua y de un descanso en la vida. Después de secarme el pelo regresé al chiringuito. Tenía apetito. No había desayunado. Comí unos pescados fritos con el sedante adormilamiento que provocaron un par de cervezas Regente.

A la caída de la tarde, cuando el ocaso admiraba a los foráneos, me dirigí a la habitación del hotel complacido y satisfecho. Fue un tranquilo día de playa; hacía meses que no la visitaba a pesar de vivir aquí, tan cerca.

¹**Chelitos:** céntimos.



12/14 **Del agua nacieron
los sedientos**

Capítulo XII

Fuga permanente

V. Pisabarro

La dependienta atendía la farmacia con rulos y redecilla. Llevaba también una mascarilla facial de color verde pistacho; sólo el contorno de unos ojos rigurosos se libraba de ella. Una joven de apariencia seca, malhumorada y supuestamente fea que atendía con poca atención y respeto a los clientes. Ahora yo era uno de ellos. Estaba en Río San Pedro de paso. Mi destino era Xaragua. Era una mañana envuelta en lluvia. Las calles aparecían desiertas en lo descubierto; los pobladores se refugiaban arracimándose debajo

de las cubiertas de casas y comercios. Las gotas estallaban furiosamente al chocar contra el asfalto. El día estaba fresco y olía a minerales. Desde mucho tiempo atrás no cubría una nube el cielo, por eso se contemplaba con agrado embelesado una lluvia a la que se echó en falta en el caluroso agobio nocturno, en el bochorno sofocante de los últimos días de atmósfera turbia.

Solicité sin pudor una caja de preservativos. Después de pagar al esperpento esperé a salir apoyado en la puerta del local. Retenido por el arreciar del aguacero, contemplaba la calle mientras consumía un cigarrillo pausadamente. Al otro lado, llamaba la atención la fachada colorida de un colmado. Dirigí la mirada a su interior. Entre penumbras, varios hombres bebían en silencio. Sobreponiéndose débilmente al estruendo del chaparrón se escuchaba una radio y a un niño que lloraba no muy lejos. Harto del cigarro, lancé la

colilla que fue a parar a la corriente del arroyo. El pucho flotó, trompiqueó y desapareció a lo lejos, entre las ruedas del coche alquilado. Dentro, una mulata joven me esperaba para continuar el viaje.

Creí conveniente alejarme aún más de Morúa enterado del regreso de Sonia. Volvería ella esperando encontrar los ánimos calmados, más asentadas las cosas, decidida a resolverlas definitivamente. Pero al llegar se encontró con nuevas cerraduras en su empresa. El negocio por el que tanto luchó tenía otros amos. Reventó el escándalo. Las urracas graznaban y los burros lanzaban coces al aire. Bienve me buscaba para aclarar el asunto, al igual que los esbirros de Manolito el Oso, que pretendía golpearme sin consideraciones, según iba diciendo por ahí. Una vez minado el campo, lo sensato era alejarse de las explosiones.

Nadie sabía dónde encontrarme. A nadie informé de

mi destino. Mi acompañante no había estado nunca allí, tampoco sabía quién era yo. La recogí en la carretera y aceptó acompañarme durante unos días con rumbo desconocido. Ahora estábamos en Río San Pedro mirándonos uno al otro a través de una barrera de agua, separados además por la desconfianza entre desconocidos. Detenidos en un pueblo que antes sólo era un nombre en el mapa y que a partir de entonces sería recuerdo de una soledad amarga.

Paré para comprar en la farmacia y para llamar al Flaquito. Los dos días de plazo ya se cumplieron. Hice señas a mi acompañante para indicarle que regresaría en unos minutos y anduve de prisa arrimándome a las paredes sin dar importancia a relámpagos y truenos. Cuando entré en la central de teléfonos, el aire acondicionado hizo que rememorara mi antigua oficina.

Sentándome en uno de los locutorios marqué el teléfono del Hotel Diamante y pedí hablar con

la habitación doscientos veintidós.

—Voy a deshuesarte el espinazo, parigüallo —fue el saludo de la Negra Pola en cuanto identificó mi voz. Después de unos insultos y amenazas más, cuando se cansó, pasó el auricular al Flaquito.

—Cincuenta mil dólares. Ni uno más —dijo de golpe.

—Ciento cincuenta —contesté yo inmediatamente.

—Escucha, gilipollas. He tenido que pedir dinero prestado para poder dártelo a ti. Es todo lo que hay.

—Escucha tú —dije con tono relajado—. Como mañana no me confirmen ciento cincuenta mil en el banco, siempre que escuches un saxo te acordaras de mí.

Después de unos segundos de cuchicheos y ruidos, escuché de nuevo la voz.

—Piénsalo. Puedes empezar en otro sitio.

—Ciento cincuenta mil mañana, si no, me quedo con la mercancía —respondí.

—Pero qué cabrón que eres. Está bien, ¡hijo de puta! Setenta y cinco y se acabó de una vez esta mierda.

—Ciento treinta —continué hablando sosegadamente.

—¿Pero qué pretendes?, ¿qué quieres? ¿Qué es esto! Parece que estamos regateando como los turistas con los aidianos.

—Ciento treinta o cuelgo y se acaba el asunto.

—Espera, espera... Vale... Cien. ¿Qué te parece? Ya está, venga. ¿Cómo lo vamos a hacer?

—Ciento treinta, a la una, ciento treinta a las dos, y ciento treinta a las...

—¡Hijo de puta! Vale, vale. O.K. Ciento treinta. Te tengo que matar. ¿Cómo lo vamos a hacer? En cuanto te vea te mato.

—Por eso nunca más me verás. Cuando tenga la confirmación del banco os llamo.

—Espera, espera un poco...

—¡Vete al diablo, Judas!

—colgué el auricular con violencia sobresaltando a la señorita

encargada de la centralita.

Salí a la calle. Continuaba lloviendo. Caminé pensando que ciento treinta mil dólares era mucho más de lo que esperaba. No, el Flaquito no dominaba el arte del regateo.

Según me acercaba dirigí la mirada al coche, uno pequeño y blanco. A través del parabrisas me observaba la muchacha. Era maravillosamente bonita. Entornó los ojos y sonrió provocándome compasión. Crucé la calle y entré en el colmado. A pesar de haber dentro unas cinco personas, reinaba el silencio. Nadie hablaba ni se movía, todos con la vista puesta en la calle.

—Saludos —dije—, deme una botella de Casteló añejo.

—Ello ya no hay —respondió una dependiente blanquita, gorda y con bigote.

—Pues deme Nacal dorado. Se fijaban en mí. Quité protagonismo a la lluvia.

—¡Cómo cae! —exclamé.

—¡Ay, sí! —habló el más

viejo. Sonreía.

Destapé la botella y allí mismo le di un buen trago. Se la pasé después.

—¡Ay, no! Yo soy conveltío y no bebo.

—Hace usted muy bien, patrón —salí saboreando el ron y un triunfo incompártible. Crucé la calle despacio, pisando charcos.

En ruta otra vez, dudé si llegar hasta Xaragua, o desviarme a los Arenales. El capricho determinó que esto sería lo mejor. Había pasado mucho desde que estuve allí por última vez.

Llegamos en el tiempo en que mis hijos me respetaban y a mi mujer le resplandecían en la cara las ilusiones; cuando aún éramos una familia. Disfrutamos mucho en sus desiertas playas. Azorados ante la magnificencia, casi doloridos del gozo provocado por las suntuosas maravillas naturales. Brisa fresca bajo la sombra del palmar; finos granos de arena rubial sobre pieles morenas; un mar turquesa; el ruido de las olas fundido con risa de

niños. Por ser recuerdos tan gustosos parecían los de otro. Ahora me acompañaba esta muchachita de la que ni siquiera sabía su nombre y, aunque tenía intenciones y dinero para divertirme, reconocía la imposibilidad. Sólo disfruta el melancólico de su melancolía. Mis triunfos me recompensaron con una alegría fugaz. Ya doblegué, pisé, mancillé, destruí; entonces, ¿por qué sufría una tristeza tan profunda? ¿Qué debía hacer para ser dichoso, para sentirme aliviado y en paz?

Circulábamos paralelos a la costa en dirección este. Miles de palmeras, brisa marina, sol dorado del atardecer; el cielo, el mar azul... La observé detenidamente. Recostada en el asiento, su belleza, su juventud, su indefensión, su disponibilidad, le hacían parecer tan vulnerable que ésa era precisamente su fortaleza. Cuántos hombres conocí en esta isla que creyendo reinar sobre almas cándidas, en realidad eran esclavos

de espíritus impasibles. Estaba destinada a ser rocío en muchos campos secos.

En la radio sonaba una bachata. Ella marcaba el ritmo con una mano sobre su rodilla.

«Eres como el mismo viento que viene de la pradera, que a todos nos acaricia y con ninguno se queda. No te gustan las promesas porque no eres traicionera.»

Unas uñas pintadas, otras no. Sus manos, aunque de buena constitución, evidenciaban que había tenido que bregar con el agua de muchas coladas.

«Eres como el mismo viento que viene de la pradera, que no te detiene nadie, ni te paran las fronteras. No sabes decir palabras para expresar tus sentimientos, pero si miro tus ojos puedo leer tu pensamiento.»

Alta, espigada; el cráneo definía unos rasgos armoniosos, pómulos marcados, ojos negros, grandes; nariz recta y breve; labios carnosos en una boca fresca y alegre.

«Porque no quieres casarte, creen que eres una cualquiera, porque no compran tu amor, vestidos, joyas y moneda. Muchas se visten de blanco y hoy tienen el alma negra, porque viven amargadas entre cortinas de seda.»

Incitaban sus pantaloncitos cortos y una blusa a cuadros rojos y blancos. Unos botones desabrochados permitían ver gran parte de un busto firme y terso, marmóleo. En esos instantes sentí la ráfaga del deseo cruzando mi cuerpo como una descarga eléctrica desde los pies al último pelo de la cabeza.

—¿Cómo tú te llamas?
—interrogué con ademanes resueltos, procurando endulzar el tono, como en el cuento del lobo

que trataba de seducir así a los cabritillos.

—África —respondió con voz lenta y sonora. Sonrió y en la boca aparecieron unos pliegues tentadores.

Charlamos el resto del trayecto, tratando de encontrar algo reconocible y coincidente. Poco a poco fuimos abriendo puertas, sintiéndonos más cómodos. Desaparecía por momentos el recelo de sus ojos, otras veces aparecía repentinamente desanimando en parte mi conciencia y mis intenciones. Consideré en alguna ocasión apearla del carro y darle algunos pesos. En otras me parecía un regalo del cielo tener su compañía. Una muchacha así, con esa lubricidad femenil, dispuesta al gozo, era el excelso regalo de un destino que no se prodigaba casi nunca en la vida de un miserable español.

—¿Tú eres casada?

—No, yo no.

Su voz sonaba suave, clara,

sosegada. Acomodó su espalda en la puerta para mirarme mejor, me sentí algo incomodo por saber que me estaba valorando. Tras unos momentos ella me lo preguntó a mí.

—Yo, ya no. Lo estuve hasta hace poco.

—Y esa mujer te partió el corazón —aseveró ella no sé por qué. Acaso el dolor nos mancha la cara sin saberlo.

Me reí entonces con grandes carcajadas que no venían a cuento. Según se iba pasando la risa me invadía poco a poco una certeza triste. ¡Sí, era verdad! Me partió el corazón sin contemplaciones, así, de un golpe.

¿Cómo neutralizar la virulencia de los celos? ¿Cuánto tiempo duraría el galanteo y cortejo del fornido Manolito el Oso a mis espaldas? Las citas a escondidas, los primeros besos, las primeras caricias, el primer *te quiero*. Eso hizo de ella otra mujer. Comprendía ahora su cambio; yo notaba día a día esa metamorfosis.

Se oscurecieron las canas, volvió el carmín a su boca. Su pérfida boca pintada que besaba ahora otros labios. La pareja para mí eran unos fundamentos sólidos, compactos, algo sobre lo que basar la existencia, los días. Y es que yo soy un hombre que se pierde en la soledad. Esa ilusoria base, esos fundamentos, tenían una grieta que la partió en dos. Esa grieta era yo mismo, era ella, era Manuel Iglesias, era la miseria, era la inseguridad, eran los años.

Aunque había cesado de llover hacía rato, la carretera permanecía mojada. El sol nos acompañaba, sus rayos sesgados hicieron subir la temperatura. A pesar de contar el vehículo con aire acondicionado, bajé las ventanillas y entró un aire húmedo que alborotó nuestro pelo y agitó las hojas del mapa. Elevé el volumen de la radio y bebí otro trago de ron mirando a la muchacha. Sonreía, pero aún aparecía el destello del recelo en sus ojos.

Llegamos a Los Arenales al atardecer y nos dirigimos a uno de los espléndidos hoteles instalados en ese Edén: el Mameian Paradise. Ya en la barrera de seguridad me extrañó que el guarda nos hiciera esperar mientras consultaba algo por el teléfono. Aparcamos y al entrar en recepción, por nuestras apariencias, por llevar escaso equipaje y por ser este establecimiento de los de lujo, causamos gran impresión. Era patente que no éramos clientes con el porte habitual de este tipo de lugares. Allí se veía mucho bronceado caro, mucha piel tostada; gafas, bañadores, raquetas y toda esa maraña del diseño; las marcas, la calidad y la tontería que acompañan al dinero de la gente afortunada y desocupada. Nosotros ni teníamos el carácter, ni la indumentaria acostumbrada en estos lujosos y espaciosos salones limpios como una patena. Sobreponiéndome, me dirigí a la recepcionista con decisión y naturalidad.

—Buenas tardes señorita,
deseamos una habitación.

No comprendía bien el español la pulcra rubia rosada, y además fue sobrecogida por una risa incontenible provocada por nuestras pretensiones que le hizo salir apresuradamente tapándose la boca con una mano por una puerta trasera. Recordé a Óscar:

«únicamente los necios no juzgan por las apariencias». Transcurridos unos segundos apareció otra, ésta ejerciendo una seriedad más profesional. Volví a solicitar habitación, atendió mi demanda dándole la llave a un tipo muy alto que estaba al lado, vestido como para un safari, con salacot y todo. Firmé en el registro escuchando las carcajadas de la oculta.

—Les rogaría que el pago fuera por adelantado, por favor —dijo con acento francés y con una voz nasal y estúpida al recoger el bolígrafo, procurando evitar el contacto.

Cuando lo hicimos y en una cantidad que permitiría

alimentarse a una familia mameiana durante tres meses, nos sonrió. Entonces, el individuo del salacot, un mulato muy presumido, que atusaba mucho su uniforme, nos pidió que le siguiéramos.

Después de caminar a paso ligero bastante trecho a través de frondosos y cuidados jardines, pues el hombre era de paso largo y el sitio era bastante amplio, llegamos al edificio donde se encontraba nuestro alojamiento. La bruja de recepción nos envió a éste sin duda porque no había otro más alejado del área social. Nuestra habitación era la superior de una altura de tres pisos de un edificio de ensueño. La vista era maravillosa. Pensé que no debería de ser muy señorial ni decorativa nuestra presencia en este *resort* de placer, pues nos mandaban a sus confines. Pero no importaba, estaba aquí, y un hombre que moró en Los Misericos no exige demasiado en un sitio como éste. Di una buena propina y unos golpecitos en el gorro a nuestro

guía y cerró la puerta.

—Bueno, como dijo
Tarradellas: «ya soc aquí».

África arrugó la nariz. Con un gesto le indiqué que lo olvidara, que era una tontería mía.

El ventilador del techo giraba sus palas lentamente. Estábamos en una amplia y limpia habitación. Unos rayos de sol oblicuos penetraban por el intersticio de las lamas oscuras de las persianas, las que daban a una gran terraza, donde había dos sillones de mimbre almohadillados. Me senté en uno de ellos y encendí un cigarrillo. Vi cómo se alejaba por el zigzagueante sendero del jardín el del salacot. El ocaso inminente se barruntaba esplendoroso. Las nubes empezaban a colorearse de rosas purpúreos, sobre un azul oscuro de fondo bellísimo punteado con luz de estrellas. Comenzaron a encenderse las farolas y demás luces en el complejo. Parece un anuncio de colonia para televisión, pensé. Ya estaban más que acostumbrados

mis ojos a las bellezas de este país, sin embargo, era ésta una visión grátísima y pacificadora para mí. Mi vida, como para la mayoría del género humano, era vulgar, gris. Pero también había en ella pinceladas como ésta, atardeceres similares en Morúa, pelícanos cayendo en picado sobre el mar, colibríes irisados libando el néctar de las flores, luminosos puntos móviles de las luciérnagas en la noche oscura, explosión de color en miles de parajes de esa pequeña isla caribeña. Estas maravillosas escenas también se pueden contemplar mirando el televisor, sentado en un sofá a cuadros al abrigo de una manta y tomando un café caliente mientras transcurre un frío invierno europeo. Pero no, era yo, era invierno y estaba allí, en el trópico; en esa parte del mundo que ejercía tan irresistible influencia sosegadora en mi ánimo por medio de su salvaje atractivo natural.

Apareció África en la terraza. Acababa de ducharse. El pelo

mojado, las gotas resbalando a través de su largo y esbelto cuello, enrollada en una toalla muy grande y blanca que le cubría desde las axilas hasta los tobillos. No me miró. Se puso de pechos en la barandilla, aspiró aire. En ese momento olfateé un olor suave y delicioso, una fragancia vegetal.

—Tienes un país muy bonito —hablé muy bajo buscando su mirada.

—Ajá —afirmó ella desinteresada.

Intentó ocultarlo, pero su tristeza y desamparo eran evidentes. Ese estado de ánimo amargo que queda cuando desaparece la fugaz novedad en las vidas de los miserables. Una ligera brisa meció sus cortos cabellos. Pregunté que cuántos años tenía y respondió que quince. Intentando yo también aparentar un ánimo contento me dirigí a la ducha, como antes hiciera ella. Al entrar al enorme cuarto de baño quedé impresionado. Abrí con curiosidad uno de los grifos y brotó un

abundante chorro de agua tibia a presión. Recordé Los Misericos. Los días con suerte, salía, por un caño comunal, un hilillo de agua con el que se tardaba una eternidad en llenar los cubos. Después de ducharme, pensando que África seguiría en la terraza y por olvidar la ropa, salí del baño como mi madre me trajo al mundo, pero más grande. Ella miraba algo en uno de sus ojos acercándose mucho y empañando el enorme espejo de la pared a través del cual seguía mis movimientos. Me aproximé por detrás. Sin pensarlo me arrimé a su espalda. Una frontera separaba nuestras pieles, era la húmeda toalla; dejándola caer al suelo bajé la vista y me deleité en la contemplación de su culo redondo, firme, terso. Apreté el miembro a él y abrazándola sentí toda su fragante frescura. En el espejo vi como entrecerraba los ojos y despegaba sus labios en un gesto sobrecogido; también vi unas tetas grandes y firmes en las que los oscuros pezones adquirieron

dureza. Al tacto de mis dedos por su espalda dio un pequeño respingo acompañado por un suspiro. Cimbreaaba lentamente su cuerpo, como una culebra perezosa, friccionaba la suave piel juvenil sobre la mía más usada.

—Todavía soy señorita —me advirtió conduciéndome al lecho.

Besándonos, acariciándonos torpemente, nos tendimos sobre la limpieza de una colcha fresca. El ventilador removía la atmósfera densa de lascivia. Los últimos rayos de sol desaparecieron. Una débil luz exterior nos daba apariencia de sombras sobre las sábanas blancas. Se escuchaba el sonido del oleaje penetrando como una melodía por las ventanas abiertas. Me abandoné; éste era mi descanso, el olvido de tantas palabras y tropelías, el solaz, la liberación de tanto exceso y desorden. Me estremecía su aliento entrecortado. Supuso un gran esfuerzo morigerar el deseo de darle las gracias. La entrega sin doblez exhumó la auténtica

felicidad soterrada, casi olvidada en las cavernas del tormento.

Hacía años que no disfrutaba de las delicias sensuales, de los placenteros juegos de la carne. Con fastidio recordé que los preservativos se olvidaron en el carro. Mi ahogada voz lo comentó, ella dijo que así no podía ser. Tenía razón, no debía ser, pero continuábamos sin detenernos subiendo y subiendo, restregando nuestros cuerpos deslizantes, mordiendo, deseando acabarnos en el otro. Un sudor común nos cubría con olor a sexo y al perfume a rosas del desodorante, excitándonos aún más el apetito. Había algo en mí que me obligaba a buscar destino en algún sitio suave, cálido; y algo en ella que invitaba, dispuesto, ansioso por acoger a lo bienvenido. Luchamos poco por evitarlo, la pasión es más poderosa que la razón. Aniquilándola nos entregamos ya libremente, sin lógica, desatados, furiosamente casi, para llegar ardiendo a una fogata azul en la

que nos deshicimos. Los últimos rescoldos se apagaron bajo el agua de otra ducha, entonces nació en mí un profundo agradecimiento hacia esa mujer que hizo resucitar mi masculinidad.

Ya de noche, cuando llegamos al restaurante, sentí con desagrado las punzantes miradas impertinentes de los distinguidos turistas que lo abarrotaban. Observaban y sonreían mientras hacían comentarios y preparaban su bufet. Con el mismo desagrado pensé que habríamos de servirnos nosotros mismos. Eché en el plato cuatro cosas, ella llenó varios, e incluso repitió de algunos, ignorando el cotilleo y la cursilería de las rollizas arpías foráneas. Sin duda el hambre se sobrepone al pudor. Me placía mirarla mientras masticaba grandes bocados con un apetito acumulado durante años, en los que el arroz y los güandules serían su persistente y monótona dieta. Ahora disfrutaba de las golosinas y finuras de este selecto establecimiento haciéndolo a

conciencia, como cenando para mañana también. Era bonita, demasiado bonita, pero lo mejor de ella, es que era poseedora de esos atributos femeninos que los hombres anhelan reconocer en sus propias mujeres. Un ideal de la femineidad.

Contemplando como un enjoyado loro con más de mil tintes lanzaba disonantes graznidos a un pobre hombre enmudecido, recordé los dulces lamentos de África y cómo abría los ojos impresionada en un cándido gesto de placer. Resucitó el deseo. Cuando terminó su cena sugerí pasar al área de piscina, allí podríamos tomar algunos tragos. La orquesta atacaba las primeras notas del sarao nocturno. A ella no le pareció buena ocurrencia. Su hambre evitó la vergüenza, pero para el alterne no podría vencerla.

—Mejor vamos a nuestro aposento mi amor. Seguiremos gosando —sugirió mientras echaba un brazo sobre mis hombros y se estiraba.

Poco tiempo pasamos juntos. Durante esos días las represiones de tantos años de matrimonio desaparecieron dejando paso a una liviana libertad que permitía el contacto carnal con otra. Nunca le fui infiel a Sonia. Mi peor pecado fue que en alguna ocasión, después de muchos tragos, acababa en el catre de alguna prostituta tosca y asilvestrada, exigiéndome que finalizara algo que nunca pude empezar impedido por el abuso de alcohol y por el compromiso de lealtad con la infiel y traicionera.

Después de esos días golosos, África desapareció de mi vista para pasar a mi historia como uno de los mejores recuerdos en la vida de un pobre hombre. Nada me pidió, poco le di: un vestido, algo de dinero, poca cosa.

Probablemente ahora ya sería madre de uno o de más. Acaso la fresca sonrisa habría desaparecido de su bello rostro; o quizá no, porque esa gente es así, deliciosa.



13/14 **Del agua nacieron
los sedientos**

Capítulo XIII

**Una cascada de brillo
y color**

V. Pisabarro

Marqué el número de teléfono del Hotel Diamante mientras salía a la terraza. La mañana estaba despejada. No había nube en el cielo que interpolara el ímpetu del sol, que a pesar de no estar aún en el cenit, calentó con viveza los almohadones del sillón en el que me senté. Escuché el tono de la llamada mientras a lo lejos, en la playa, veía a la muchacha tumbada sobre una toalla. Estrenó el traje de baño que le regalé. A su lado dos jovencitos de apariencia nórdica charlaban con ella; a pesar de la

distancia se apreciaba el pavoneo, el presumido cortejo juvenil. Al fondo, el mar sosegado y casi incoloro por la intensidad de la luz; plateado, prefulgente; sobre él se afanaba otro en las prácticas del esquí acuático. No tardaron en descolgar. Escuché entonces la voz de Damián.

—Pero qué coño haces tú en este endiablado lío —dije sorprendido y con tono amonestador.

—Pues, ya sabes... Éstos se fían de mí. Creen que podré convencerte para que no hagas ninguna estupidez. Piensan que entre nosotros nos entenderemos mejor para resolver las cosas.

—Y de paso te ganas un poco de dinero. ¿Verdad?

—Pues sí. Ya sabes que me gusta oler donde guisan. Siempre cae algo para un buen chico que hace bien su trabajo.

—Todos los malditos nos juntamos en los asuntos más descalabrados —dije observando un enorme insecto verde prendido

en el techo.

—¡Fran... y sus frases! En fin... Ya me he enterado de lo de tu mujer y de lo del Bienve. Liaste un buen revuelo por aquí. Sólo se habla de la putada que le hiciste a Sonia y a Manolito el Oso. Esto es como lo del saxo, Fran. Son jugadas absurdas pero que a veces, por una extraña lógica que se nos escapa, salen bien. Aunque tienes que reconocer que aquí tuviste ventajas, porque un mirlo como Bienve es difícil de encontrar. Un tío con tanto dinero, tan pedantón..., tan necio, no se encuentra a menudo, no.

—Hablemos de música, Damián. ¿Sabes qué es lo que tengo?

—No, no sé. No me lo han dicho, y la verdad es que prefiero no saberlo. Bueno, ya tienes el dinerito en tu cuenta. Pero qué cabroncete eres. Ahora te toca a ti. ¿Cómo entregarás el saxofón a sus amos?

—Se lo entregaré al Flaquito. Sólo al Flaquito. Si veo a alguien

más, desaparezco para siempre.

¿Queda claro?

Informé del sitio y del momento en que se haría la entrega. Damián lo transmitió a su compañía y al rato dijo:

—Dicen que es mucho tiempo. Que se lo tienes que dar hoy mismo.

—Sí, es mucho. Pero diles que también el tiempo es mío. Sé que en cuanto consigan lo que quieren tendré que irme, y antes debo resolver otras cosas. No les queda otro remedio más que aceptar. Tengo el dinero, tengo el saxo, tengo el privilegio de fijar las condiciones. Estaré en ese sitio en ese momento. No antes.

Escuché claramente los insultos resignados del Flaquito a través del auricular.

—Está bien, Fran, se acepta. Tú sabes que si apareces por Morúa lo vas a lamentar, ¿verdad? —me advirtió.

—Sí, lo sé, pero de todas formas algún día regresaré. Nadie es eterno en el mundo. Todo lo

acaban los años, como dijo Tito Rojas.

—¡Fran y sus frases! En fin... Supongo que no nos veremos en mucho tiempo. Te echaré de menos; a ti, y a tus frases. Dime la última.

—Bay, Damián. Cuídate porque las mujeres contigo van a acabar.

—¿Eso quién lo dijo?

—Luis Segura.

—Pues seguramente sea así.

Bay, pendejo.

Damián tenía razón; no podría aparecer por Morúa durante mucho tiempo.

Uno de los muchachos ofreció un coco a África, ella lo tomó y bebió su agua inclinando la cabeza hacia atrás, al tiempo atendía con la mirada a otro que explicaba algo señalando al mar. El calor hacía sudar. Pasé dentro y extraje de un armario el estuche. Me senté y lo abrí en el suelo. Al levantar la tapa apareció el saxófono encajado en mullido terciopelo rojo. El sol hizo

resplandecer el metal bruñido en ráfagas de luz dorada que se estrellaban contra las paredes. Lo miré detenidamente intentando resolver el enigma. ¿Qué oculta?, me interrogué a mí mismo. Era un instrumento sin ninguna particularidad. Nada en su apariencia explicaba el ansia y el gasto del Flaquito por recuperarlo. ¿Sería de oro? No, evidentemente no lo era. Incorporándome me situé frente al espejo con el instrumento entre las manos preparado para arrancar la primera nota. Soplé apretando alguna de las llaves. Nada. No emitió ningún sonido. No admitía aire. La respuesta a la incógnita estaba en su interior. Volví a soplar apretando ahora otras. No ocurrió nada diferente a la vez anterior. Elevé el saxofón hasta poner su curvatura a la altura de mis ojos y con los brazos elevados apreté la última paleta; instantáneamente, se oyó un breve ruido metálico de descarga que por ser tan repentino me asustó. El secreto quedó

retenido en el codo del instrumento. Me acerqué a la cama y saqué de su interior la pieza de metal que sirvió de tapa a lo oculto. Después, ladeándolo, vació por su boca una cascada de brillo y color que cayó sobre las sábanas donde refulgieron decenas de piedras preciosas. Los rayos del sol reverberaban en el montón, brotaban los destellos coloreados con una viveza que casi cegaba los ojos.

Es imposible describir las inefables sensaciones que sentí al contemplar la belleza de tan extraordinaria aparición. Caí de rodillas y llené el cuenco de mis manos con algunas de las piedras. Admirado, preso de la poderosa influencia de ese esplendor que impedía que mi asombro desapareciera, resultaba difícil salir del pasmo, pero era aconsejable dominarse y guardarlo antes del inminente regreso de África. Antes de hacerlo clasifiqué y conté todas las piezas, teniendo la precaución de mirar entre las

sábanas y por el suelo para comprobar que ninguna se extraviaba. Memorice la relación. Había treinta y cinco diamantes, algunos extraordinariamente grandes; ciento cuarenta esmeraldas, la mayoría con gran pureza de color; doce zafiros con brillo de perlas, quince rubíes de fulgor sangriento; y un par de ópalos lustrosos y casi transparentes.

Concluido el recuento, se apaciguó algo mi ánimo exaltado. Enfundé un calcetín negro en otro de igual color, ahí introduje el tesoro, después lo oculté dentro del televisor de la habitación.

Ya atemperado, agarré el saxo y soplé. Ahora sí salía el más dulce de los sonidos por su caño. En ese preciso momento entró la muchacha oliendo a mar. Acercándose lo apartó de mi boca para darme un dulce beso con sabor a coco. El tremendo descubrimiento eclipsó su presencia. Mis prolongados silencios y el desinterés por todo lo

ajeno a las piedras preciosas hicieron desistir a la muchacha de sus inútiles intentos de atraer mi atención. Era como una fantasmagoría para mí. Deambulaba de un sitio a otro, salía y entraba del balcón, encendía y apagaba la televisión, toqueteaba los botones del aire acondicionado, cantaba. Se aburría. Llegó la hora de cenar y ella bajó sola al igual que antes a comer, después de insistir reiteradamente para que la acompañara. Yo no podía comer. Eran tan poderosas las fuerzas de mis alborotadas reflexiones y emociones que se hacían irresistibles. Me limitaba a fumar, a beber ron, a pensar.

El hallazgo trastocó todos mis planes desorientándome sin saber qué hacer. Antes aparecía muy definido el camino por el que avanzar; ahora se abrían múltiples posibilidades que aturdían el razonamiento.

¿Cuál sería el valor de las piedras? No tenía dudas que sería

altísimo. ¡Estados Unidos! Sí, podría instalarme en Miami o donde se me antojara. Tomar un avión y en tres horas pisaría el suelo de Nueva York. Allí haría las gestiones con calma, sin precipitaciones. Tenía en Puerto Rico ciento treinta mil dólares y en ese momento casi otros ochenta mil al alcance de la mano. De ello podría disponer hasta que vendiera de la forma más conveniente el tesoro del Flaquito. Sabía de lo delicado y peligroso que sería colocarlas. Esas joyas seguramente eran fruto del robo y quién sabe si no tenían un rastro de sangre tras de sí; pero estaba seguro de ser capaz de hacerlo. ¿Venderlas? Sí, y luego qué. No me podría engañar a mí mismo pensando que residiría complacido en el país de J.J. Acaso la ignorancia me imponía los prejuicios, pero lo intuía irrazonable, con el caos extremadamente ordenado. Yo no podría vivir allí durante mucho tiempo. ¿Jamaica? ¿Costa Rica? Podía hacerlo. El dinero es el

mejor pasaporte para ir donde se quiera. Entonces ¿por qué, muy en el fondo, lamentaba el descubrimiento? ¿Por qué la posibilidad me hacía indeseable el resultado? Sería rico, independiente. Podría abrir los ojos felizmente cada mañana sabiendo que tenía el futuro resuelto. No dependería de nadie; no vería a quien no desease ver. Disfrutar del placer de ser un excéntrico respetado. Tenía la definitiva posibilidad de gozar del blindado futuro que tanto anhelé en mis manos. Entonces; ¿por qué no brincaba loco de alegría? ¿Por qué no estallaba la felicidad? ¿No era esto por lo que vine a este país? No. No era eso. ¡Qué fácil es ganar dinero! La mayoría piensa que es muy difícil, pero es sencillo. Ganar dinero es lo más fácil del mundo, cuando lo único que se quiere es dinero; cuando lo único que se desea es ganar dinero. Si no hay que vencer escrúpulos, si nos desentendemos de la reputación, si es muda la

conciencia, si aprendemos a convivir con la traición, si no se sienten las náuseas por uno mismo, es fácil hacerse rico, aun partiendo de la nada. Cualquiera puede serlo si en realidad lo único que desea es dinero. Yo era más ambicioso. Deseaba todo. Quería riquezas pero también tranquilidad de espíritu, paz. Me respetaba demasiado para ser un amoral. Qué sentido tiene el gozar de bienestar y caprichos materiales con desazón de conciencia. ¿Bastardear, macerar mi propia dignidad, para disfrutar del premio de vivir como los fatuos clientes de ese hotel? Una vez descargado el peso del odio vengador al vender la empresa, ¿qué quedaba? Una atroz amargura y ochenta mil dólares. Sólo dinero, nada más. Tampoco me tentaba la posibilidad de conjurar definitivamente el riesgo en mi vida. Sabía que es imposible, el riesgo hace su nido en todos los rincones. Además, yo ya estaba fogueado, me acostumbré a vivir con la

inseguridad, con la incertidumbre; perdí el respeto al porvenir, aprendí del arte de contentarse con poco. Ni el miedo, ni la previsión, ni la compañía me harían renegar de mi ingenua autoestima. No tener deudas, que nadie pudiera hacerme ningún reproche; ésa sería mi mayor libertad. ¿Merecía esto ser sacrificado por la riqueza? ¡Sí!, respondería al unísono y con estruendo la mayoría de la humanidad. Pero yo era un raro imposibilitado para la riqueza. Estaba decidido y lo supe para siempre; entonces, cuando pude ser rico.

África recuperó su protagonismo. Liberado de estas dubitativas tribulaciones que me agobiaron durante mucho tiempo, surgió una tibia alegría mezclada con la placidez de los sentidos. La muchacha me tomó un afecto fraternal. Yo sabía que no era la clase de hombre por el que ella perdería la cabeza. Por eso me bastaba y no le exigía nada más. A pesar de todo, fue hermoso que

dos personas tan disímiles nos atendiéramos con tanta delicadeza. Paseábamos por la playa al atardecer y los hombres me envidiaban; si nos hubieran descubierto mientras cantábamos canciones de amor a la luz de las velas, me habrían envidiado aún más, aunque no sabrían explicarse por qué.

Me esperaba abajo y yo estaba a punto de salir precisamente a dar uno de esos paseos, cuando dieron unos golpes a la puerta que me sobrecogieron.

—«Ta, ta, ta, taaaán...»

Chespírito no me defraudó:

—Abajo tiene a sus carajitos, señor Fran.

Nos saludamos y con nerviosismo provocado por la alegría, me precipité queriéndole demostrar mi gratitud. Saqué de mi cartera una cantidad que ya tenía preparada.

—Gracias, Chespírito. Y aquí tiene usted los diez mil pesos convenidos.

—Muchas gracias, señor

Fran, pero no se los recibo. Estoy en deuda con usted por el negocio de la lotería. El resto le prometo que se lo cobraré a Licinio talde o temprano. Yo di mi palabra por ese hombre, y mi palabra se respeta porque es el único valor que tengo.

—Insisto en que tome el dinero, es lo que le prometí por este servicio. Además usted se arriesgó mucho. Si le descubren ahora estaría preso; y aún tiene que regresarlos.

—No se apure, Fran. No es para tanto. La cosa fue fácil; como ellos me conocían se vinieron conmigo de buena gana, les dije que los iba a llevar con su padre y se pusieron muy contentos. Los esperé en la puerta del interior del colegio y salimos por la parte de atrás. Ahora los estarán buscando y esos pendejos pensarán que se los ha llevado usted al infierno.

—Sí, pero cuando regresen dirán que no fui yo, que fue usted el que los recogió.

—Eso es cosa mía, Fran. No se apure y baje que le están

esperando en el jaldín.

—¿Y cómo los piensa devolver?

—Más fácil. Cuando llegue a la entrada de Morúa le diré a un motoconcho que los lleve a la casa de su madre, que yo sé dónde es.

No podía marcharme sin dejar de ver a mis hijos. Sabía que no los tendría a mi lado durante muchísimo tiempo. Eso era lo que más amargaba mi alma. Le supliqué a Chespirito que me los trajera para despedirme de ellos y darles una explicación de mi ausencia.

Al bajar al jardín, antes de aproximarme a ellos, los observé desde la distancia durante un buen rato. En su inocencia no podían evaluar la gravedad de la situación y se divertían lanzándose barro. No pude eludir el llanto y tardé bastante en dominarme. Chespirito trataba de consolarme dando afectivos golpecitos en mi hombro, mientras decía:

—Valol, Fransito, ánimo.
¡Fuelsa!

—Mis criaturas, mis corderitos —decía yo entre sollozos—. Prométame que estará pendiente de ellos mientras yo esté retirado, Chespirito.

—Descuide, Fran. Ánimo, Fransito. Apresúrese los tengo que regresal.

Me acercaba a la praderita donde ellos se entretenían jugando cuando el pequeño, señalando al descubrirme, gritó:

—Papá.

Iniciaron una larga y rápida carrera hacia mí. Yo, conmovido, hice lo mismo atravesando un pequeño estanque con flores de loto y espantando a los patos que en gran cuantía allí había. El alboroto que causaron los palmípedos hizo que uno de los sujetos de los de salacot tocara un silbato y me llamara la atención mientras corría asimismo detrás de mí. Chespirito corrió a su vez tras él tratando de evitar la interrupción de un emotivo encuentro.

—Hijos míos —los besé a cada uno múltiples veces—.

¡Perdonadme! Perdonad a vuestro padre.

—Papi, no queremos ir con mamá, queremos estar contigo. No queremos ir a misa.

Pobres niños. Estarían configurándose dos caracteres inseguros ante tantos cambios y avatares en su vida. Cambio de nación, cambio de colegios, cambio de amiguitos, cambios de hogar, cambio ahora de cabeza de familia.

Mostré con total franqueza mi adoración por ellos, también les afirmé que nuestra desunión sería breve y que volveríamos a reunirnos en cuanto las cosas se ajustaran. Ellos lloriqueaban al igual que yo, repitiendo que querían estar a mi lado aunque pasaran hambre como en Los Misericos.

—Ese hombre nos compra muchas cosas pero no le queremos. Tú eres nuestro padre verdadero —dijo el mayor.

Pasado un rato, y cuando ya se aburrían de quererme, entregué

a Robertito el sobre con un cheque de sesenta mil dólares, casi todo lo que pagó Bienve por la empresa. Le hice el encargo de dárselo a su madre en cuanto la tuviera delante. También le di una carta para ella.

Al recibir el sobre con la carta y el cheque el niño dijo:

—Toma papá, es una poesía que hice para ti.

Desplegando el papel cuadriculado en que estaban escritas las amorosas letras comencé a leer: «Mi padre está loco, ¡qué se le va a hacer!...» Fue imposible continuar, una cortina de agua en los ojos me lo impedía.

El pequeño me regaló su juguete predilecto: el llavero metálico articulado. Todavía lo llevo encima; cuando alguien contempla el movimiento de las dos figuritas, una sonrisa aparece en su cara, para mí es un recuerdo doloroso.

El corto tiempo que pude disfrutar de su compañía se consumió rápidamente. Miré por última vez sus caritas con rastro de

lágrimas mientras se distanciaban
diciéndome adiós desde el viejo
automóvil que conducía
Chespirito, retornándolos al lado
de su madre. Qué vacío me sentía.
Qué haría ahora, si ya no me
quedaba nada, sólo las ganas de
llorar. Aún la polvareda que
levantó el vehículo en su partida
permanecía en el aire, cuando se
aproximó por detrás África y ciñó
mi cintura.

—¿Quiénes eran esos
carajitos con los que tú hablabas?

—Mis hijos. No los volveré a
ver durante mucho tiempo.

Ella me abrazó con más
fuerza. Así permanecemos durante
unos instantes, en silencio, solos
en medio del camino polvoriento.

La carta que entregué al niño
para Sonia decía así:

Sonia:

Perdóname por jugar
sucio y liquidar la
sociedad. Era tuya, sólo
tuya. Tú la levantaste con

esfuerzo y dedicación. La operación fue legal y no se puede remediar, pero el dinero te pertenece, por eso te envió con el niño un cheque. El resto del importe de la venta te lo devolveré en cuanto pueda.

Lo hice por despecho y por herirte. Yo te vi con mis propios ojos junto a él. Quizá así logres comprender la sentida razón de mi comportamiento. Después entendí que era absurdo quererte herir, pues con eso el único que se hacía daño era yo mismo. El que recibe las heridas siempre soy yo.

He conseguido dejar de odiarte. Ojalá no tardes tú en hacer lo mismo conmigo. Ya sé que esto no disculpa todo el daño que causé, pero, sinceramente te digo, que comprendo tu decisión, aunque la haya

sufrido tanto.

Nos conocimos muy jóvenes. Tú eras sólo una niña. El nuestro fue un romance incompleto porque enseguida fuimos padres. Esta responsabilidad impidió que llegaras a ser tú misma. Viviste siempre con paciencia a la sombra de mis fantasías. ¡Me equivoqué tantas veces! Te obligué a hacer maletas desde que saliste de casa de tus padres. Un hombre como yo no puede dar otra cosa más que sinsabor y disgustos; eso lo sabes tú muy bien después de la ingratitud de tantos años junto a mí, en una convivencia tan destemplada.

Yo sé que durante todo este tiempo me quisiste, aunque también sé que lo hiciste con la ternura que un adulto siente por el

juguete preferido de su infancia; se le aprecia por la felicidad y compañía que nos dio, pero ya no provoca nuestro interés para jugar con él, porque no casa con la lógica de los años del adulto responsable.

A pesar de todo, cerraste los ojos a tu error y te resignaste a seguir a mi lado. Lo advertía por tus caricias, por tus miradas misericordiosas; sabiendo que sólo permanecías junto a mí por los niños. No es extraño entonces que un corazón vacante se abra a otro.

Me voy; desapareceré de vuestras vidas durante un tiempo. Es lo más sensato. Después regresaré para arreglar nuestra situación. Quizá las cosas cambien. Puede que mi recuerdo ahora te sea desagradable, pero ¿y después? También fuimos

dichosos. Vivimos mucho
juntos, eso no desaparece
así, sin más. Deberás
romperme el alma dos
veces para conseguir que te
olvide. No nos merece la
pena el odiarnos;
deberíamos
compadecernos.

Fran.

PD: Podrás saber de mí en
el Hotel Montserrat,
llamaré allí de vez en
cuando diciendo por dónde
ando.

Escribí arrebatadamente, sin
discurrir sobre lo que estaba
expresando. Deseaba que supiera
que me marchaba, que no la
culpaba y que intentaba quitarle
importancia a nuestro fracaso para
no martirizarnos.

La visita de los niños hizo
desaparecer la favorable
recuperación que se estaba
operando en mí. A decir verdad,
no pensé demasiado en ellos. Fue

tal el cúmulo de sucesos desde que abandoné mi casa, que difuminaron su recuerdo. Sin embargo, al estrecharlos entre mis brazos recuperé sentimientos. También sentí la cruda gravedad de nuestra separación. Abatido por una desoladora melancolía busqué el amparo de África, y ella me asiló en su benéfica simplicidad.

Esa noche tampoco deseaba salir a cenar, pero fue tanta su insistencia que no me quedó más remedio que complacerla.

A esas alturas éramos conocidos por la mayoría de los clientes y por el personal del hotel. No sólo no cesaron los cuchicheos y comentarios sobre nosotros, sino que aumentaron, llegando incluso a reírse sin reparo en nuestra presencia alguno de ellos. Durante la cena, no pudiendo soportarlo más, me acerqué a la mesa que normalmente ocupaban las cotillas más persistentes, cuatro mujeres de edad avanzada, de apariencia acomodada, muy enjoyadas y compuestas siempre a esa hora;

cuatro aves crepusculares de color ceniciento, que en su canto parecían repetir: ¡Piojosos graciosos! ¡Piojosos graciosos!

Con una sonrisa franca y en un tono de voz modulado y afectuoso pregunté:

—¿Saben ustedes hablar español, señoritas? —dijeron que no y permanecieron atentas, entonces continué—. Ante ustedes, grandísimas putas viejas, tienen a un hombre que se reprime con mucha dificultad las ganas de daros unas cuantas patadas en un mal sitio; no porque sea un caballero, ni tampoco porque los prejuicios, por ser como sois unos carcamales, me lo impidan, sino más bien, por el temor a que me expulsen los del salacot de malas maneras de este bonito *resort*. No sé de dónde procedéis, pero para regresar con un recuerdo de unas vacaciones más completas, os recomendaría que en vez de cotorrear de almas castas y puras, buscarais compañías complacientes y con buenos penes

para que os satisfagan las ganas que sin duda arrastráis desde hace muchísimos años; a ver si así, por esta dicha, y ya sosegadas, perdéis interés en las vidas ajenas por disfrutar del recuerdo; viejas y muy maliciosas señoras. Y ahora alzo mi copa y brindo porque así sea; y también, para que os dé un cólico a cada una y os vayáis pata abajo.

Ellas, al ver que era un brindis lo que proponía, brindaron de muy buen agrado; mientras, riendo, decían:

—Chin, chin.

No sospecharon de la mordacidad de mi discurso por haberlo dicho yo muy cortés, comedida y simpáticamente.

Salíamos del restaurante y nos dirigíamos a la habitación aliviados, África del hambre, yo de la inquina, cuando nos encontramos sorpresivamente con Nuria y Jordi.

—¿Pero qué hacéis vosotros por aquí? —pregunté con alegría.

—Ya ves, hijo mío,

descansando del hotel en un hotel.
¿Y tú? —dijo Nuria mirando sin
disimulo a mi acompañante.

—Estoy derrumbándome,
queridos amigos.

—¡Joder! Hostias. Qué
filosofador y qué trágico eres
—dijo Jordi.

Capté en el rostro de Nuria un
interés extraordinario en ese
instante.

—Tenemos que hablar. ¿Por
qué no nos sentamos y tomamos
algo? —sugirió.

—Yo si ustedes me excusan
me retiro —dijo África.

Una vez más, demostró esa
intuición para captar situaciones y
su admirable respuesta ante ellas.
Esa exhibición de buenos modales
en una persona con tan poca
educación, demostraba una
inteligencia exquisita. Entendió
inmediatamente que su ausencia
era el mejor regalo que nos podía
hacer, porque si hubiera
permanecido entre nosotros sería
una indeseada presencia muda
entre personas que no podrían

expresarse a su antojo.

Después de acomodarnos en una de las mesas cercanas a la piscina, pedimos un servicio de Casteló. La brisa repentina agitó con viveza los manteles y los toldos que nos cubrían.

—Me alegro mucho de que nos encontremos, de verdad —les dije sinceramente—. Me marché para España durante una temporada y me dolía no volver a verlos durante mucho tiempo.

—Te hemos quitado mil canas. ¿A que sí? —dijo Jordi irónicamente—. No te enfades, Fran, pero es que me parece ocurrente ese dicho tuyo.

—Pues sí. Iba a decirlo; me lo has quitado de la boca.

—¡Ay, Fran! Siempre el mismo. Nunca cambiarás.

—Como dijo Óscar Wilde: no hay hombre que no sea, en cada momento, lo que ha sido y lo que será.

—No entiendo tu admiración por Wilde. Era un desvanecido. ¿Qué te hace admirarlo?

—El hecho comprobable de que Wilde, casi siempre, tiene razón. Como muy bien escribiera Borges.

—Bueno, dejemos lo sublime y hablemos de lo vulgar que es lo verdaderamente importante. Sabes que has causado un tremendo escándalo por Morúa, ¿no?

—¿A qué te refieres?
—pregunté.

—¡Joder! Collons. ¿A qué va a ser?

—Es que puede ser por varias cosas.

—Pues por lo de la venta de la empresa a Bienve. Resulta que esto ha destapado lo otro, lo que sabía todo el mundo menos la turca ignorante. Porque anda que no ha tardado en darse cuenta la señora.

—¿De qué? —pregunte yo.

—Pues que Bienve tenía una mantenida a la que le compró tu empresa. Además de otras historias que a raíz de ésta salieron —dijo Nuria—. ¿O es que tú no lo sabías siendo tu secretaria como

era?

—Claro que lo sabía. ¿Y cómo fue la cosa?

—Pues parece ser que alguien avisó a la mujer de lo que se cocía en sus propias narices —continuó Nuria—. Yo creo que ha sido la misma muchacha quien destapó todo, teniendo como tenía ya la sartén por el mango. Ahora no tendrá que aguantar a Bienve porque tiene su propio negocio.

—Pero si hace muy poco tiempo de lo de la venta —dije yo.

—Pero hace mucho que la secretaria quería beberse la leche de la vaca, y en cuanto la ordeñó lo hizo. La cosa fue así: la turca lo ha echado de la casa y no le deja entrar. Bienve anda por Morúa dando la murga a todo el que se deja. Dice que va a iniciar sus memorias y ya hay muchos que le faltan al respeto. La otra noche le llevaron preso. Estaba borracho y pegó tres tiros al aire porque un camarero dijo que él no era académico. Lo malo es que no tiene permiso de armas y cuando

se lo exigieron dijo que los españoles no lo necesitábamos al igual que otras muchas licencias, por derecho de descubrimiento y conquista. Como decía estas barbaridades y opuso resistencia, le montaron en el carro a palos; mientras, él pedía los nombres y el número de los policías amenazándolos con que se les iba a caer el pelo por dar trato semejante a un diplomático español y que necesitaba hablar inmediatamente con el gobernador de La Isabela.

—¿Y todavía está preso?

—pregunté.

—No. Ya le han soltado. La turca se va a meter en pleitos para dejarle sin nada. Parece ser que no están casados y que todo es de ella. Incluso el dinero con el que te compró la empresa. Mientras, la otra, Altagracia, tampoco quiere saber nada de él. Ayer mismo le echaron de la empresa a empujones los familiares de la desagradecida. O sea un desastre de académico. Pero se lo tenía

merecido. No por putero, sino por bocazas y relamido —sentenció Nuria.

—Por otro lado, anda detrás de ti Manolito el Oso. Dice que te quiere apretar la nuez por el mismo asunto, que cuando te encuentre no te va a llevar a los tribunales, sino que te va a arreglar las cuentas él mismo. Compró, según parece, maquinaria en la que se gastó un buen dinero...

—Sabéis lo de Sonia ¿verdad? —interrumpí a Jordi.

Ellos callaron durante unos instantes, se miraron uno al otro y no dijeron nada. Jordi se limpiaba la ceniza del pantalón y Nuria introdujo su mirada en el fondo de un vaso.

—Pero sigue —le animé a continuar a Jordi.

—Bueno... pues sí. Lo sabemos. Y en Morúa lo sabe todo el mundo. Cundió como mancha de aceite. Ya te dije que este negocio destapó varios asuntos. Ahora eres el héroe de todos y celebran que les dieras tan duro.

Dicen que eres muy listo y que más le duele a una mujer que le quites la moneda que le des una golpiza.

Sostenía la mirada en las manos de Nuria. Unas manos de apariencia fría, blancas y finas. Me complacía observarlas, al igual que cuando me echaba las cartas. Las hojas de las palmas se balanceaban cadenciosamente, la brisa refrescaba y volaba servilletas y vasos de papel.

Jordi conocía el preciso momento de permanecer en silencio. Dejaba hablar a su mujer. Ella lo hacía despacio, emocionada. Se refería a nuestra separación tratando de evitar la ofensa. Había algo de fascinador en la voz suave y lánguida de esta bruja. Yo bebía febrilmente.

—No tengas miedo de nada. ¡Vive! ¡Vive la maravillosa vida que existe en ti! Todos somos amos de nuestro destino, hacemos de nuestro porvenir lo que queremos hacer. La mala fortuna, la fatalidad, no tienen nada que

ver.

—Parece mentira que seas tú quien diga esto, con la inclinación que tienes por lo oculto y todo eso —dije interrumpiendo.

—Precisamente por eso, mi amor. Las cartas dicen lo que tú vas a hacer, no lo que tienes que hacer. A propósito, y antes que se me desmemorie, ayer precisamente soñó contigo mi hija Lelín. Dice que te veía tocando un saxo y que le dabas mucha pena.

—¿Y por tocar un saxo le daba pena? —pregunté atemorizado y maravillado.

—Ay, hijo mío, no nos hagas caso, que en esta familia estamos todos locos.

—Bueno, señores, como veo que la conversación deriva a cuestiones nigrománticas y que a mí éstas me importan un huevo, yo me retiro a dormir, que estoy muy cansado —se despidió Jordi con un gesto de resignación, diciendo: Ya sabes que soy un misántropo. Aunque odio a la gente, me gustan las personas. Te deseo lo mejor,

Fran; porque te aprecio de veras y porque lo mereces.

El bar cerró. Nuestra mesa era la única ocupada. Las horas pasaron, comenzó a llover y continuamos conversando como nunca hasta entonces lo habíamos hecho. Ella me habló de las cosas que todos guardamos en el interior de un cofre con siete llaves. Yo hice lo mismo.

—Cada vez que me acuerdo de ella rememoro sólo cosas bellas, las desagradables se borraron de mi memoria. Tanto tiempo junto a ella tiene que dejar su rastro de cariño. Creo que ya estaré siempre solo; que nunca encontraré a nadie a mi lado.

—Pero, ¿es que tienes telarañas en los ojos? No hay ningún primoroso sobre la tierra. Ella te dejó, se fue con otro. Cuando pase tiempo caerás en la cuenta de que nadie es indispensable para que goces y disfrutes de tu vida, lo puedes hacer con cualquiera. Todo depende de ti, de nadie más.

Procura olvidar.

Pensé que era mejor dejar el tema, llevábamos mucho rato tratando sobre lo mismo. Ya se agotaban los argumentos y las explicaciones, comenzaba a resultarnos tedioso.

—¿Continúas siendo tan precisa en tus predicciones?
—pregunté.

—Pues sí, hijo mío. Y esto ya me está cansando un poco, todos los días le tengo que echar las cartas a alguien.

—Me gustaría que me las echaras a mí antes de irme —le solicité.

—A ti no me importa. Espera un momento que enseguida regreso.

Se marchó en busca de las cartas. Encendí otro cigarrillo. Descubrí a un vigilante apoyado en una palmera. El arma, una escopeta del calibre doce, tenía el cañón sobre su pie. Le saludé levantando una mano, devolvió el saludo sonriendo y resaltó su dentadura en la oscuridad. Seguía

lloviendo. Miré a mi alrededor, al fondo el mar. Escuché por primera vez en esa noche el ruido de las olas. Los edificios del complejo daban la sensación de ser un decorado de teatro por ese tipo de arquitectura efectista, hecha con la intención de impresionar con su tipismo a los viajeros. La zona, iluminada aparentemente de un modo caprichoso con un subido tono ambarino sin estridencias, contribuía con su baja intensidad a sedar los ánimos más agitados. La vegetación exuberante como en casi toda la isla, aunque aquí, aprovechando el orden natural, también obró maravillas las manos del jardinero. Se disfrutaba de un frescor, de una diversidad y un colorido extraordinario.

La primera y, hasta ese momento única vez en que me echó las cartas, Nuria predijo mi ruina, que todos los negocios que emprendiera me saldrían mal y, lo único increíble para mí en aquellos días, vaticinó que Sonia me abandonaría.

Regresó al cabo del rato con una botella de ron que se vació y concluimos cuando ya se distinguía la raya del horizonte. Emergía un día gris. Las edificaciones ahora mostraban claramente sus tonos pastel. Ya se veía trajinar afanosamente a los del salacot arriba y abajo. El vigilante continuaba en el mismo sitio y en la misma posición. Ella juntó las cartas y se marchó a reposar.

—Que Dios te dé todo para que no tengas que agradecer nada a nadie —fueron sus últimas palabras.

Aún permanecí sentado un momento más, hasta apurar el último cigarrillo. Mientras, reflexionaba sobre lo que Nuria había predicho en esa larga noche. Cuando cerré tras de mí la puerta de la habitación me pareció entrar en un sitio antiguo, acogedoramente familiar. La luz natural hacía innecesaria la luz de la mesita de noche que África había dejado encendida. Dormía

con el sueño profundo de los invulnerables. Anhelé dormir yo también de esa misma manera junto a la blanda suavidad de su piel oscura; la mullida cama era una tentación casi irresistible. Pero no podía abandonarme al descanso. Era la fecha señalada para la muerte de varias realidades. En esa misma mañana saldríamos de esa habitación para siempre. Ese mismo ventilador seguiría dando vueltas monótonamente al igual que lo hacía ahora agitando la punta de la sábana que cubría a la bella muchacha; seguiría girando y girando para refrescar a otras personas, a otras angustias, a otros sueños; nuevas historias se representarían entre sus paredes. Mi fantasía me llevó a imaginar que nuestros gloriosos momentos no saldrían nunca de esa habitación; y que si alguna vez volvía a entrar por su puerta, estaba seguro de encontrarme otra vez con ese aroma, con ese calor, con esa luz, con ese aire familiar, con la dichosa frescura apasionada

de la joven muchacha. Me complací por última vez en la visión de su cuerpo y tuve lástima de mí mismo. Abrió los ojos y al verme sonrió sin despegar los labios; me agarró de una de mis muñecas y se estiró deliciosamente. Al ladearse dejó a mi vista la esbelta curvatura de su espalda, la desnuda nuca inclinada hacía apetecible depositar un beso en su cálida tersura. Me agradaba verla disfrutar en su pereza, pero al fin dije:

—Llegó la hora de irse. —Y como para mí: ¡Que me aspen si me entiendo!

—No, mi amor..., no quiero irme —decía con voz de niña mimada y con un tenue gesto de fastidio, aunque sabía muy bien lo inevitable de nuestra marcha—
¿Por qué no nos quedamos? Mi amor... ¿Qué va a pasar conmigo? No te vayas.

—No hables así porque me obligarás a quedarme y después no dejaré de arrepentirme —la ternura de mis palabras nos sorprendió a

ambos.

¿Que pasaría por su imaginación durante los largos momentos en que nos miramos? La boca entreabierta y sus ojos inmóviles en los míos transmitían la intensidad de sus pensamientos.

—Sí, tienes razón, te arrepentirías. Y si te pido algo no me lo des. ¡Dios mío! ¿Por qué habré dicho eso? ¡Qué pendeja! Y tú... ¡qué pendejo!

Teníamos el mismo destino, por eso fuimos juntos hasta la capital. Durante el largo viaje apenas dijimos nada, casi comenzamos a olvidarnos en nuestra presencia. La inminencia de la separación nos hizo desear que se produjera cuanto antes. Cada uno tenía sus planes para el futuro, y éste ya había comenzado.

Me costó mucho trabajo encontrar el barrio y después la calle de una pensión de la que ella tenía referencias. Al descubrirla nos apeamos con la espalda sudorosa y con el cuerpo y el alma entumecidos. Saqué del coche una

bolsa en la que llevaba sus escasas pertenencias y al entregársela fue la última vez que sentí el roce de nuestras pieles. No recuerdo las palabras de despedida porque fueron insustanciales, las de dos extraños que se acompañaron y que se separan sabiendo que nunca volverán a encontrarse. Pero no se me olvida que en esa calle terrosa había muchos árboles centenarios coronados por el sol y que, a su sombra, algunos hombres jugaban al dominó y unos niños descalzos vendían fruta.

Ya en marcha miré por el espejo retrovisor, para observarla por última vez, la vi hablando con otra mujer que señalaba la sucia pensión. Algún día, cuando en mi afán por recordar historias adormecidas por los años, buscara en algún cielo de mi memoria, aparecería ella con la fresca sonrisa en el rostro.

No tardé mucho en llegar al aeropuerto de San Nicolás. Allí entregué el coche y, después de facturar el equipaje, esperé en la

cafetería. Faltaba una hora para embarcar en el avión que me trasladaría a España.

Esperé sentado cerca de los grandes ventanales contemplando las pistas. Me resultaba chocante que la última visión que tendría del paisaje de la isla fuera tan plano y despejado. Incesantemente, los monstruos del aire se posaban con sutileza en la tierra y despegaban extraordinariamente, casi milagrosamente. No había mucho público en la limpia y luminosa cafetería, gracias a eso pude elegir una de las mesas más discretas y mejor situadas. Por supuesto que pedí, y con más justificación que nunca, un Casteló añejo a la roca. Mientras la bonita camarera lo servía con una coquetería necesaria para las buenas propinas, apareció el Flaquito sentándose inmediatamente a la mesa. Esperó a que la muchacha desapareciera sin quitar la vista del estuche que estaba en el suelo. Apagó su cigarrillo aplastándolo repetidamente en el cenicero y

después de tomar aire
prolongadamente dijo:

—Bien. Lo has traído.

—Sí. Pero lo que te interesa no está ahí dentro —arrojé sobre la mesa el embutido calcetín negro que sonó en la tabla como si se dejaran caer los pedazos rotos de un vaso de cristal. Él lo miró desconcertado al tiempo que tanteaba con las manos, evaluando la cantidad de las piedras—. Están todas. No conseguí volver a situarlas dentro del instrumento, no supe cómo poner la tapa.

—Entonces ya sabes lo que has traído —me miró como si se estuviera haciendo la pregunta de por qué estaba yo allí y no en la otra parte del mundo—. Eres más idiota de lo que yo pensaba.

—Te voy a sorprender aún más —saqué del bolsillo de la camisa un cheque y también lo lancé a la mesa—. Es el dinero que me ingresasteis en Puerto Rico. Bueno..., falta medio millón. Pero es lo acordado por hacer el encargo y yo lo hice, aunque un

poco tarde, eso sí.

—Sí, me has sorprendido aún más. Y eres más gilipollas de lo que pensaba hace un momento —apareció una despreciable sonrisa desconcertada en su cadavérico rostro—. Si devuelves ahora todo; no entiendo por qué lo exigiste. Tampoco entiendo por qué, si has descubierto una fortuna que puede arreglar tu vida, me la entregas arriesgándote a que yo te la quite —hizo un gesto levantando la barbilla para que yo volviera la cabeza, lo hice y encontré la mole de la Negra Pola a mis espaldas. Al ser reconocida su presencia, se apresuró a sentarse a mi lado, haciendo patente su idiosincrasia tabernaria al mostrarme la lengua mordida por su aurífera dentadura en un claro gesto de amenaza.

—Mira lo que traje para ti mi amol —me habló con la ternura con que un enamorado expresa su amor, levantándose la camisa para mostrarme el largo y afilado cuchillo que cortó la oreja de un

chino. Pero no consiguió impresionarme ni siquiera con la maligna sonrisa que mostraba sus dientes de oro.

—No me arriesgo a nada. Creo que eres lo mínimamente sensato para no complicarte la vida una vez que tienes lo que deseas. Podrás imaginar que si intentáis algo contra mí, me pondría a chillar como un descosido. Los gritos harían imposible que...

—Bueno, bueno..., vale. Corta tío. Está bien; no te vamos a hacer nada. Pero si vuelves a aparecer por Morúa... Mejor dicho, si vuelves a la República Mameiana, y yo me entero: te ma-to. No quiero ni acordarme de tu nombre. Y tampoco te creas que agradezco el que me hayas devuelto el dinero, ni las joyas; es un gesto de debilidad. Yo odio a los mierdas, a los cobardes. Pensé que tú tenías más pelotas, pero me equivoqué, te asusta la ambición; por eso lo devuelves, no puedes soportar la... grandeza. Eres un puto perdedor..., una porquería.

—Jamás se comprende la gloria ajena. Un perdedor es el que se pierde a sí mismo. Alguien como tú. Yo más bien... soy un poeta sin obra.

—¡El parigüallo este está loco del diablo! —dijo la Negra Pola como si hubiera encontrado la explicación a todo.

El Flaquito, sonriente y sin decir nada, se levantó y fue con el calcetín a los aseos para comprobar las piedras. El matón, mientras tanto, se entretuvo en darme algunos dolorosos pellizcos en las piernas y en reiterar las amenazas para que no regresara. Al cabo del rato, apareció su jefe y sin volver a sentarse dijo:

—Vayámonos, Negra. Asunto resuelto. Pero antes, hazle algún cariñito al poeta.

Mirando al Flaquito con cara de niño bueno me sacudió un codazo en las costillas que hizo que me doblara por el dolor. Con la cara sobre la mesa los vi alejarse olvidando el saxo.

Requerí ayuda de una azafata

para subir las escaleras del avión. El golpe me rompió una costilla y tenía mucha dificultad para andar y aun para respirar. Despegamos y no tuve mucha suerte, mi compañero de asiento era un voluminoso parlanchín español. Regresaba después de disfrutar de sus vacaciones. Para entretenerse durante el viaje me narró muy pormenorizadamente todas sus excitantes experiencias caribeñas.

—Ya te digo, William —no sé qué extrañas conexiones neuronales me obligaron a decirle que mi nombre era William Faulkner y también que era panameño—, me he echado una novia que es una mujer maravillosa. Si Dios quiere, dentro de un mes regreso para casarnos. Está muy bien, es muy guapa y se enamoró de mí como una cordera, aunque esté feo que yo lo diga. Fue un amor a primera vista. La conocí en la tienda donde ella trabaja. ¡Es tan delicada! No sé cómo reaccionarán en mi familia, porque ella es bastante oscurita,

pero a mí me da igual, es mi vida,
¡qué diablos! ¿No te parece,
William?

Hice que dormía, pero le respondí mentalmente recordando a Óscar: «Siempre que un hombre hace una cosa claramente estúpida, es por los motivos más nobles». Pensé que su delicada novia sería una África de las que echan sus redes a los visitantes, capturando a los más ingenuos, que bajo sus hechizos y gemidos excitantes, firman ciegamente un acta matrimonial o lo que les pidieran. Ellas lo hacían por burlar un destino marcado a fuego. Ellos creían que por su persona, por ser irresistibles.

Por el rabillo del ojo vi que este soñador tomaba una revista y comenzaba a hojearla, aunque su mirada vacía se perdía en los recuerdos. Al rato, volví a espiarle; ahora, con sonrisa de imbécil feliz, miraba una foto en la que aparecía él en una playa abrazado a una acompañante morenita. Supe que ése era su amor, porque besó la

fotografía repetidamente
murmurando bajito.

Mientras, yo me apliqué a meditar sobre lo que Nuria me dijo por las cartas: Futuro duro; no existía ningún proyecto a la vista; en un tiempo lejano veía triunfo y reconocimiento social en el terreno artístico, pero esto a costa de mucho esfuerzo; una muerte de alguien cercano; regresaría a la República Mameiana...

Me interrogué por las causas de mis fracasos y me aturdieron los acontecimientos, las palabras, los personajes. Todo se mezclaba sin concierto en mi enfebrecida mente. Pasaba de los reproches de mi suegro a un vaso efervescente en la farmacia San Judas, de un toxicómano apuntando con un treinta y ocho a mi cabeza a una muchacha llorando en una guagua por el dolor de muelas. Mis pensamientos chocaban como piedrecitas produciendo tal algarabía. Hacía falta un reformatorio de recuerdos, un correccional de ideas. Concebí que

sería bueno escribir todas mis vivencias, los detalles de ese universo desintegrado, convertido en polvo, transubstanciado en recuerdos. Comenzar en el lindero que marcaba mi desgracia, hasta llegar a ese mismo instante. Paso a paso, elegir una fecha cualquiera. Por ejemplo esa mañana en que apareció Chespirito informándome del descalabro en la lotería. Ésa era una buena referencia. Desde ese día se precipitaron los sucesos acelerando mi decadencia alocadamente hasta llevarme a ese momento, en que me encontraba sentado en un asiento de Iberia, volando sobre el Océano Atlántico. Escribiría esta historia en la que no todo es verdad pero tampoco todo es mentira bajo seudónimo. Cambiaría los nombres. No sería bueno que si alguien algún día lo leyera catalogara por mi juicio el absurdo comportamiento de los razonables, formándose un parecer que quizá no fuera justo ni equilibrado. Todos somos de muchas maneras

dependiendo de lo que tratemos y de con quién tratemos. Fran Lousy verdadero nombre falso que suena muy bonito y extranjero. Ésta podía ser mi careta. Fran Piojoso. Así me sentía: un piojoso, es decir, alguien sin nada, sin nadie. Todo perdido por mi mala cabeza, por considerarme demasiado y por el embrujo de las ilusiones.



Del agua nacieron los sedientos

Epílogo

V. Pisabarro

El invernall crepúsculo madrileño es deliciosamente melancólico para las jovencitas enamoradas. Se inundan sus frágiles almas con el difluente revoloteo de una pena dulce que asoma por las ventanas de sus ojos. A la que no es hermosa, esa delicada expresión de felicidad apesadumbrada, esa languidez, la hace parecer como una boba asolanada.

Una muchacha con esta mirada y algo gruesa se arrebujaba en su amplio abrigo de paño. Sentada en un banco municipal observaba cómo los últimos rayos del breve sol bañaban de oro el

monumental edificio de correos, que se recortaba esplendoroso sobre el fondo muy oscuro de nubes y de noche del cielo.

Ella, una simple enamorada magnificadora de su pasión, que esperaba como las últimas tardes, en ese mismo banco, a que el objeto de su amor saliera del gimnasio donde practicaba artes marciales. Se amaban con la autenticidad de los pueriles; y para ella la mayor recompensa por la espera era sentir el húmedo beso del encuentro, un beso que la deshacía. Después cobijarse entre los brazos del joven que, con olor a linimento y a gel de baño, se sentía un hombre limpio, honesto, invencible.

El viento arremolinaba la hojarasca y se escuchaba el lamento de la decadencia alrededor de esa jovencita arrecida. Un hombre abatido de espaldas y con una gabardina oscura se sentó en el otro extremo banco. Su aspecto, su soledad, la hicieron sentirse atemorizada. Aunque el individuo

parecía ignorar todo, enfrascado en la lectura de unas cartas, la numerosa concurrencia del lugar, así como el ruido del profuso tráfico, le tranquilizaron la espera. Casi consiguió olvidarle, aunque en algunos momentos emergía en su pensamiento la presencia y volvía a mirarle disimuladamente. Era un hombre ya mayor. Ahora que podía observarle mejor, con la tranquilidad de sentirse ignorada, reconoció en él, más que una amenaza, a la inerme soledad de los vencidos. Terminó su lectura y con las hojas sujetas férreamente por ambas manos, levantó la mirada al ocaso. Sus cabellos azotados por el frío viento y el brillo diamantino de sus ojos negros era lo único que sugería vida en ese cuerpo ajado y desprotegido al frío. Como perdido, se acercó un perro extremadamente delgado y olisqueó en un árbol a su lado. Él lo llamó con un siseo y el animal se acercó receloso. Lo acarició lentamente levantando del pelaje

un polvo antiguo, unas partículas que doró un débil rayo de sol durante un instante, antes que las dispersara el viento. El chucho levantó la cabeza ya confiado y sus ojos se encontraron con los del hombre; entonces la chica sintió un estremecimiento, una desagradable sensación, algo así como la desolación de un astillero de desguace. El hombre se levantó y arrebujando las hojas las lanzó a una papelera, pero cayeron fuera. Le vio alejarse indiferente por el mismo camino por el que vino seguido a distancia por el renqueante perro, hasta que se fundió con la multitud en la lejanía. Los papeles rodaban caprichosamente por el piso y la muchacha temió que una ráfaga de aire con más fuerza los hiciera perderse. Dudó, pero al fin decidiéndose se levantó y los recuperó del suelo. Sentándose mientras los desdoblaba en el mismo sitio que el hombre ocupó, leyó.

Querido Fran:

Después de todos estos meses, por fin tengo noticias para ti.

Primera: el Flaquito y su mujer aparecieron muertos flotando en el mar. Fuerte, ¿verdad? Se comenta que son asuntos de drogas. De Damián no se sabe nada, desapareció. Dicen que huyó porque también querían matarle a él. Te cuento esto porque tú siempre me preguntas por ellos, pero no es por eso por lo que te mando este fax. Hay más noticias; la más importante es que estuvo Sonia en mi hotel. Llegó con tus hijos. Por cierto, están preciosos. Dice que vino a por una carta que le envió su hermana con unos españoles que estaban en La Isabela. Cuando los niños se estaban bañando en la piscina y ella estaba

sentada mirándolos, la vi y me acerqué. Está más guapa, más cuidada. Tú sabes que nosotras no nos tratamos mucho, pero a pesar de eso estuvimos charlando un buen rato, sobre todo de ti. Me preguntó si yo sabía de tu paradero, que si yo tenía alguna noticia tuya. Le dije que sí, que llamabas todas las semanas precisamente preguntando lo mismo de ella. Le di el número de fax de correos donde yo te envío éstos. Dice que una carta que le diste a tu hijo mayor para ella no la pudo leer, porque al niño se le voló; cuando regresaban de Los Arenales, se detuvieron para comer algo en los balcones del Atlántico, ya sabes, en esos acantilados tan bonitos, cuando un golpe de viento le arrebató de la mano el sobre y fue a parar al mar.

Dice que suponía que tú la pondrías en ésa, la manera de comunicarse contigo, que no sabía por dónde podrías andar; que conociéndote, lo mismo podías estar en la República Mameiana que en Australia. Yo le conté que estás en España, que siempre preguntas por ella; que tú también perdiste el contacto, que sufres mucho por no ver a tus hijos. Me dijo que se trasladaron a la capital, por cosa de los negocios, y dicho sea de paso, les debe ir muy bien, venía muy bien vestida y en un cochazo.

Algunas veces en la conversación se le saltaban las lágrimas cuando hablábamos de ti.

Cuando se retiraron a la habitación, me di cuenta que dejó olvidado un libro sobre la mesa en la que estábamos, lo recogí para

entregárselo, pero cuando me disponía a hacerlo, veo que dentro está la carta de su hermana. Como ya sabes, soy un poco «curiosa». La leo, y después de leerla creo que lo mejor es mandártela y así lo hago. Por ella te enterarás de algunas cosas más. No sé si habré hecho bien.

No te guíes de mis predicciones porque ya no acierto una, me abandonó la intuición.

Espero que todo te vaya mejor y que consigáis por fin ponerlos en contacto.

Un beso,
Nuria.

Querida hermana:
Espero que estes bien.
Nosotros bien por aqui
G.A.D. Aprovecho que se van unos vecinos del

bloque a La Isabela, les e
dado tu numero de telefono
para que te llamen cuando
lleguen. Asi te escribo
estas cuatro letras, asi te
cuento como estan las
cosas por aqui, sobre todo
de lo ultimo que hablamos
por telefono hija mia. Pero
primero te cuento cosas de
la familia.

El Chino esta muy
contento porque los de la
asociacion de vecinos por
fin an entrado por el aro y
an aceptado representar la
obra suya, por que al
principio se negaban, sobre
todo un gilipollas así muy
progre, con barbita que es
un asqueroso. La verdad
esque es una obra un poco
rara por que salen algunos
actores vestidos de
fulbolistas y porque se
titula, SI, YO SOY DEL
ATLETI, ¿Y QUE? con
este nombre no se lo
querian dejar hacer. Pero

ya sabes que el Chino es
cabezota y que el queria
mezclar sus dos aficiones
el futbol y el teatro.

El niño esta muy rico
y muy guapo ya le llevo a
la guarderia y esta muy
contento. Estoy muy
preocupada hija mia, fijate,
el oculista ha dicho que
hay que ponerle gafas, pero
tu tranquila porque fue un
accidente. Papa todavia
sigue enfadado contigo,
pero ya se le pasara, tu no
hagas caso. Dice que en su
familia no entran negros y
que ya no eres hija, que
preferia mil veces a Fran
que aunque era relamido,
un vago, y que estaba loco,
por lo menos te queria, yo
le digo que Manuel
tambien te quiere y el dice,
que eso no es lo
importante, que lo que
importa es que es negro.
Dice que si volvieras el te
recogeria y que olvidaria

todo, que no tendrías que soportar a nadie, ni a negros ni a bagos, que para eso es un padre.

Hablando de Fran, hija mia, si tu vieras, de verdad te lo digo. Cuando le vi en el metro, soplando en un sasofonó la cucaracha, no me lo podía creer, porque sera lo que sea pero acabar así, no me lo podia creer de verdad te lo digo, hija mia. Le estube mirando un rato sin que el se diera cuenta, tocaba la Bamba y cosas así y casi nadie le daba nada. Cuando me acerque y le salude, hija mia, no veas como se puso, que si le habia quitado mil canas, que que alegria, que fuéramos a tomar algo. Yo por no fastidiarle al pobrecillo pues fuimos, nos metimos en un burjer kim o como se diga. Hija mia, todo canoso y mas feo de lo que era, porque tienes

que reconocer que era feo el pobre, pues si, llebaba ropa que no devia de ser suya por que le venia grande. Nada mas sentarnos me pregunto por ti y por los niños. Por que esto era lo que el queria hablar de ti, que dice que no sabe nada. Hija de verdad, tampoco hay que ser asi. El Chino me lo dijo la otra noche, Paqui no se como tu hermana es así, por que es un padre y a un padre no se le quitan a los hijos, Deberias de ponerte en contacto con el. Yo se que tu estas enfadada con el por que se llevó el dinero de la empresa, que seguro que ya no le queda nada porque si no, no estaria de musico en el metro, que tendria que haberse partido lo de la venta, como tu decias. Pero no te preocupes que yo no le he dado tu direcion ni

tampoco el telefono, lo unico que le he dicho es que de vez en cuando nos llamabas y decias que los niños y tu estabais bien,

Y el, ¿Pero no te han dejado un telefono? ¿Y como les va? Y yo sin decir nada, solo que estabais bien, ¿Y sigue con ese hombre? y yo, no se, ella no nos dice nada. Y el, Claro lo que pasa es que no me quereis decir nada, llamé a vuestra casa y tu padre me mando a la mierda y que el no sabia nada.

Como le voy a decir al pobrecillo que todavia sigues con Manuel y que estas embarazada.

Entonces se pondria peor de lo que se puso, y si le digo que os va tan bien y lo del Mercedes y el barco y todo eso se muere el tio, por que el dice que no levanta cabeza, que hizo de

figurante en una película que trataba de locos en un manicomio y que todavía no han estrenado, que tubo un puesto en el rastro pero que no le salio bien, y que ahora asta que le salga un negocio que tiene pensado muy bueno, tiene que ir tirando tocando en el metro o con lo que sea. Dice que en cuanto junte el dinero del billete va a buscaros. Lo dicho, yo creo que deberias de ponerte en contacto con el.

Se me olvidaba, que me dijo que habia escrito un libro y que se llamaba Parteme el Corazon y que lo escribio con otro nombre, que era el de Lusi o como se diga, que quiere decir piojoso, y es verdad hija mia que de verle uno piensa que si que lo es. Yo le dije que porque no trabajaba en algo de provecho y el dijo que no

quería ser un esclavo del miedo y no se cuantas cosas más. Y yo le dije que por que tenia que ser un esclavo por trabajar en algo de provecho. Porque como yo digo, mi Chino bien que trabaja sus diez horas diarias pero luego después hace lo que quiere, su teatro y todo eso.

Hablando del Chino, me ha dicho que te diga que te agradecemos mucho que nos invites a ir otra vez para alla y que nos pagues incluso los billetes pero que el no vuelve a ir a ese país, que le trae muy malos recuerdos, que prefiere que vallamos a casa de sus tios en Cercedilla, que nos veremos cuando tu nos visites, que haber si vienes hija, que tengo muchas ganas de ver a mis sobrinos, tan guapos como estan en la foto, asi, vestiditos igual y tan

bonitos dalos muchos
besos de nuestra parte, y de
mama tambien que llora
mucho la pobre por haberte
hecho protestante tu y los
niños, que dice que ahora
sois moros.

Pues nada mas hija
mia te quiero un monton.
Recuerdos para Manuel
tambien y haber si llamas
mas.

Un besazo de tu
hermana que lo es y te
quiere un monton

Paqui.

En el preciso instante en que
finalizó la lectura, alguien tapó sus
ojos con unas manos frías. Supo
inmediatamente que eran las de
quien ella esperaba. Le besó con
un beso húmedo y preguntó por lo
que leía. Ella contestó con una
vocecita trémula de frío que eran
unas cartas que recogió del suelo
para entretenerse. El muchacho se
las arrancó de las manos
regañándola cariñosamente por

coger porquerías del suelo. Las lanzó a la papelera y ahora sí, allí encontraron su destino. Después, abrazados, ellos también se fundieron con la multitud.

FIN



14/14